*Ojo de buey, III*

# La huida:
## La Barcelona de Orwell (1936-1937)

# La huida:
## La Barcelona de Orwell (1936-1937)

Esperanzas y desengaños de la última generación romántica.

## Libro III

Manu Valentín

Ojo de buey BARCELONA 2024

Primera edición: agosto de 2024

© Texto de Manu Valentín
© Ilustración de la cubierta: Pol Kauf y Manu Valentín a partir de una selección de documentos del trabajo de investigación: informe manuscrito de los servicios de inteligencia soviéticos sobre David Crook; correspondencia de Max Gayer; documento de la Hicem sobre Charlotte Margolin; ficha de ingreso a prisión de Fabio Dubester; recortes de prenas sobre Vittorio Vidali y Michael Gallagher; fotografías del café-cabaret Mónaco convertido en sede del POUM y del comedor de la Caserna Lenin; crónica de Georges Soria, corresponsal de *Regards*; y retrato de George Orwell. .

Diseño de la colección: Pol Kauf y Manu Valentín

Editado por Ojo de buey [by historia familiar]
info@historiafamiliar.es
www.historiafamiliar.es
Rocafort, 139 3º 2ª08015 – Barcelona

ISBN: 978-84-09-64498-8

Impresión y encuadernación: Amazon

A Tomás, María, Bienvenido y Carmen, los responsables de esta locura inexplicable.

# Índice


Glosario de entidades 8
El detonante 11
Introducción 16

I. El camino de la formación ideológica 25

Un tipo alto con un par de bolsos de franela 26
El viaje 45

II. Un sueño que se apaga 52

Indicios del fin 53
A pesar de todo, una Barcelona irresistible 62
El italiano 73
Jóvenes imberbes 84

III. El desengaño y la huida 103

La semilla de la sospecha 104
Hechos de Mayo 118
El enigma de Charlotte Margolin 133
Alfredo Herz y sus sabuesos 176
La huida 228

Conclusión 261
Retratos 268
Bibliografía 270
Fuentes 276
Índice antroponímico 278

# Glosario de entidades

III Internacional: Komintern (Internacional Comunista)
IV Internacional: Escindida de la III Internacional, su objetivo era derrocar el capitalismo y establecer el socialismo a través de la Revolución
ACJ: Asociación Cultural Judía
ANC: Arxiu Nacional de Catalunya
BOC: Bloc Obrer i Camperol
CADCI: Centre Autonomista de Dependents del Comerç i de la Indústria
CCEP: Comitè Català pro Esport Popular
CIDEA: Comité Internacional de Emigrados Antifascistas
CIL: Columna Internacional Lenin
CNT: Confederación Nacional del Trabajo
COOP: Comitè Organitzador de l'Olimpíada Popular
CPGB: Partido Comunista de Gran Bretaña
ERC: Esquerra Republicana de Catalunya (Esquerra)
FAI: Federación Anarquista Ibérica
FAUD: Sindicato Libre de Trabajadores de Alemania
FBI: Oficina Federal de Investigación
FCDO: Federación Cultural Deportiva Obrera
FECL: Federación Estudiantil de Conciencias Libres
FET y de las JONS: Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista
FJS: Federación de Juventudes Socialistas
GESTAPO: Acrónimo de *Geheime Staatspolizei*, la Policía Secreta del Tercer Reich
GPU: Departamento Especial de Información de la Unión Soviética (antecesor del NKVD)
GRU: Departamento Central de Inteligencia militar de la URSS
HICEM: Es el acrónimo de  tres organizaciones de ayuda judías H (ias) IC (a) y EM (igdirect)
ICE: Izquierda Comunista de España
ILP: Independent Labour Party
ISP: Independent Socialist Party
JCI: Joventut Comunista Ibèrica

JJLL: Juventudes Libertarias
JEREC: Joventuts d'Esquerra Republicana-Estat Català
JOINT: American Jewish Joint Distribution Committee
JSU: Juventudes Socialistas Unificadas
JSUC: Joventuts Socialistes Unificades de Catalunya
KPD: Partido Comunista Alemán (Kommunistische Partei Deutschlands)
KPO: Kommunistische Partei Deutschlands (Opposition)
NKVD: Narodnyi Komissariat Vutrenikh Del (Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos de la Unión Soviética)
NUWM: National Unemployed Workers Movement
PCC: Partit Comunista de Catalunya
PCE: Partido Comunista de España
PCF: Partido Comunista Francés
PCM: Partido Comunista Mexicano
PCP: Partit Català Proletari
PSOE: Partido Socialista Obrero Español
PSOP: Parti Socialiste Ouvrier et Paysan
PSR: Parti Socialiste Révolutionnaire
PSUC: Partit Socialista Unificat de Catalunya
POI: Parti Ouvrier Internationaliste
POUM: Partido Obrero de Unificación Marxista
RGASPI: Archivo Estatal Ruso de Historia Político-Social
SAP: Partido Socialista de los Trabajadores
SIA: Solidaridad Internacional Antifascista
SIM: Servicio de Información Militar
SIMP: Servició de Información y Policía Militar
SRI: Socorro Rojo Internacional
SSI: Servei Secret d'Inteligència
UGT: Unión General de Trabajadores
URSS: Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas

# El detonante

Primavera de 1994. Un joven de quince años acompaña a su madre al homenaje que el Ayuntamiento de Barcelona ha organizado en honor a las Brigadas Internacionales. En los aledaños del Palacio de los Deportes, donde en unos minutos comenzará la ceremonia, ansiosos por contagiarse del entusiasmo que los rodea, madre e hijo, clavan la mirada en un par de octogenarios que, asomados desde lo alto de la escalera que conduce al recinto, entonan una canción añeja, prohibida durante décadas. Sesenta años han pasado desde la última vez que pisaran España, sesenta años de olvido e indecencia.

Madre e hijo toman asiento en unas gradas abarrotadas, colmadas de gratitud, orgullo y lágrimas. Faltan manos para aplaudir y palabras para dar gracias. Pasqual Maragall, alcalde de la ciudad, toma el micrófono y comienza a leer un manifiesto profundo, como un abismo que, según advierte, debemos transitar para no perdernos, para seguir luchando:

> Hace sesenta años, sentimientos de xenofobia y racismo, actitudes autoritarias y fascistas, de revancha y expansionismo militarista llegaron a ser tan poderosos y sólidos que amenazaban con dominar Europa y el mundo.
>
> Ante esta presión, que creó estados policiales y regímenes de terror, millones de hombres y mujeres decidieron tomar partido en defensa de la libertad, la paz, el pluralismo, la diversidad, la democracia y la justicia.
>
> En España, en 1931, había surgido un nuevo sistema político que defendía estos principios y al cual apoyaba la inmensa mayoría de la población. La miseria de siglos, la explotación, las guerras coloniales y la humillación de las nacionalidades históricas hicieron aflorar

exuberantes los sentimientos más profundos del pueblo. La intelectualidad, los profesionales, los trabajadores de las ciudades y el campo, en suma la inmensa mayoría de la ciudadanía, tomó partido por la causa de la justicia, la democracia y la libertad, exigiendo la materialización práctica de estos valores y deseando imponer un sistema social y político más justo con necesaria urgencia.

La respuesta de las fuerzas obscurantistas de España y de todo Europa fue fulminante: el intento de hacerse con el poder por la fuerza y, en su fracaso inmediato, la guerra civil.

Un grito unánime resonó en todo el mundo: Madrid será la tumba del fascismo. Había que defender en España la libertad, la democracia, la justicia social y la diversidad. De todo el mundo llegaron a España miles de hombres y mujeres movidos solo por el deseo de combatir el fascismo en la tierra que se había convertido para todos en símbolo de la libertad y la paz.

Fueron los Voluntarios de la Libertad. Integraron las llamadas Brigadas Internacionales. Marcharon contra aquellas fuerzas oscuras defendidas militarmente por los regímenes dictatoriales de la Alemania nazi y de la Italia fascista. Murieron por esta noble causa más de diez mil en esta tierra que los acogía esperanzada. Los que sobrevivieron continuaron su lucha contra el fascismo en los campos de batalla de todo el mundo durante la II Guerra Mundial. Los supervivientes de esta epopeya han sido en cualquier lugar y en cualquier momento luchadores incansables. Tuvieron tres patrias: la suya, España y la libertad.

Hoy sobreviven unos cuántos centenares en un mundo en el que nuevamente la amenaza del racismo, la xenofobia, el totalitarismo, la injusticia y la explotación más cruel apuntan directamente al corazón de nuestras democracias.

Los abajo firmantes hacemos un llamamiento a toda la sociedad y a las autoridades de todo tipo: políticas, morales, institucionales, económicas y sociales, a recordar el ejemplo de estos Voluntarios de la Libertad, a hacer posible que su memoria viva y no se olvide, y que el valor de su gesta sea reconocido y considerado por todos. Hoy, en la tierra por la que lucharon y murieron tantos, una sociedad ya ajena a aquella guerra, renovada y democrática, ha acogido aquellos luchadores como hijos legítimos, concediéndoles por unanimidad parlamentaria la nacionalidad española. Quiere recibirlos con un cálido homenaje en el sesenta aniversario de aquella epopeya que causó y causa aún admiración por su generosidad y grandeza moral.

> Invitamos, pues, a todos a sumarse a este homenaje y deseamos participar con ellos en este acontecimiento, último acto de una verdadera reconciliación nacional, en el que las generaciones más jóvenes reciban de sus manos el testigo de la lucha universal por la pluralidad, la diversidad, la democracia, la paz, la justicia y la libertad.

Al concluir el acto, en un vagón de metro atestado de simbología republicana, Dorita, la madre, se aferra al pasamanos y rompe la promesa a la que había estado sujeta durante años: «Lo que hizo esta gente no puede quedar sepultado por el olvido...», le dice a su hijo, rompiendo con esas palabras un hechizo que había permanecido latente, anclado en lo más profundo de sus entrañas. Al instante, batallando contra sus propios demonios, prosigue: «Como hicimos nosotros...», «...como hicimos nosotros...», repite con la voz rota, resonando las palabras como una bomba en los oídos alertas del hijo, dejando el vagón sumido en un silencio absoluto, ese silencio que acompaña siempre al estruendo de una explosión fatal, casi definitiva.

Ante el aturdimiento del joven, quien no es otro que yo mismo, la madre trata de deshacerse de esa culpa familiar que la había acompañado desde su temprana infancia. Luego, tras unos segundos eternos, añade algo más que el joven y yo mismo hemos olvidado. De hecho, no pude escucharla, cómo hacerlo con esas palabras devorándome por dentro, con ese «como hicimos nosotros» desdeñando las decisiones tomadas y las que aún estaban por tomar.

Estremecido, me vi arrastrado por la cadencia arrulladora del metro. Mientras, al otro lado, ya a miles de quilómetros de distancia, Dorita seguía hablándome tras una máscara de determinación y orgullo. Esas palabras, sin yo saberlo, detonaron en mí un cúmulo de incógnitas ineludibles que en algún momento tendría que abordar, y que, a partir de entonces, y a modo de advertencia, no eran más que insomnio y miedo, miedo a conocer la verdad, una verdad que venía solapada al olvido del que todos huían y volvían, una y otra vez, a refugiarse, y un insomnio pertinaz, casi eterno, que vendría a visitarme de vez en cuando, como un compromiso inevitable.

Esas palabras, sin embargo, y a modo de recompensa, fueron las mismas que me llevaron a entender la Historia como un proceso vivo en el que la memoria y las vivencias personales jugaban un papel por lo menos importante, y que yo, el sujeto investigador, convencido de su trascendencia, trataba de otorgarles voz en el contexto.

Hoy, apostado al ventanuco del yayo, no puedo sino recordar a aquellos ancianos como jóvenes entusiastas. Pocas veces en mi corta existencia había visto a alguien tan convencido de sus pasos, tan seguro de sus decisiones, tan débil y enérgico a la vez. Cómo olvidar esa energía que lo inundaba todo, esos viejos testarudos yendo de un lado a otro por las calles floreadas de Barcelona, sonriendo y dando las gracias a cambio de nada, habéis oído bien, a cambio de nada. Saboreando cada paso, cada cumplido, cada rincón redescubierto como si fuera el último. Pisaban las mismas calles que habían defendido años atrás como si aún mantuvieran destellos de aquella candorosa pasión juvenil. Sus hombros frágiles trasmitían algo de las batallas perdidas, pero también mantenían su dignidad intacta. Para un joven de quince años, aquellos octogenarios eran lo más parecido a un héroe de este siglo.

En el verano de 1936, la mayoría de aquellos voluntarios no había sostenido un fusil en su vida. Eso sí, habían demostrado en numerosas ocasiones que eran unos probados soñadores, que la vida, tal como la concebían, estaba ahí para asaltarla, y si había algo a lo que no estaban dispuestos a renunciar, eso era, sin duda, su moral. Algunos procedían de los estratos más humildes de la sociedad, otros, en cambio, eran los hijos díscolos del privilegio: intelectuales, empleados de banca, campesinos sin tierra, ingenieros, estibadores, médicos y maestros que, ante el llamado de la solidaridad antifascista, sin que nadie se los hubiera pedido, decidieron tomar la iniciativa. Y eso es, precisamente, lo que hicieron. Abandonaron el confort de sus hogares para poner rumbo a la estación de tren más cercana. Y, allí, frente a las taquillas y desafiando las advertencias de sus respectivos gobiernos, compraron un billete hacia un país desconocido y extraño, cuando lo más fácil habría sido quedarse en casa y mirar hacia otro lado.

Jóvenes que rompieron con la legalidad y la prudencia, tan nefasta siempre, para poner rumbo a un lugar del que apenas sabían pronunciar su nombre. ¿Qué los movió, para qué, con qué propósito? ¿Qué clase de inquietud extraña e inusual los empujó a un país extranjero del que apenas conocían nada, solo para dar rienda suelta a su ideal?

Alvah Bessie, uno de aquellos jóvenes idealistas, dejaría por escrito el significado de aquel acto de generosidad inigualable:

> Nunca en la historia del mundo había existido un grupo de hombres como éste, un ejército voluntario internacional, reunido espontáneamente, reclutado de todos los estratos de la sociedad, y entre toda ocupación humana. La existencia de este ejército, que había tenido un rol tan crucial en la guerra española, era la garantía de la hermandad de la clase trabajadora [...]. Era la encarnación viva de la unidad que existe entre todos los hombres de buena voluntad, sin importar la nacionalidad, las convicciones políticas o religiosas o su forma de vivir. Todas las ocupaciones, colores, nacionalidades: estos hombres habían combatido y muerto con y para todos los demás. Su bandera era la de la humanidad.

Aquella guerra, su guerra, la nuestra, la de todos nosotros, nos cambió para siempre. Lo veía constantemente, en las charlas de sobremesa, en las miradas incómodas del *Bar de Alberto*, en los corrillos recelosos que se formaban cada verano sin falta tras los velatorios. Siempre lo mismo, todo acababa en lo mismo, la guerra, la misma que cimentó aquel olvido gélido, cortante, que podías sentir en cada paso dado por aquellas empinadas cuestas de aquel pueblo entre montañas, el dichoso olvido que me dejó sin respuestas y planteó un sinfín de preguntas imposibles de evadir.

# Introducción

El libro que tienes en tus manos es el tercer y último volumen de una trilogía dedicada a narrar la Revolución Española. Esta serie se compone de tres tomos independientes aunque profundamente interrelacionados: *Los cimientos: La Contra[R]evolución Española (1931-1936)*; *El golpe: El derecho a la sonrisa (1931-1936)*; y *La huida: La Barcelona de Orwell (1936-1937)*.

En este tercer tomo, exploraremos junto a George Orwell la campaña de desprestigio y persecución que sufrieron los militantes revolucionarios a manos de los órganos republicanos y la Internacional Comunista. A través de los testimonios de numerosos protagonistas, desvelaremos cómo, cuándo y por qué se puso fin a la Revolución.

Comenzaremos esta andadura rastreando el camino de formación ideológica del escritor británico, desde su estancia en Wigan en febrero de 1936, donde seremos testigos de los profundos efectos transformadores de esa experiencia formativa en el castigado noroeste de Inglaterra, hasta sumergirnos en el viaje que lo llevó de Wallington a Barcelona a finales de diciembre de ese mismo año. En el segundo capítulo, nos veremos sacudidos por los últimos coletazos de una Revolución que ya tiene los días contados. Acompañaremos a Orwell dondequiera que vaya, seremos su sombra, lo seguiremos incluso hasta el mismísimo infierno. Trataremos de desvelar la identidad del miliciano italiano que aparece al comienzo de *Homenaje a Cataluña*, así como la de algunos de los jóvenes imberbes con los que Orwell se cruzó durante la grotesca instrucción militar que se vio obligado a cursar al llegar a Barcelona. En el capítulo

final de esta última entrega, abordaremos en cuatro apartados, y a través de diversos personajes, los efectos catastróficos de la persecución estalinista, desde los Hechos de Mayo hasta la huida precipitada de Orwell en junio de 1937.

Desde su llegada a Barcelona a finales de diciembre de 1936 hasta su apresurada partida el 23 de junio, transcurrieron seis meses, ciento setenta y nueve días que fueron cruciales para acabar de moldear su pensamiento político y articular su futura obra literaria. Durante este periodo, la Revolución fue implacablemente hostigada y finalmente sofocada por fuerzas poderosas: el gobierno republicano —la Generalitat en Cataluña—, las Fuerzas del Orden Público y la III Internacional, que no descansaron hasta extinguirla por completo.

A menudo se ha dicho que los revolucionarios —anarquistas, marxistas divergentes, maximalistas, bordiguistas, piveristas, etc.— entregaron la Revolución porque no sabían qué hacer con ella, insinuando que les quemaba de las manos, como una bomba a punto de estallar. Es mentira. Dejaron escapar esa oportunidad histórica por una serie de factores que, en su mayoría, escapaban del control de sus militantes de base. Vayamos por partes.

En primer lugar, fueron traicionados por sus propios dirigentes. Un ejemplo de ello son las palabras del líder anarquista Juan García Oliver, quien, meses después de haberse iniciado la Revolución, desde la autoridad y grandilocuencia que le confería su cargo como ministro de Justicia, defendía que:

> ... la CNT y la FAI se decidieron por la colaboración y la democracia renunciando al totalitarismo revolucionario que había de conducir al estrangulamiento de la revolución por la dictadura confederal.

Sugiriendo en sus palabras que la Revolución, tal como se estaba desarrollando, conduciría inevitablemente a una especie de dictadura confederal que acabaría por devorar los valores esenciales del proceso revolucionario, destruyéndolo todo. No obstante, no todos los líderes cedieron a las presiones del pactismo; algunos decidieron defender la Revolución con determinación y orgullo. Este fue el caso

de Julián Gorkin, Andreu Nin y Buenaventura Durruti, quienes aceptaron con naturalidad las consecuencias de su posicionamiento. El 4 de noviembre de 1936, dos semanas antes de ser asesinado a traición, Durruti advirtió en su último discurso que «la Revolución estaba en peligro» y que el enemigo, en lugar de ser una amenaza lejana, estaba mucho más cerca de lo que podría esperarse:

> El fascismo representa y es, en efecto, la desigualdad social. La guerra que hacemos actualmente sirve para aplastar al enemigo en el frente. Pero, ¿es éste el único? No, el enemigo es también aquel que se opone a las conquistas revolucionarias.

¿Quiénes eran estos opositores? No cabe duda de que se refería a la coalición contrarrevolucionaria, la integrada en Cataluña por el PSUC y ERC, que desde el comienzo de la guerra conspiraba para poner fin al proceso revolucionario. Es probable que estas palabras, pronunciadas en el calor de la batalla, pusieran en el punto de mira a un Durruti que empezaba a ser un estorbo para las aspiraciones de la III Internacional.

Por otro lado, Julián Gorkin, quien sería detenido meses después por los mismos presuntos responsables de la muerte de Durruti, no dudó en responder al fiscal que lo interpelaba con postiza solemnidad, que solo había apoyado a la coalición del Frente Popular «de manera transitoria, como necesidad provisional para sacar a los treinta mil presos y para combatir la reacción». A la pregunta «¿Criticaban ustedes a las organizaciones del Frente Popular», Gorkin había contestado:

> Criticábamos como critican todos los partidos a aquellos otros con los cuales no están enteramente identificados. Era un derecho de crítica elementalísimo de todo partido.

A la pregunta «¿Recuerda usted que al surgir la sublevación militar, el gobierno que había en Madrid era un gobierno republicano, netamente republicano?», Gorkin había respondido: «Claro, que vivía gracias a los votos de los partidos obreros». A lo que el fiscal, visiblemente molesto, había replicado: «¡Esto son comentarios! Res-

ponda sí o no. ¿Eran netamente republicanos?». «Exactamente», zanjaría Gorkin, probablemente satisfecho. Finalmente, Gorkin sería condenado a veinte años de presión, consiguiendo evadirse poco antes de las que tropas franquistas entraran a Barcelona en enero de 1939.

Andreu Nin, por su parte, quien inicialmente había recorrido la senda del pactismo aceptando el cargo de consejero de Justicia de la Generalitat e implantando los Tribunales Populares, institución que pretendía reemplazar a la Oficina Jurídica, entidad en manos de la CNT-FAI que desde el 17 de agosto había impartido la justicia revolucionaria en Cataluña, fue suscitando el recelo de las fuerzas contrarrevolucionarias, siendo por ello destituido en el cargo el 12 de diciembre, dos meses y medio después de su nombramiento. Nin, quien había descrito la institución como «un tribunal de clase que hará la justicia de la clase obrera», no pudo resistir las presiones de sus adversarios políticos, que buscaban restaurar la justicia a su forma y modos tradicionales. Meses después, el 16 de junio de 1937, sería detenido en Las Ramblas por agentes republicanos, nunca más se le volvería a ver.

Regresando a los motivos del fracaso de la Revolución; en segundo lugar, y también por culpa de una decisión errónea de sus dirigentes, estos aceptaron ocupar carteras en el gobierno republicano, tanto en la Generalitat como en el gobierno central, traicionando —en el caso de los anarquistas—, lo pactado en el congreso de Zaragoza y desvirtuando el proceso revolucionario. El poder necesitaba su participación para robustecer unos debilitados órganos estatales que, meses después, servirían como punta de lanza para descabezar la Revolución. Como diría sagazmente el militante anarquista José Peirats:

> ... si en el gobierno figuraban los anarquistas, se reforzaba por una parte el poder contrarrevolucionario del gobierno al tiempo que se debilitaba la oposición revolucionaria.

En tercer lugar, aceptaron con nociva responsabilidad la disolución de las Patrullas de Control y la militarización de las milicias, quedándose sin poder coercitivo. Y, en cuarto lugar, y no

menos importante, no supieron exigir el control de la Consejería de Economía, la cual quedó en manos de Esquerra, otorgándole un poder mayúsculo a sus adversarios.

Como señaló Diego de Santillán, otro anarquista crítico con el pactismo:

> La renuncia a conquistar el poder arrojaba inevitablemente a toda organización obrera al pantano reformista y hacía de ella el juguete de la burguesía.

Manuel Azaña, expresidente del gobierno, no dudaría años más tarde en darle la razón:

> Como contragolpe de la rebelión militar... se produjo una sublevación proletaria que no se dirigía contra el gobierno. Una revolución debe apoderarse del mando, instalarse en el gobierno, dirigir el país según sus opiniones. Ahora bien, no lo hicieron... el orden antiguo podría haber sido sustituido por otro orden, revolucionario. No lo fue. No había más que impotencia y desorden.

No obstante, como vimos en el segundo tomo de esta trilogía, la Revolución sí tuvo su momento. El proceso colectivizador, episodio único en la Europa contemporánea, no sólo transformó el paradigma de los medios de producción al centrarse en el bienestar de las personas y la consecución del bien común, sino que modificó su espíritu, sembrando en su interior una magnífica y temible sensibilidad colectiva. Los revolucionarios, basándose en un profundo sentido de solidaridad, se dedicaron a mejorar la vida de la gente corriente, proporcionándoles trabajo, atención médica, educación, etc., dejando un hondo impacto en el sentir de todos ellos.

En este contexto, con la zona republicana dividida en dos posturas opuestas e irreconciliables, la contrarrevolucionaria, liderada en Cataluña por el PSUC y ERC, que sostenía que no se podía ganar la guerra si se hacía la Revolución, y la revolucionaria, encabezada por las bases de la CNT y el POUM, que defendía que solo a través de la

Revolución se podría triunfar en la guerra, Orwell llegó a Barcelona.

Desde este momento, 26 de diciembre de 1936, hasta finales de abril de 1937, cuando vuelve de permiso a Barcelona, el ascenso estalinista no había tenido freno, posicionándose en todos los ámbitos de poder: Ejército, Judicatura, Administración, Orden Público, etc. Con el estallido de los Hechos de Mayo, desencadenados por la agresión estatal y el arranque de orgullo de los revolucionarios, quienes se resistían a perder los últimos bastiones que les quedaban, la Generalitat y sus aliados encontraron la excusa perfecta para erradicar de una vez por todas el proceso revolucionario.

Fue entonces cuando se desató la represión policial, encarcelando a cientos de militantes revolucionarios sin respaldo judicial alguno. Orwell fue testigo de primera mano de este proceso totalitario, dejando un poso imborrable en sus recuerdos. El totalitarismo —como señaló el revolucionario belga de origen ruso Victor Serge al referirse a este proceso— no tenía enemigo más temible que el sentido crítico; por eso, «se dedicó encarnizadamente a exterminarlo». Un aluvión de injurias y mentiras, lanzadas desde los medios de comunicación estalinistas, dañaron la moral de los espíritus más críticos, tachándoles de espías y agentes de Hitler y Mussolini. Orwell lo describió con diáfana claridad en *Homenaje a Cataluña*. La impostura, como herramienta infalible de los regímenes totalitarios, se abría hueco en el espíritu amordazado del pueblo. Serge mostraría sus razones:

> La afirmación enorme e inesperada sorprende al hombre medio, que no concibe que se pueda mentir de esa manera. La brutalidad lo intimida y rescata en cierto modo la impostura; el hombre medio, desfalleciendo bajo ese choque, siente la tentación de decirse que después de todo ese frenesí debe tener una justificación interior que rebasa su entendimiento. El éxito de estas técnicas no es posible evidentemente sino en épocas perturbadas y a condición de que las minorías valerosas que encarnan el sentido crítico estén bien amordazadas o reducidas a la impotencia por la razón de Estado y la falta de recursos materiales.

Sin embargo, no siempre fue así. Al principio, entre julio y septiembre de 1936, la Revolución, aunque tuviera los días contados, era todavía una posibilidad al alcance de la mano. Orwell lo analizó con especial lucidez en su artículo «Spelling the Spanish beans»:

> En cualquier emergencia seria, la contradicción implícita que acarreaba el Frente Popular se hacía sentir inevitablemente. Porque, aun cuando el obrero y el burgués luchaban contra el fascismo, no luchaban por las mismas cosas: el burgués lo hacía por la democracia burguesa, es decir, el capitalismo, y el obrero, en la medida en que entendía la cuestión, por el socialismo. Y en los primeros días de la revolución, los obreros españoles comprendieron muy bien la cuestión. En las zonas donde el fascismo fue derrotado, no se contentaron con expulsar a las tropas rebeldes de las ciudades; también aprovecharon la oportunidad para apoderarse de tierras y fábricas y establecer los primeros pasos de un gobierno obrero por medio de comités locales, milicias obreras, fuerzas policiales, etc. Sin embargo, cometieron el error (posiblemente porque la mayoría de los revolucionarios activos eran anarquistas que desconfiaban de todos los parlamentos) de dejar al gobierno republicano en control nominal. Y, a pesar de varios cambios de personal, todos los gobiernos posteriores tuvieron aproximadamente el mismo carácter burgués-reformista.

Este error de primera hora de los militantes revolucionarios, anunciado reiteradamente en esta introducción, está presente en muchas de las memorias de sus protagonistas. También en *Homenaje a Cataluña*. No obstante, en la mayoría de sus recuerdos prevalece la alegría y el entusiasmo de la gente corriente, huella imborrable de la Revolución. Un entusiasmo, como diría Péret, aún «por aprender, pensar y vivir». Y una alegría, como rememoró Orwell, Borkenau o Kaminski, que aparecía reflejada en los rostros de la gente por todas partes, en los mercados, terrazas y bares de una ciudad que ahora les pertenecía. En palabras de Serge, era «para volverse loco».

No cabe duda de que fue precisamente esa locura la que vislumbré a los quince años en mi primera lectura de *Homenaje a*

*Cataluña*, la misma que años más tarde me impulsaría a escribir esta trilogía con la intención de rescatarla y comprenderla.

A modo de advertencia, tal como queda evidenciado en la descripción presentada en el primer volumen de la trilogía, esta historia de Revolución Española no sigue una línea estrictamente lineal. En el primer tomo, por ejemplo, me dediqué a destripar la disputa por el control del relato revolucionario en el movimiento obrero local, adentrándome en la difusión del deporte popular en la Barcelona de la primera mitad de los años treinta, dando saltos en el tiempo hacia atrás y hacia adelante. Lo mismo ocurrió en el segundo tomo, donde, para entender el proceso de politización de las barriadas obreras, llegué incluso a la Semana Trágica de 1909, para luego, a comienzos de los años cuarenta, en el marco de la Causa General, comprender el fin de este movimiento, azotado por el Franquismo. Por último, en este tercer volumen, me he adentrado en la Barcelona de Orwell, la que va de diciembre de 1936 a junio de 1937, escenario del declive y destrucción de una ya vilipendiada Revolución, utilizando la misma estrategia de idas y venidas.

La trilogía abarca a grupos que no habían sido suficientemente considerados en trabajos previos, como son los agentes de la Komintern asentados en Barcelona antes de la Guerra Civil (Tomo I), los jóvenes revolucionarios del distrito de Les Corts (Tomo II), o la colonia de refugiados extranjeros antifascistas —en especial los comunistas ortodoxos— que en la primera mitad de la década de los 30 fundaron la Asociación Cultural Judía, una entidad que actuaba como tapadera de sus acciones de agitación y propaganda (Tomo III). Asimismo, en este tercer volumen, sigo los pasos de los personajes secundarios que cita Orwell a menudo de pasada en *Homenaje a Cataluña*, prestando especial atención al rol desempeñado por unos individuos anónimos que tuvieron un papel determinante durante la estancia de George Orwell en la ciudad, otorgando voz a la extensa comunidad de refugiados extranjeros que participaron activamente en el proceso revolucionario y, en algunos casos, en su propio fin.

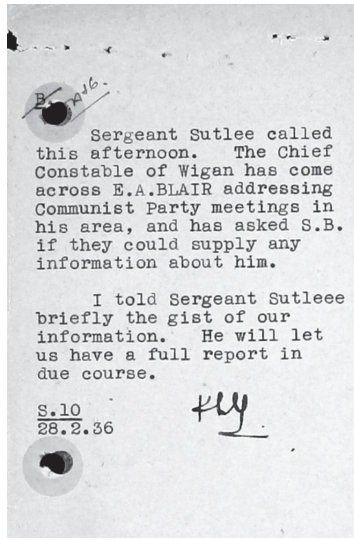
Igualmente, cabe mencionar que debido a la reiterada enumeración de calles y para no frenar el ritmo de la lectura, he decidido es-

cribirlas en castellano. En cuanto a los barrios, pueblos, ciudades y el nombre de los sindicatos, partidos y entidades políticas, he optado por utilizar el original, mayormente catalán y castellano. Como veréis, también he excluido las notas al pie, es decir, no se incluyen referencias bibliográficas ni documentales (tan solo al final del libro). Me costó mucho tomar esta decisión, pero después de escribir una primera versión incorporándolas, decidí evitar su uso, ya que aumentaba en demasía la extensión del texto y entorpecía la lectura.

Soy consciente del inconveniente que esto puede suponer para la academia, pero no he tenido otra opción. Estoy a vuestra disposición para cualquier aclaración metodológica y documental.

Para finalizar, quisiera destacar un punto que considero crucial. Aunque se trata de una trilogía que conforma un todo, que aspira a convertirse en una radiografía completa de la Revolución Española, no estáis sujetos a abordar los tres tomos, es decir, cada libro funciona de forma autónoma e independiente, por lo que no estáis obligados a recorrer el camino entero. Sin embargo, aunque así sea, aunque optéis por explorar tan solo una de las partes, os recomiendo que recorráis el trayecto completo, ya que los libros contienen vasos comunicantes que se retroalimentan constantemente entre sí, manteniendo un diálogo que requiere de la respuesta del otro para alcanzar una visión más profunda y completa de la historia.

# I. El camino de la formación ideológica



Sergeant Sutlee called this afternoon. The Chief Constable of Wigan has come across E.A.BLAIR addressing Communist Party meetings in his area, and has asked S.B. if they could supply any information about him.

I told Sergeant Sutleee briefly the gist of our information. He will let us have a full report in due course.

S.10
28.2.36

Nota del servicio de inteligencia británico, fechado el 28 de febrero de 1936, en el que se recomienda el seguimiento de George Orwell durante su estancia en Wigan:

> El sargento Sutlee llamó esta tarde. El jefe de policía de Wigan se encontró con E.A. Blair [George Orwell] en unas reuniones del Partido Comunista organizadas en su jurisdicción y consultó a S.B. para obtener más información sobre esta persona. Le resumí al sargento Sutlee los aspectos clave de nuestra información. Nos enviará un informe detallado en su debido momento.

El jefe de policía de Wigan en 1936 era Thomas Pey, el mismo que firmaba la nota.

# I

## Un tipo alto con un par de bolsos de franela

A finales del siglo XIX, Wigan destacaba por tener la tasa más elevada de hacinamiento habitacional de todas las grandes ciudades del condado de Lancaster, superior incluso a Liverpool y Manchester. Muchos de sus característicos edificios de ladrillo habían sido construidos a principios del siglo XX por patronos de la industria algodonera para solventar la escasez de vivienda entre la cada vez más empobrecida clase trabajadora. Entre aquellos industriales reconvertidos en promotores inmobiliarios, encontramos, por ejemplo, a Peter Greenough, un fabricante de Standishgate que había construido un complejo de treinta y siete viviendas en la barriada de Scholes, enclave situado al este de la ciudad y atravesado por el famoso canal que unía Leeds con Liverpool, conocido en ese tramo como Canal de Wigan.

Michael Gallagher, un minero desempleado del bolchevizado National Unemployed Workers Movement (NUWM), fue uno de esos niños andrajosos que crecieron en las infraviviendas construidas por el mencionado Peter Greenough. En medio de esa extrema adversidad, Michael forjó su conciencia de clase militando en los sindicatos mineros y participando en las «Marchas del Hambre», manifestaciones que recorrieron el país de norte a sur y de este a oeste entre 1934 y 1936, exigiendo pan, trabajo y justicia.

Unos años después, el 14 de agosto de 1937, el periódico *The Wigan Observer* informó de la muerte de Gallagher en España, un lugar que, desde el inicio de la Guerra Civil, se había convertido en un espacio mítico para la militancia, descrito en los medios afines como «el nuevo campo de batalla de la clase trabajadora europea». Gallagher fue el primero de los vecinos de Wigan en caer. Luego le seguirían otros dos: Paul Dewhurst, el 16 de octubre de 1937, y

Bernard Sweeney, el 30 de julio de 1938. Sus cuerpos, hasta el día de hoy, reposan en un paradero aún desconocido en territorio español. Leamos ahora qué dijo el *The Wigan Observer*:

> Michael Gallagher, un vecino de Wigan que luchaba con las fuerzas del gobierno republicano, ha perdido la vida durante la gran ofensiva que ha tenido lugar en Brunete. Gallagher, soltero con firmes ideales antifascistas, había pedido en numerosas ocasiones enrolarse en las Brigadas Internacionales. Tras mucha insistencia, el pasado 25 de marzo lo consiguió. Veterano de la Primera Guerra Mundial, era militante del National Unemployed Workers Movement. Se ha organizado un homenaje en su recuerdo que tendrá lugar el próximo domingo en el mercado de Wigan, participarán los oradores F. Bright y Paddy Grady.

Dos semanas más tarde, el 30 de agosto, de nuevo el *The Wigan Observer* relataría lo sucedido en el homenaje:

> La noche del pasado domingo fue homenajeado un vecino de Wigan que encontró la muerte mientras luchaba con las fuerzas del gobierno republicano español durante el reciente ataque a Brunete. El homenaje se desarrolló bajo los auspicios del The Spanish Dependants Aid Committee. Hubo una nutrida asistencia de amistades del fallecido, en cuya memoria se guardó solemnemente un minuto de silencio al inicio del acto.
>
> El señor Paddy Grady, organizador del acto y militante del Partido Comunista de Wigan, rindió un sentido homenaje a Gallagher, del quien dijo, «formaba parte del contingente de 10.000 combatientes antifascistas que están ayudando a salvar a España».
>
> Otro orador fue el señor J. Horne, del Wigan Trades and Labor Council, quien habló de su relación personal con Gallagher: «Era un buen camarada, siempre predispuesto ayudar a quien lo necesitara».
>
> El concejal E. Droney dijo que conocía a Gallagher personalmente y que ambos habían vivido en el mismo barrio. «Gallagher era un camarada valiente y bueno, siempre dispuesto a luchar por sus principios», agregó.
>
> El señor Paddy Grady añadió que «su nombre sería recordado por la clase trabajadora como un luchador por la paz y la democracia».

Otro vecino de Wigan, conocido como Edward Blood, que como Gallagher está luchando en España, ha escrito una carta a su cuñado, el Sr. J. Cleary, en la que le habla de su camarada:

«Por fin, después de tres semanas de lucha ininterrumpida, estamos descansando un poco. Créanme cuando les digo que ha sido muy duro. Gallagher murió el primer día que entramos en acción. Recuerdo haber hablado con él unos minutos antes de que se lo llevaran junto a otros compañeros. Me dijo que deseaba que lo hirieran cuánto antes, algo superficial y ordinario que le permitiera seguir luchando. Pobre Mick, no sucedió como él esperaba, ahora sólo nos queda recordarlo».

Michael Gallagher y Eric Arthur Blair —quien a partir de ahora llamaré George Orwell, o simplemente Orwell—, pudieron haber coincidido en Wigan entre el 6 y el 25 de febrero de 1936, periodo en que el escritor británico residió en la ciudad del norte de Inglaterra. Victor Gollancz, editor de Orwell, le había sugerido investigar la precaria situación de la clase trabajadora en esa área específica del condado de Lancaster, gravemente afectada en los últimos años por altos índices de desempleo y precariedad, en gran parte debido a la crisis del carbón y la caída exponencial en las ventas de productos derivados del algodón.

En esa época, se habían puesto de moda las propuestas literarias que abordaban el viaje experiencial. Una de esas obras, la célebre novela *English Journey*, del autor J.B. Priestley, cuya edición había pasado también por las manos de Gollancz, actuó como acicate inspirador para Orwell. No obstante, fue el escritor Jack Hilton, natural de Oldham y residente en Rochdale, además de amigo personal de Orwell, quien le recomendó viajar a Wigan en lugar de Rochdale, donde inicialmente tenía previsto instalarse. Según Hilton, «allí observaría con sus propios ojos, y mejor que en cualquier otro lugar, la magnitud de la tragedia capitalista».

El 31 de enero de 1936, armado con el generoso anticipo de quinientas libras que le había proporcionado Gollancz, una suma considerable en esa época, partió hacia el norte para vivir, como él la llamó, su propia «aventura entre salvajes». Además de su profundo apego y admiración por la gente común, llevaba también consigo ese compromiso inquebrantable con la verdad que siempre lo

acompañaba a donde quiera que fuera, despertando admiración y fastidio a su paso.

La tarde del 6 de febrero, tras un intenso recorrido que lo llevaría por Coventry, Birmingham y Manchester, donde coincidiría con Frank Meade, editor del *Labour's Northern Voice*, pisó por primera vez las calles desoladas de Wigan, el destino final de su viaje.

Recién llegado, paseó por los alrededores del canal con ese posado distinguido que, muy a su pesar, lo identificaba inmediatamente como un forastero, un extraño, una especie de privilegiado arrepentido que quería codearse con el pueblo. Pretendía vivir como ellos vivían, comer lo que ellos comían, angustiarse con sus miedos y preocupaciones, para luego poder transmitirlo en sus escritos. Ese era, sin duda, su método de trabajo.

Después de realizar un primer reconocimiento, preguntó a un vecino por el camino que debía seguir para llegar a la dirección que le había proporcionado Meade: el domicilio de Joe Kennan, un electricista con amplias conexiones en el comunismo local. Muchos años después, en el 1970, en el transcurso de un programa de televisión de la cadena británica BBC, un anciano Joe Kennan relataría su primer encuentro con Orwell:

> Un sábado por la tarde alguien llamó a la puerta justo mientras tomábamos el té, abrí y vi a un tipo alto con un par de bolsos de franela, una chaqueta beige y un impermeable. Me dijo que traía dos cartas, una de Middelton Murry, un escritor pacifista y la otra de Frank Meade. Murry me pedía en aquella carta que encontrara al portador algún tipo de alojamiento de clase baja, una especie de tugurio. Así que invité a Orwell a pasar. Entró y tomó el té con nosotros. Después del té fuimos a la plaza del mercado donde cada sábado y domingo tenían lugar una serie de mítines políticos. Allí solían concentrarse miembros del ILP, el Partido Comunista de Gran Bretaña, el NUWM, o varios grupos religiosos [...]. Lo presenté a algunos muchachos del NUWM, ellos le ayudaron a encontrar el tipo de alojamiento que buscaba.

Orwell acabó alojándose en una habitación compartida de una vivienda atestada de inquilinos «no demasiado limpia y sin agua caliente», situada en el número 72 de Warrington Lane. Sin embargo,

unas semanas después, cambió de domicilio. Lo hizo, según consta en su diario, porque «la señora Anderton, propietaria de la casa, contrajo una misteriosa malaria». Se instaló en Darlington Road, justo encima de una casquería. En palabras de Orwell, la nueva casa era «considerablemente más sucia y olía mucho peor». Años después, Jim Hammon, exdirigente del sindicato de mineros, afirmaría que Orwell había dejado la casa de los Anderton, en su opinión, «una casa limpia y decente», para regocijarse en la pobreza extrema que le ofrecía un albergue de mendigos. Parecía como si Orwell quisiera alojarse en la peor vivienda de la ciudad.

«Hace un frío terrible», escribió en su diario el día 12. «Un paisaje espantoso de basuras y chimeneas eructantes. Algunas ratas corriendo por la nieve, muy mansas, presuntamente debilitadas por el hambre», concluía la nota del día. A la mañana siguiente, las muchachas que corrían a trabajar «con sus zuecos por las calles adoquinadas», le sonaban «como un ejército que se apresura a la batalla». Durante su estancia, Orwell recopiló un sinfín de datos sobre las condiciones de vida de la clase trabajadora, registrando salarios, cifras de desempleo, enfermedades, índices de mortandad, condiciones habitacionales, alcanzando las seis páginas y las cuatro mil quinientas palabras.

Dicho diario, escrito con fervorosa dedicación, sirvió como borrador para su futuro libro *El camino a Wigan Pier*, calificado por uno de sus críticos como «bello y perturbador». Así pues, allí mismo, en la libreta que acuñó como bitácora personal, plasmaría sus primeros pasos por Wigan:

> Meade me envió a Wigan para encontrarme con Joe Kennan, un electricista que tiene un rol destacado en el movimiento socialista. Kennan vive en un edificio visiblemente decente situado en Bleech Hill Avenue, aunque sea a todas luces un miembro más de la clase trabajadora. Es un hombre más bien bajo, robusto, poderoso, de modales extraordinariamente exquisitos y hospitalarios [...]. Su hijo mayor estaba en cama —supuestamente con escarlatina— mientras el menor jugaba en el suelo con unos soldados y un cañón de juguete. Con la sonrisa dibujada en su rostro me mostraba sus disculpas diciendo: «¡Y se supone que soy pacifista!». Me envió a la casa-refugio del National Unemployed Workers Movement con una carta

> de recomendación para que se la entregara al secretario, en la que pedía que me buscaran un alojamiento en Wigan. La casa-refugio es un lugar pequeño y desvencijado, pero una bendición para estos hombres desempleados, ya que en su interior hace calor y hay periódicos. El secretario es Paddy Grady, un minero desempleado. Grady es un hombre alto y delgado de unos 35 años, inteligente y bien informado, siempre con ganas de ayudar. Cuando trabaja gana 17 chelines a la semana. Se encuentra en un estado físico deplorable, debido a los años de desnutrición y ociosidad. Sus dientes frontales están casi completamente podridos. Todos los hombres del NUWM se muestran muy amables y ansiosos por proporcionarme información tan pronto se enteran de que soy escritor y que he venido a Wigan con la intención de recopilar datos sobre las condiciones de la clase trabajadora. Sin embargo, no puedo lograr que me traten precisamente como a un igual, me llaman «señor» o «camarada».

Es probable que Gallagher y Orwell intercambiaran algunas palabras durante la tarde del 10 de febrero, aunque también es posible que no lo hicieran. Lo que sí sabemos con certeza es que Gallagher era un miembro activo del NUWM y que, debido a ello, acudía regularmente a la casa-refugio, un punto de encuentro habitual entre los afiliados. Aquella tarde, la del 10, no fue una jornada cualquiera; había más ajetreo y excitación de lo habitual, ya que, horas más tarde, los miembros del NUWM asistirían a un acto que tendría lugar en el Cooperative Hall. La presencia de Wal Hannington, líder del NUWM y miembro fundador del Partido Comunista de Gran Bretaña (CPGB), era su principal atractivo.

Hasta los días pasados en Wigan, Orwell nunca antes había recorrido las calles embrutecidas del norte de Inglaterra —Barnsley, Blackpool, Sheffield—, el corazón industrial del Imperio Británico, símbolo de su majestuosa riqueza, pero también de su peor opresión. Años más tarde, Joe Kennan revelaría parte de lo que Orwell le transmitió tras pisar por primera vez una ciudad industrial:

> ... me dijo que había sido coronel en la policía militar de Birmania, que había estudiado en Eton, que nunca en su vida había estado en una zona industrial. Recuerdo perfectamente cómo me

> dijo que antes de aquel viaje al norte nunca había visto el humo de una chimenea de una gran fábrica o de una mina de carbón. Se mostraba en desacuerdo con el imperialismo británico que había conocido y quería conocer el carácter y los pensamientos de los trabajadores, especialmente de los mineros y de los obreros sin trabajo y averiguar las consecuencias de los Means Test y de las Anomalies Act, que estaban produciendo unos efectos devastadores en la vida de lugares como Wigan.

A los veinticuatro años, después de regresar de Birmania «asqueado y culpabilizado por esa experiencia formativa», Orwell abandonó la policía imperial y volvió a Europa con el propósito de redimir su complicidad en la explotación del hombre por el hombre. Fue entonces cuando decidió convertirse en escritor. Inspirado en los reportajes de Jack London, exploró los estratos más sórdidos y desfavorecidos de la sociedad. Literalmente disfrazado de vagabundo, frecuentó las casas de caridad de Inglaterra y sobrevivió lavando platos en los bajos fondos del barrio Latino de París. El relato de esas experiencias fue la base de su primer libro, *Sin blanca en París y Londres*. Sin embargo, fue en Wigan donde comenzó a experimentar una epifanía que lo transformaría tanto por dentro como por fuera, pasando de ser un liberal escéptico que en su juventud había coqueteado con el comunismo a un socialista heterodoxo y anómalo. Richard Rees, amigo personal de Orwell que durante años había tratado de convertirlo al socialismo, notó un cambio drástico en su persona tras su vuelta de Wigan:

> Hubo un cambio extraordinario en su escritura y, en cierto modo, también en su actitud después de haber estado en el Norte y haber escrito ese libro [*El camino a Wigan Pier*]. Era casi como si hubiera habido un fuego ardiendo en él toda su vida, y que de repente, sin esperarlo, había estallado en llamas.

En 1946, en el famoso artículo titulado «¿Por qué escribo?», Orwell señalaría el preciso momento en el que tuvo lugar esa transformación ideológica y espiritual descrita por Rees:

> En una época pacífica podía haber escrito libros esteticistas o meramente descriptivos, y haber permanecido casi indiferente a mis inclinaciones políticas. Pero me he visto forzado a convertirme en una especie de autor de panfletos. Primero pasé cinco años en una profesión que no me satisfacía [la Policía Imperial India], y luego experimenté la pobreza y el sentido del fracaso. Esto acentuó mi odio natural por la autoridad, y me llevó a ser plenamente consciente de la existencia de la clase obrera. Mi trabajo en Birmania me había permitido comprender en parte la naturaleza del imperialismo, pero esas experiencias no bastaban para dotarme de una orientación política precisa. Llegaron entonces Hitler, la Guerra Civil Española, etc. A finales de 1935 aún no había logrado alcanzar una idea precisa [...]. La guerra de España y otros acontecimientos de 1936-1937 inclinaron la balanza, y desde entonces en adelante supe dónde estaba mi lugar. Cada renglón que he escrito en serio desde 1936 lo he creado, directa o indirectamente, contra el totalitarismo y a favor del Socialismo democrático tal como yo lo entiendo.

Como dejaría escrito Orwell, serían ese cúmulo de experiencias vividas en 1936, primero en Wigan y, luego, en España, las que acabarían dando forma a una orientación política definida, configurando su ideario personal y su visión de las cosas.

Retrocedamos ahora a Wigan, a la tarde en que se celebró el acto en el Cooperative Hall, ese al que Wal Hannington acudía como «figura estelar» y George Orwell como «invitado especial». Al día siguiente, él mismo relataría lo vivido en su diario:

> Anoche fui al salón Cooperative Hall con varios miembros del NUWM para escuchar a Wal Hannington. Se trata de un orador más bien mediocre que hace uso de los típicos clichés del orador socialista, pero que, asombrosamente, hace que la gente se entusiasme. Me sorprendió la cantidad de militantes comunistas que había. Hubo muchos aplausos cuando Hannington dijo que, si Inglaterra y la URSS iban a la guerra, la URSS sin duda ganaría. Público muy rudo y todos obviamente desempleados.

No solo había simpatizantes comunistas, como destacó Orwell; también, aunque él no lo sabía —puede que lo intuyera—, había

confidentes de la policía camuflados entre el público. En uno de los informes redactados al finalizar el acto, un agente había mencionado su nombre: «Eric Blair». Conservado en la serie KV2, unidad documental del National Archives que contiene los archivos personales de «presuntos espías y agentes dobles, renegados y presuntos renegados», y en cuya sección KV 2/2699 se halla el historial del ciudadano «Eric Arthur Blair» desde 1929 a 1952, el informe policial apuntaba la posible vinculación de Orwell con el movimiento comunista local. No era la primera vez que su nombre aparecía en las notas de la inteligencia británica. Desde finales de 1928, cuando Orwell residía en París, ya había estado en el punto de mira de los servicios secretos. El primer documento oficial en el que aparecía citado era una carta fechada el 10 de enero de 1929, cuando el capitán Miller de la Brigada Especial, había solicitado al Ministerio de Asuntos Exteriores los datos del pasaporte de «un tal E. A. Blair que actualmente reside en el número 6 de la rue du Pot de Fer». Al parecer, el mencionado Miller había recibido un cable de un informante que le aseguraba que Blair se estaba ofreciendo para ser el corresponsal en París del *Workers' Life*, por aquel entonces órgano de prensa del Partido Comunista de Gran Bretaña. No hay rastro de estos supuestos artículos, siempre y cuando los escribiera con su nombre y apellido original, claro está, pero sí aparece su firma en varios diarios locales de tendencia izquierdista, como *Monde* y *Le Progrès Civique*, en los que denunció la precaria situación de la clase trabajadora británica, señalando a los capitalistas.

Al igual que el narrador de *Sin blanca en París y Londres*, a su llegada a París, Orwell se sintió atraído por los círculos de acción comunista. Se movía en un entorno similar al de su *alter ego*, rodeado de militantes desempleados y refugiados sin papeles, entre ellos rusos, húngaros y españoles, que operaban en la clandestinidad, insinuando pertenecer a sociedades secretas bolcheviques. Sumergido en esta realidad marginal, y tal vez alentado por la necesidad, Orwell se planteó la posibilidad de escribir artículos sobre política inglesa para un periódico de Moscú —es probable que se tratara del *International Press Correspondence*, la edición en inglés del

*Inprekorr*, órgano de prensa de la III Internacional—que, según se rumoreaba, pagaba particularmente bien la colaboración. No sabemos si acabó aceptando el ofrecimiento, pero en *Sin blanca en París y Londres* su *alter ego* comenta que duda de si seguir con ese trabajo —por lo que ya había comenzado— y aporta sus razones:

> ... la policía parisina es implacable con los comunistas, sobre todo si son extranjeros, y yo ya estaba bajo sospecha. Unos meses antes, un detective me había visto salir de la oficina de un semanario comunista, y me había causado muchos problemas.
>
> Si me sorprendían yendo a esa sociedad secreta, podían deportarme. De todos modos, la ocasión parecía demasiado buena para desperdiciarla. Esa tarde, el amigo de Boris, otro camarero, nos condujo al punto de encuentro. No recuerdo el nombre de la calle, era una sórdida callejuela al sur de la orilla del Sena, cerca de la Cámara de Diputados. El amigo de Boris insistió en que tomásemos muchas precauciones. Fingimos deambular como si tal cosa, encontramos el portal en cuestión —era una lavandería— y dimos media vuelta para inspeccionar todas las ventanas y cafés. Si aquel era un sitio de reunión de los comunistas, lo más probable era que estuviese vigilado, y nuestra intención era largarnos si veíamos a alguien con aspecto de detective.

Otro indicio de que Orwell había frecuentado círculos comunistas en París, o al menos simpatizaba con sus ideas, lo facilitó Lucien Bannier, amigo cercano de Nellie Limouzin, tía del escritor, y de su compañero Eugène Lanti. Residentes en París cuando Orwell estuvo en la ciudad, su hogar se convirtió en una especie de refugio para el joven de veinticuatro años. En 1984, durante un programa especial de una radio canadiense dedicado a *Mil novecientos ochenta y cuatro*, Bannier, invitado habitual en el domicilio de Nellie y Adam —así es como llamaban a Lanti—, mencionó en una entrevista que había coincidido con Orwell en varias ocasiones. En una de esas reuniones, recordó que durante una acalorada discusión con Lanti, el joven Orwell había sostenido que «el sistema soviético era el socialismo definitivo». Al parecer, mientras Orwell elogiaba la Revolución Rusa, Lanti, que había pasado varios años en Moscú, se mostraba muy crítico con el régimen soviético.

Llegamos ahora a uno de los episodios más fascinantes de esta trilogía. Se trata del posible encuentro entre dos de los personajes más relevantes de la travesía: Francis Ferry y George Orwell. Vayamos por partes.

Orwell, llegado a la ciudad en la primavera de 1928 con la intención de acumular el máximo de experiencias para convertirse en escritor, se alojó en el Hôtel des Trois Moineaux, el humilde establecimiento ubicado en el número 6 de la Rue du Pot de Fer, en el Distrito V. Ferry, por su parte, llegaría unos meses más tarde, a mediados de agosto, con la misión de cursar un posgrado en ingeniería química en el *École Nationale Supérieure d'Arts et Métiers*, una tapadera mientras aguardaba su admisión en el *École de Guerre*, el verdadero objetivo de su infiltración. Siguiendo las recomendaciones de su superior, se instaló en un pequeño hotel cercano a la Place de l'Odéon, próximo al Boulevard St. Michel, en el Distrito VI. Apenas quince minutos a pie los separaban, nada, un paseíto en el París de 1929. Es probable que cruzaran sus caminos en el Boulevard St. Michel, arteria que separaba ambos distritos. Puede que coincidieran en algunas de las tabernas o lavanderías del Barrio Latino, en una velada literaria en el famoso La Closerie des Lilas o en una fiesta informal en Le Bouillon Pigalle. Quizá se toparon en el andén de la estación de Saint-Marcel, donde Orwell tomaba el metro a diario en dirección al centro. Por su parte, a pesar de que tenía órdenes de mantenerse alejado de los círculos comunistas, Ferry solía recorrer el Barrio Latino, donde, como vimos en el primer tomo de la trilogía, hizo amistad con un grupo de refugiados españoles: Hilario Arlandis, José Silva Martínez y Vicente Arroyo. Al mismo tiempo, se integró en el Comité 1 de Septiembre, un grupo de exiliados húngaros que actuaban bajo los designios de Moscú. Entre sus miembros frecuentó a su viejo amigo Gyula Alpári, quien, en ese momento, era responsable de la edición alemana de *Inprekorr*.

Si aceptamos que Orwell colaboró, o al menos consideró colaborar, con un periódico soviético a cambio de un buen salario —recordemos que su *alter ego* en *Sin blanca en París y Londres* respondió con un «Por supuesto» a la propuesta de unos presuntos agentes soviéticos de escribir artículos para un semanario de Moscú— y asu-

mimos que ese periódico era la versión inglesa del órgano de prensa de la Komintern, el conocido como *International Press Correspondence*, un diario que, aunque editado e impreso en Viena, tenía una sucursal en París, no es descabellado pensar que Orwell y Ferry coincidieran en esa lavandería donde, según su *alter ego*, operaba una secta comunista que pretendía suministrar corresponsales a un periódico soviético. La lavandería que describe Ferry en sus memorias, esa en la que coincidió con Alpári y compañía, se asemeja mucho a la descrita por Orwell en su novela. Además, que los agentes comunistas preguntaran al *alter ego* de Orwell si podía escribir algún artículo sobre deportes encaja perfectamente con una de las misiones asignadas a los agentes bolcheviques a finales de los años veinte, como se detalla ampliamente en el primer tomo de esta trilogía. Esto sugiere que Orwell frecuentó esos ambientes, escuchó sus conversaciones, ya que de otro modo sería difícil que hubiera hecho mención a ese tema en específico.

Si esto es cierto, es muy posible que una de las mentes más críticas del comunismo en el siglo XX haya tenido en algún momento de su vida un vínculo con el movimiento. Prueba de ello son los contactos establecidos en París en 1929, así como su fructífera estancia en Wigan en febrero de 1936, cuando, de la mano de Paddy Grady, el líder comunista local, recibió el apoyo de la gente del NUWM, entidad vinculada al CPGB, para recaudar toda la información necesaria para escribir su libro sobre la clase trabajadora británica. Los informes elaborados por los servicios secretos británicos así lo atestiguan. A modo de ejemplo, el 24 de febrero de 1936, Thomas Pey, jefe de policía de Wigan, informó a sus superiores sobre la participación de Orwell en varios actos organizados por los militantes comunistas locales. Uno de los confidentes, un tal John Duffy, describía a Orwell como «un tipo de unos 36 años, 6 pies, complexión delgada, cara larga y pálida», que, desde el lunes 10 de febrero de 1936, se estaba quedando en un edificio de apartamentos de un barrio obrero. Duffy concluía su informe asegurando que:

> ... un miembro del Partido Comunista local jugó un papel decisivo en la búsqueda de alojamiento para el citado Blair [es muy probable que se refiera al antes citado Joe Kennan]. El día 10, asistió

> a una reunión comunista presidida por Wal Hannington. Por su modo de vida, parecería que es escritor o tiene alguna conexión con el mundo literario, ya que dedica la mayor parte del tiempo a la escritura. También ha recopilado una gran cantidad de datos de ámbito local: número de iglesias, bares, población, etc. y está recibiendo una cantidad inusual de correspondencia. Además de la procedente de Inglaterra, también está recibiendo cartas de Francia; vi, entre ellas, un periódico que parecía ser la contraparte francesa del *Daily Worker*. En vista del vínculo que este hombre ha establecido con el Partido Comunista durante su visita en Wigan, sugiero respetuosamente que se realicen más investigaciones.

La respuesta no se hizo esperar, el 11 de marzo de 1936, otro informante redactó un breve perfil sobre la figura de Orwell (The National Archives, KV 2/2699):

> Poco después de abandonar su puesto en la Policía Imperial de la India, Blair se marchó a Francia y durante algún tiempo se ganó la vida como periodista independiente. Durante su estancia en París, se interesó por las actividades del Partido Comunista Francés y pasó mucho tiempo estudiando *L'Humanité*. No se dispone de información que demuestre si fue un miembro activo del movimiento revolucionario en Francia, pero se sabe que mientras estuvo allí, ofreció su servicio como corresponsal al *Daily Worker*.

El informe seguía de cerca la vida de Orwell durante la primera mitad de los años treinta. Se hacía eco, por ejemplo, de la publicación en 1934 de *Días en Birmania*, editada por Victor Gollancz, a quien calificaba como un «redomado izquierdista». También mencionaba su experiencia como maestro en varias escuelas de Middlesex y su empleo como dependiente en la librería Booklovers Corner, propiedad de Francis Gregory Westrope, de quien se decía que «tenía puntos de vistas socialistas».

El 15 de febrero, a los nueve días de estar inmerso en la vida de la clase trabajadora del norte de Inglaterra, Orwell escribió lo que sigue en su diario:

Acompañado por varios miembros del NUWM me fui de ronda con la intención de recaudar información sobre las condiciones de la vivienda, especialmente en las caravanas. Lo que más me llamó la atención fue la expresión de algunos de los rostros de las mujeres, especialmente las de las caravanas más concurridas. Una mujer tenía el rostro como una calavera, tenía una mirada de miseria y degradación absolutamente intolerables [...]. Sin embargo, todas las personas parecían dar por sentadas estas condiciones. Se les ha prometido casas una y otra vez, pero no han conseguido nada, por lo que han acabado por pensar que tener una casa habitable es algo absolutamente inalcanzable [...]. Al pasar por un callejón lateral horrible y sórdido, vi a una mujer, joven y pálida, con el habitual aspecto cansado y exhausto, arrodillada junto a la alcantarilla de una casa, metiendo un palo en el desagüe de plomo que estaba bloqueado. Pensé en el terrible destino de estar arrodillado en la cuneta de un callejón de Wigan, en medio del frío glacial, metiendo un palo en un desagüe obstruido. En ese momento levantó la mirada, su expresión era más desoladora que nunca; me sorprendió que ella pensara exactamente lo mismo que yo.

Este último pasaje acabó formando parte de *El camino a Wigan Pier*, situando la escena en la mañana que abandonó la ciudad:

El tren me alejó de allí a través del monstruoso paisaje de montones de escoria, chimeneas, canales de agua fétida y caminos de barro ceniciento surcados por las huellas de los zuecos. Estábamos en marzo, pero hacía un frío horrible y por todas partes se acumulaba nieve negruzca. Mientras avanzábamos lentamente por las afueras de la ciudad, dejábamos atrás hilera tras hilera de casuchas grises perpendiculares al terraplén. En la trastienda de una de esas casas, una mujer joven estaba de rodillas sobre las piedras, metiendo un palo en la tubería de plomo del desagüe que iba hasta el fregadero del interior y que supuse estaba atascada. Tuve tiempo para fijarme bien en ella; su delantal de arpillera, sus zuecos deslucidos, sus brazos enrojecidos por el frío. Levantó la mirada al paso del tren, y estuve a punto de cruzarme con su mirada. Tenía el rostro pálido, el típico rostro exhausto de la chica de barrio obrero que tiene veinticinco años y aparenta cuarenta debido a los abortos y al duro trabajo; y ese rostro lucía, durante el instante en que pude verlo, la expresión más triste y desolada que yo haya visto nunca. En ese

> momento me estremeció pensar hasta qué punto nos equivocamos al decir que 'para ellos es distinto que para nosotros' y que la gente que ha crecido en los barrios obreros no puede concebir otra cosa que no sean esos barrios. Porque lo que yo vi en ese rostro no era el sufrimiento ignorante del animal. Ella era bien consciente de lo que le estaba pasando, comprendía tan bien como yo qué terrible destino suponía el tener que estar allí arrodillada con un frío gélido, sobre las piedras húmedas de la trastienda de una casucha, metiendo un palo en un desagüe cegado de mierda.

El 19 de febrero, cuatro días después de que anotase ese pasaje en su diario, apuntó que el NUWM había organizado un evento con la intención de recaudar fondos para la defensa de Ernst Thälmann, el líder comunista alemán que había sido detenido por la Gestapo a principios de marzo de 1933 y que, desde entonces, permanecía privado de libertad:

> Aquella noche el NUWM había organizado un evento para ayudar al Comité de Liberación de Thälmann. Entrada y refrigerio (taza de té y pastel de carne) por 6 peniques. Alrededor de 200 personas, predominantemente mujeres.

El evento de Wigan fue uno de los tantos que se organizaron por todo el continente en defensa de Ernst Thälmann. Los partidos comunistas locales, guiados y asistidos en todo momento por el Socorro Rojo Internacional (SRI), a la vez que exigían la liberación del líder comunista alemán y señalaban las políticas represivas del régimen nazi, promovían la alianza entre las bases obreras, incentivando la unidad de acción entre los partidos y sindicatos antifascistas. Como vimos en el primer tomo de esta trilogía, al igual que pasaba en Wigan, fueron los comunistas, los que, en Barcelona, y a través del Comitè Català pro Esport Popular (CCEP), impulsaron la denominada Copa Thälmann, evento deportivo que, además de homenajear al político alemán, evaluó las capacidades organizativas de la entidad con vistas a la futura celebración de la Olimpiada Popular. De hecho, fue el Comité Ejecutivo de la III Internacional, quien difundió entre sus cuadros una resolución confidencial que animaba a los partidos comunistas

locales a emprender acciones conjuntas con otros partidos de izquierdas, incluso de extracto burgués, con el objeto de enfrentarse a un enemigo común: el Fascismo.

Al día siguiente del acto en favor a Thälmann, Orwell recortó una noticia del *Wigan Examiner* que llamó su atención:

> Multan a hombres por intentar robar carbón
>
> «Este es el lugar donde se han producido numerosos accidentes a causa de hombres desempleados que intentaban subir a vagones en movimiento», dijo el superintendente Duxbury en el Tribunal de Policía del Condado de Wigan, el lunes, cuando tres jóvenes fueron acusados de intentar robar carbón de vagones del tren de la basura en Fir Tree Sidings, Lower Ince. Los detenidos fueron James Baxter, de 421, Warrington-lane, Lower Ince; William Corner, de 819, Heywood-street, Lower Ince; y John William Harris, de 8, Hindley-street, Lower Ince. Todos se declararon culpables. Baxter, que había sido condenado anteriormente, fue multado con 1 libra y los otros dos con 10 chelines cada uno.

Impresionado por la noticia, pidió a Paddy Grady, el líder comunista local, que lo acompañara esa misma tarde a Lower Ince, a las afueras de Wigan. Esto dejaría escrito en su diario tras la visita:

> Esta tarde, junto a Paddy Grady, fuimos a observar cómo los mineros desempleados robaban en el «tren de la basura». Una experiencia de lo más asombrosa. Fuimos por las rutas habituales, a lo largo de la vía férrea que conduce a la mina. En el camino nos encontramos con varios hombres y mujeres que volvían con sacos de carbón robado. Cuando llegamos al gran montón de basura donde descargan los trenes, encontramos a unos cincuenta hombres revolviendo en la basura. Nos indicaron el lugar exacto donde se suben al tren. Cuando llegamos, encontramos no menos de cien hombres, entre ellos algunos muchachos, esperando, cada uno con un saco y un martillo en la mano. En ese momento, el tren apareció doblando la curva a unas veinte millas por hora. Entre cincuenta y setenta hombres corrieron hacia él, se agarraron de los parachoques y se subieron a los vagones [...]. Observé a la gente trabajando hasta que casi vaciaron los vagones. Había más de veinte vagones y cien personas trabajando en ellos. Esto pasa más de una vez al día, por lo

> que es evidente que se roban varias toneladas de combustible al día [...]. Periódicamente se procesa a la gente; de hecho, en el *Examiner* de esta mañana había un informe de tres hombres multados por ello. Pero no se hace ninguna mención de los procesos, y de hecho, uno de los hombres multados estaba allí esta tarde.

Finalmente, diez días después, el 2 de abril, tras visitar otros enclaves del norte de Inglaterra y disfrutar de unos días de descanso en Londres, Orwell y su joven prometida, Eileen O'Shaughnessy, se trasladaron a The Stores, un modesto *cottage* situado en Wallington, cuarenta millas al norte de la *city*, con la intención de echar raíces lejos de la gran ciudad. Allí, con la experiencia aleccionadora de Wigan a cuestas, intentó plasmar por escrito lo vivido. A su vez, trató de revivir sin éxito una pequeña tienda de comestibles en quiebra. Como era de esperar, el emprendimiento fue un absoluto fracaso, pero, según él, le enseñó algunas lecciones sobre el comercio que podrían ser útiles si alguna vez en el futuro decidía aventurarse de nuevo en ese campo.

El 20 de abril, salió publicada *Que no muera la Aspidistra*, obra que le reportaría cierto alivio económico, acompañado, eso sí, de un sinsabor que lo perseguirá el resto de su vida. Muchos años más tarde, el 28 de septiembre de 1946, en una carta enviada al escritor canadiense George Woodcock, manifestaría avergonzado que ese libro «había sido escrito como un estudio y, que, por eso, nunca debía haber sido publicado, pero estaba desesperado por el dinero».

La mañana del 9 de junio de 1936, Orwell y Eileen contrajeron matrimonio en la pequeña iglesia parroquial de Wallington. En The Stores, su dulce morada, el escritor británico pasó una de las etapas más placenteras de su vida. Fue allí donde escribió el manuscrito de *El camino a Wigan Pier*, donde se posicionó de forma definitiva en contra del capitalismo, haciendo pública una crítica feroz a sus precursores, especuladores del suelo y el pan. Más actividades lo mantuvieron entretenido en Wallington: cuidaba su huerto y sus rosales, a los que trataba con especial mimo y atención; alimentaba a sus cabras y a sus gallinas; atendía con una sonrisa en el rostro a los pocos clientes que se dejaban caer por la tienda; y disfrutaba conversando con sus vecinos. Sumergido en ese mundo feliz, le sorprendió el estallido de la Guerra Civil Española. A partir de

entonces, siguió con atención las noticias que le llegaban de España. La experiencia en Wigan lo había transformado por dentro, sentía como brotaba en su interior una necesidad nueva e incontenible: debía hacer todo lo que estuviera en sus manos para mejorar la vida de la clase trabajadora.

Durante el mes de julio, Orwell y Eileen asistieron a la escuela de verano del ILP y, en agosto, a la organizada por la revista *Adelphi*, donde solía colaborar. En esta última, impartió una charla sobre lo experimentado en Wigan que dejó una profunda impresión entre los asistentes socialistas del Independent Socialist Party (ISP), una escisión del ILP; la tituló «An Outsider Sees the Distressed Areas» (en castellano: «Un forastero observa las zonas deprimidas»). Durante las últimas semanas de verano, Orwell no se escondió, compartía sus opiniones sobre la situación en España, manifestando claramente su apoyo a la causa antifascista. Denys King-Farlow, un amigo que solía visitarlo en The Stores, recordaría años más tarde que Orwell hablaba con gran interés de la Guerra Civil Española, y no le sorprendió en absoluto cuando le confesó que planeaba cubrir la contienda como corresponsal de guerra.

En este contexto, a finales de agosto de 1936, veintisiete países europeos firmaron el «Pacto de No Intervención», comprometiéndose a abstenerse de toda injerencia en los asuntos internos de España y prohibiendo la exportación de armas, municiones y material de guerra. En la práctica, este acuerdo implicó abandonar a la República Española a su suerte. Tres de los países firmantes —Alemania, Italia y Portugal— ignoraron sus compromisos y suministraron material bélico a los sublevados. En contraste, las democracias europeas, lideradas por Inglaterra y Francia, se mantuvieron fieles a lo pactado, dando la espalda a la República y condenándola a una más que probable derrota.

El 28 de agosto, un día después de que se cerrara el acuerdo, se reunieron en Roma los jefes de los servicios de inteligencia del ejército alemán e italiano, el almirante Wilhelm Canaris y el general Mario Roatta. La cita tenía como objetivo eludir lo acordado y continuar con los suministros de material bélico a los militares golpistas españoles, algo que influiría decisivamente en el curso de la guerra, inclinando la balanza a su favor.

El gobierno republicano, consciente de lo que se avecinaba, había comenzado días atrás una campaña con la misión de recaudar apoyos en el ámbito internacional. Fruto de esta campaña, el 18 de agosto, Félix Gordón Ordás, embajador español en México, formalizó un pedido de armas a través de una carta dirigida al presidente mexicano Lázaro Cárdenas, solicitando la adquisición de 20.000 fusiles y 20 millones de cartuchos. Cárdenas no se hizo esperar y contestó de forma positiva a la rogatoria. El Magallanes, barco que trajo la carga a España, llegó a Cartagena el 2 de septiembre. No fue mucho, pero llegó en el momento justo y sin condiciones. México fue el único país que respondió con determinación y sin cortapisas a las súplicas de la República.

La actitud de los gobiernos democráticos fue del todo incomprendida por gran parte de sus ciudadanos, sobre todo entre sus clases populares, quienes se volcaron con la República, desplegando una solidaridad sin precedentes en el ámbito internacional. La Guerra Civil Española sería concebida desde entonces, no sólo como un conflicto civil de ámbito exclusivamente local, sino como el campo de batalla en el que se enfrentaba el fascismo contra el antifascismo internacional; el lugar en el mundo donde unos militares reaccionarios, aliados de grandes terratenientes y poderosos capitalistas, pretendían erradicar los derechos conquistados por la clase trabajadora.

Durante los meses de otoño, encontramos a un Orwell plenamente consciente de lo que estaba en juego en la Guerra Civil Española. Tomaba partido en público, mostrándose muy crítico con la postura adoptada por el gobierno de su país, timorato ante el avance imparable del fascismo. El día 8 de diciembre, a punto de terminar su manuscrito, ya tenía renovado el pasaporte.

Dos días después, en una carta dirigida a Leonard Moore, su agente literario, le confirmó su intención de partir hacia España en cuanto acabara «el libro que tenía entre manos». Moore le sugirió que intentara convencer al *Daily Herald* para que lo contratara como corresponsal de guerra, algo que, a pesar de sus intentos, nunca sucedió. Cinco días después, el día 15, tras meses de extenuante dedicación, Orwell envió a su editor el texto definitivo de *El camino a*

*Wigan Pier*. En sus últimas páginas, incluso había mencionado la Guerra Civil Española, refiriéndose a la cruenta Batalla de Madrid. Ya no quedaba nada que lo retuviera en suelo británico. Al fin, había llegado el momento de partir.

Cuatro días después, el 19 de diciembre, Gollancz le envió un telegrama convocándolo a una reunión urgente en Londres para tratar los detalles del lanzamiento de *El camino a Wigan Pier*. La edición del libro iría a cargo del Left Book Club, un proyecto editorial fundado siete meses atrás que operaba como un club de lectura. Tras una apariencia de confluencia izquierdista, se escondía la mano del Partido Comunista de la Gran Bretaña. El líder comunista John Strachey, uno de sus fundadores, marcaría a fuego su línea editorial. Su lema, aparecido en el primer párrafo de sus estatutos, contenía evidentes reminiscencias cominternianas: «... por la paz mundial y contra el fascismo».

## El viaje

La mañana del lunes 21 de diciembre de 1936, un Orwell rebosante de júbilo dejó atrás su fructífera estancia en Wallington y puso rumbo a Londres con la intención de reunirse con Gollancz. Dos días antes, en una carta dirigida a Moore, escribía:

> El lunes estaré disponible si Gollancz quiere verme. Estaré alojándome en el número 24 de Croom's Hill. Mi banco me comunica que aún no les ha llegado la garantía. Me pregunto si esto podría solucionarse lo antes posible, ya que quiero salir de Inglaterra el miércoles como muy tarde. En caso de que esta carta te llegue con retraso, debido a la locura de Navidad, te veré o llamaré el lunes por la mañana.

Orwell se alojó en el domicilio de su cuñado, el cirujano Lawrence O'Shaughnessy. Bajo ese mismo techo, tres años más tarde, pocos días antes de que estallara la II Guerra Mundial, tuvo una profética visión de lo que estaba por venir:

> ... el otro día estaba paseando por Greenwich, y al mirar al río, imaginé una lluvia de bombas cayendo sobre los barcos ...

La decisión del gobierno británico de abandonar a la República Española, condenándola a una derrota inevitable, se volvió en su contra cuando la Alemania nazi invadió Polonia en septiembre de 1939. Orwell lo había advertido en repetidas ocasiones desde que había vuelto de España, pero nadie quiso escucharle.

Regresemos ahora al lunes 21 de diciembre de 1936, cuando Orwell, alojado en casa de cuñado, trataba de lidiar con la impaciencia de partir hacia España. Sin demora, se reunió con Gollancz en su despacho de Henrietta Street, donde discutieron varios pasajes de su nuevo libro y negociaron un anticipo de cien libras esterlinas, una suma suficiente para costear su viaje a España. No obstante, ese dinero no llegó a tiempo, ya que, según confesaría Eileen años más tarde, Orwell había empeñado parte de sus reliquias de plata para poder sufragar el viaje. Además de la cuestión financiera, otra de sus preocupaciones durante su estancia en la ciudad era obtener el respaldo de alguna organización política, partido o sindicato, que le garantizara acceso y apoyo en la caótica y siempre impredecible realidad española. Para ello, contactó a John Strachey, quien, además de ser uno de los impulsores del Left Book Club junto a Gollancz y el marxista Harold Laski, ejercía como secretario del Comité para la Coordinación de Actividades Antifascistas, una entidad patrocinada por el Comité Mundial Contra la Guerra y el Fascismo, herramienta propagandística de la Komintern. Ante la insistencia de Orwell, Strachey lo puso inmediatamente en contacto con Harry Pollitt, líder del CPGB. Así pues, Orwell se reunió con él en la sede central del partido, ubicada al suroeste de Londres, en el número 16 de King's Street. Pollitt aceptó el encuentro a regañadientes, ya que había escuchado de boca de Gollancz y Strachey el trato desfavorable que Orwell había dado a la Unión Soviética en su aún inédito *El camino a Wigan Pier*. Este hecho, sumado a su marcado acento burgués, reforzó los prejuicios de Pollitt sobre la sinceridad de su propuesta. Orwell recordaría la nula disposición del líder comunista para ayudarle en su artículo «Notes on the Spanish militia»:

> ... después de plantearme varios inconvenientes, decide que soy políticamente poco seguro. A su vez, supongo que para quitarme la idea de la cabeza, trata de asustarme hablándome del terrorismo anarquista.

Finalmente, quizás sondeando el terreno que pisaba, Pollitt le preguntó si se uniría a la Brigadas Internacionales. Orwell le contestó que no se podía comprometer a algo «sin ver antes lo que pasaba». Respuesta que conllevó un no definitivo de Pollitt, quien se negó en rotundo a ayudarle. Luego, a última hora, quién sabe por qué, quizás por el testarudo empecinamiento de Orwell, se compadeció de él y le sugirió que acudiera a la Embajada Española en París, donde quizás podrían ayudarle a conseguir un visado, algo que, por otra parte, no necesitaba. Al día siguiente, un tanto decepcionado tras la negativa de Pollit, Orwell puso rumbo a la sede del ILP, ubicada en el número 35 de Saint Bride Street. Allí, tras una charla llena de complicidades con Fenner Brockway, miembro de su comité ejecutivo, este le entregó dos cartas de recomendación que debía entregar a su llegada a Barcelona a los representantes del partido: John MacNair y Jennie Lee. Consciente de su talento narrativo y de la oportunidad que representaba para el partido contar con alguien como él, le sugirió que asumiera el rol de corresponsal del *New Leader*, el órgano de prensa del ILP. Orwell le contestó que lo pensaría.

Philip Mairet, director del *New English Weekly*, el periódico que le publicaría sus primeros artículos al regreso de España, fue otra de las personas que, años después, recordarían haberse topado con Orwell en la víspera de su partida:

> Hacia finales de 1936, Orwell llegó dando fuertes pisadas a mi diminuta oficina de Rawls Court. No cabía duda de que iba vestido para algún tipo de viaje. Puso en el suelo un baúl de viaje fuertemente atado con correas, y dejó caer sobre la silla el peso de su desgarbado cuerpo y dijo: «Me voy a España». «El fascismo, alguien debe detenerlo», me dijo.

Después del breve encuentro con Mairet y Brockway, y con las cartas de recomendación en el bolsillo, Orwell ya no tenía razones para permanecer en Inglaterra. Ni siquiera Eileen, quien lo apoyaba plenamente, fue razón suficiente para detenerlo. El llamado de la causa antifascista era ineludible.

Lo más probable es que la mañana del miércoles 23 de diciembre, o tal vez el jueves 24, un día después de anunciar a su familia su intención de partir hacia España, Orwell tomara un tren hacia la costa para embarcarse en un ferry rumbo al continente. No viajaba solo; decenas de voluntarios anónimos lo acompañaban, todos impulsados por la misma fiebre que sacudía a Europa: la solidaridad internacional antifascista.

Esos hombres y mujeres eran los mejores exponentes de la última generación romántica, personas que no podían quedarse con los brazos cruzados ante la amenaza fascista. Como diría el poeta británico Stephen Spender, eran «tipos sensibles, auténticos y románticos, que, por su simple existencia, en lugar de perder la fe en el ser humano, la fortalecían».

En el caso de Orwell, además del profundo deseo de detener al fascismo, había también en su interior una fuerza que lo impulsaba a hacer prevalecer la verdad por encima de la impostura en el mundo, seña de identidad de su personalidad. Este impulso, que lo obsesionó de manera desmesurada a lo largo de su vida, saldría a relucir años más tarde cuando le preguntaron por qué motivo partió hacia España:

> Qué pudo traerme hasta aquí [España] si no la búsqueda de la verdad, explicar lo que veían mis ojos, lo que oían mis oídos, lo que sentían mis manos al estrechar las manos de un hombre, un hombre a pie de calle.

Esta razón insoslayable, emergía también en *¿Por qué escribo?*, uno de sus ensayos más recordados:

> Escribo porque hay una mentira que quiero exponer, un hecho sobre el cual quiero llamar la atención.

La verdad como meta irrenunciable en su lucha diaria, la verdad del hombre frente a las mentiras del poder, este mantra fue convirtiéndose en el motor de su vida. El mismo compromiso que lo llevó a escribir *Homenaje a Cataluña*, *Mil Novecientos Ochenta y Cuatro* y *Rebelión en la granja*, tres de sus obras más memorables, donde la verdad ocupa el centro de su narrativa.

Regresemos ahora al viaje que lo trajo a Barcelona. Como mencionamos anteriormente, es muy probable que, la tarde del miércoles 23, Orwell abordara un ferry de la línea Newhaven-Dieppe con destino al continente. Me atrevo a ser tan preciso con el recorrido porque veinte días después, Charles Doran, un voluntario escocés del contingente del ILP, un grupo de voluntarios que había sido organizado por el mismo Fenner, realizaría ese mencionado trayecto. El propio Doran, meses más tarde, en un artículo aparecido en el *Worker's Free Press* y titulado «With the Workers' Militias in Spain», relataría los pasos del recorrido:

> El 10 de enero pasado, acompañé a España a un pequeño grupo de hombres, más tarde conocidos como el contingente ILP. Había viajado toda la noche desde Glasgow. Al llegar a Londres, me reuní con los que serían mis compañeros de armas. No lo tuvimos fácil, el gobierno británico estaba haciendo uso de sus influencias para que nuestra partida fuera ilegal. En eso fallaron. Partimos a toda velocidad hacia Francia, donde nos esperaban con los brazos abiertos y el puño en alto. Desde Dieppe a París y desde París a la frontera española cruzamos el país galo de manera dramática, siempre con el temor acuciante de ser detenidos.

Al igual que Charles Doran, Orwell llegó al puerto francés de Dieppe con la certeza absoluta de estar haciendo lo correcto. Tres horas más tarde, se apeaba de un tren en la Estación de Saint-Lazare, en el Distrito VIII, al norte de París. Pisaba la ciudad después de varios años de ausencia. En esta ocasión, sin embargo, al contrario de su última estancia, dominada por la depresión y el fracaso, llegaba provisto de una energía renovada, tan electrizante como avasalladora, la propia de un escritor reconocido, que comenzaba a

saborear el éxito. Atrás quedaba el autor anónimo y desconocido al que le rechazaban los manuscritos, ese que malvivía a base de sopas y hierbas secas. Quizás por eso, para demostrarle a la vida sus logros, se dirigió al número 6 de la Rue du Pot de Fer, donde aún se erguía el modesto hotel en el que, en 1929, había escrito de madrugada aquellas humillantes cartas a las editoriales, rogándoles que le devolvieran sus textos para así poder presentarlos a otro editor y darles, según decía, una segunda oportunidad. Puede que se acercara también al número 14 de la Avenue Corbère, donde apenas ocho años atrás había pasado tardes memorables con su excéntrica tía Nellie y su compañero Adam, el bohemio y estrafalario Eugène Lanti, fundador de la organización esperantista Sennacieca Asocio Tutmonda, con quien mantuvo estimulantes debates sobre política y fraternidad universal, y quien, quizás, fue el auspiciador de su antiestalinismo. De haber estado allí —Lanti había abandonado Francia el 11 de junio de 1936— seguro le habría animado a embarcarse en esa aventura romántica que estaba a punto de iniciar, incluso, quizás, se le habría unido. Puede que, como ferviente antiestalinista, le habría advertido del peligro que corría la Revolución Española si caía en manos de los agentes de la Komintern, esos fanáticos contrarrevolucionarios, que, en su opinión, «se dedicaban a encarcelar y matar a los que se atrevían a poner en práctica la genuina Revolución». Es posible que ante la imposibilidad de llevar a cabo ese reencuentro —su tía Nellie también había abandonado París unos días antes—, se limitara a fantasear con él, imaginando sus palabras de aliento para emprender aún con más ganas que nunca su particular camino hacia Ítaca. Lo único que sabemos con certeza, sin embargo, es que, en esa víspera de Navidad de 1936, siguiendo la recomendación de Harry Pollitt y sus amigos del ILP, Orwell se dirigió a la legación diplomática española para obtener unos documentos que, en realidad, nunca le serían requeridos. Horas más tarde, tras padecer en primera persona la experiencia traumática de lidiar con el funcionariado español, puso rumbo al número 18 de la Rue Villa Seurat, en el Distrito XIV, donde le esperaba el escritor estadounidense Henry Miller. Acompañado de otro escritor que no tenía el gusto de conocer, el austríaco Alfred Perlès, su admirado Henry Miller le abrió las puertas de su casa. Años más tarde, Perlès

registraría ese encuentro triangular en su obra *My Friend Henry Miller*:

> ... Orwell comunica a Miller su intención de ir a España para «matar fascistas» y le echa un sermón acerca de la necesidad imperiosa y el deber moral de los escritores de sumarse a la lucha armada contra el fascismo, dadas las circunstancias. Probablemente alarmado y preocupado por la integridad física de su colega, Miller intenta sacarle esas ideas de *boy-scout* de la cabeza y procura hacerle entender que difícilmente su acción individual pueda cambiar el curso fatal de la historia. Miller, con franqueza, le da su opinión: «Ir a España en este momento es una estupidez». Orwell insiste. Miller se rinde, obsequiándole con un abrigo de pana como su «contribución personal a la causa de la República Española».

Al parecer, ante la insistencia de Miller para que Orwell cambiara de idea, y según lo relatado por Perlès, este le contestó:

> ... donde los derechos de un pueblo y la mera existencia de un pueblo entero están en juego, eludir el sacrificio de uno mismo no es una posibilidad.

Un abismo los separaba. Orwell, profundamente comprometido con la causa de la clase trabajadora, veía en la lucha en España una misión trascendental, clave para el futuro de la humanidad. Por su parte, Miller, un conformista consumado, estimaba como absurda la sola idea de involucrarse en el conflicto. A pesar de este marcado choque ideológico, Orwell no permitió que la opinión de su admirado Miller lo afectara; tenía muy claro cuál era su misión, y no iba a dar un paso atrás hasta conseguirlo.

Finalmente, después de una larga espera, la tarde-noche del 25 de diciembre, Orwell tomó un tren en la Gare d'Austerlitz destino a Barcelona. Atrás quedaba la plácida vida de Wallington, la comodidad de la campiña británica, con sus flores y jardines perfectos. Se alejaba del aburrimiento plomizo de una rutina sin envistes, predecible y molesta. Por delante le esperaba lo desconocido, la guerra, quizás la muerte. Estaba dispuesto a jugársela, no tenía otra opción.

# II. Un sueño que se apaga

Fotografía tomada en el patio de armas de la Caserna Lenin en el verano de 1936 y publicada en *La Commune*, órgano de la fracción molinierista. En ella aparecen retratados los voluntarios de la «Columna Internacional Lenin». Es una foto grupal, presidida por dos estandartes de la unidad, donde podemos identificar a varios de los milicianos extranjeros de primera hora. En el margen izquierdo de la imagen, vestida con el típico mono azul utilizado por clase trabajadora, aparece la británica Mary Low. A su lado, tostado por el sol, posa su compañero, el cubano Juan Breá. Un poco más a su derecha, sosteniendo el estandarte, aparece el italiano Enrico Russo, nombrado capitán de la unidad. Abajo a la derecha, un grupo de voluntarios belgas sostienen un ejemplar de *L'Action socialiste révolutionnaire*, órgano de prensa del Parti socialiste révolutionnaire (PSR).

# II

## Indicios del fin

A mediados de noviembre de 1936, un mes antes de que llegara Orwell a Barcelona, el profesor estadounidense Lois Orr, por entonces trabajando para el Comisariado de Propaganda de la Generalitat, describiría así el ambiente de la ciudad en una carta dirigida a sus padres:

> Querida familia, desde el primer día que llegamos a Barcelona la ciudad ha mantenido un aspecto extremadamente burgués. Las mujeres pasean por las calles con sus abrigos de piel y los hombres alardean de zapatos y chaquetas caras. ¿Dónde han quedado esos monos azules de ayer [indumentaria típica de la clase trabajadora]? ¿Dónde? Al fin llegó nuestro dinero y aproveché para comprarme un mono y una chaqueta, pero de camino del hotel a la tienda me di cuenta de que las mujeres habían dejado de llevar esas prendas y desistí. He encontrado trabajo en la Generalitat, donde la gente viste más elegante, especialmente las mujeres. Hace tres semanas, mi amigo Juan Breá hizo que su esposa Mary [Low] dejase de llevar su mono y sus pantalones de clase obrera. Las cosas están cambiando.

Sí, las cosas estaban cambiando. Esa ciudad proletarizada que había asombrado al mundo, volvía de nuevo a su orden natural, ese que establecía la distinción entre clases y géneros, imponiendo de nuevo el «usted» frente al «tú» y donde las propinas volvían a proliferar a su antojo. Esa vuelta a la normalidad, fue especialmente bien descrita por la pareja formada por el cubano Juan Breá y la británica Mary Low en un libro elaborado a cuatro manos titulado *Red Spanish Notebook: The First Six Months of the Revolution and the Civil War*. Escrita en caliente tras su huida precipitada de la ciudad a finales de diciembre de 1936, cuando estaban siendo acosados por

agentes estalinistas, se convirtió en un referente para los que comenzaban a denunciar la persecución azuzada por la Komintern:

> ... Todo el mundo había ido abandonando de manera gradual el uniforme de miliciano porque se había convertido en el uniforme del ejército regular que se estaba formando, y nosotros no habíamos ido a luchar en un ejército burgués. La mayoría de los miembros de la columna internacional que habían tomado Estrecho Quinto y Montearagón ya eran leyenda, habían vuelto a Barcelona a ocuparse de quehaceres políticos o a no hacer nada, porque no se les autorizaba a hacer gran cosa.

En un corto periodo de tiempo, entre una o dos semanas, Breá fue detenido en dos ocasiones por agentes de policía al servicio de Moscú. Su vida corría peligro, lo sentía en el ambiente. Meses más tarde, a salvo en Praga, su compañera Mary relataría cómo John McNair, el máximo responsable del ILP en Barcelona, les había rogado entre lágrimas que no respondieran a las calumnias que los estalinistas lanzaban cada noche desde los micrófonos radiofónicos. Les suplicaba que no cayeran en sus provocaciones, que hicieran oídos sordos. Pero era imposible; la Revolución se les escurría entre los dedos y sabían perfectamente quiénes eran los responsables.

El 17 de diciembre, condicionada por la brutal presión desplegada por la Komintern, la Generalitat formó un nuevo gobierno integrado por una mayoría de representantes de Esquerra Republicana de Catalunya (ERC) y el Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC). Josep Tarradellas, seguía reteniendo la consejería de Hacienda, Artemi Aiguader, conservaba la consejería de Seguridad, y Antoni Maria Sbert, controlaba la cartera de Cultura, los tres de Esquerra. Por su parte, los anarquistas continuaban manteniendo Industria, Defensa y Sanidad, pero perdían Abastos, que pasaba a estar bajo control de Joan Comorera, del PSUC. El gran perjudicado en esta renovación fue el antiestalinista Partit Obrer d'Unificació Marxista (POUM), ya que su único representante en el gobierno, el maestro y traductor Andreu Nin, titular de Justicia, fue substituido por Rafael Vidiella, también del PSUC.

Un día antes de que se anunciaran los nombramientos, representantes del POUM se atrevieron a defender en una reunión plenaria del gobierno la necesidad de fortalecer el proceso revolucionario con el lema: «Guerra en el frente y Revolución socialista en la retaguardia». Esta postura acabaría sellando su definitivo ostracismo en la escena política catalana.

Nueve días después, en la mañana del 26 de diciembre de 1936, un tren cargado de voluntarios extranjeros afrontaba la última curva antes de llegar al andén de la Estación de Francia. Ocho años más tarde de ese momento inolvidable, George Orwell, uno de los voluntarios que viajaba en el interior de uno de los vagones, narraría el trayecto que lo llevó de París a Barcelona en la revista *Tribune* (a 15 de septiembre de 1944):

> Aquella noche partí para España. El tren, que era de los lentos, estaba atestado de checos, alemanes, franceses, todos unidos por la misma misión. Por todo el tren se repetía la misma expresión, con el acento de todos los idiomas de Europa: «là bas» —allá abajo—. Mi vagón de tercera clase estaba repleto de alemanes jovencísimos, rubios, desnutridos y vestidos con una ropa de una ordinariez increíble que descendían en bandada en todas las paradas y apeaderos para comprar vino barato embotellado y luego caían dormidos formando una pirámide en el suelo del vagón [...]. Por la mañana, mientras cruzábamos el Mediodía, todos los agricultores que trabajaban en los campos se volvían, se ponían firmes y solemnes y nos hacían el saludo antifascista.

La mañana de su llegada, a escasos trescientos metros de distancia de la Estación de Francia, en la por entonces Plaza de la República, hoy Plaza Sant Jaume, tuvo lugar una concentración de mujeres que protestaban por la escasez de pan. A día siguiente, *La Vanguardia* cubrió lo sucedido:

> Alrededor de las once de la mañana de ayer, comenzaron a formarse en la Plaza de la República nutridos grupos de mujeres que llegaron a ser muy numerosos. Se lamentaban de no haber podido adquirir pan en los turnos abiertos en las tahonas. En los grupos se inició un grito que en seguida se hizo general: «¡Menos Comités y

> más pan!» «¡Qué gobierne un Gobierno: el de la Generalitat!». Hubo diversas oradoras espontáneas y finalmente se designó una Comisión de mujeres que se dirigió a la Presidencia de la Generalitat para dar cuenta al Presidente de los motivos de la manifestación.

El grito de «¡Menos Comités y más pan! ¡Qué gobierne un Gobierno: el de la Generalitat!», que según lo relatado por el periodista de *La Vanguardia* era del todo unánime, reflejaba, más allá de la carestía típica de un país en guerra, el conflicto latente entre contrarrevolucionarios y revolucionarios, o lo que es lo mismo, entre los partidarios del gobierno de la Generalitat y los que aún luchaban por una Revolución que se iba disipando con el paso de los días. Es decir, aquel grito de «¡Menos Comités y más pan!» no era más que un ataque directo a los militantes revolucionarios y a la duplicidad de poderes.

La anarquista Confederación Nacional del Trabajo (CNT), predominante en el Comité de Milicias Antifascistas hasta su disolución el 27 de septiembre, había formado parte desde entonces del gobierno de la Generalitat, manteniendo su cuota de poder con tres carteras: Sanidad, Abastos y Economia. A partir de ese momento, la CNT había intentado ejercer como contrapoder frente a Esquerra y los comunistas del PSUC, administrando las áreas mencionadas para preservar las conquistas de la Revolución. Sin embargo, esa situación estaba a punto de cambiar. En este contexto de tira y afloja entre revolucionarios y contrarrevolucionarios, a principios de enero, Joan Comorera, secretario general del PSUC, fue nombrado consejero de Abastos en sustitución del anarquista Josep Juan. Días después, inmersos de lleno en la crisis del pan, *Solidaridad Obrera*, órgano de prensa de la CNT, señalaba al recién nombrado consejero como el verdadero responsable del desabastecimiento que sufría la ciudad, insinuando que la protesta había sido orquestada por los comunistas:

> ¿Qué se persigue al organizar manifestaciones de mujeres, a las cuales se provee de pancartas especialmente hechas para la ocasión, contra sectores que en otro momento mostraron su afán leal de colaboración? Y decimos esto porque delegaciones del Sindicato de la Alimentación y del Sindicato del Transporte se personaron en

nombre de estos para ofrecer su ayuda al actual consejero de Abastos, Joan Comorera, tal como lo habían hecho con el consejero anterior. El nombrado, aceptó y agradeció, pero hasta el día de hoy no ha apelado a esta colaboración tan necesaria.

Esta escasez, difundida ampliamente por la prensa, dejó una honda huella en los recuerdos de Orwell, inmortalizándolos meses después en *Homenaje a Cataluña*:

> El pan era casi inexistente. En esos días las colas para conseguir pan alcanzaban a menudo cientos de metros. Sin embargo, por lo que se podía juzgar, hasta ese momento la gente se mantenía contenta y esperanzada. No había desocupación y el costo de la vida seguía siendo extremadamente bajo.

Dos semanas después, el 6 de enero de 1937, Mahlon F. Perkins, cónsul estadounidense, enviaba un informe a sus superiores relatando las movilizaciones que recorrían la ciudad en protesta por la escasez del pan:

> Hace dos semanas hubo problemas severos en el suministro de pan en gran parte de Cataluña. Se pudieron ver largas colas, en su mayoría compuestas por mujeres y niños, apostadas en las puertas de las panaderías. Informo además de que, en muchos casos, estas colas comenzaron a formarse a partir de las tres de la madrugada. A pesar de la insistencia popular, la distribución no comenzó a tener lugar hasta varias horas más tarde.

Ese mismo día, Agnes Hodgson, enfermera australiana, confirmaba en su diario los problemas de abastecimiento:

> ... Hay muchas protestas por las colas del pan. La gente espera durante horas, desde las 3 de la mañana hasta bien entrada la tarde. Hay familias enteras puestas en fila, y algunos burgueses mezquinos envían a sus criadas. Dos de ellos fueron arrestados después de que una sirvienta los denunciara por oír por radio la misa dominical del Vaticano, pero los pusieron en libertad por falta de pruebas.

Durante el mes de diciembre, las cosas estaban volviendo poco a poco a la normalidad. La marea de milicianos que se agolpaban al comienzo de la contienda frente a las sedes de los partidos y sindicatos para alistarse, había dado paso a los reclutamientos forzosos. Nada tenía que ver con aquella Barcelona que describiera un mes antes el periodista holandés Pierre Van Passen, corresponsal del *Toronto Star*, afirmando que era «una ciudad tranquila, con comida abundante, en la que destacaba su ambiente de camaradería universal donde todos eran iguales y nada parecía tener precio».

El mismo día que Orwell puso sus pies por primera vez en Barcelona, el refugiado italiano Amilos Fricio, descrito por *La Vanguardia* como «un vagabundo asiduo de la Rambla de Santa Mónica», pasó a disposición del tribunal popular «por haber vuelto del frente sin permiso». La Barcelona que Orwell describiría meses más tarde como una «ciudad sin clases» estaba ya muy lejos de serlo. A principios del mes de diciembre, por ejemplo, Mary Low se lamentaba del aspecto cambiante de la ciudad, hablaba ya de «la vuelta de la etiqueta burguesa en el vestir». Mary, quien trabajaba en la sección inglesa del POUM, relataría en *Red Spanish Notebook* los cambios que se estaban produciendo en la ciudad:

> Casi todos los hombres empezaron a llevar de nuevo corbata. Los uniformes habían desaparecido prácticamente de las calles. Cada día se veían más mujeres vestidas con elegancia en todas partes.

Esta descripción de Mary Low contrastaba enormemente con esa euforia revolucionaria que emanaba del relato de Orwell en *Homenaje a Cataluña*:

> El aspecto de la muchedumbre era lo que más extrañeza me causaba. Parecía una ciudad en la que las clases adineradas habían dejado de existir. Con la excepción de un escaso número de mujeres y de extranjeros, no había gente «bien vestida»; casi todo el mundo llevaba tosca ropa de trabajo, o bien monos azules o alguna variante del uniforme miliciano.

También el 26, día de su llegada, el joven escocés Bob Smillie, integrante del equipo del ILP en Barcelona, denunciaba en una carta dirigida a su padre Alex, que los estalinistas, a pesar de contar con menos afiliados que el POUM, trataban de copar todas las carteras del gobierno. Apuntaba que la crisis que vivía últimamente la Generalitat era fruto de sus presiones, amparadas en el control exhaustivo que ejercían sobre los suministros soviéticos. Añadía además que la oposición de la CNT era más bien tímida y oportunista, y recalcaba que la única manera de mantener con vida a la Revolución era a través de una coalición entre el POUM y la CNT-FAI.

Al día siguiente, el domingo 27 de diciembre, *La Batalla*, órgano de prensa del POUM, anunciaba en portada un mitin programado para esa misma tarde en la sala Olympia. Insistía en la importancia del acto, ya que en el contexto que se encontraban, constantemente acosados e injuriados por las fuerzas que ellos consideraban contrarrevolucionarias —especificaba PSUC y ERC—, era fundamental que las bases demostraran su apoyo a la organización:

> Hoy se celebra en la Sala Olympia, el gran mitin organizado por nuestro Partido, para fijar su posición ante todos los problemas que la clase trabajadora española tiene planteados en la Revolución. El POUM no oculta nunca su pensamiento ni pretende recular el avance de las conquistas proletarias. Precisamente por ello, el acto tendrá una suma trascendencia [...]. Contra el POUM se ha desatado una campaña que tiene por exclusiva finalidad, no combatir sólo a sus hombres más representativos, sino oponerse a los avances revolucionarios del proletariado. Se están preparando las condiciones para que del ataque periodístico y verbal se pase a etapas superiores de mayor violencia. Porque conocemos estos propósitos nos hemos apresurado a hacerlos públicos; no queremos que en ningún momento nos quepa la menor responsabilidad en la iniciativa que puedan adoptar nuestros adversarios.

A la mañana siguiente, Juan Breá y Mary Low, hostigados por los estalinistas, decidieron abandonar Barcelona. Tras una corta estancia en París, pusieron rumbo a Praga, donde establecieron rápidamente contacto con los surrealistas checos. En un apartamen-

to a la orilla del río Moldava, firmaron dos obras a cuatro manos, la anteriormente citada *Red Spanish Notebook* y *La saison des flûtes*, una colección de poemas publicada por Editions Surrealistes.

El 6 de enero de 1937, una semana después de su partida, desde las páginas de *The Spanish Revolution*, órgano de prensa del POUM en lengua inglesa, los excompañeros de Mary le rindieron un sentido homenaje:

> El personal del *The Spanish Revolution* y del Secretariado Internacional del POUM expresan su revolucionaria estima a la camarada Mary Breá [Low], la editora saliente de este periódico. El boletín en inglés del POUM fue una idea suya idea, trabajó hasta altas horas de la noche, sin la ayuda de nadie, para que fuera posible. También consiguió el dinero necesario para llevarlo a cabo. Durante los últimos dos meses ha ocupado un puesto en la Comisaría de Propaganda de la Generalitat, al mismo tiempo que seguía dirigiendo este boletín y colaboraba con la Radio del POUM. Es del sacrificio incansable de tales camaradas donde nace el mundo nuevo.

Tiempo después de la partida de Low y Breá, el periodista austriaco Franz Borkenau señalaría en *El reñidero español* el declive revolucionario que se estaba produciendo en la ciudad:

> ... ni barricadas en las calles; ni coches cubiertos con las iniciales revolucionarias de los sindicatos; ni obreros vestidos de paisano con rifles al hombro; de hecho, muy pocos hombres armados.

Así pues, la Barcelona que pisa Orwell a finales de diciembre de 1936 está muy lejos de ser aquella mítica ciudad sin clases que rememoraría meses después en *Homenaje a Cataluña*. Sin embargo, si te esforzabas, si estabas predispuesto a ello, como él lo estaba, aún se podía intuir ese ardor revolucionario que él, y tantos otros, habían venido a buscar.

Orwell llegó a Barcelona con la misma intención con la que había desembarcado en Wigan meses atrás, llevaba consigo la misma sensibilidad y el mismo sentido de solidaridad. Venía dispuesto a desenmascarar a los explotadores y empatizar con los más débiles,

haciéndolo desde la proximidad y la honestidad más absoluta. Como él mismo dejó escrito:

> Había venido a España con la vaga idea de escribir artículos periodísticos pero me uní a las milicias casi de inmediato, porque ante esas circunstancias parecía ser la única actitud concebible.

Por ello, una vez en España, decidió marchar al frente en lugar de quedarse en la retaguardia, a diferencia de otros corresponsales de guerra que buscaban aventuras y reconocimiento, como Ernest Hemingway o Cedric Salter. Al contrario que ellos, Orwell quería conocer la verdad a pie de calle, sin filtros ni intermediarios, tal como lo había hecho anteriormente en París, Londres y Wigan. Esta insaciable voluntad de conocer los hechos de primera mano fue rápidamente percibida por Josep Coll, uno de sus compañeros de la 29ª División:

> ... Se podía ver inmediatamente que sentía el mismo placer que un niño al observar. Su mirada fija de introvertido no constituía un obstáculo, ya que podía establecer pronto una calurosa relación. La mayoría de los milicianos eran jóvenes y alegres, como los describió él mismo, y ninguno de ellos pudo imaginar que aquel extranjero de piernas largas, que debía de andar a gatas en las trincheras mientras los demás andaban normalmente, era un intelectual, un escritor que notaba todos los detalles de su entorno, y notablemente los trazos psicológicos de los seres humanos con los que compartía su vida con toda camaradería [...]. Orwell había venido a tomar parte en los combates, sin querer significarse, ya que no era un aventurero en busca de honores y condecoraciones. Durante todo el tiempo que pasó en el frente, no dejó nunca las trincheras, salvo una vez que fue herido y otra por un corto permiso, por lo que se entiende que nunca buscó entrar en contacto con la jerarquía militar, con los hombres políticos o con los periodistas, que se podían encontrar en las divisiones más o menos alejadas de las primeras líneas.

## A pesar de todo, una Barcelona irresistible

Desde su retiro en Wallington, durante las últimas semanas del verano de 1936, Orwell fue formándose una idea clara de lo que estaba ocurriendo en España. A través de lo que escuchaba en la radio y leía en la prensa, así como de las noticias que le traían los amigos que iban a cuentagotas a visitarlo, fue construyendo su opinión y acrecentando su deseo de estar allí, de ser uno más de los miles de voluntarios europeos que atravesaban clandestinamente los Pirineos para unirse a la causa antifascista. Se organizaba para recibir la mayor cantidad de periódicos posible, tanto nacionales como extranjeros, especialmente franceses y estadounidenses. Entre ellos, algunos defendían abiertamente la causa republicana, como el *News Chronicle* y el *Manchester Guardian*; otros intentaban mantener la neutralidad, como *The Times* y *The Daily Telegraph*; y algunos se mostraban a favor de los golpistas, como *The Observer* y, especialmente, el *Daily Mail*.

De septiembre a diciembre de 1936, mientras la Revolución se iba apagando lentamente, diluyéndose como un azucarillo, Orwell, aposentado en la paz inabarcable de Wallington, veía cómo se iba acrecentando su deseo de partir hacia España. Esa voluntad se tornaba a menudo insoportable, imposible de contener. Le ocurría cuando leía ensimismado los relatos de aquellos corresponsales de guerra que explicaban con una mezcla de admiración e incredulidad los logros de una clase trabajadora a la que, hasta hacía bien poco, no le había prestado demasiada atención. Desde su escritorio, tratando de comprender lo que había vivido en Wigan meses atrás y calibrando la magnitud de aquella insoportable injusticia, tomaba consciencia de los efectos devastadores del sistema capitalista. «Vivimos en un mundo en el que nadie es libre, en el que nadie está seguro, en el que es casi imposible ser honrado y seguir viviendo», dejaría escrito en *El camino a Wigan Pier*. Puede que fuera entonces, azuzado por un fuego interior que pretendía arrasarlo todo, cuando su deseo de partir hacia España cobraba más sentido que nunca.

*

Sábado, 26 de diciembre de 1936, Barcelona, Estación de Francia. Es mediodía. Una hilera de caballos se amontona en los alrededores de la estación dificultando el paso de los transeúntes. De las calles adyacentes, se abren paso vendedores ambulantes al grito de «*¡Cigars! ¡Fruits secs!*». Un joven ofrece periódicos del día anterior al grito de: «¡La victoria se acerca!». Un hombre alto, de penetrantes ojos azules, avanza a duras penas con las botas al hombro y un diccionario en la mano. Con el cuerpo encogido, se deja arrastrar por la corriente, lastimado por un viaje en tren tan devastador como lleno de esperanza.

Entra en el vestíbulo de la estación empujado por la multitud que le rodea. Con una visión privilegiada, planeando por encima de las cabezas, intuye la palabra «Salida» en lo alto de la Sala de Espera. Atropellado por la muchedumbre, se deja llevar hasta la calle. A trompicones, pone por primera vez los pies en Barcelona. Una grata satisfacción le embarga. Imaginad a un tipo enjuto, de aspecto quijotesco, con el rostro surcado por un sinfín de arrugas que desembocan en un bigote perfilado, cuidado con esmero, imaginadlo levemente encorvado, caminando con los ojos bien abiertos en una ciudad ansiada, deseada con determinación en los últimos meses, un lugar que, según alardeaban en la prensa, estaba en manos de la clase trabajadora, y eso, precisamente, esa mítica ciudad sin clases, es lo que había venido a buscar. Aquel hombre de ojos azul celeste y expresión absorta, que deambula a trompicones por la salida de la Estación de Francia, no es otro que George Orwell.

Pero, ¿qué aspecto tenía en aquel invierno de 1936? Para Mulcolm Muggeridge, miembro del partido laborista con quien se había topado poco antes de partir hacia España:

> ... [tenía] el rostro alargado, nariz corva y distinguida, orejas más bien grandes, la barbilla prominente y una frente surcada por arrugas profundas, pero por encima de lo físico, resaltaba su personalidad excéntrica: la meticulosidad con que liaba los cigarrillos, su risa torpe, su expresión angustiada y su disposición benévola.

Cyril Connolly, confidente y colega, añadiría a esta descripción su vena seductora:

> Aparecía con su aspecto demacrado y desgreñado, desharrapado, distante, y causaba un efecto mágico.

Frederic Warburg, su editor tras Gollancz, confirmaría su aspecto descuidado:

> Era muy alto, con penetrantes ojos azules, rostro huesudo y frente prominente. Una indumentaria desaliñada y no demasiado limpia, cubría su complexión delgada, lastimosamente delgada.

En este mediodía denso, casi irrespirable, que invitaba a buscar refugio, Orwell descubrió en Barcelona la mítica ciudad proletaria que tanto anhelaba. Un hombre de casi metro ochenta, desgarbado y maltrecho, que había cambiado sin darse cuenta el confort de la campiña inglesa por el fango español, recorría las calles en busca de aquella ciudad de la que todo el mundo hablaba. Y lo que encontró, aunque distase mucho de lo que había sido, seguía siendo admirable.

Orwell, como tantos otros, había venido a buscar la sonrisa recién conquistada de la admirada clase trabajadora española. Esa sonrisa franca y rotunda que había visto una y mil veces en la prensa y en los carteles propagandísticos que inundaban Europa, imágenes magníficamente resueltas en las que aparecían jóvenes obreros alentando a sus camaradas del norte a alistarse, a unirse a los batallones que iban al frente como quien va a una fiesta.

Orwell buscó esa sonrisa por todas partes, y no cabe duda de que la encontró. Sus ganas se sobreponían a la realidad, al estado de las cosas. Así fue como intuyó la estela de una Revolución ya diluida, devorada por sí misma, pero Revolución al fin y al cabo. Aunque todavía no lo sabía, había llegado al lugar que marcaría un punto de inflexión en su vida y en su carrera: el año cero de su producción literaria y de su compromiso político.

Meses más tarde, desde su retiro en Wallington, describiría en *Homenaje a Cataluña* las primeras impresiones que le había dejado

aquella ciudad convertida ya en mito para miles de voluntarios extranjeros:

> A quien se encontrara allí desde el comienzo probablemente le parecería, incluso en diciembre o en enero, que el periodo revolucionario estaba tocando a su fin; pero viniendo directamente de Inglaterra, el aspecto de Barcelona resultaba sorprendente e irresistible. Por primera vez en mi vida, me encontraba en una ciudad donde la clase trabajadora llevaba las riendas.

Aquel frío y soleado mediodía de invierno, Orwell se encaminó hacia el centro con la firme intención de llegar cuanto antes a las oficinas del ILP. Con el mar a su izquierda, recorrió el Paseo de Colón dando grandes zancadas, moviendo su cuerpo maltrecho, desacompasado. Puede que a la altura del monumento de Colón, que seguro le había servido como referente, tumbó a la derecha y se topó por primera vez con las Ramblas. Inmerso en el trajín del paseo, se sorprendió al sentir la energía electrizante que desprendía. Una lengua desconocida ametrallaba sus oídos, una lengua que nada tenía que ver con el diccionario que llevaba en el bolsillo, percutida con ahínco por unos hablantes apasionados, que agitaban sus brazos mientras arrojan por su boca palabras incomprensibles, dejándolo absorto, completamente perdido.

Quieto, paralizado en el corazón de la Rambla de Santa Mónica, es posible que Orwell alzara la vista e identificara la sede del Comité Local del POUM, situado a unos treinta metros a su izquierda. Una gran lona con las siglas del partido guiaba sus pasos. Situada justo enfrente del Hotel Falcón, al otro lado de las Ramblas, puede que preguntara a los centinelas que escoltaban la entrada sobre los responsables del partido. Tras la espera reglamentaria, Enric Adroher, dirigente del POUM y encargado de la organización del Hotel Falcón y las Casernas Lenin, le mostró el camino hacia las oficinas del ILP, situadas mucho más arriba, en el número 8 de la Rambla de los Estudios. El gigante británico tomó aire y se adentró en el ajetreo del bulevar más famoso y concurrido de la ciudad. Una inmensa marea de gente lo envolvía, avanzando en todas direcciones, a un

lado y a otro, como un torrente arrollador. Allí mismo, puede que apostado en uno de aquellos árboles recios, de clara imprenta mediterránea, tuvo su primer contacto con la realidad. Una especie de temblor lo sacudió por dentro. Andaba como hipnotizado a través de ese túnel imaginario que formaban las ramas de los árboles, dejándose llevar por esa masa compacta de hombres y mujeres que avanzaban y retrocedían sin razón aparente. Lo primero que llamó su atención, como dejó indicado en *Homenaje a Cataluña*, fueron los rótulos de las tiendas donde se podía leer: «Tomadas por la...», seguida del nombre de alguna de las organizaciones obreras: CNT, POUM o PSUC. De las fachadas de los edificios asomaban pintadas espontáneas que hacían referencia a la lucha de los trabajadores y en contra del capitalismo y el privilegio de la oligarquía. En las ventanas y balcones, ondeaban las banderas rojas o rojinegras de los anarquistas. En el aire, flotaba atronador el estruendo de los altavoces. La gente corriente, agrupada bajo los árboles, con las caras levemente levantadas hacia las voces guturales que salían propulsadas desde la copa de los plataneros, permanecían quietos y expectantes para escuchar las novedades del frente.

En una carta firmada por Jason Gurney, voluntario inglés llegado a Barcelona pocos días antes de que lo hiciera Orwell, leemos unas primeras impresiones que se asemejan mucho a las que pudo haber sentido Orwell en su primer día en la ciudad. Decía así:

> ... lo que más me emociona es el espléndido sentimiento de optimismo; la certeza de que todo lo que no está bien en la sociedad se va a rehacer de nuevo, construyendo en el camino un mundo de igualdad y libertades universales.

Aquella mañana, durante su paseo por las Ramblas, un encandilado Orwell, como antes le pasó a Gurney y a otros tantos, tenía la impresión de que la ciudad que pisaba estaba en manos de la clase trabajadora. A pesar de que el fervor revolucionario estaba ya extinto, recordaría meses más tarde, sumergido en la escritura de *Homenaje a Cataluña*, que nadie se había dirigido a él con la típica terminología burguesa, el «usted», «don» o «señor». Según sus palabras, la gente le trataba de «camarada» o de «tú», y luego, con

una sonrisa en el rostro, desaparecían diciendo un «¡Salud!» sonoro con el puño en alto, en lugar del habitual «Adiós» o «Hasta luego». No hay duda de que para un inglés como él, exalumno de Eton y miembro indiscutible de la clase privilegiada británica, Barcelona era una ciudad donde las clases dominantes habían dejado de existir.

Orwell relataría que durante aquellos primeros días en Barcelona no se veía gente trajeada por las calles. En su opinión, predominaban «los monos azules y los pantalones de pana», típica indumentaria de la clase trabajadora, y que, asimismo, la burguesía había desaparecido por completo de las calles. Pero eso, en el mes de diciembre, y pese a su deseo irrefrenable, era tan solo una quimera, o, mejor dicho, una ensoñación. Y aun así, a pesar de aquel evidente enamoramiento en el que estaba inmerso, no escatimó esfuerzos en describir las cosas que, en su opinión, no estaban del todo bien, señalando que la mayoría de los edificios estaban en ruinas y denunciando que escaseaban los alimentos de primera necesidad, pero, en la que, a pesar de todo, y siguiendo con su enamoramiento, la gente corriente seguía esperanzada.

Turbado y excitado al mismo tiempo, como un niño con un juguete nuevo, Orwell continúa su paseo de reconocimiento. Grupos de milicianos pasaban en volandas junto a él, cruzando animosamente las calles, mostrando orgullosamente sus insignias en la solapa. La gente se arremolinaba ante las casetas alienadas bajo los árboles a ambos lados del paseo, donde se vendía y recompraba cualquier cosa, sobre todo artículos de inspiración revolucionaria. En primer lugar, estaban las ancianas, sentadas con las rodillas completamente separadas, vociferando gangas y oportunidades. Se trataba en su mayoría de golosinas y frutos secos, aunque vendían también libros usados. Junto a ellas, se colocaban tipos que copaban el pavimento con sus zapatos blancos y sus pañuelos estampados con la hoz y el martillo. Estaban también los puestos de los vendedores de insignias, en sus mesas alargadas se podían comprar grandes escudos plateados con la estrella roja, lienzos partidos en diagonal con los colores anarquistas, banderas de Cataluña o símbolos de los partidos de izquierdas. Junto a ellos se encontraban los vendedores de tabaco, los reyes de las Ramblas, y es que durante la estancia de Orwell en Barcelona, el tabaco se convirtió en una

moneda de cambio muy corriente, a veces más valiosa incluso que la peseta, moneda de curso oficial.

Tras recorrer el paseo de sur a norte, todavía borracho del entusiasmo que le había acompañado desde que abandonara París un día antes, un Orwell en estado hipnótico se topó con la diputada Jennie Lee, representante del ILP en Barcelona. Años más tarde, el 23 de junio de 1950, pocos días después del fallecimiento de Orwell, Jennie Lee inmortalizaría aquel encuentro en una carta enviada a su amiga Margaret M. Goalby:

> Durante el primer año de la Guerra Civil Española, estaba yo sentada con unos amigos en una terraza de un hotel en Barcelona cuando se acercó a la mesa un hombre alto y delgado, de aspecto fascinado. Me preguntó si yo era Jennie Lee y que, en ese caso, le dijera, por favor, adónde debía ir para alistarse. Dijo que era escritor, que Gollancz le había dado un anticipo por un libro [100 libras por los derechos de autor de *El camino a Wigan Pier*] y que llegaba dispuesto a conducir un vehículo o hacer lo que fuera, preferiblemente combatir en primera línea [...]. Me desarmó cuando me señaló las botas que llevaba al hombro. Sabía que no podría conseguirlas de su tamaño, ya que medía más de un metro ochenta. Era George Orwell y había llegado con sus botas para combatir en España.

Tras el fugaz encuentro con Jennie Lee, Orwell alcanzó las oficinas del ILP, sitas en la 4ª planta del número 8 de las Rambla de los Estudios. Por entonces, el ILP contaba en Barcelona con un equipo estable de cuatro personas: John McNair, Bob Smillie, Ted Fletcher y la aristócrata Sybil Wingate. Aún bajo los efectos narcóticos de su primera inmersión revolucionaria y después de sortear con un español macarrónico al centinela que vigilaba el acceso, se coló en las oficinas con la intención de entregar cuanto antes las cartas de recomendación que llevaba encima.

El estadounidense Charles Orr, editor de *The Spanish Revolution* y ayudante de John McNair, lo recibió en la antesala de su escritorio. Los párrafos que presento a continuación forman parte de un escrito firmado por Orr en 1984, aparecido años después en el libro *Letters from Barcelona*:

Una mañana de diciembre de 1936, alrededor de las 10 a.m. hora española, estaba trabajando en mi oficina en el edificio administrativo del POUM, sito en las Ramblas de Barcelona, cuando un miliciano vestido con mono azul y pañuelo rojo se presentó en mi despacho resoplando tras subir a pie las cuatro plantas que nos separaban de la recepción.

El ascensor, como siempre, llevaba colgado el letrero de: «No funciona». El miliciano era uno de los guardias destinados al control de acceso y tenía como tarea revisar a cualquier extraño que entrara por la puerta principal.

Me informó que había un inglés en la recepción que no hablaba ni catalán ni español. Quería ver a mi jefe, John McNair. Éste había salido esa misma mañana, por lo que bajé a ver quién era ese inglés y qué quería.

Allí mismo lo conocí, se trataba del voluntario Eric Arthur Blair. Alto, desgarbado y con aspecto fascinado, acababa de llegar de Londres esa misma mañana. Había venido para alistarse como voluntario a la causa antifascista. Lo invité a entrar y escalamos juntos la larga escalinata de regreso a la cuarta planta.

Exhausto y emocionado, tras pasar un día y una noche en un tren repleto de voluntarios extranjeros, tenía muy presente la idea de alistarse, pero aún no sabía en qué milicia debía hacerlo. Un conocido de Inglaterra le había aconsejado que antes de llevar a cabo el alistamiento debía contactar con John McNair en Barcelona.

Al principio no lo tomé muy en serio, era un extranjero más que venía a ayudar, uno como tantos otros. No tenía perfil de militante. Aparentemente inocente, parecía predispuesto a enrolarse de inmediato sin importarle unidad y partido.

Afortunadamente, pensé, había caído en nuestras manos antes de caer bajo control comunista.

A pesar de todo me cayó bien. Era franco y entusiasta. Desprendía una inocencia que enternecía. Yo también había pasado por las mismas circunstancias al llegar a Barcelona. Las cosas habían cambiado mucho desde entonces. Otro punto en común era que ambos hablábamos francés. Le pregunté cómo lo había aprendido y me estuvo contando sus aventuras por París, donde se las arregló para vivir trabajando de ayudante de cocina. Seguramente había mucho más de lo que indicaba aquella primera impresión. Me dijo que era escritor. Semanas más tarde, estando él en el frente, averigüé que escribía bajo el seudónimo de George Orwell.

Dos eventos importantes en los últimos días cambiaron la vida de Eric Blair para siempre. Primero logró llegar a España para poner su vida en juego por la causa antifascista. Después, como me explicó orgullosamente, su manuscrito *El camino a Wigan Pier* había sido aceptado por la Left Book Club para su publicación. Supo de estas buenas noticias justo antes de que abandonara Londres. Por lo que Eric llegó a España como un hombre diferente.

Pasé con él una hora o dos esperando el regreso de John McNair. Emocionado de haber llegado a España, se abrió conmigo por primera y última vez durante su estancia en España.

Recuerdo que hablamos de su vida en París y la profunda impronta que dejó en él. Todo aquello parecía confirmar lo que sugerían los críticos literarios.

Aunque Orwell fuera su seudónimo y el nombre con el que alcanzaría la fama mundial, para nosotros era tan sólo Eric. Y más formalmente el camarada Eric Blair.

Finalmente, a primera hora de la tarde del 26 de diciembre de 1936, John McNair recibió a Orwell en su despacho. McNair inmortalizaría este encuentro en una especie de memorias tituladas *Spanish Diary* y publicadas en 1979 por el Greater Manchester Branch of Independent Labour Publications:

Una tarde a finales de diciembre de 1936, un guardia del edificio del Comité Ejecutivo del POUM se asomó a la puerta de mi despacho y anunció la llegada de un voluntario:

Guardia del POUM: —¡Ahí fuera hay un inglés enorme que quiere verte!

Un segundo después, George Orwell cruzaba el marco de la puerta. Se presentó hablando con un acento marcadamente burgués:

Orwell: —Estoy buscando a un tipo llamado McNair. Tengo un par de cartas para él.

Al principio, su acento despertó mis prejuicios de clase y le repliqué cortante:

McNair: —Yo soy el tipo al que buscas.

Seguidamente me entregó las cartas. Una venía firmada por Fenner Brockway, la otra por H.N. Braislford, ambos amigos míos. Tras echar un primer vistazo a las cartas, descubrí que el tipo que tenía enfrente era George Orwell, el autor de varios libros que había leído apasionadamente.

McNair: —¿En qué puedo ayudarte? —le pregunté.

Orwell: —He venido a España por dos razones. La primera, para ayudar activamente a los republicanos, y la segunda, para recopilar material con la intención de escribir un libro sobre la rebelión fascista.

McNair: —¿Cuándo dices activamente, te refieres como soldado?

Orwell: —Sí, adquirí un poco de experiencia en Birmania, donde serví como policía imperial. Por lo que sé usar un fusil.

Le dije que recordaba ese pasaje de la lectura de *Días en Birmania*. Él sonrió y desde ese momento la conversación se suavizó.

Orwell tomó nota de mi descripción de las milicias y me habló de su voluntad de escribir sobre ellas. Le sugerí la posibilidad de utilizar las oficinas del ILP como su cuartel general. Entonces me insinuó que aquello era algo secundario, que lo principal y más importante era la lucha contra el fascismo. Quería cuanto antes alistarse en la milicia.

Le dije que al día siguiente iniciaría los trámites y lo acompañaría a las Casernas Lenin, donde tendría lugar su instrucción. Orwell me contestó:

Orwell: —¿Por qué no ahora?

McNair: —¡Cuánta impaciencia! Bueno, de acuerdo, vayamos ahora —dije sonriendo.

Esa misma tarde nos presentamos en la Caserna Lenin.

Al concluir la entrevista, McNair acompañó a Orwell al cuartel del POUM, la bautizada como Caserna Lenin, antiguo cuartel de caballería situado en entre los números 106 y 110 de la calle Tarragona. Allí, durante más de una semana, recibiría la instrucción militar obligatoria.

En aquel entonces, cuando la fraternidad del proletariado parecía una certeza inquebrantable desde la perspectiva de un naif e ilusionado Orwell, resultaba inconcebible imaginar que apenas dos meses antes de su llegada, Alexander Orlov, jefe de la NKVD en España, había informado a sus superiores que, si lo deseaban, el POUM —el partido al que Orwell estaba vinculado para luchar en España— «podría ser liquidado fácilmente». De hecho, el 16 de diciembre, diez días antes de que el escritor británico pisara por primera vez Barcelona, el periódico ruso *Pravda*, órgano oficial del Partido Comunista de la Unión Soviética, sostenía que las purgas

violentas contra los adversarios políticos eran el único camino hacia la victoria:

> En Cataluña la eliminación de los trotskistas y de los anarcosindicalistas ha comenzado ya, y será llevada a cabo con la misma energía que en la URSS.

El plan que promovía la destrucción de los enemigos políticos de la III Internacional en suelo español, había comenzado a fraguarse en Moscú durante la mañana del 14 de septiembre de 1936, cuando Guénrij Grigórievich Yagoda, jefe de la NKVD desde su fundación, convocó una reunión urgente en el número 11 de la calle Ulitsa Bol'shaya Lubyanka, sede de su cuartel general. Entre los presentes se encontraban: el general Uritaky, del Estado Mayor del Ejército Rojo; Mijáil Frinovsky, Jefe de las Fuerzas Militares de la NKVD; y Sloulsky, jefe del departamento extranjero de la policía secreta soviética. En el transcurso de esa reunión, se decidió enviar a España a un nuevo representante. El elegido fue un agente respetado y con mucha experiencia: el bielorruso Alexander Orlov, nacido Leiba Leyzerovich Feldbin. Tras hacerse firme la decisión, el húngaro Enro Gëro, hasta ese momento responsable de la inteligencia soviética en España, pasó al segundo escalón de la estructura parapolicial estalinista.

Ocho días después, el 22 de septiembre, Vittorio Codovilla, agente de la Komintern en suelo español, enviaba un informe a sus superiores poniéndoles al día sobre la situación. En su análisis se desprendía ya la estrategia contrarrevolucionaria de los soviéticos [RGASPI. F. 495. Op. 20. D. 270. L. 13-51]:

> ... Después de la rebelión fascista, nuestro partido hizo un llamamiento de unidad. En ese momento, era necesario movilizarse en torno a un gobierno legítimo que todas las organizaciones de trabajadores debían apoyar [...]. Ahora es necesario organizar la policía sobre la base de un verdadero ejército, disciplinado y con mando único. Es necesario controlar a cada miembro de la milicia obrera, averiguar qué habilidades tiene, para que, si es necesario, asuma posición de liderazgo. Necesitamos disciplina [...]. No podemos conti-

> nuar más la lucha con una economía desorganizada. Ahora es necesario crear una organización económica, de lo contrario nos robarán todo y nos encontraremos en una situación difícil. El otro día, por ejemplo, el gobierno catalán emitió un decreto sobre la nacionalización de la industria, sobre la colectivización de la tierra, etc. Nosotros luchamos en contra de esta posición con mucha habilidad. Dijimos que ahora no era el momento de tales acontecimientos, que era necesario establecer control sobre la producción, y no nacionalizar ni socializarlo, y nos hicieron caso.

Estas últimas palabras desprendían, sin ninguna duda, la postura contrarrevolucionaria de la Komintern, dispuesta a todo para ponerle fin.

## El Italiano

No fue casualidad que George Orwell eligiera comenzar *Homenaje a Cataluña* con el encuentro casual con el miliciano italiano, un encuentro que, sin saberlo, lo acompañaría el resto de su vida. Aquella escena, entre todas las experiencias vividas en España, era la que mejor reflejaba lo acontecido. Recordemos ese momento:

> Era un joven de veinticinco o veintiséis años, de aspecto rudo, cabello amarillo rojizo y hombros poderosos. Su gorra de visera de cuero estaba fieramente inclinada sobre un ojo. Lo veía de perfil, la barbilla contra el pecho, contemplando con expresión de desconcierto el mapa que uno de los oficiales había desplegado sobre la mesa. Algo en su rostro me conmovió profundamente: era el rostro de un hombre capaz de matar y de dar su vida por un amigo, la clase de rostro que uno esperaría encontrar en un anarquista, aunque casi con seguridad era comunista. Había a la vez candor y ferocidad en él, y también la conmovedora reverencia que los individuos ignorantes sienten hacia aquellos que suponen superiores.

No fue la última vez que Orwell evocó aquel encuentro; de hecho, el miliciano italiano reaparecería con frecuencia en sus textos, desde artículos y ensayos hasta entrevistas radiofónicas. Como una consecuencia inevitable de su experiencia en España, el

rudo miliciano italiano asomaba a través de las grietas de la Historia, lo hacía como un símbolo, una especie de fantasma que brotaba entre las sombras para exigir su legado. Una de las primeras ocasiones que lo nombró en público fue poco después de la publicación de *Homenaje a Cataluña*, en otoño de 1939, cuando, aún con los recuerdos frescos de la Guerra Civil Española, le rindió homenaje a través de una poesía:

> ... Buena suerte, soldado italiano,
> aunque el valor no la precise.
> ¿Qué te ha dado el mundo hasta ahora?
> Menos de lo que tú le diste ...

A pesar de las múltiples veces que Orwell citó al miliciano italiano, es posible que no haya existido jamás. Puede que haya sido un simple recurso literario para homenajear a los que, como él, vinieron a España para frenar al fascismo. Es posible también que fuera una artimaña, un simple juego para atrapar al lector. Aunque, al mismo tiempo, también existe la posibilidad de que sí haya existido. Porque si no, cómo es posible que en 1942, en su ensayo *Recuerdos de la Guerra Civil en España*, le dedicara nuevamente los últimos pasajes del ensayo:

> Pero lo que vi en tu cara,
> ningún poder podrá borrar:
> ninguna explosión de bomba
> destruye el espíritu cristalino.

Pero, entonces, si existió, ¿quién fue? ¿De quién asomaba ese espíritu cristalino? ¿De qué cuerpo brotaba? ¿Quién pudo haber sido ese miliciano italiano desconocido? Para dar respuesta a estas preguntas y otras tantas, deberemos rastrear las decenas de voluntarios italianos que lucharon en las filas del POUM durante la Guerra Civil Española, que no son pocos.

De procedencia ideológica diversa, en sus filas podemos encontrar desde maximalistas, bordiguistas, marxistas-leninistas, socialis-

tas y hasta algún que otro anarquista. Casi todos estos voluntarios italianos llegaron a Barcelona desde diversos puntos de la geografía europea, París, Bruselas, Amberes, Ámsterdam, Marsella, ciudades donde se habían instalado huyendo de la represión fascista a lo largo de los años veinte y treinta. Carlo Rosselli, uno de aquellos exiliados, residente en París desde 1929, recordaría años más tarde el impacto que supuso el estallido de la Guerra Civil Española para esta comunidad de exiliados antifascistas:

> Por todas partes y en todos los rincones te encontrabas con voluntarios italianos, hombres que, habiendo perdido su libertad en su propia patria, comenzaron a reconquistarla en España, rifle en mano. Sabemos que los dictadores pasan y que las personas permanecen. Fue con esta secreta esperanza con la que llegamos a España. Hoy aquí, mañana en Italia, pensábamos.

Luigi Bolgiani, natural de Bernareggio, residente en París desde 1934, fue otro de los refugiados italianos que llegaron a Barcelona desoyendo las llamadas de prudencia del Comité Ejecutivo de su partido:

> Partimos de la estación parisina de Gare d'Austerlitz, y después de un largo viaje, llegamos a la frontera franco-española de Perpiñán, donde fuimos recibidos por el Comité de Defensa de la Revolución Española Antifascista. Allí nos hicieron entrega de un pequeño documento mecanografiado con un sello impreso del mencionado Comité en el que decía: «Orden de dejar pasar, deben trasladarse a Barcelona». Acompañado de camaradas anarcosindicalistas españoles, cruzamos el túnel que conectaba Francia con España, y llegamos a Portbou, un encantador pueblo costero que estaba en manos de milicianos de la FAI y la CNT. ¡Fue un encuentro excepcional! Luego, recorrimos en tren la Costa Brava hasta que finalmente llegamos a Barcelona, donde el alzamiento militar había sido aplastado. En el puerto, al día siguiente, pudimos ver al barco alemán Bremen, anclado en el muelle con la esvástica ondeando en la popa y numerosos agentes nazis asomados. La capital catalana tenía aún visibles las huellas de las recientes batallas contra el enemigo fascista.

Es muy probable que nuestro voluntario italiano cruzara la frontera española por sus propios medios, haciendo uso de las múltiples redes de apoyo impulsadas por los refugiados antifascistas, resiguiendo tal vez el camino que antes que él hubiese recorrido algún camarada con el que previamente había mantenido contacto. Es probable también que lo hiciera tarde, meses después de que estallase la guerra, ya que el propio Orwell sitúa el encuentro a finales de diciembre, un día antes de que iniciase la obligada instrucción militar:

> En los Cuarteles Lenin de Barcelona, el día antes de ingresar en la milicia, vi a un miliciano italiano de pie frente a la mesa de los oficiales.

Pero también cabe la posibilidad de que hubiera llegado antes, durante los meses de verano, al igual que la mayoría de los voluntarios italianos. En ese caso, tras la imposición del decreto de militarización forzosa a mediados de octubre, podría haber optado por unirse al POUM, el partido que, a pesar de las advertencias, aún intentaba preservar el espíritu antimilitarista entre sus filas. Si consideramos la segunda opción, que parece la más probable, es posible que, al llegar a Barcelona, se instalara en el Hotel Falcón o en cualquiera de los alojamientos gestionados por el POUM: la Pensión Parisien, el Hostal Bas, el Hotel Victoria, la Fonda Obrera La Bisbal o el Hotel Lince. También podría haber optado por alguno de los pisos francos ocupados por muchos de los refugiados antifascistas residentes en la ciudad antes de la guerra. Es también plausible que el italiano no hubiera ido a la Caserna Lenin para recibir instrucción; de hecho, Orwell menciona claramente que no volvió a verlo más. Esto sugiere que, tras estrecharle la mano, el italiano pudo haber desaparecido sin dejar rastro, ya sea porque se dirigió al frente al día siguiente o porque tenía una intención que Orwell desconocía. Puede que nuestro hombre fuera Giuseppe Bogoni, alias «Martini», máximo responsable en Barcelona del Buró Internacional de la Juventud Revolucionaria y secretario de las juventudes del Partito Socialista Italiano (corriente maximalista), alguien que solía visitar con asiduidad la instrucción de los jóvenes de

la Joventut Comunista Ibèrica (JCI), con quien Orwell hizo la formación. Pero, esto es tan sólo una posibilidad, una débil conjetura sin mucho recorrido. No obstante, esta hipótesis, que sugiere que el italiano se había acercado a la Caserna Lenin con otra intención, se alinea perfectamente con la idea de que había llegado a Barcelona meses antes, al inicio de la guerra. En ese caso, ya habría completado la instrucción necesaria al momento del encuentro. Es posible que, tras pasar varios meses en el frente y quizás debido al descontento causado por el decreto de militarización forzosa dictado por el gobierno republicano, decidiera regresar a Barcelona. Este retorno, cabe destacar, era un fenómeno común entre los voluntarios revolucionarios que se oponían a la línea marcada por la III Internacional, recordemos, «mando único y Estado Mayor central».

Al examinar el perfil de los voluntarios italianos, observé que la mayoría eran hombres solteros de mediana edad con una larga trayectoria de militancia. Se trataba de individuos experimentados en la lucha antifascista, tanto en Italia como en el exilio, en países como Bélgica, Francia y Holanda, que arrastraban el peso de años de activismo. Si asumimos que nuestro hombre encajaba en este perfil, no sería descabellado considerar que pudiera ser uno de esos voluntarios italianos de primera hora que se unieron a la Columna Internacional Lenin. Pero, ¿cuándo y por qué se creó esta unidad? ¿Quiénes la componían?

Una de las corrientes ideológicas más representadas entre los voluntarios italianos de la Guerra Civil Española, fue la bordiguista. Tendencia marxista derivada de las tesis defendidas por Amadeo Bordiga, comunista italiano cercano ideológicamente a León Trotski. Como ya dije, casi todos los voluntarios italianos de la primera hornada provenían del exilio francés o belga, y acudían a España de la mano de las organizaciones de la izquierda italiana asentadas en el exterior, entre ellas, claro está, el movimiento bordiguista. Según la tesis del historiador Agustín Guillamón, a raíz del Golpe Militar del 19 de julio, la Fracción de izquierda del PCd'I, una organización política constituida en París a iniciativa de algunos comunistas italianos exiliados en Francia y Bélgica, valoró una moción de uno de sus miembros, el revolucionario anticapitalista Piero Corradi, que proponía la intervención en España con la

intención de acelerar el proceso revolucionario del proletariado a escala europea. Algo, y esto es importante apuntarlo, que trastocaba de lleno los planes de Moscú, y por ende, de la mayoría de los partidos comunistas ortodoxos nacionales.

El sábado 1 de agosto de 1936, diez días después del inicio de la sublevación militar en España, se celebró una reunión en la casa de Ottorino Perrone, director de la mencionada Fracción, para abordar la cuestión de Corradi. Un topo a sueldo de la policía secreta italiana relató en un informe lo ocurrido:

> Sábado, 1 de agosto. Los trotskistas se han reunido en casa de Ottorino Perrone. Han intervenido Russo, Verdaro, Romanelli, Borzacchi, Consonni, Giovanni, di Andrea y otros. Discusión sobre los sensacionales acontecimientos de España y el mejor modo de intervenir en ayuda de los camaradas comprometidos en una lucha a vida o muerte contra el fascismo. Se ha comunicado una invitación lanzada por los trotskistas italianos residentes en Francia para enrolarse en legiones revolucionarias que deberán atravesar los Pirineos. Verdaro y Perrone se han declarado contrarios a estos alistamientos. Russo, Romanelli, Borzacchi, Atti y Consonni favorables. No se me dice las razones de estas posiciones opuestas. Hasta el momento sólo Enrico Russo y Duilio Romanelli se han enrolado y parece ser que ya han marchado a España.

Otro encuentro celebrado a principios de septiembre, esta vez en la *Maison du Peuple* de Anderlecht, puso de manifiesto la impaciencia de los asistentes por no poder ir a España. Domenico Ribanelli, contrario a la intervención en la guerra española, trató de calmarlos recordándoles la disciplina de partido, insistiendo en que si se marchaban dejarían al descubierto «el frente belga». A pesar de las advertencias de los dirigentes, muchos militantes de base decidieron de forma individual emprender el camino hacia España. No podían quedarse con los brazos cruzados ante la amenaza fascista. Las provocaciones de los regímenes de Hitler y Mussolini amenazaban la paz del continente, la guerra de España suponía una oportunidad para hacerles frente.

El 18 de agosto, Enrico Russo y Bruno Zecchini, partidarios de la intervención, partieron hacia Barcelona. Días después, les

seguiría el resto: Emilio Lionello, Francesco Fortini, Renato Pace, Giussepe Morini, entre otros. Tras pasar por el cuartel del Bruc, ahora bautizado como Bakunin, se mudaron a la Caserna Lenin, antiguo cuartel de caballería que había sido designado al POUM por el Comité de Milicias Antifascistas. Fue precisamente allí, entre las paredes del cuartel, cuando poco después, y bajo la supervisión de Nicola di Bartolomeo, alias «Fosco», se crearía la Columna Internacional Lenin (CIL), columna militar integrada por voluntarios extranjeros de varias nacionalidades que contaba entre sus filas con veinticinco bordiguistas y veintitantos trotskistas, haciendo un total de poco más de cincuenta voluntarios.

En la página que da comienzo a este capítulo tenéis una fotografía tomada en el patio de armas de la Caserna Lenin en el verano de 1936 y publicada en *La Commune*, órgano de la fracción molinierista, donde aparecen retratados los voluntarios de la CIL. Es una foto grupal, presidida por dos estandartes de la unidad, donde podemos identificar a varios de los milicianos extranjeros de primera hora. A la izquierda de la fotografía, vestida con el típico mono azul utilizado por la clase trabajadora, asoma la británica Mary Low. A su lado, tostado por el sol, posa su compañero Juan Breá. Un poco más a su derecha, sosteniendo el estandarte, aparece el italiano Enrico Russo, nombrado capitán de la unidad. Si observamos detenidamente la imagen y nos concentramos en el gesto de los milicianos, prestando especial atención a esa actitud abiertamente desafiante que destilan, resulta mucho más fácil comprender los acontecimientos que siguieron a la sublevación militar y los efectos transformadores que estos provocaron en sus protagonistas. No cabe duda de que era la actitud de alguien que había presenciado cómo, de un día para otro, la clase obrera había tomado el control de la ciudad, el aplomo de alguien que había observado con sus propios ojos el desmoronamiento de la autoridad burguesa, sustituida por el ímpetu y la determinación de su propia clase. Ahora, incrédulos, posaban en el patio de armas de una fortaleza militar.

El 23 de agosto, siete días antes de que la Columna Internacional Lenin partiera hacia el frente, el grupo de la Fracción de izquierda del PCd'I favorable a la intervención en España, consciente de que

el Comité Ejecutivo del partido no los reconocía, y ante una posible exclusión, redactó una nota reivindicativa para hacer pública su postura:

> Los camaradas de la fracción italiana de la izquierda comunista se han unido a las filas de la milicia obrera para apoyar al proletariado español en la grandiosa lucha contra la burguesía. Estamos a su lado dispuestos a hacer cualquier sacrificio por el triunfo de la revolución. Durante largos años de militancia, luchas y exilio, tuvimos una doble experiencia: la de la reacción fascista que arrojó al proletariado italiano a una situación desesperada, y la de la degeneración del Partido Comunista que crucificó ideológicamente a las masas. Sin embargo, el problema de la revolución no puede encontrar solución si la masa no escapa a la influencia de la III Internacional. Esperemos que el desarrollo de los hechos actuales podrá crear en España y en otros lugares el partido de la Revolución. La vanguardia existente dentro del POUM tiene ante sí una gran tarea y una responsabilidad extrema. Partimos al frente de batalla en la columna internacional de milicias del POUM, impulsados por un ideal político común a estos heroicos y magníficos trabajadores españoles: el ideal de luchar hasta el último suspiro, no para salvar a la burguesía en ruinas, sino para destruir en sus raíces todas las formas de poder burgués y hacen triunfar la Revolución Proletaria. Para que los esfuerzos de todos nosotros no sean en vano, la vanguardia revolucionaria del POUM debe lograr superar las vacilaciones finales y emprender decididamente el camino del Octubre español. Hoy, tendrá que elegir entre el apoyo directo o involuntario a la burguesía o una alianza con los trabajadores revolucionarios de todo el mundo. ¡Viva la Milicia Obrera! ¡Viva la Revolución!

Finalmente, el 30 de agosto, la Columna Internacional Lenin, encuadrada en la Tercera Columna del POUM, partió hacia el frente de Aragón. Entre sus integrantes encontramos a voluntarios de varias nacionalidades adscritos a fracciones ideológicas diversas: bordiguistas, piveristas, maximalistas o trotskistas. Los italianos son mayoría: Mario Traverso, Bruno Sereni, Duilio Balduini, Virginia Gervasini, Mario Fusero, Cristofano Salvini, Bruno Sereni, Domenico Sedran, Mario Bramati, Placido Mangraviti, Piero

Milano, Gildo Belfiore, Costante Mengoni, Renato Pace, Bruno Zecchini, Emilio Lionello, Nicola Di Bartolomeo, Giuseppe Morini, Guido Lionello, Pietro Fancelli, etc.

El propio Pietro Fancelli, maximalista italiano llegado a Barcelona a principios de agosto y alojado en el primer piso del Hotel Falcón, fue uno de ellos. Esta es la última carta que le escribió a su hermana antes de partir hacia el frente:

14 de agosto de 1936

Querida hermana, es un placer ponerte al día de las cosas que aquí están sucediendo. No te puedes imaginar la alegría que siento al encontrarme entre una multitud que tiene los mismos ideales que yo, con los que a diario marcho de la mano. En este momento estoy en Barcelona, concretamente en el Hotel Falcón. Vamos a permanecer aquí durante unos pocos días, pero ninguno de nosotros sabe cuántos. En cualquier caso, estamos viviendo momentos inolvidables. Estoy un poco incómodo con la comida, aunque es algo que debo remediar. Después de todo la gran alegría que siento por estar aquí, hace que me olvide de estas tonterías. Hermana, debes tratar poco a poco de hacer entender a nuestra madre todo lo que esto significa. Trata de animarla y decirle que estamos luchando por la victoria del pueblo español, que es al mismo tiempo una victoria para el proletariado internacional.

Aquí en Barcelona, la gente está tranquila, como si nada hubiera pasado. Sólo nosotros, los milicianos, tenemos permiso para marchar armados. Por las calles se pueden ver pasar a miles de vehículos pintados con las siglas de los partidos y sindicatos obreros que garantizan el suministro de alimentos a la población.

En Cataluña todo está en manos del gobierno proletario. Como te dije, estamos esperando la orden de marchar hacia Zaragoza, una posición clave para el triunfo de la República. No voy a detenerme más en esto, prometo enviarte una carta antes de partir hacia el frente. Me detengo aquí, te envío saludos y besos. Te ruego que transmitas a nuestra madre los saludos más sinceros de su inolvidable hijo Pierre. Saluda también a Lucía.

Mi dirección es la siguiente: Pierre Fancelli, Hotel Falcón, Las Ramblas 5, Barcelona, España.

Si por casualidad ves a Carlini, dile —si aún no se ha marchado— que venga a través de Giustizia e Libertà, que como dijo Tortora,

> proveerá de todos los gastos. Cuantos más maximalistas vengan mejor. Ah, y no te olvides de enviar saludos a Castello y a todos mis compañeros.

Tras pasar cinco semanas en el frente, la CIL regresó a Barcelona con un permiso de ocho días. Durante su estancia en la ciudad, un tema recurrente en las conversaciones de los milicianos fue la militarización forzosa propuesta por la III Internacional, la cual, según decían, debía entrar en vigor el 20 de octubre.

Unos días antes, preocupados por las posibles consecuencias de esta iniciativa, como era el caso de la pérdida de autonomía en el ámbito político y militar, convocaron una asamblea para abordar el asunto. Los bordiguistas, mayoría en el grupo internacional, decidieron en masa retirarse de las milicias y seguir trabajando en el terreno social. Una minoría, liderada por «Fosco», decidió orientar su actividad en la estructura orgánica del POUM. Para tener una idea clara de lo que estaba sucediendo en los entresijos de la CIL durante esos días inciertos, quien mejor que el historiador Andy Durgan en su artículo «With the POUM International volunteers on the Aragon Front (1936-1937)»:

> Después de las garantías dadas a la dirección del POUM de que el decreto no se aplicaría a Cataluña, los milicianos de la CIL decidieron regresar al frente. Al día siguiente, sin embargo, la prensa del POUM, sabedora del embuste, publicaron a modo de protesta el decreto del gobierno. Al percatarse del engaño, veinticuatro miembros de la CIL, encabezados por Russo, incluidos todos los bordiguistas y algunos de los trotskistas, exigieron ser retirados inmediatamente del frente. Los bordiguistas regresaron a Francia, mientras que los trotskistas se quedaron para trabajar políticamente en la retaguardia o se unieron a otras milicias, principalmente las de la CNT. El resto de la CIL, maximalistas, trotskistas disidentes y otros, se quedaron en el frente con la milicia del POUM [...]. En noviembre, tanto militantes del SAP como maximalistas tenían todavía sus propias unidades militares en el seno de la milicia. La mayoría de estos voluntarios habían recibido dos semanas de formación rudimentaria en Barcelona, consistentes principalmente en ejercicios, antes de ser enviados al frente. En algunos casos,

> especialmente los que tenían experiencia militar, fueron enviados directamente. Al parecer, inicialmente el POUM había recibido con los brazos abiertos a la mayoría de los voluntarios internacionales, pero esto pronto cambió, viéndose obligados a investigar su trasfondo político.

Siguiendo las pistas dejadas por Orwell, sumadas a los descartes que se derivan de la investigación anterior, el miliciano italiano que asoma en el primer pasaje de *Homenaje a Cataluña* pudo haber sido cualquiera de los militantes maximalistas, trotskistas o anarquistas que, a pesar de las órdenes gubernamentales se mantuvieron fieles a la línea antijerárquica del POUM.

Años más tarde, en *Mi guerra civil española*, Orwell habló nuevamente sobre la posible identidad del miliciano italiano, dejando en vilo la resolución:

> Es difícil pensar en aquel hombre concreto sin padecer varias clases de amargura. ¿Por qué se hallaba en los cuarteles Lenin? Es probable que fuese trotskista o anarquista. Y en las condiciones tan peculiares de aquel tiempo, cuando a gente así no la mataba la Gestapo solía hacerlo la GPU [se refiere a la NKVD, la GPU había dejado de existir en 1923].

La inmensa mayoría de los voluntarios extranjeros del POUM llegaron entre agosto y noviembre 1936. Hasta el día de hoy se han podido identificar a 367 voluntarios extranjeros de 27 nacionalidades que lucharon entre agosto de 1936 y junio de 1937. De estos, 107 eran alemanes, 77 italianos, 44 franceses, 39 británicos, 16 belgas, 14 holandeses, 10 polacos, 9 austriacos, 8 estadounidenses, 7 suizos y de otras nacionalidades como Argelia, Argentina, Australia, Brasil, Checoslovaquia, Cuba, Dinamarca, Hungría, Irlanda, Lituania, Marruecos, México, Perú, Portugal, Rumania, Sudáfrica y Yugoslavia.

Según estos datos, mi búsqueda se reducía a setenta y siete voluntarios italianos, por lo que inicié por ahí el rastreo. El primer gran descarte lo encontré en la presumible fecha de llegada del supuesto miliciano. Si apostaba que había llegado, como Orwell, a finales de diciembre, reducía la búsqueda a unos pocos voluntarios del todo

identificables. Si, en cambio, apostaba a que había llegado durante los meses de verano, algo que se ajustaba más a la realidad, ampliaba mucho más el abanico de posibilidades.

Existía una manera de reducir la búsqueda, y no era otra que ir descartando a todos aquellos que entre los días 26 y 31 de diciembre de 1936 aún permanecían en el frente de guerra. En otras palabras, debería focalizar mi atención en los voluntarios italianos vinculados al POUM que entre las fechas antes mencionadas se hallaban en Barcelona. Tras una exhaustiva búsqueda repleta de frustraciones e inconvenientes, comprendí que no había pruebas suficientes para llegar a una conclusión definitiva. En ese momento, entendí que la identidad del miliciano italiano era algo secundario, que el miliciano desconocido cobraba sentido si permanecía en el anonimato, es decir, era así como seguiría desempeñando el rol de símbolo por el que había sido concebido. En realidad, Orwell lo había conseguido, aquel miliciano italiano que le había estrechado la mano el día de su alistamiento era uno y todos a la vez. Esa sensación te quedaba al transitar el pasaje en la lectura. Representaba la generosidad de cada uno de los voluntarios extranjeros que habían llegado a España para combatir el fascismo. Como diría Orwell, su mera presencia demostraba la existencia de algo que él llamaba «decency», una especie de fuerza innata que nos conectaba los unos con los otros, y que, a toda costa, había que preservar.

## Jóvenes imberbes

Tras sondear todas las posibilidades, lo más probable es que Orwell pasase la noche del 26 de diciembre, su primera en la ciudad, en un catre de la Caserna Lenin, el cuartel donde estaría destinado durante su estancia. Descarté la posibilidad de que, por los efectos devastadores del viaje, decidiera pernoctar en uno de los alojamientos facilitados por el POUM, algo, lo más seguro, que le podía haber ofrecido el propio McNair. De hecho, en un informe de los servicios de inteligencia soviéticos que haré referencia más adelante, el Hotel Falcón figuraba como «residencia habitual del soldado Blair». Decantándome por la primera opción, lo que sí es seguro es que la

Caserna Lenin se convirtió en su residencia habitual en los días venideros, al menos durante el tiempo que duró la instrucción.

Tres días después de su llegada, instalado ya en el cuartel, recibió la visita de su nuevo amigo John McNair [John McNair en *George Orwell: The Man I Knew*]:

> ... allí estaba George [Orwell], obligando a unos cincuenta jóvenes catalanes, entusiastas pero indisciplinados, a aprender los rudimentos del ejercicio militar. Los hizo correr y saltar, les enseñaba algunas formaciones, les mostraba cómo usar el único rifle disponible, un viejo máuser, desarmándolo y explicando cómo hacerlo. El exalumno de Eton que arrastraba las palabras había desaparecido, su lugar lo había ocupado un ardiente joven de acción que controlaba por completo la situación.

McNair relataría años después como el mismo Orwell le había explicado en qué consistía la instrucción militar y de qué manera se ganó el respeto de sus compañeros:

> Cuando llegué aquí hace cuatro noches, todos ellos creían que yo era un tipo raro. Pocas veces en su vida habían visto a un extranjero. Después de la comida, advertí que susurraban a mis espaldas. Me limité a liarme un cigarrillo, tomé un sorbo de vino y esperé [...]. Caí en la cuenta de lo que estaban tramando, iban a emborrachar al inglés grandullón. Pusieron mucho empeño. Aparecía una botella tras otra de aquel áspero vino español y todos seguíamos bebiendo. No sabían que yo había trabajado un año y medio en hoteles y bares de mala muerte en París y que lo sabía todo acerca del vino tinto barato que los franceses llamaban *gratte-gorge* (raspador de gargantas). Uno tras otro comenzaron a abandonar, dando tumbos hacia sus literas. Sólo quedaban tres o cuatro, así que dije en voz baja: «Bueno, muchachos, hemos tomado unas copas amistosamente, así que yo me marcho, si alguno de vosotros es tan amable de mostrarme el camino hacia mi lecho». Entendieron mi francés. Logré, aunque me costó lo suyo, irme en silencio a dormir [...]. Es curioso que haya podido ganarme su respeto solo por el simple hecho de haberlos tumbado bebiendo. A la mañana siguiente, estaban todos de resaca, así que decidí intervenir. Ya que mi catalán era muy pobre, hice que el hombre al mando me tradujera del

francés: «Bueno, jóvenes, tuvimos una noche muy entretenida, pero no estamos aquí para empinar el codo, estamos aquí para aplastar fascistas. Ahora todos haréis instrucción bajo mis órdenes y haréis lo que yo haga». Para mi sorpresa, todos aceptaron y pronto se les pasó la resaca. A partir de entonces, pensaron que era alguien y me trataron con camaradería y respeto.

Años después, en enero de 1942, fecha aproximada de la publicación de su ensayo *Recordando la Guerra Civil Española*, Orwell afirmaría que el recuerdo más nítido de su paso por España había sido aquella semana de instrucción en Barcelona, rodeado de jovencísimos milicianos:

> Es curioso, pero lo que recuerdo más vivamente de la guerra es la semana de instrucción que recibimos antes de que nos enviaran al frente: el enorme cuartel de caballería, con sus cuadras llenas de corrientes de aire y sus patios adoquinados, el frío glacial de la bomba de agua donde nos lavábamos; la asquerosa comida que tragábamos gracias al vino abundante; las milicianas con pantalones que partían leña, y la lista que pasaban al amanecer, en la que mi prosaico nombre inglés era una especie de interludio cómico entre los sonoros nombres españoles, Manuel González, Pedro Aguilar, Ramón Fenellosa, Roque Ballester, Jaime Domènech, Sebastián Viltrón y Ramón Nuvo Bosch, cuyos nombres cito en particular porque recuerdo sus caras. Exceptuando a dos que eran escoria y que sin duda serán ahora buenos falangistas, es probable que todos estén muertos. El más viejo tendría unos veinticinco años, el más joven, dieciséis.

Como ya comenté anteriormente, la ciudad que pisa Orwell el 26 de diciembre de 1936, nada tiene que ver con aquella que, a principios de verano, había funcionado bajo control obrero. En realidad, hacía poco que la Consejería de Defensa había decretado la creación del Ejército Popular de Cataluña, usurpando la escasa autonomía que les quedaba a los sindicatos y a los partidos políticos en el ámbito militar. A partir de ese momento, las milicias nacidas de las organizaciones obreras, pasaron a estar encuadradas en la estructura de un ejército convencional. Los impulsores del cambio,

todos ellos agentes comunistas —Hilario Arlandis, Antonio Sesé, el húngaro Martin-Hajdu, etc.—, revistieron el proceso con una pátina de camaradería socialista que pretendía camuflar la disciplina que exigía un ejército convencional.

En esto contexto, durante apenas ocho días, entre el 26 de diciembre y el 5 de enero, Orwell compartió instrucción militar con un puñado de jóvenes de las barriadas obreras de la ciudad.

Cualquiera en su sano juicio podía adivinar de inmediato que aquel voluntario británico de enorme estatura y mediana edad era un absoluto extraño. Su ropa estrafalaria, su mirada escrutadora de intelectual, y sobre todo un castellano horrible, del todo incomprensible, evidenciaban que era un forastero, un auténtico extraterrestre. Orwell pertenecía a ese grupo de poetas y escritores británicos que, comprometidos con la causa antifascista, habían llegado a España con una mezcla de curiosidad y responsabilidad moral. Este grupo, tan numeroso como devoto de la causa de la clase obrera, venía con la firme intención de combatir el fascismo, la principal amenaza que recorría Europa. Llegaban con la intención de poner en práctica las teorías revolucionarias que habían estudiado con celo en los simposios, las universidades, los consejos de redacción, y cuando se sentían intrépidos, en las tabernas de los bajos fondos. Dejaban atrás una vida plácida y confortable, sin sobresaltos, para adentrarse en lo desconocido. Lo hacían dispuestos a todo, algunos de ellos compaginando la pluma con el máuser, muchos pereciendo por el camino, como John Cornford, Ralph Fox, Christopher Caudwell o Julian Bell. Para algunos estudiosos de hoy, la Guerra Civil Española debe de ser recordada como «la guerra de los poetas». Orwell, sin pretenderlo, se había convertido en uno de ellos.

El escritor británico compartió la instrucción en la Caserna Lenin con varias decenas de militantes de la Joventut Comunista Ibèrica. Al cabo de nueve días de ridícula formación, en los que aprendió más a fraternizar que a manejar una ametralladora —como él deseaba desde el principio—, acabó integrándose en una centuria que los jóvenes militantes bautizaron con el nombre de Joaquim Lloria, en honor a un compañero muerto en el cerco de Huesca. La

unidad partió hacia el frente la tarde-noche del 6 de enero, integrándose poco después, ya en territorio aragonés, en el Batallón Germinal Vidal.

Orwell mismo relataría en *Homenaje a Cataluña* en qué había consistido esa formación, y por qué esa experiencia lo llevó a comprender más y mejor la idiosincrasia local:

> Durante mi segundo día en los cuarteles se dio comienzo a lo que paradójicamente se llamaba «instrucción». Al principio hubo escenas de gran confusión. Los reclutas eran en su mayor parte muchachos de dieciséis o diecisiete años, procedentes de los barrios pobres de Barcelona, llenos de ardor revolucionario, pero completamente ignorantes respecto a lo que significaba una guerra. Resultaba imposible conseguir que formaran en fila. Por las mañanas nos dirigíamos hasta los jardines de la colina situada más allá de la Plaza de España, que todas las milicias de partido, además de los carabineros y los primeros contingentes del recientemente formado Ejército Popular, compartían para su adiestramiento. Allí, el espectáculo resultaba extraño y desalentador. En cada sendero y en cada callejuela, entre los ordenados arriates de flores, se veían escuadras y compañías de hombres que marchaban erguidos de un lado para otro, sacando pecho y tratando desesperadamente de parecerse a soldados. Todos ellos carecían de armas y ninguno tenía el uniforme completo, aunque en la mayoría podía reconocerse fragmentariamente el atuendo del miliciano. Durante tres horas trotábamos de un lado a otro (el paso de marcha español es muy corto y rápido), luego nos deteníamos, rompíamos filas y nos lanzábamos sedientos sobre una pequeña tienda de ultramarinos, a media cuesta, que estaba haciendo una fortuna vendiéndonos vino barato. Los españoles se mostraban cordiales conmigo. Dada mi condición de inglés, yo constituía una especie de curiosidad, y los oficiales de carabineros estaban por mí y me pagaban la bebida. Mientras tanto, siempre que se me presentaba la oportunidad acorralaba a nuestro teniente y le pedía a gritos que me instruyera en el uso de una ametralladora. Solía sacar del bolsillo mi diccionario y luego lo asediaba en mi execrable español:
>
> —Yo sé manejar fusil. No sé manejar ametralladora. Quiero aprender ametralladora. ¿Cuándo vamos a aprender ametralladora?
>
> La respuesta era invariablemente una sonrisa cansada y una

promesa de que habría instrucción de ametralladoras mañana. Por supuesto, mañana nunca llegaba.

Ese teniente al que hacía referencia Orwell, pudo haber sido cualquiera de los cuatro instructores de infantería que ejercieron en la Caserna Lenin desde el 29 de agosto de 1936 hasta el fin de la guerra: Agustín Bascuas Usón, Ángel Alonso Martín, Ramón Quintanilla Albert y Celestino Lucas Cortina. En cuanto a los «muchachos de dieciséis o diecisiete años, procedentes de los barrios pobres de Barcelona», Orwell, como ya vimos anteriormente, recordaría una vez terminada la guerra, y con nombres y apellidos, a algunos de los jóvenes milicianos: Manuel González, Pedro Aguilar, Ramón Fenellosa, Roque Ballester, Jaime Domènech, Sebastián Viltrón y Ramón Nuvo Bosch. Al contrario que Orwell, he sido incapaz de ponerle rostro a ninguno de los milicianos citados. Lo que sí es seguro es que no aparecen entre quienes, hoy en día, tenemos identificados que partieron el 6 de enero de 1937 hacia el Frente de Aragón. ¿Significa esto que se los inventó? ¿Ideó unos nombres ficticios para protegerlos? Sobre uno de ellos, sin embargo, el tal «Ramón Fenellosa», sí he podido encontrar una identidad que se ajustara a la realidad. Se trata del miliciano valenciano Ramón Fenollosa Gimeno, vinculado a la Caballería del POUM, y que, al igual que Orwell, hizo la instrucción en la Caserna Lenin. Ramón murió el 26 de noviembre de 1938, a la vuelta del frente, como consecuencia de una tuberculosis pulmonar; tenía apenas veinticuatro años. En el momento de su muerte estaba domiciliado en el número 40 de la calle Arizala, en el barrio de Sants. Desgraciadamente, no he logrado averiguar más sobre él.

Por el contrario, sí he podido localizar a alguno de esos «jóvenes imberbes» que, aunque Orwell no los nombrase en sus escritos, participaron junto a él en la instrucción militar. Uno de ellos, fue el jovencísimo José Dalmau Magrans, vecino del barrio de Navas, que en el momento de la instrucción apenas contaba con catorce años. Nacido en abril de 1922, hijo de José Dalmau Villarrubí y Mercedes Magrans Farga, se había criado en el número 205 de la calle Bofarull. Parece imposible, pero sí, tenía catorce años cuando

comenzó la instrucción. ¿Cómo esto era posible? ¿Acaso no se había decretado una ley que imposibilitaba alistarse en la milicia a los menores de veinte años? Sí, estaba vigente, pero también era habitual que los jóvenes militantes se saltaran las reglas y los responsables miraran hacia otro lado. De hecho, después de los primeros reveses en el campo de batalla, los medios del POUM impulsaron una campaña para movilizar a sus afiliados más jóvenes. El día 27 de diciembre, justo el mismo día en que Orwell comenzó la instrucción, el periódico *Front*, órgano de prensa del POUM en la villa de Sitges, hacía público este llamamiento del Comité Local del JCI:

> La Juventud Comunista Ibérica ha luchado y sigue luchando con decisión y energía en todos los frentes de combate. La JCI ha perdido en esta guerra civil sus mejores camaradas y buena parte de los dirigentes responsables. La JCI ha pagado su tributo de sangre, grandioso y desproporcionado en la gran lucha actual. Pero la lucha no ha terminado. Continuará enconada y terrible hasta la victoria total del proletariado revolucionario. El fascismo ataca a medida que transcurren los días con decisión y energía. Los jóvenes comunistas debemos ayudar aún más para hacer posible la victoria final. Hay que organizar los cuadros juveniles. Queremos agrupar a los mejores elementos de la nueva generación de trabajadores. Os reclamamos, pues, jóvenes trabajadores, a que ingreséis a nuestras filas. Por el aplastamiento del fascismo. Por el triunfo del Socialismo. Por la liberación de la juventud trabajadora.

Ese mismo día 27, a las diez y media de la mañana, el Comité Ejecutivo del POUM organizó un mitin multitudinario en la sala Olympia. Su principal objetivo era dejar claro su posicionamiento en favor de la Revolución y en contra de la República burguesa, en un contexto en el que comenzaban a sentirse acosados por las fuerzas estalinistas y el gobierno sovietizado de la Generalitat. Participaron los principales dirigentes del partido, Josep Rovira, que había venido expresamente del frente; Wilebaldo Solano, en representación de la JCI; la británica Jennie Lee, representando al ILP, además de Jordi Arquer, Julián Gorkin y Andreu Nin. Hablaron, entre otras cosas, de la necesidad de promover la unidad entre los que

ellos denominaron «juventud revolucionaria», señalando a las Juventudes Libertarias (JJLL) y a ellos mismos, la JCI, como los principales baluartes del porvenir de la Revolución. Esta alianza, según afirmaría Wilebaldo, nacía con el objetivo de poner freno a los que pretendían capar la Revolución, aquellos que, bajo el pretexto de preservar un gobierno fuerte, saboteaban el acercamiento entre los jóvenes revolucionarios, señalando a los dirigentes del PSUC y ERC, aliados en el gobierno de la Generalitat, como principales artífices de esta desviación contrarrevolucionaria y totalitaria.

Es muy probable que durante esos días no se hablara de otra cosa en la Caserna Lenin. Los jóvenes militantes de la JCI estaban al corriente tanto de lo que se cocía en el frente como lo que pasaba en la retaguardia, conocían de primera mano el acoso y discriminación que estaba sufriendo los miembros del POUM. Estos «muchachos de dieciséis o diecisiete años llenos de ardor revolucionario [...] pero completamente ignorantes respecto a lo que significaba una guerra», tal como los describiría Orwell en *Homenaje a Cataluña*, se definían a sí mismos como «la auténtica juventud revolucionaria», antagónicos a las Joventuts Socialistes Unificades de Catalunya (JSUC) y «verdaderos defensores del espíritu del 19 de julio». Es muy probable, como insinuaba Orwell, que no supieran desfilar, que fueran displicentes e indisciplinados, algo que, para un veterano de la policía imperial británica como él, era una conducta imperdonable. La verdad, es que no eran más que unos niños, aunque eso sí, unos niños forjados en las luchas callejeras, en los piquetes y en las huelgas revolucionarias, niños que habían aprendido de las derrotas pasadas, y que, precisamente por eso, tenían claro cómo debían comportarse frente al enemigo. Lo sabían, lo habían aprendido, la «maldita disciplina» —como ellos la llamaban— no era más que una conducta asociada a los poderosos, esos que los habían subyugado y controlado durante años, por esa razón rehuían de ella.

Estos jóvenes, aunque parezca mentira, sabían perfectamente contra quién luchaban. Si les preguntabas cómo se derrota al enemigo, como tal vez hizo Orwell durante esos días de instrucción, contestaban que, para hacerlo, debían crear «un ejército rojo revolucionario», nunca un ejército convencional, algo que, aunque

él dijera lo contrario, en diciembre de 1936 era ya sólo una quimera, un deseo inalcanzable. Aun así, Orwell seguía insistiendo en que las milicias del POUM eran «una democracia y no una organización jerárquica», y añadía que «el rasgo esencial del sistema era la igualdad social entre oficiales y sociales», algo que, como dijimos anteriormente, encajaba con la tradición antimilitarista del movimiento obrero local, en especial entre la CNT y el POUM.

No cabe duda de que Orwell vivió en la Caserna Lenin la experiencia más cercana a ese socialismo real que había imaginado una y otra vez en sus sueños de burgués comprometido. Aquella grotesca instrucción, por muy alejada que estuviera de lo deseado en el terreno militar, o al menos, en la idea que él tenía de cómo debía ser una formación para prepararlos para el combate, estaba impregnada de una camaradería tan pura y honesta en términos socialistas que, sin darte cuenta, te llevaba a empatizar con cualquier desconocido, tuviera la edad y el rango que tuviera. Y eso, como él mismo se dio cuenta, era a menudo mucho más poderoso que aprender a manejar un fusil.

Es muy probable que aquella genuina camaradería que presenció entre atónito y extasiado en el patio del cuartel, fuera el resultado de unas experiencias compartidas durante años por unos jóvenes de procedencia humilde que, estigmatizados por las clases dominantes, habían sufrido a diario y en su propia piel los efectos depauperizadores del sistema: un desempleo de larga duración; unos alquileres abusivos que llegarían a aumentar un 150% a lo largo de la primera mitad de los años treinta, provocando una ola de desahucios y la proliferación del chabolismo; una escasa o nula oportunidad para poder continuar los estudios; una impecable y arbitraria persecución policial, etc. Todo eso, unido a una estigmatización constante en los medios de comunicación burgueses, los empujaba irremediablemente a la marginación y la desesperanza, pero también al compromiso y la lucha.

Muchos de los jóvenes con los que coincidió Orwell en la Caserna Lenin, no podían esperar más tiempo, simplemente no podían permitirse el lujo de posponer un minuto más la Revolución, por eso se alistaron siendo aún unos niños. Sabían que era urgente. Avivándola, volcando combustible sobre sus cimientos, estaban de-

bilitando el sistema capitalista, el principal causante de sus males. Este escenario tan típico de la guerra de clases, lo relataría Orwell en 1942 en su ensayo *Recordando la guerra de España*:

> El odio que la República española suscitó en los millonarios, los duques, los cardenales, los señoritos, los espadones y demás bastaría por sí solo para saber qué se cocía. En esencia fue una guerra de clases. Si se hubiera ganado, se habría fortalecido la causa de la gente corriente del mundo entero. Pero se perdió y los inversores de todo el mundo se frotaron las manos. Esto fue lo que sucedió en el fondo.

Bob Smillie, el joven escocés del ILP que meses después sería detenido y trasladado a Valencia, donde murió estando bajo custodia policial, tal vez por una negligencia médica tras sufrir un ataque de apendicitis, tenía en diciembre de 1936 una idea clara de lo que eran y representaban las centurias de la JCI. El día 22, cuatro antes de que Orwell pusiera por primera vez los pies en Barcelona, se había acercado a la Caserna Lenin para despedir a una de las centurias del POUM que partían hacia el frente. Esto dejaría escrito tras su visita a la caserna:

> La Juventud Comunista Ibérica (JCI), la Sección de Juventud del POUM, es una fuerza muy viva y activa, especialmente en Cataluña. Tiene muchos miles de jóvenes obreros y campesinos en sus filas y defiende la Revolución Social y no la República burguesa. El domingo por la noche participé en una emocionante salida de la columna que han llevado al frente. Varios centenares de jóvenes camaradas decididos, bien equipados, bien disciplinados, marcharon por las calles de Barcelona hasta la estación [Estación del Norte], de donde partieron al frente para ayudar en la lucha revolucionaria. Todos eran muy jóvenes (algunos podían tener poco más de dieciséis años), pero todos tenían una sonrisa en el rostro cuando partieron hacia el frente, muchos de ellos por última vez.

Entre los militantes de la JCI que parten al frente el 22 de diciembre, encontramos entre otros a Bartomeu Bosch Tur, un joven de veinticuatro años que desde muy niño había aprendido a sobrevivir, a tirar con lo puesto. Marcado a fuego por el desahucio

que había sufrido su familia cuando apenas contaba con ocho años, obligado a trasladarse con sus padres y sus cuatro hermanos a una chabola frente al Matadero Municipal, en la calle Aragón, había comprendido que la militancia era la única manera para mejorar la vida de los suyos. También encontramos a Ginés Gómez Asensio, de dieciocho años, vecino de Navas, domiciliado en los bajos del número 291 de la calle Bofarull, un joven que había comenzado a trabajar a los nueve, conociendo desde entonces lo que significaba la explotación infantil. Los acompaña el jovencísimo Juan Sigró Valls, de 17 años, vecino del Clot, domiciliado en el entresuelo del número 31 de la calle Clot, hijo del barbero Juan Sigró Pons, viejo militante del Bloc Obrer i Camperol. Los tres, Bartomeu, Ginés y Juan, partieron al frente con el pasado a cuestas. Hartos de someterse a la ley y el orden, convencidos de representar la esperanza de los suyos, estaban dispuestos a morir.

Regresemos ahora a la Caserna Lenin, cuando Orwell, en el transcurso de la instrucción, identificaba algunos fallos en el funcionamiento del cuartel. Aparte de la suciedad y el desorden, decía, destacaba el despilfarro de la comida. Veamos qué nos explicaba en *Homenaje a Cataluña*:

> Los cuarteles se hallaban en un estado general de suciedad y desorden. Lo mismo ocurría en cuanto al edificio que ocupaba la milicia, que parecía constituir uno de los subproductos de la revolución. En todos los rincones había pilas de muebles destrozados, monturas rotas, cascos de bronce, vainas de sables y alimentos en putrefacción. Era enorme el desperdicio de comida, en especial de pan. En nuestro barracón se tiraba después de cada comida una canasta llena de pan, hecho lamentable si se piensa que la población civil carecía de él.

Pocos días después de que Orwell marchara hacia el frente, comenzaron a aparecer en la prensa una serie de insinuaciones que asociaban el despilfarro que él había identificado en la caserna con un posible negocio fraudulento de los administradores del cuartel. El 12 de enero, *La Humanitat*, órgano de prensa de Esquerra,

anunciaba el comienzo de una investigación sobre los posibles hechos delictivos en la gestión de la Caserna Lenin:

> La Consejería de Trabajo [cuyo titular era entonces Miquel Valdés, del PSUC] ha publicado una información sobre los que especulan políticamente con la escasez de los alimentos. Entre otras cosas, dice que del cuartel que el POUM tiene en la calle de Tarragona, salieron el sábado mil trescientos cincuenta kilos de pan vendidos a un trapero al precio de treinta y cinco céntimos el kilo. Asegura que este pan no estaba en condiciones de ser vendido a un trapero porque estaba aún tierno. A éste le fue librado un recibo en el cual había un sello con tinta azul, con la inscripción del cuartel y, en el centro, dos palabras «Capitán Mayor». Igualmente, el consejero de Trabajo ha denunciado que en el mencionado cuartel había unos grandes bultos llenos de comida.

El comisario político de la caserna, Ceferino Lucas, se quejó ante la prensa sobre lo que calificó como «una campaña de difamación», denunciando que esas acusaciones formaban parte de un complot político que pretendía manchar la imagen del POUM. Es muy probable que este episodio formara parte de un plan orquestado por las filas estalinistas para cuestionar la moralidad y el compromiso de su rival político. De hecho, no era la primera vez que sembraban sospechas sobre lo que ocurría en la caserna, tampoco sería la última.

*

Un día indeterminado entre el 26 de diciembre de 1936 y el 1 de enero de 1937, Orwell pasó una tarde de permiso con John McNair, Bob Smillie y Sybil Wingate, representantes del ILP en Barcelona. Lo sé porque lo relató John McNair en *Spanish Diary*:

> Una noche me las arreglé para sacar a Orwell de los cuarteles Lenin. Había organizado una cena junto a Bob Smillie y mi secretaria, Sybil Wingate. Fue una de las veladas más agradables que

tuve en España. Orwell y Sybil comenzaron a discutir sobre literatura, recuerdo que sus posturas se fueron enquistando. Mientras tanto, Bob [Smillie] se esforzaba para que la conversación versara sobre política. Tuve que intervenir porque la reunión se estaba crispando:

«Dinos, George, ¿por qué cambiaste tu nombre original [Eric Arthur Blair] por el de George Orwell?».

«Eric me sonaba al típico nombre de las historietas de la escuela, es decir, sonaba falso, y el apellido Blair había tenido una historia muy sangrienta».

«¿Pero, por qué George Orwell?», le preguntamos casi al unísono.

«Quería un nombre de clase obrera y, como deberíais saber, George es uno de ellos. Y, por supuesto, que habéis oído hablar del nombre Orwell, un buen río que surca el condado proletario de Sulfolk».

Además de convivir con los miembros del ILP, Orwell pasaría parte de su tiempo libre con Víctor Alba, un joven periodista de *La Batalla*. Años más tarde, Alba dejaría por escrito esos encuentros que, según él, se había visto obligado a realizar obedeciendo órdenes de sus superiores («Ibérica por la libertad», volumen 4, año 1955):

Acabo de dar un largo y apasionante paseo con George Orwell. Es el tercero o cuarto en el que sigo el mismo camino y, sin embargo, cada vez me resulta distinto, nuevo. El primero de esos paseos, que podría denominar de la segunda serie —porque cuando los emprendí, Orwell estaba ya muerto— lo hice en compañía de una edición italiana de *Homenaje a Cataluña*. Luego, con la edición inglesa. Después, con la edición norteamericana más barata. Y ahora, con la francesa. Yo había vivido, en realidad, las mismas cosas que cuenta Orwell en este libro. Había llegado a las mismas conclusiones. Durante años, sostuve los mismos puntos de vista. Pero en esos cuatro paseos con el libro encontré cada vez nuevas razones para reafirmarme en lo que pensaba, nuevos hechos para reavivar mis recuerdos. Cada vez, el paseo me aportaba algo inapreciable: la sensación de compañía, la certidumbre del compañerismo y la imagen viva de Orwell tal como lo conocí. Al conocerlo, en 1936, no le di más importancia que su simpatía silenciosa y algo adusta. Ni siquiera me informó que se dedicaba a

escribir [...]. Para mí era un miliciano más venido de Inglaterra a quien me habían encargado hiciera de cicerone por algunos barrios obreros de Barcelona mientras pasaba su breve periodo de instrucción. De lo que vio, entonces, sólo me he enterado mucho más tarde, cuando ya no tenía ocasión de discutirlo con Orwell. Lo explicó en su *Homenaje a Cataluña*, que no pude leer hasta 1951, cuando apareció la traducción italiana del libro. Tenía Orwell, en aquel 1936 español, un rostro enjuto surcado de arrugas. No mucho antes había pasado un periodo de hambre en París. Era una silueta de alambre. Despeinado, con el cabello formándole dos flecos oscilantes sobre unas cejas espesas, bigote un día y sin él al día siguiente y una mirada triste que yo atribuí a penas sentimentales. En realidad, no erré. Sentimentales eran los motivos de Orwell para venir a España. Había estado enamorado de la Revolución como se está enamorado de una mujer, y comenzaba a tener dudas sobre ella. Su venida a España era como una última tentativa de reconciliación, como quien ha visto a la mujer amada en un ambiente ridículo o nocivo y ahora, para deshacer el mal efecto que le causara, la busca en un ambiente más apasionado [...]. Hablábamos en francés. Recuerdo muy bien algunas de las preguntas que me hizo cuando le iba explicando el mecanismo de socialización de ciertas industrias. Le surgieron no pocas inquietudes y muchas reflexiones al respecto. «¿Y la compañía de tranvías socializada qué hace con sus beneficios? ¿Los entrega para otras empresas deficitarias o los consagra a mejorar la condición solo de los obreros tranviarios?». Esta observación, al pasar por delante de la Sagrada Familia, me hace pensar que ya por entonces germinaba su *Mil Ochocientos Ochenta y Cuatro*: «El mundo hoy es así...Quiere imitar formas viejas con técnicas nuevas. Y el resultado es una fachada monstruosa...Dentro de cincuenta años, la arquitectura será probablemente mucho más sencilla, pero la sociedad se parecerá a esta iglesia sin terminar [...]». Más que las visitas a las fábricas o a los periódicos —yo trabajaba en uno de ellos y venía a buscarme a la redacción—, le gustaba meterse en los bares a comer alubias con butifarra, que a la sazón sólo empezaban a escasear y aún no estaban racionadas. De noche, sobre todo —la disciplina del cuartel era bastante laxa como para permitirle salir al caer el sol— nos metíamos por las callejuelas del Distrito V, por los Arcos de Cires o del Teatro. Más de una madrugada nos sorprendió en el Borne, en el gran mercado central, ya un poco escuálido en mercancías. Se detenía a chapurrear el español con los descargadores, y les hacía contar lo que habían

hecho el 19 de julio. Sus manos largas y frías tomaban las cebollas, las naranjas, y las sopesaban. «¿Todo el mundo puede comer de todo?», me preguntó una vez. Orwell era un experto en vivir de milagro. No sólo se lavaba la ropa y se cosía los botones, sino que cuando fui a verlo a su chabola del frente de Huesca me explicó varias maneras de tener fuego sin encendedor y casi sin combustible. Había aprendido de unos labriegos el arte de hacer tortillas con la ayuda de unas avellanas que se encendían y cuyo aceite daba una llamita tenue pero muy caliente. Reía sin hacer ruido cuando el aceite de la sartén comenzaba a burbujear. Y muchas veces, si se le hacía una pregunta oportuna, se olvidaba de echar sal y se lanzaba a una discusión fría, seca. Porque lo curioso de ese eterno voluntario de causas perdidas —de las buenas causas— era que debajo de su fogoso apasionamiento había un razonador sereno.

Visualizar a Orwell paseando por el Raval es un regalo maravilloso. Me gusta imaginarlo deambulando por las calles estrechas de un barrio redimido, un barrio empapelado con eslóganes que hablaban de emancipación y justicia, pero que, poco a poco, como un sueño que llega a su fin, volvía nuevamente a la normalidad burguesa.

Tras una semana en la que aprendió a admirar la hospitalidad y camaradería de los jóvenes catalanes de clase trabajadora, Orwell partió hacia el frente junto a sus compañeros de instrucción. Así lo plasmó en *Homenaje a Cataluña*:

> Después de interminables rumores, mañanas y demoras, de pronto, con dos horas de anticipación, cuando todavía nos faltaba recibir buena parte del equipo, nos dieron la orden de partir hacia el frente. Hubo terribles tumultos en el depósito de intendencia y muchísimos hombres tuvieron que irse con el equipo incompleto. Los cuarteles se poblaron súbitamente de mujeres que parecían haber surgido de la nada y que ayudaban a sus hombres a enrollar sus mantas y a preparar sus mochilas. Resultó bastante humillante que una joven española, la esposa de Williams [Bob Williams], el otro miliciano inglés, tuviera que enseñarme a ponerme mi nueva cartuchera de cuero. Era una criatura amable, de ojos oscuros, intensamente femenina, que parecía destinada a pasarse la vida meciendo una cuna; sin embargo, había luchado valerosamente en las batallas callejeras de julio. En ese momento llevaba consigo un

bebé, nacido justo diez meses después del estallido de la guerra y que quizá había sido concebido detrás de una barricada.

El 11 de enero, pocos días después de la partida de Orwell, el escocés Bob Smillie, nuevamente en una carta dirigida a su padre Alex, compartía su preocupación por la posibilidad de que Franco tomara Madrid y ponía el foco en las oscuras maniobras de los estalinistas para hacerse con el poder. Consideraba inminente la posibilidad de que atacaran por la fuerza al POUM y a la CNT, añadiendo que, aunque el PSUC había utilizado la promesa de las armas rusas para expulsar al POUM de la Generalitat, amenazando al resto de integrantes con bloquear el envío de armamento mientras los poumistas siguieran en el gobierno, ni un solo fusil soviético había llegado al frente.

Acantonado en un recodo de Monte Pucero, en Alcubierre, una porción del frente de Huesca tranquila y monótona, con un enemigo distante y casi invisible, la experiencia que estaba degustando Orwell distaba mucho de cumplir sus expectativas. Azotado por el frío gélido de los Monegros, sentía que «la leña era lo único que realmente importaba». Sin embargo, combatir en una unidad del POUM, donde la igualdad prevalecía sobre la jerarquía, las órdenes se daban entre camaradas y todos recibían la misma paga y comían la misma porción de comida, lo colocaba, casi sin darse cuenta, en una situación privilegiada. Estando «aislado en el sector más revolucionario de la clase trabajadora española», pudo experimentar el auténtico espíritu revolucionario, o como él mismo diría, «respirar el aire de la igualdad», eso que había venido a buscar. Orwell recordaría ese ambiente fraternal en su artículo «Notes on the Spanish milita»:

> Antes de unirme a los ingleses [a finales de enero se unió al contingente del ILP], estuve algunas semanas en una centuria española, y de los aproximadamente ochenta hombres que la componían, unos sesenta eran reclutas novatos. En esas semanas la disciplina mejoró bastante, y desde entonces hasta finales de abril hubo una mejora lenta pero constante en la disciplina en toda la milicia [...]. Las características «revolucionarias» especiales siguieron siendo las mismas hasta finales de mayo, pero de hecho, ya en esa

época se estaban produciendo algunos cambios. En mayo, cuando yo comandaba una sección, los españoles más jóvenes me trataban de «usted». Les pregunté al respecto, no supieron que contestarme. Era evidente que la palabra estaba volviendo a su uso habitual [...]. No obstante, el uso universal de «camarada» y la idea de que todos éramos iguales persistieron hasta que se militarizó la milicia.

A finales de enero, tanto Orwell como Williams se unieron al contingente del ILP, un grupo de voluntarios recién llegados de Inglaterra y destinados a Monte Oscuro, en la parte más elevada de la Sierra de Alcubierre. El 31 de enero, después de casi tres semanas en el frente, Eileen escribió una carta a Leonard Moore poniéndolo al corriente de las hazañas de Orwell:

... Hay excelentes noticias de España, aunque llegan muy irregularmente. A Eric lo han hecho cabo, que creo que es una especie de caporal, y está agotado, porque tiene que levantarse muy temprano para cambiar de guardia, aunque también tiene un refugio en el que puede prepararse té. Al parecer no hay combates de verdad, porque ningún bando tiene artillería eficaz, ni siquiera fusiles. Dice que las fuerzas del gobierno deberían atacar, pero que no lo harán.

Pocos días después, el 3 de febrero, aparecería una nota en el *The Spanish Revolution*, órgano del POUM, donde se anunciaba la presencia de Orwell en el frente:

A principios de enero recibimos en Barcelona la visita de Eric Blair, el famoso autor británico cuyas obras tanto se aprecian en todos los círculos intelectuales izquierdistas de habla inglesa. El camarada Blair vino a Barcelona y dijo que quería ser útil a la causa de los trabajadores. Con sus dotes literarias y su altura intelectual parecía que lo más útil que podía hacer en Barcelona era ser periodista de propaganda, en contacto continuo con los órganos de opinión socialistas de Gran Bretaña. Sin embargo, Blair dijo: «Creo que puedo ser más útil a los trabajadores combatiendo en el frente». Estuvo exactamente siete días en Barcelona, y en este momento combate con los camaradas españoles del POUM en el frente de

> Aragón. Nos dice en una postal que nos ha enviado: «Cuando los convenza de que me enseñen a manejar la ametralladora, espero que me manden a las trincheras».

En este contexto, tras recibir las primeras cartas de Orwell desde el frente, Eileen, contagiada por su entusiasmo, consideró la posibilidad de viajar a España. Después de hacer algunas consultas entre sus contactos, se enteró de que McNair buscaba una secretaria para asistirlo en Barcelona. Así, tras coordinarse con él y hacer arreglos con Nellie, la tía de Orwell, para que se encargara de The Stores en su ausencia, llegó a la ciudad alrededor del 18 de febrero. Fue recibida de inmediato por el equipo del ILP, quienes muy pronto se contagiaron de su alegría y cordialidad.

Mientras esto sucede, agentes estalinistas comenzaron a infiltrarse en las unidades militares del POUM. Uno de ellos aseguraba en uno de los informes que la persona más importante y respetada en el contingente del ILP era «el soldado Eric Blair». Añadía que «había escrito un par de libros sobre la clase trabajadora británica». Al parecer, Orwell le había explicado que no le interesaba la política de partidos, y que «había venido a España como antifascista para luchar contra el fascismo». ¿Tenía Orwell alguna idea de lo que ocurría en la retaguardia mientras estaba en el frente? ¿Era consciente de la campaña difamatoria orquestada por la prensa estalinista? En palabras de uno de sus compañeros, el estadounidense Harry Milton, entre febrero y abril « [Orwell] no comprendía el papel que estaban desempeñando los comunistas en España».

A principios de abril, con Bob Smillie de visita en el frente, varios miembros del ILP asaltaron un parapeto enemigo en la zona de Torre Fabián, al sur de la ermita de Salas, a las puertas de Huesca. Días después, el 15 de abril, Smillie relataría lo sucedido en una carta dirigida a John McNair:

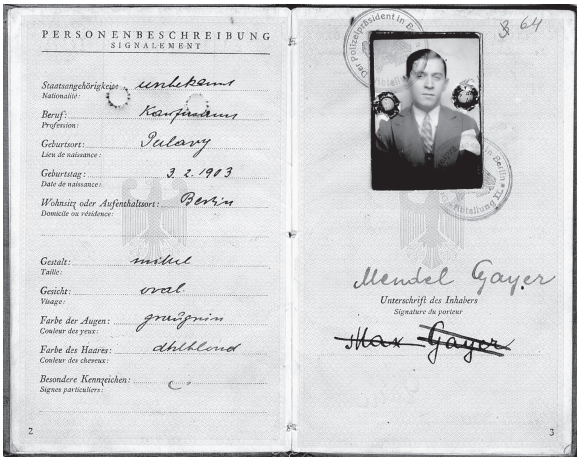
> ... Blair [Orwell] ha enviado un informe, pero su modestia le ha hecho subestimar su participación en la acción [...]. Con el objeto de capturar un parapeto fascista, Blair lideró la carga. La tropa capturó municiones, etc., pero finalmente tuvo que retirarse.

Quince días después, el *New Leader*, órgano de prensa del ILP, relataba la hazaña de sus hombres en el frente de Huesca, señalando de nuevo a Orwell:

> Un camarada español se levantó y avanzó a toda prisa. «¡A por ellos! ¡Arriba!». «¡A por los otros, a la carga!». «¡A la carga!», gritó Blair [...]. En frente del parapeto estaba la alta figura de Eric Blair caminando con tranquilidad a través de la tormenta de fuego. Dio un salto en el parapeto, luego se tropezó. Demonios, ¿le habían dado? No, allí estaba, seguido de cerca por Gross de Hammersmith, Frankfort de Hackney y Bob Smillie, con los otros justo detrás.
>
> Habían evacuado la trinchera a toda prisa. El último de los fascistas en retirada, vestido sólo con una manta, estaba a 25 metros de distancia. Blair lo persiguió, pero el hombre conocía el terreno y logró escaparse. En la esquina de una trinchera había un hombre muerto, en un refugio había otro cuerpo.

Cuando se dio a conocer la noticia de la conquista del parapeto fascista, Orwell ya llevaba tres días de permiso en Barcelona. Postrado en la cama del Hotel Continental, donde se hospedaba junto a su esposa Eileen, llevaba un par de días convaleciente debido a una intoxicación alimentaria. Aguardaba con ansias el momento de su recuperación, pues, por la inacción del frente de Huesca y sus deseos de entrar en combate, pretendía tramitar cuanto antes el traslado a las Brigadas Internacionales. Días atrás, mientras esperaban en el frente el visto bueno para viajar a Barcelona, Harry Milton, sabedor del control que ejercían los comunistas en esta unidad, le había advertido que le negarían el trámite por el simple hecho de haber combatido en una unidad del POUM. Al parecer, Orwell no lo entendió —o al menos, no quiso entenderlo—, y siguió firme con su intención. Pero, ¿era esto realmente posible? ¿Cómo podía ignorar la campaña orquestada contra el POUM si llevaba meses en marcha? ¿No llegaban las noticias al frente? ¿No recibían la prensa? ¿Nadie hablaba de ello? ¿Por qué Milton era sabedor del poder que ostentaban los estalinistas y Orwell no? ¿O quizás sí? ¿Acaso se hacía el ingenuo, incapaz de admitir que, al plantearse abandonar su unidad, traicionaba a sus compañeros?

# III. El desengaño y la huida



PERSONENBESCHREIBUNG
SIGNALEMENT

Staatsangehörigkeit / Nationalité: unbekannt
Beruf / Profession: Kaufmann
Geburtsort / Lieu de naissance: Galary
Geburtstag / Date de naissance: 3. 2. 1903
Wohnsitz oder Aufenthaltsort / Domicile ou résidence: Berlin
Gestalt / Taille: mittel
Gesicht / Visage: oval
Farbe der Augen / Couleur des yeux: grünlich
Farbe des Haares / Couleur des cheveux: dunkelblond
Besondere Kennzeichen / Signes particuliers:

Mendel Gayer
Unterschrift des Inhabers / Signature du porteur
~~Max Gayer~~

2 3

Pasaporte de Max Gayer, refugiado judío establecido en Barcelona desde 1935. Tras el estallido de la Guerra Civil y la llegada a principios de agosto del líder comunista alemán Hans Beimler, nombrado comisario político del Batallón Thälmann, se convirtió en su intérprete personal. Fue una de las primeras víctimas de la persecución estalinista.

# III

## La semilla de la sospecha

A las seis de la tarde del sábado 6 de marzo de 1937, mientras Orwell seguía carcomiéndose en el frente de Huesca, vapuleado por el frío, las ratas y el aburrimiento, a centenares de quilómetros de distancia, en una ciudad de Barcelona que volvía nuevamente al cauce del orden y la desigualdad, el secretario general del Comité Local de las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU), Antonio Soriano, tomaba la palabra en un abarrotado Palacio de Bellas Artes. Frente a una multitud enardecida, Soriano hacía hincapié en dos asuntos por encima del resto: el establecimiento de un Mando Único a las órdenes de la Generalitat y una escrupulosa depuración de las organizaciones antifascistas.

Tres días antes de que pronunciara este discurso que supondría un punto de inflexión en la relación de las diversas organizaciones obreras de la ciudad, el gobierno de la Generalitat, sin apenas publicitarlo, procediendo con una cautela alevosa y planificada, creaba el Cuerpo Único de Seguridad, certificando de ese modo la disolución y el desarme definitivo de las Patrullas de Control. Tras conceder la palabra a otros conferenciantes, varios de ellos representantes de las emisoras de radio locales, Soriano concluía el mitin con estas palabras:

> Somos la juventud consciente, responsable, gubernamental y no tenemos la maldad de otros, y menos a través de verbalismos revolucionarios. Los que se dicen leninistas y quieren robarnos las consignas, no son más que unos fascistas disfrazados [...]. Debe haber una bandera única, un pensar único y una acción única contra el enemigo invasor, con pleno reconocimiento de un gobierno, el de la Generalitat.

Ese mismo día, plenamente consciente de las acusaciones que se habían vertido subrepticiamente contra ellos, Wilebaldo Solano, secretario general de la JCI, envió una carta a los organizadores del congreso general de las Juventudes Libertarias de Cataluña, proponiéndoles fortalecer una alianza que él consideraba crucial en esos momentos críticos y que se tornaría aún más imprescindible ante los desafíos que se avecinaban:

> Estimados camaradas, en unos momentos difíciles para nuestra Revolución, y en los instantes en que la guerra entra en su fase decisiva, estáis celebrando las sesiones del Congreso Regional de las Juventudes libertarias de Cataluña. Vuestros comicios tienen una importancia extraordinaria porque sois una de las organizaciones juveniles más fuertes de Cataluña y la única que, al igual que nuestra Juventud Comunista Ibérica, lucha con toda la energía para impedir que la Revolución sea ahogada. Queremos aprovechar esta magnífica oportunidad para dirigiros nuestro más caluroso saludo y para manifestaros que, en estos momentos graves, consideramos absolutamente imprescindible que las organizaciones de la juventud trabajadora revolucionaria, luchen conjuntamente por la defensa de las conquistas del 19 de Julio, para batir al fascismo en todos los frentes y lograr la victoria de la Revolución Proletaria. Hemos constituido ya con estos objetivos el Frente de la Juventud Revolucionaria. En él, tienen hoy depositada su confianza las masas juveniles obreras y campesinas de toda Cataluña. Debemos fortalecerlo y hacer de él, el organismo capaz de movilizar a toda la juventud para conseguir nuestros comunes objetivos revolucionarios.
>
> ¡Por la victoria sobre el fascismo y sobre la democracia burguesa!
>
> ¡Viva el Frente de la Juventud Revolucionaria! ¡En alto la bandera de la Revolución Social!

El proyecto del Frente de la Juventud Revolucionaria al que se refería Wilebaldo, fue desde el principio duramente atacado y boicoteado por el comité ejecutivo de las JSU. La situación se acercaba cada vez más a un punto de no retorno, donde se podía pasar de las palabras a las armas en cualquier momento. En realidad, algo similar ya había ocurrido a finales de enero en La Fatarella, al sur de Cataluña, cuando un grupo de militantes confederados se había enfrentado por las armas a una patrulla de Guardias de

Asalto, por lo que un choque armado no parecía descabellado, sino algo tan posible como inminente.

La poderosa maquinaria propagandística de la coalición PSUC y ERC comenzó a sembrar sospechas sobre las intenciones de aquellos a quienes acusaban de haberse apropiado de la Revolución, especialmente el POUM, insinuando que actuaban bajo las órdenes de los regímenes fascistas europeos. El 8 de marzo, en un teatro abarrotado en Valencia, apenas dos días después del mitin organizado por las JSU en Barcelona, la cúpula del PCE acusó a los militantes del POUM de ser agentes encubiertos del nazismo. Ese mismo día, a casi dos mil kilómetros de distancia, salía a la luz *El camino a Wigan Pier*, fruto de la temporada pasada por Orwell en el depauperado norte de Inglaterra. Nueve días después de su lanzamiento oficial, mientras el autor se moría de frío y aburrimiento en un rincón apartado del estancado frente de Huesca, apareció en el *Daily Worker*, órgano de prensa del Partido Comunista de Gran Bretaña, una crítica devastadora sobre el libro. Bajo el título «El señor Orwell tendrá que volver a intentarlo», la reseña estaba firmada por Harry Pollitt, máximo responsable del comunismo ortodoxo británico. Decía así:

> Si alguna vez el esnobismo tuvo un sello distintivo, éste fue acuñado por el señor Orwell. Si a su regreso de Mandalay hubiera comprado uno o dos panfletos de un centavo sobre el socialismo y el movimiento obrero, de qué experiencias fatales podría haberse salvado, porque uno nunca llega a conocer el movimiento obrero a través de la descripción de los barrios marginales. Tengo entendido que lo que más preocupa al señor Orwell es el «olor» de la clase trabajadora, porque los olores parecen ocupar la mayor parte del relato.

Pollitt acusó a Orwell de esnobismo, argumentando que el autor tendía a juzgar a las personas más por su apariencia que por su determinación. En su opinión, Orwell desviaba la atención de su voluntad de transformar el mundo para centrarse en sus miserables condiciones de vida. Y concluía:

> No me preocupa si un hombre quiere beber una limonada con pajita y en pantalones cortos o si al salir del muelle pide una pinta de Mann y Crossman. Lo que me preocupa es si están interesados en intentar construir una nueva sociedad. Si es así, ¿cuál es la mejor manera en que podemos ayudarlos? Y no hacemos esto diciéndoles que «huelen», o que están «mostrando sus gordos traseros» al llevar pantalones cortos.

El 5 de abril, mientras se recuperaba en el Hospital de Monflorite de una infección en la mano derecha tras entrar en combate en la Hoya de Huesca, Orwell comentó en una carta a Eileen la malintencionada crítica de Pollitt:

> Sí, la crítica de Pollitt es muy mala, aunque buena como publicidad, ya me entiendes. Imagino que se habrá enterado de que estoy en las milicias del POUM.

Fue durante esa época, tras la entrada en vigor del decreto que obligaba al desarme de las milicias en la retaguardia, cuando los consejeros anarquistas de la Generalitat decidieron renunciar a sus cargos en el gobierno. La situación se volvía cada vez más insostenible, palpándose la tensión en todos los ámbitos de poder. La contraofensiva estalinista estaba dando sus frutos. A principios de abril, *La Voz Leninista*, órgano de la Sección Bolchevique-Leninsta, se hizo eco del acoso que estaban sufriendo los aparatos de prensa del POUM, señalando en particular la «injustificada suspensión de *La Batalla*»:

> La contrarrevolución progresa. Primero fue la incautación de *Combatiente Rojo* y la Radio-POUM de Madrid. Más tarde, suspensión de *Nosotros* en Valencia, y ahora le ha tocado el turno a *La Batalla*. Las medidas gubernamentales están continuamente mermando las conquistas del pasado julio y preparando la vuelta completa al dominio de la burguesía. La suspensión de *La Batalla*, órgano central de un partido bien arraigado en Cataluña, es una medida de gran importancia que augura otra próxima ofensiva de más calado. Nuestra solidaridad entusiasta, nuestra defensa activa si es necesaria, la tienen los camaradas del POUM, como la tendrían la

> CNT o la FAI si se vieran agredidos por la contrarrevolución. Ante este problema solo cabe una posición de clase: no defender *La Batalla* es apoyar al enemigo. Pero los revolucionarios, llevando su solidaridad hasta el terreno de los hechos, no pueden olvidar que el mejor servicio que a los intereses de la clase obrera puede prestarse es señalar las causas que han permitido y continúan facilitando la ofensiva contrarrevolucionaria en la que tan destacado puesto ocupa el estalinismo.

Veinte días después, desconocedor de lo que ocurría en Barcelona, el miliciano Eric Arthur Blair fue relevado de su puesto en el frente de Huesca. Ese mismo día, Joan Alsina, director de *Front*, órgano de prensa poumista, hizo pública una duda que le carcomía por dentro: «¿En manos de quién está el gobierno?». Esta fue su respuesta:

> Desde luego, no está en manos de la clase obrera, aunque en el gobierno formen parte elementos de esta. Lo cierto es que hay mayoría contrarrevolucionaria, la misma que motivó la crisis anterior y que indudablemente determinará que esta situación de estancamiento sea favorable a ella en el supuesto que antes no se dé cuenta la clase trabajadora organizada de que esta pausa le puede ser perjudicial en su marcha ascendente hacia su total emancipación. No es menos cierto que nuestra afirmación es verídica. Anteriormente este gobierno estaba constituido por cuatro representantes de un sector que dice querer la Revolución, y siete que están por el retorno a las posiciones anteriores al 19 de julio.

A su llegada a la ciudad, después de pasar ciento quince días en el frente, su esposa Eileen ya le esperaba en el Hotel Continental. Alojada desde mediados de febrero, momento en el que se había instalado en la ciudad, había logrado constituir una amplia red de contactos entre la variada comunidad de residentes extranjeros. En muy poco tiempo, se había convertido en una persona querida y admirada. Al mes de establecerse, en una carta dirigida a su madre, describía así su intensa y excitante vida social (a 23 de marzo de 1937, desde las oficinas del ILP en Barcelona, poco después de haber visitado a Orwell en el frente):

> ... He comido de un modo soberbio tres veces seguidas. No sé si echaré de menos esta vida de cafeterías. Tomo café tres veces al día y licores más a menudo, y, aunque en teoría me alimento en una lúgubre pensión seis veces por semana, suelo ir a cualquiera de los cuatro sitios donde la comida es realmente buena en todos los sentidos, aunque lógicamente limitada. Todas las noches me hago el propósito de retirarme pronto para escribir cartas o lo que sea.

Durante esas semanas de ocio en Barcelona, Eileen hizo amistad con la estadounidense Lois Orr, con quien vivió innumerables aventuras por las calles de Barcelona. No fue la única, entre su círculo de amistades encontramos también al italiano Giorgio Tioli, un tipo elegante y enigmático que afirmaba ser corresponsal del *News Chronicle*, así como los británicos David Crook y David Wickes, presumiblemente vinculados a la sección inglesa de las Brigadas Internacionales. Ambos, al igual que Tioli, y sin Eileen saberlo, eran agentes encubiertos de los servicios de inteligencia soviéticos.

Giorgio Tioli, florentino residente en Londres que había trabajado como sanitario en un hospital infantil, llegó a Barcelona el 4 de septiembre de 1936. Iba acompañado por David Marshall, un joven estudiante de Middleborough con quien había hecho migas durante el trayecto en tren de París a Portbou. Ambos se unieron a la «Centuria Tom Mann», una unidad inglesa formada a principios de septiembre bajo la tutela del Partido Comunista de Gran Bretaña. El 10 de septiembre, Tom Wintringham, el líder del grupo, escribió a Harry Pollitt informándole que había llegado a un acuerdo con Nat Cohen, un sindicalista judío de Stepney, para establecer una centuria que incluiría a «10 o 12 ingleses», entre los mencionados incluía a Tioli.

Finalmente, el voluntario italiano, al contrario que sus compañeros, decidió no desplazarse al frente, alegando estar enfermo. Vinculado desde entonces a los servicios sanitarios del PSUC, ejerció como chofer y enfermero durante una temporada. En noviembre, sin ningún tipo de experiencia acreditada en el ámbito periodístico, obtuvo un carné de prensa validado por el *News Chronicle*. Este tipo de maniobras era característica del *modus*

*operandi* del espionaje soviético, ya que la profesión de periodista ofrecía la coartada perfecta para hacer preguntas y obtener información sin despertar sospechas. Fue en este contexto, cuando Tioli hizo amistad con varias de las mujeres extranjeras vinculadas al POUM: Eileen Blair, Lois Orr, Sybil Wingate, etc. Tras la huida precipitada de sus víctimas, en junio de 1937, Tioli recibiría una nueva orden de sus superiores: hacerse amigo íntimo de Erwin Wolf, un periodista checo de orientación trotskista que, como él, parecía ejercer como corresponsal del *News Chronicle*.

Erwin Wolf, nacido en Reichenberg el 28 de diciembre de 1902, llegó a Barcelona entre el 22 y el 23 de mayo de 1937. Un mes después, a las 5 p.m. del 31 de julio, se citó con George Tioli en el Café Brasil, situado en una esquina de la Plaza Universidad. Veinte minutos después de la hora concertada, Wolf telefoneó a su mujer, la danesa Hjordis Knudsen, diciéndole que llegaría tarde porque Tioli aún no se había presentado. Al rato, ya no desde el Café Brasil, sino desde un pequeño café situado en una calle lateral, volvería a llamarla. Esta fue la última conversación entre ambos, Hjordis nunca más volvería a saber de él.

Meses después, el 29 de diciembre, Grandizo Munis, fundador de la Sección Bolchevique-Leninista de España y amigo personal de Wolf, escribió una carta a Rudolf Klement, futuro secretario de la Cuarta Internacional, poniéndole al día sobre lo sucedido con Wolf:

Barcelona, 29 de diciembre de 1937

> Querido camarada: He recibido con gran retraso tu carta fechada el 4 de noviembre. Para responder he tenido que esperar el tiempo suficiente para obtener algunas informaciones sobre el caso Erwin Wolf, lo cual no se hace sino muy lentamente. Los datos de mi última y penúltima carta habían sido entregados por la comisión jurídica de la CNT, que se ha ocupado de Erwin Wolf entre otros camaradas [...]. Ahora los anarquistas han constituido una comisión a la que se le otorga cierta tolerancia para investigar en las checas de los estalinistas. Le hemos dado la descripción física de Wolf y de Hans Freund (Moulin), de quien no tenemos noticias desde su desaparición. Pero no hay que confiar demasiado en esa comisión. Su constitución obedece a las últimas negociaciones entre

> anarquistas y estalinistas con vistas a una componenda ministerial. La prensa no ha dicho casi nada, pero los anarquistas piden la liberación de los encarcelados y los estalinistas exigen la persecución de los trotskistas. Algunos anarquistas han sido liberados sin que por eso cese el encarcelamiento de otros. Ladmiral se encuentra efectivamente en libertad. Landau [Kurt Landau], después de ser detenido por varios «desconocidos», ha desaparecido. Los poumistas ya lo dan por asesinado. En lo que se refiere a Tioli, no puedo responderte. Apenas le conocía. Por lo que he visto y según la impresión de otros camaradas, sólo era un periodista con simpatías nebulosas por el movimiento obrero. Por otra parte, hacía negocio con las divisas. Erwin Wolf fue encarcelado con él la primera vez que lo detuvieron en el Café La Rambla, porque se le creía implicado en el caso Velman, es decir el asunto de dinero en el que Tioli andaba metido.

Las sospechas de Klement, refrendadas por Munis, no iban mal desencaminadas. Todos los indicios señalaban la responsabilidad de Tioli en la desaparición de Wolf. No sería la única, habría muchas más, y todas quedarían impunes.

Volvamos al momento en que dejamos a Orwell, recién llegado a la ciudad después de pasar cuatro meses en el frente de Aragón. Era 27 de abril, y el escritor británico se topó con una realidad completamente distinta. La ciudad había cambiado radicalmente; ahora, grupos parapoliciales estalinistas recorrían las calles con total impunidad, asaltando a los transeúntes con la excusa de estar buscando a espías fascistas. A plena luz del día, escudriñaban bares, terrazas y plateas de cines y teatros, buscando a quienes etiquetaban en la prensa como «quintacolumnistas», aunque en realidad estuvieran persiguiendo a militantes revolucionarios. La ciudad que había sido durante semanas, incluso meses, la capital mundial de la Revolución proletaria, se había convertido nuevamente en una urbe burguesa, donde el orden y la ley volvían a ocupar su lugar de privilegio.

Nadie estaba a salvo de las sospechas estalinistas, ni siquiera Orwell. Cualquiera que hubiera estado relacionado con alguna organización que se habían desviado un ápice de la línea marcada por Moscú, era tachado de espía fascista. Entre ellas, el enemigo más señalado, a quien dedicaban más saña y rencor, era sin duda el POUM, precisamente el partido que desde su fundación se había

mostrado más crítico con la III Internacional. ¿Qué había pasado? ¿Por qué, de repente, los detenían en la calle, les revisaban la correspondencia y los señalaban en los medios? En definitiva, ¿por qué los acosaban? ¿Con qué propósito?

No obstante, los militantes poumistas no fueron las únicas víctimas de esta campaña patrocinada por el gobierno, los anarquistas también recibieron lo suyo.

A finales de abril, *Esfuerzo*, uno de los órganos de prensa de las Juventudes Libertarias de Cataluña, dejaba claro cuál era su posicionamiento respecto al acoso estalinista, señalando directamente a los culpables:

> Una Revolución ha de satisfacer las necesidades sociales y no los intereses de un hombre, de un grupo o de un partido [refiriéndose a Stalin y al PSUC].

En este contexto, los servicios de información de la CNT y la FAI redactaban un informe alertando de las maniobras de una coalición de contrarrevolucionarios que procuraban restar poder a los anarquistas (IISG; ARCH00293.005A.15):

> Tenemos informaciones precisas acerca de un complot bastante extenso que se está organizando contra la CNT y la FAI por elementos de Estat Català, nacionalistas vascos, el PSUC y algunos prohombres de la Generalitat [...]. Al corriente de todo esto y ayudando intensamente está el cónsul de Rusia en Barcelona, quien procura políticamente desprestigiar y restar influencia a los hombres de la CNT y la FAI.
>
> Urge ponerse en guardia y contrarrestar por todos los medios esta labor solapada que llevan a cabo todos los elementos citados, puesto que de no hacerse así, rápidamente es muy posible que las fuerzas de la CNT y la FAI sean anuladas, incluso podía darse el caso de que fueran destruidas y aniquilados sus militantes. De manera discreta, hay que prepararse para contrarrestar el golpe que se intenta dar. Lo exige así, no solo el prestigio y la influencia de la confederación y la FAI sino también la dignidad de la revolución.

Seis días después de que Orwell llegara del frente, Eileen escribió una carta a su hermano Lawrence. En ella describía el estado en que había encontrado a su esposo tras vivir su experiencia en el campo de batalla. Entre otras cosas, le hablaba de su hartazgo de una guerra estática, sin apenas movimiento, y que, por esa misma razón, según le había comunicado, tenía la intención de ingresar cuanto antes en las Brigadas Internacionales, estacionadas en Albacete:

> Eric está aquí de permiso. Llegó con la ropa hecha jirones, casi descalzo, un poco sucio, muy moreno y con un aspecto magnífico. Había tenido que tomar varios trenes, en total doce horas de viaje, consumiendo anís, sardinas y chocolate. En Barcelona abunda la comida por el momento, pero todo lo que hay es muy elaborado. No me sorprende pues que se indispusiera [al parecer se atiborró de comida]. Después de dos días en cama está del todo recuperado, pero todavía no se deja convencer para salir a dar una vuelta, así que hoy tenemos un «día tranquilo». Es la manera de pasar el Primero de Mayo. Le dijeron que se presentara en el cuartel, pero todavía no está del todo bien. Ha solicitado ya los papeles para que lo licencien, por eso no ha ido. El resto del contingente no tenía la menor intención de ir. Cuando lo licencien seguramente se alistará en las Brigadas Internacionales. Como es lógico, somos políticamente sospechosos, creo que sobre todo yo, pero ya le contamos toda la verdad al tipo de las Brigadas Internacionales destacado aquí [se refiere a Hugh O'Donnell, responsable de la sección inglesa de la NKVD]; quedó tan impresionado que al cabo de media hora prácticamente me estaba ofreciendo varios empleos ejecutivos, y deduzco que aceptarán también a Eric. Debo irme de Barcelona, claro está, y de todas formas tendré que hacerlo porque quedarse no tiene sentido. A Madrid no es probable que pueda llegar, de modo que queda Valencia por el momento, con Madrid y Albacete en perspectiva, aunque a distancia. Alistarse en las Brigadas Internacionales con el historial de Eric es algo raro, pero es lo que él quería hacer desde el principio, y es la única manera de llegar a Madrid. Así que esto es lo que hay.

Un indicio de que el soldado Eric Blair no había comprendido en justa medida la gravedad de la situación en la que se encontraba fue

su intención de abandonar las milicias del POUM para ingresar en las Brigadas Internacionales, una unidad militar que, como le habían advertido Harry Milton, actuaba bajo el control de la III Internacional. Meses más tarde, de regreso en Inglaterra, apuntaría ese propósito en un pasaje de *Homenaje a Cataluña*:

> ... me encontraba, además, realizando trámites preliminares para abandonar la milicia del POUM e ingresar en alguna otra unidad que me permitiera llegar al frente de Madrid.

El 27 de abril, presionado tal vez por su propia impaciencia, inició los trámites para unirse a las Brigadas Internacionales. Aburrido como estaba en el frente de Huesca, pretendía irse a Madrid, donde le esperaba «una guerra de verdad». Para ello contactó con un amigo comunista vinculado al Socorro Rojo Internacional, quien, según Orwell, «parecía muy interesado en reclutarme». Tal como dejó escrito en *Homenaje a Cataluña*, no sólo se mostró muy predispuesto a ayudarle, sino que también le pidió que, de ser posible, tratara de persuadir a otros miembros del ILP para que siguieran su ejemplo. El amigo no era otro que Hugh O'Donnell, uno de los agentes vinculados al Servicio de Extranjeros del PSUC y responsable de redactar informes sobre los voluntarios británicos considerados hostiles a la Komintern. Había sido seleccionado meses antes por Hubert von Ranke, alias «Chaim Besser», jefe del Servicio de Extranjeros del PSUC y mano derecha de Enro Gëro, con el objetivo de mantener bajo vigilancia a la colonia de voluntarios británicos.

En medio de la creciente tensión, el 30 de abril, Walter (Wally) Tapsell, otro agente estalinista enviado a Barcelona por Harry Pollitt para vigilar al contingente del ILP, redactó un informe detallando las razones que el mismo Orwell le había dado para unirse a las Brigadas Internacionales:

> En estos momentos la persona más distinguida y respetada en el contingente del ILP es Eric Blair. Se trata de un novelista, ha escrito algunos libros que tratan la vida de los proletarios ingleses. Tiene escasa comprensión de los temas políticos y no está interesado en la

política de partidos. Vino a España como antifascista para combatir al fascismo.

En el mismo informe, Tapsell mencionaba la preocupación que Orwell le había expresado sobre si haber combatido en una unidad del POUM podía acarrearle problemas para alistarse en las Brigadas Internacionales:

> Blair preguntó si era posible que su relación con el POUM perjudicara sus probabilidades de alistarse en las Brigadas Internacionales. Quiere luchar en el frente de Madrid y manifestó que en pocos días nos presentará una solicitud formal para alistarse cuando se haya regularizado su licencia del POUM.

Años más tarde, en la introducción de una enésima edición de *Homenaje a Cataluña*, Bob Edwards, quien fuera compañero y comandante del contingente del ILP, ratificó la intención de Orwell de abandonar la unidad del POUM, remarcando su falta de compromiso:

> En varias ocasiones dio a conocer su intención de dejar la Milicia Internacional [contingente del ILP] y unirse a la Columna Internacional que controlaban los comunistas en el frente de Madrid [Brigadas Internacionales]. Anteponía sus necesidades como escritor a su deber como soldado. Le llamé la atención de forma bastante clara hasta el punto de que en una ocasión, después de un debate muy acalorado, le dije que era un maldito escritor de medio pelo sin experiencia alguna en la lucha de la clase obrera, y las que tenía no eran más que las de un periodista que se limitaba a observarlas.

Sin embargo, a pesar del prejuicio de Edwards, aquella idea de abandonar a sus compañeros para marcharse al frente de Madrid fue desvaneciéndose con el paso de los días. Es muy probable que durante la semana de permiso en la ciudad se percatara de la gravedad del acoso que sufrían sus compañeros y, por extensión, él mismo. Puede que fuera en el vestíbulo del Hotel Continental, donde las miradas incisivas de los huéspedes, periodistas sin artículos publicados, diplomáticos sin legación a la que representar

y policías sin placa, le advertían que algo extraño estaba pasando. Quizás fue Eileen quien le puso al corriente de lo sucedido mientras estuvo en el frente, preocupada como estaba por lo que vendría, o tal vez fueron las mentiras de la prensa afín al gobierno, tanto local como extranjera, quienes, ya sin caretas, mostraban abiertamente su animadversión hacia los partidarios de la Revolución, lo que terminó por abrirle los ojos. Pero más allá del cómo, estaba también el por qué, esas sólidas razones que lo habían alentado a permanecer al lado de sus compañeros, esos motivos que habían impedido que los abandonase en cualquier circunstancia, y que, objetivamente, no eran más que los sentimientos de pertenencia que había ido forjando, primero en Barcelona y después en el frente, casi sin darse cuenta. Exactamente los mismos sentimientos que lo mantendrían vivo y despierto en Wallington mientras inmortalizaba negro sobre blanco lo que había vivido en España, compartiendo con el mundo su verdad.

El 1 de mayo, en una carta dirigida a Victor Gollancz donde, entre otras cosas, le agradecía su introducción a *El camino a Wigan* Pier, Orwell le manifestaba, por primera vez, su deseo de escribir un libro sobre lo ocurrido en la Guerra Civil Española:

> Seguramente volveré al frente dentro de unos días y salvo accidentes espero estar allí hasta agosto. Después creo que regresaré a casa, porque será el momento de empezar otro libro. Deseo fervientemente salir de esta con vida, aunque sólo sea para escribir al respecto. Aquí no es fácil enterarse de lo que ocurre fuera del ámbito de la propia experiencia, pero incluso con estas limitaciones he visto muchas cosas que tienen para mi gran valor. Casi por casualidad me uní al POUM en vez de incorporarme a las Brigadas Internacionales, lo cual, hasta cierto punto, fue una lástima, porque ha significado no ver el frente de Madrid; por otra parte, me he relacionado con españoles en lugar de hacerlo con ingleses, y sobre todo con revolucionarios auténticos. Espero tener ocasión de escribir la verdad de lo que he visto. Lo que se publica en la prensa inglesa es casi toda una serie de mentiras atroces; no puedo decir más a causa de la censura. Si puedo estar ahí en agosto, espero tener un libro preparado para que lo publiques a comienzos del año que viene.

Según explicaba en la carta, en ese Primero de Mayo que, ante los pronósticos de enfrentamientos, no se había podido celebrar, Orwell era ya consciente de los bulos ideados y ejecutados por la prensa estalinista, y por ende, todos los medios afines al gobierno, para desprestigiar a los partidarios de la Revolución. En su caso, hablaba específicamente de la prensa internacional —*Daily Worker*, *News Chronicle*, *The Labour Monthly, L'Humanité*, *Regards*, o la *International Press Correspondence*, órgano de prensa de la Komintern— y apuntaba que no se podía explayar más sobre el asunto porque la correspondencia iba a pasar por la censura antes de ser enviada, insinuando que vivían bajo una especie de Estado de excepción, con los típicos mecanismos de un sistema totalitarista. Todo el mundo que residía en ese momento en la ciudad, incluido Orwell, sentía que algo gordo iba a pasar.

El 1 de mayo, el POUM publicó un manifiesto en *La Batalla* advirtiendo que los trabajadores no se amedrentarían, que estaban alerta frente a las amenazas de los contrarrevolucionarios:

> Desde hace dos días la clase obrera está en guardia. Los obreros de las fábricas y talleres velan día y noche por la suerte de la revolución, que está en peligro por las vacilaciones de los reformistas. Velan con las armas en la mano, porque la paciencia de la clase obrera está llegando a su fin. Los obreros están cansados de soportar la política que llevan a cabo estos gobiernos burocráticos, que se basan en compromisos inútiles. Seguiremos en guardia en los próximos días, porque no podemos tolerar por más tiempo la política vacilante del Gobierno de Valencia y de la Generalitat, que trabajan contra la clase obrera.

En ese mismo número, *La Batalla* aseguraba que el gobierno tenía almacenados un montón de armas, tanques y municiones que no se estaban entregando a los necesitados milicianos revolucionarios que combatían en el frente, causando graves perjuicios en su estrategia militar. Al mismo tiempo, en el marco de la nueva legislación de Orden Público que apostaba por el desarme en la retaguardia, *Solidaridad Obrera*, órgano de la CNT, animaba a sus lectores a que no dejasen arrebatar las armas de las manos, «¡Valen más

que los discursos!», les advertían. Al día siguiente, *Última hora*, periódico en la órbita de Esquerra, afeaba la actitud de los anarquistas, apoyando las medidas del gobierno de la Generalitat:

> Ayer, el órgano periodístico de la CNT, representada en el Consell de la Generalitat y al Gobierno de la República, lanzaba varias consignas encaminadas, de una manera explícita, a hacer inoperantes las medidas preconizadas por el consejero Isgleas y el ministro García Oliver.
>
> No podemos seguir así. No, compañeros de *Solidaridad Obrera*. Los que poseen armas en la retaguardia no son todos trabajadores, ni son todos antifascistas, ni son todos personas decentes. Interesa a la propia clase trabajadora poner de relevo esta diferenciación, porque nuestros obreros no quieren convivir con ladrones, con asesinos y con aprovechados de la Revolución.
>
> Preguntamos: ¿para quá han servido, de nuevo meses acá, las armas de la retaguardia? ¿Para asesinar trabajadores antifascistas, para cometer todo tipo de actos de bandidaje?

El enfrentamiento entre partidarios y opositores de la Revolución parecía inminente; no había otra solución más que el conflicto armado. Era solo cuestión de horas.

## Hechos de Mayo

Cedric Salter, periodista del diario británico filofranquista *Daily Mail*, regresó a Barcelona en las mismas fechas que Orwell, y como él, se topó con una ciudad transformada por completo:

> Regresé a una Barcelona distinta. Sólo había estado fuera seis semanas, pero la pasión y el fuego parecían haber desaparecido [...]. Coincidiendo con la campaña del PSUC a favor de la esfera pública de clase media, volvieron a abrirse restaurantes de lujo [...]. A su vez, el Estado republicano extendió su poder sobre el paisaje urbano y restauró los viejos privilegios y ritmos urbanos.

A Salter, le dio satisfacción comprobar que el Hotel Ritz había vuelto a ser el «mejor hotel de la ciudad». El estilo proletario había pasado de moda, ahora los coches y otros símbolos de riqueza, como las joyas y los trajes de alta costura, inundaban de nuevo las calles. El propio Orwell describiría este súbito cambio en *Homenaje a Cataluña*:

> Ahora volvía a ser una ciudad corriente, un poco maltratada y lastimada por la guerra, pero sin ninguna señal externa de predominio de la clase trabajadora [...]. El cambio en el aspecto de las gentes era increíble. El uniforme de la milicia y los monos azules habían desaparecido casi por completo; la mayoría parecía usar esos elegantes trajes veraniegos en los que se especializaban los sastres españoles. En todas partes se veían hombres prósperos y obesos, mujeres bien ataviadas y coches de lujo. Los oficiales del nuevo Ejército Popular, un tipo que casi no existía cuando dejé Barcelona, ahora abundaban en cantidades sorprendentes.

A finales de abril, Charles Orr le organizó a Orwell un encuentro en el vestíbulo del Hotel Continental con el escritor estadounidense John Dos Passos. Éste, sentado en una silla de mimbre, se le acercó y a modo de presentación oficiosa le dijo que por las cosas que había escuchado sobre él pensaba que debía ser «uno de los pocos que entendía lo que estaba pasando en España». Ambos congeniaron de inmediato. Años después, Dos Passos dejaría escrito su impresión sobre Orwell:

> ... Su faz tenía un aspecto tenso, como enfermo. Supongo que ya padecía la tuberculosis que acabó con su vida. Daba una impresión de agotamiento extremo. No hablamos mucho, pero recuerdo el sentimiento de calma, de alivio de la tensión que me embargó al hablar por fin con un hombre honesto.

Justo en el momento en que Orwell, a pesar de sus reticencias iniciales, estaba dispuesto a pasar unos días en la costa a modo de unas pequeñas vacaciones, estalló lo que tiempo después fue conocido como Hechos de Mayo.

El asalto a la central de la Telefónica por parte de un destacamento de Fuerzas del Orden Público, edificio en manos de la CNT desde el 19 de julio, supuso el detonante definitivo de un enfrentamiento entre los defensores de la legalidad republicana de la preguerra, PSUC y ERC, y los partidarios de la Revolución permanente, CNT-FAI y POUM, que llevaba cociéndose desde hacía meses en Cataluña. De hecho, ambos grupos habían estado en roce constante desde el comienzo de la guerra. El recelo y la desconfianza, alimentado por ambas partes, había ido creciendo de forma exponencial desde el verano del 1936, desembocando irremediablemente en un enfrentamiento armado que se prolongaría durante cinco días, del 3 al 8 de mayo, llevándose por delante a doscientas dieciocho personas.

Años después, Georges Kopp, capitán de la centuria del POUM en la que había combatido Orwell y presente en Barcelona durante los Hechos de Mayo, intentó buscar explicaciones en sus memorias, recordando la profunda decepción que identificó entre los partidarios de la Revolución:

> ... distintos sectores revolucionarios de la opinión catalana, y particularmente barcelonesa, se sorprendieron y decepcionaron por la lentitud de la obra revolucionaria.

Orwell, relajado en la cafetería del hotel y seguro de que podría pasar unos días de vacaciones, recibió la noticia de los primeros enfrentamientos. Él mismo lo recordaría en *Homenaje a Cataluña*:

> En torno al mediodía del 3 de mayo, un amigo que cruzaba el vestíbulo del hotel [Hotel Continental] anunció como de pasada: «He oído que ha habido jaleo en la Central Telefónica». Por algún motivo, no le presté mayor atención en ese momento. Por la tarde, entre las tres y las cuatro, me encontraba a media altura de las Ramblas cuando oí a mis espaldas varios tiros. Me di la vuelta y vi a algunos jóvenes que, con fusiles en la mano y los pañuelos rojinegros de los anarquistas al cuello, desaparecían por una bocacalle en dirección norte. Evidentemente, disparaban contra alguien situado en una elevada torre octogonal —una iglesia, según creo— que se alzaba sobre esa calle [se refiere a la torre del campanario de Santa

Maria del Pi]. De inmediato pensé: «¡Ya ha comenzado!». Pero lo pensé sin mayor sentimiento de sorpresa, pues desde hacía varios días todos esperábamos que «aquello» comenzara en cualquier momento. Quise regresar al hotel enseguida para saber cómo estaba mi esposa, pero el grupo de anarquistas, a la entrada de la bocacalle, hacía retroceder a la gente, gritando para que nadie cruzara la línea de fuego. Se oyeron más disparos. Las balas procedentes de la torre atravesaron la calle, y una multitud aterrorizada se abalanzó Ramblas abajo, alejándose del fuego; a lo largo de la calle podía oírse el tableteo de las persianas metálicas que bajaban los tenderos para proteger sus escaparates. Vi dos oficiales del Ejército Popular retirándose prudentemente de árbol en árbol con las manos en las pistolas. Delante de mí, la gente se precipitaba por las escaleras de la estación de metro que hay en medio de las Ramblas en busca de protección [se refiere a la boca del metro de Liceo]. Opté por no seguirlos, pues no quería quedarme atrapado bajo tierra durante horas. En ese momento, un médico norteamericano que había estado con nosotros en el frente se acercó corriendo y me tomó del brazo [habla de Louis Levin, médico estadounidense de treinta y tres años de la 29ª División]. Estaba muy excitado:

—Vamos, debemos llegar hasta el Hotel Falcón. Los muchachos del POUM se reunirán allí. Ya comenzaron los líos. Debemos permanecer unidos.

Mientras nos dirigíamos calle abajo, un camión repleto de anarquistas armados pasó a toda velocidad en dirección opuesta. En la parte delantera se veía a un jovencito desarrapado, echado sobre una pila de colchones tras una ametralladora ligera. Cuando llegamos al Hotel Falcón, al final de las Ramblas, una multitud en ebullición ocupaba el vestíbulo de la entrada. Reinaba gran confusión, nadie parecía saber qué se esperaba de ellos y sólo estaba armado el puñado de tropas de choque que normalmente cuidaba el edificio. Crucé hasta el Comité Local del POUM [...]. Pasé largo tiempo vagando por el edificio, un gran local laberíntico cuya distribución resultaba imposible de aprender. En las distintas dependencias encontré muebles rotos, papeles rasgados, el desorden habitual que parece ser un producto inevitable de la revolución. Por todas partes había gente durmiendo; en un pasillo, sobre un sofá desvencijado, dos pobres mujeres de la zona de los muelles roncaban plácidamente. El edificio había sido un teatro-cabaret antes de que el

> POUM lo ocupara [se refiere al Café-cabaret Mónaco] [...]. Al amanecer, la gente comenzó a levantar dos barricadas, una frente al Comité Local y otra frente al Hotel Falcón. Las calles de Barcelona están empedradas con adoquines cuadrados, fáciles de apilar y, debajo de ellos, hay una especie de gravilla muy útil para llenar sacos. El proceso de construcción de esas barricadas constituyó un espectáculo singular y maravilloso; hubiera dado cualquier cosa por fotografiarlo. Con esa suerte de apasionada energía que despliegan los españoles cuando han tomado la firme decisión de realizar alguna tarea, largas filas de hombres, mujeres y criaturas muy pequeñas arrancaban las piedras, las transportaban en una carretilla que habían encontrado en alguna parte y trastabillaban de un lado a otro bajo los pesados sacos. En la puerta del Comité Local, una muchacha judía alemana [es probable que se trate de Clara Thalmann, la voluntaria suiza del POUM que había llegado a la ciudad para participar en la Olimpiada Popular], con un pantalón de miliciano cuyas rodilleras le llegaban a los tobillos, observaba todo con una sonrisa.

La propia Clara lo recordaría años después en un pasaje de sus memorias tituladas *Viviendo la revolución del 36*:

> De mutuo acuerdo y de inmediato comenzamos a distribuirnos detrás de las barricadas ubicadas en las sedes de los partidos. Donde quiera que fuésemos había desconfianza. Nos detuvimos en la inmensa barricada que bloqueaba completamente la Rambla entre el Hotel Falcón y la sede local del POUM.

Orwell pasó la noche del 3 al 4 de mayo envuelto en una cortina en el antiguo Café-cabaret Mónaco, requisado por el POUM en agosto de 1936. A las tres de la madrugada lo despertaron para que hiciera guardia, pero afortunadamente no pasó nada. Al día siguiente, de regreso al Hotel Continental, se topó con un John McNair exaltado, consumido por la rabia, no podía entender cómo algo así podía estar sucediendo, soldados del mismo bando enfrentándose entre sí cuando tenían un enemigo común a poco más de trescientos kilómetros de distancia. Orwell agarró su pistola recién comprada en el mercado negro y acompañó a McNair a la sede del Comité Ejecutivo del POUM. Allí mismo, tras mantener

una charla acalorada con sus directivos, se pusieron a disposición de Enric Adroher, quien les ordenó se dirigieran a la azotea del Cine Poliorama con la misión de cubrir y proteger la sede ejecutiva del partido, situada justo enfrente, al otro lado de las Ramblas.

Años después, recordando el día 4 de mayo, Wilebaldo Solano, secretario general de la JCI y miembro de la ejecutiva del POUM, aportaría algo de luz a lo sucedido:

> Volví a atravesar Barcelona sorteando los controles que se habían intensificado desde el anochecer. Por suerte, casi todos eran de la CNT-FAI o CNT-POUM. Al llegar a la zona fortificada de Gracia, informé en seguida a los demás compañeros del comité ejecutivo de la JCI. Hubo aquella noche, en la que apenas pudimos dormir, discusiones apasionadas. Informamos también a todos los compañeros presentes, entre los que se encontraban algunos alemanes del DAS, el joven intelectual Charles Orr, trotskista norteamericano que estaba en plena excitación y quería que nos inspiráramos en Lenin, y varios milicianos ingleses, entre los que creo también estuvo en algún momento George Orwell, tan discreto que no se dio a conocer.

La mañana del 4 de mayo, Barcelona se despertó cubierta de barricadas, ya en la jornada anterior se habían producido las primeras bajas. La situación era incierta, nadie alcanzaba a entender lo que estaba pasando. Juan García Oliver, por entonces ministro de Justicia, lo recordaría de este modo:

> Todavía no se hablaba de quiénes movían los hilos de la trama. No se sabía de dónde partían las consignas que recibían los compañeros en las barricadas. En realidad, se trataba de un movimiento estancado, condenado a un fracaso sangriento. Veinticuatro horas después de iniciado, todo estaba en la ciudad en las condiciones en que empezó: gentes tras unas barricadas, pero sin plan ni iniciativa. Del otro lado, en cambio, aunque parecía lo contrario, porque daban la sensación de estar sitiados, la Generalitat no había sido atacada ni ocupada. El palacio municipal tampoco. Ni el edificio de Gobernación. Los locales centrales del PSUC, de Esquerra [ERC] y de Estat Català continuaban en poder de sus militantes. ¿Quién dirigía aquel estúpido movimiento?

Sobre las cinco de la tarde del día 4, fueron abatidos varios anarquistas en la Vía Layetana, conocida entonces como «Vía Durruti». Entre ellos se encontraban el afiliado del Sindicato del Ramo de la Madera, Jaume Ubiñana Solé, de cuarenta y un años, y el también cenetista Bartolomé Ávila Martínez, de diecinueve. A la misma hora, Concha Pérez, una de las protagonistas del segundo tomo de esta trilogía, se ofreció como voluntaria para dar una ronda de reconocimiento en la zona de Plaza Cataluña. Le acompañaban dos compañeros de la fábrica de armamento en la que trabajaba. En el trayecto, fueron emboscados por una patrulla de Guardias de Asalto. Sorprendida por la irrupción de los policías, Concha no tuvo tiempo para esquivarlos y recibió un balazo en la pierna. Mientras acudía a un centro de socorro, sus compañeros del Comité Revolucionario de Les Corts, armados con bombas de mano, pusieron rumbo a la barricada que habían levantado otros guardias en el cruce de las calles París, Carretera de Sarriá y Urgel, justo enfrente del Café Ven y Ven. El grupo estaba formado por el murciano Ginés Zafra, el gallego Sergio Somoza y los valencianos Higinio Puchol, Vicente Cruz y José Granero, protagonistas también del segundo tomo de la trilogía. Fueron recibidos por una ráfaga de fusilería, pero, superiores en número, consiguieron asaltar la barricada, neutralizando a los guardias que la custodiaban.

*

El terror anegó las calles. La ciudadanía, entre perpleja y temerosa, se recluyó en sus domicilios. La mañana del día 4, el POUM, haciendo uso de su ya debilitada estructura mediática, emitió un comunicado apoyando de forma pública la resistencia, consciente de que no hacerlo significaría su inevitable desaparición. Ante esta realidad, las organizaciones obreras partidarias de la Revolución se lanzaron a la calle por pura supervivencia. Su intención era volver al escenario conquistado tras los enfrentamientos del 19 de Julio. Intentaron, sin éxito, tomar los espacios controlados por el PSUC: el Hotel Colón, el Casal Carlos Marx, el cuartel Voroshilov, así como el Palau de la Generalitat. Un

reguero de bajas, ochenta y cinco solo ese día, fue el resultado de su tentativa. Consciente de la gravedad de la situación, la Sección Bolchevique-Leninista, adherida a la IV Internacional, distribuyó unas octavillas por las barricadas levantadas en la ciudad:

> Viva la Ofensiva revolucionaria - Nada de compromisos - Desarme de la Guardia Nacional Republicana y Guardia de Asalto reaccionarias - El momento es decisivo - La próxima vez será demasiado tarde - Huelga general en todas las industrias que no trabajen para la guerra, hasta la dimisión del gobierno reaccionario - Sólo el Poder Proletario puede asegurar la victoria militar - Armamento para la clase obrera – Viva la unidad de acción CNT-FAI-POUM – Viva el Frente Revolucionario del Proletariado – En los talleres, fábricas, barricadas, etc.: Comités de defensa Revolucionaria.

Uno de los enfrentamientos más sangrientos tuvo lugar en el Paralelo, donde un grupo de anarquistas de la barriada de Sants se enfrentó a un par de patrullas de Guardias de Asalto y de la Guardia Nacional Republicana. El resultado: 26 bajas, 12 entre los anarquistas y 14 entre las Fuerzas del Orden Público. Entre los guardias encontramos al cabo Manuel Oliván Broto, de 30 años, fallecido en la consulta del Dispensario de Santa Madrona, sito en el número 15 de la calle Rosal, en el barrio del Poble Sec.

Por la tarde, Juan García Oliver, quien había llegado de urgencia desde Valencia, hizo un llamamiento desde la radio intentando calmar los ánimos:

> Consérvese cada cual, si así lo cree, en sus respectivas posiciones, pero que cese el fuego [...]. Y declaro que los guardias que hoy han muerto son mis hermanos. Me inclino ante ellos y los beso [...], todos cuantos han muerto hoy son mis hermanos.

Su discurso no sentó nada bien entre las filas confederas, quienes lo tacharon de traidor. La Revolución, creían, había sido derrotada por la intervención de tipos como él, que habían apostado por el pactismo cuando lo tenían todo en sus manos.

Mientras la ciudad se venía abajo, Orwell, tal como le habían ordenado, permanecía vigilante en la azotea del Poliorama. Allí estuvo apostado tres días y tres noches. La experiencia le dejó un poso de tristeza y desconcierto. ¿Cómo podía ser? ¿Cómo diablos se iba a ganar esta guerra? Era desesperante. Había pasado cuatro meses en el frente y había vuelto a la cuidad con la intención de descansar y se había visto obligado a hacer guardia en una azotea donde se consumía de aburrimiento. Puede que fuera en ese momento, durante las noches de insomnio en esa azotea crepuscular, cuando Orwell empezó a comprender lo que realmente estaba ocurriendo en Barcelona y en tantos otros lugares. Meses después, en *Homenaje a Cataluña*, rememoraría esas noches dominadas por el hambre y el sueño:

> Solía sentarme en la azotea y maravillarme ante la locura que significaba todo esto. Desde las pequeñas ventanas del observatorio podía ver a varios kilómetros a la redonda edificios altos y esbeltos, cúpulas de cristal y fantásticos techos ondulados con brillantes tejas verdes y cobrizas; hacia el este, el centelleante mar azul pálido que veía por primera vez desde mi llegada a España. Y la enorme ciudad de un millón de personas había caído en una especie de violenta inercia, una pesadilla de ruido sin movimiento. Las calles soleadas continuaban desiertas. Lo único que ocurría era el raudal de balas que salían de las barricadas y las ventanas protegidas con sacos de arena. No circulaba un solo vehículo y, a lo largo de las Ramblas, los tranvías permanecían inmóviles allí donde sus conductores los habían abandonado al oír el primer disparo. Y mientras tanto el estrépito endemoniado, devuelto por el eco de miles de edificios de piedra, proseguía sin cesar, como una lluvia tropical. Crac-crac, ratatá-ratatá, brum; el estrépito se reducía en ocasiones a unos pocos disparos, y crecía a veces hasta formar una descarga ensordecedora, pero no se interrumpía nunca durante el día, y con la aurora comenzaba otra vez.

La noche del 5 de mayo, Orwell comenzó a comprender la transcendencia que escondía ese enfrentamiento entre soldados republicanos, supuestamente pertenecientes al mismo bando (en *Homenaje a Cataluña*):

> ... esa misma noche, Kopp, con el rostro grave, me dijo que, según una información recién recibida, el gobierno se disponía a ilegalizar al POUM y a declarar el estado de guerra. La noticia me produjo una gran conmoción. Era el primer indicio que tenía de la interpretación que más tarde se daría a estos sucesos. Comprendí vagamente que, cuando la lucha concluyera, el POUM, que era el partido más débil y, por ende, el chivo expiatorio más propicio, cargaría con toda la culpa.

Quizás fue entonces, en ese ambiente de vil conspiración, cuando comenzó a tener claro cuál debía ser su sitio y en qué bando era preciso posicionarse. Puede que en esa rotundidad que emanaba de los hechos y, sobre todo, del relato que se construyó alrededor de los mismos, encontró la claridad que necesitaba. Es posible que en ese momento no fuera consciente de su magnitud, pero la cobertura que hizo la prensa sobre lo acontecido, en particular la vinculada al estalinismo, se convirtió con el paso del tiempo en material imprescindible para sus futuras novelas. En aquellas líneas leídas entre rabia e incredulidad, hallaría la semilla de los futuros pasajes de *Homenaje a Cataluña*, *Mil Novecientos Ochenta y Cuatro* y *Rebelión en la Granja*. La rescritura de la Historia, la mentira y la propaganda disfrazada de versión oficial que Orwell identificó en la cubertura periodística de los Hechos de Mayo, fueron convirtiéndolo en un antiestalinista convencido, o mejor dicho, en un adversario de cualquier tipo de totalitarismo.

A modo de ejemplo, tiempo después de que se diera por concluido el enfrentamiento en las calles de Barcelona, *Mundo Obrero*, órgano de prensa del Partido Comunista de España, señaló al POUM y a sus órganos de comunicación como únicos responsables de los hechos, exigiendo su ilegalización:

> No comprendemos como ha sido posible que se haya tolerado que *La Batalla* se dirigiera a su gente de este modo: «Todo el poder a la clase trabajadora, todo el poder económico a los sindicatos, y en lugar de la Generalitat, la Junta Revolucionaria» [...]. Los sucesos de Cataluña son ejemplares. Pedimos castigo inexorable para el enemigo máximo del pueblo. Ha llegado la hora de exterminar al

> POUM y a todos los hombres y grupos que desde otras organizaciones le hacen el juego y secundan sus actividades inspiradas por Franco, Hitler y Mussolini. El POUM debe ser disuelto y sus hombres eliminados de la vida pública.

Otro ejemplo lo encontramos en *Claridad*, el órgano de prensa de la facción afín a Largo Caballero, cuando en una editorial calificaba al POUM como una «fuerza contrarrevolucionaria»:

> Va restableciéndose la normalidad en Cataluña. El Gobierno de la República ha comenzado a vencer la rebelión fascista provocada en la región autónoma por elementos disfrazados de revolucionarios. No puede tener excusa la conducta de esta gente que después del 19 de julio se han refugiado en carnés sindicales y políticos. A la vista tenemos los últimos números de un determinado periódico barcelonés [*La Batalla*] que se ha distinguido por sus ataques al Gobierno y a la causa del Frente Popular. Es elocuente que un denominado «Grupo Amigos de Durruti» coincida con el trotskismo. Con serenidad y energía, nosotros denunciamos la política contrarrevolucionaria que viene realizando el POUM.

No sólo la prensa local, también la internacional, cubrió los hechos de manera sesgada e imparcial. El 11 de mayo, el *Daily Worker*, órgano de prensa del Partido Comunista de Gran Bretaña, señalaba que en el aparato de la IV Internacional, organismo al que estaba vinculado el POUM, actuaban agentes fascistas extranjeros de manera encubierta. Insinuaba que, meses atrás, durante las semanas que precedieron a la inauguración del congreso de la IV Internacional, varios agentes alemanes e italianos habían irrumpido en Barcelona con una «importante tarea que cumplir», dejando en sus palabras un rastro de sospecha.

A su vez, el también británico *News Chronicle* denunciaba en primera plana que lo ocurrido en Barcelona no era fruto de una conspiración anarquista como decían algunos, sino que se trataba de «un putsch frustrado del POUM trotskista».

Es muy probable que Orwell fuera conocedor de la campaña orquestada contra el POUM antes incluso de que se produjeran los Hechos de Mayo. Del mismo modo, no es descabellado pensar que

leyendo la prensa estalinista, viera en el señalamiento a los partidarios de la IV Internacional, una especie de afrenta personal. En otras palabras, aunque no compartía los postulados ideológicos de los marxistas revolucionarios, los cuatro largos meses que pasó en el frente junto a militantes del POUM, soportando las mismas penurias, el mismo frío, hambre y miedo, forjaron en él un vínculo sincero y honesto que imposibilitaba que les diera la espalda. Porque, ¿cómo iba a tolerar que alguien pusiera en duda su compromiso? ¿Cómo iba a permitir que, sin razón alguna, unos absolutos desconocidos, desde la comodidad de un consejo de redacción, levantaran sospechas sobre su conducta y la de sus compañeros?

Tal como señalaría meses después el propio Orwell, los Hechos de Mayo dieron la oportunidad al gobierno de la Generalitat para tomar el control definitivo en Cataluña. Tras el enfrentamiento en las calles, las autoridades republicanas desmantelaron las estructuras defensivas de la CNT y el POUM, dejándolos sin cobertura armada. Orwell lo inmortalizó en *Homenaje a Cataluña*:

> En los baluartes de la CNT se confiscaron grandes cantidades de armas, aunque no cabe duda de que muchas fueron puestas a salvo a tiempo. *La Batalla* seguía apareciendo, pero fue censurada hasta que la primera plana quedó casi del todo en blanco. Los periódicos del PSUC no estaban sometidos a la censura, y mediante artículos incendiarios exigían la supresión del POUM alegando que era una organización fascista enmascarada. Los agentes del PSUC colocaron en toda la ciudad un mural que representaba al POUM como una figura que al quitarse la máscara que ostentaba la hoz y el martillo descubría un rostro horrendo marcado con la cruz gamada. Evidentemente, la versión oficial de la lucha en Barcelona ya estaba decidida: sería un levantamiento de la quinta columna fascista, provocado por el POUM.

De vuelta en el Hotel Continental, alojamiento que había sido colectivizado por la Generalitat al comienzo de la guerra, Orwell intuyó como nunca la sombra de una sospecha que se cernía sobre su persona. Entre la colonia heterogénea que paseaba recelosamente por las dependencias comunes del hotel, se topó con una variopinta comunidad de periodistas extranjeros, representantes de organi-

smos internacionales y turistas trasnochados, entre los cuales destacaba, en palabras de Orwell, «un ruso obeso de aspecto siniestro». Se trataba, según él, de un espía soviético que era conocido por el sobrenombre de «Charlie Chan». Charlie era en realidad Iósif Romuáldovich Grigulévich, alias «José Escoy», un agente lituano de la NKVD que había sido enviado a España para eliminar a personas desafectas. Orwell describiría en *Homenaje a Cataluña* su manera de actuar, señalando su tendencia natural a la mentira:

> El obeso agente ruso acorralaba por turno a los refugiados extranjeros y les explicaba, de manera plausible, que el conflicto [se refería a los Hechos de Mayo] se debía a un complot anarquista. Lo observé con cierto interés, pues era la primera vez que veía a una persona cuya profesión consistía en mentir (excluyendo, claro está, a los periodistas).

Otro de los personajes siniestros que rondaban por el Hotel Continental, era el anteriormente mencionado Giorgio Tioli, el supuesto periodista del *News Chronicle* de quien Orwell nunca sospechó, es más, en un pasaje de *Homenaje a Cataluña* lo definió como «un gran amigo nuestro».

Meses después, a salvo de la persecución estalinista, Orwell plasmaría en el manuscrito de *Homenaje a Cataluña* ese ambiente de celo y sospecha que lo impregnaba todo:

> En el hotel, la atmósfera de sospecha y hostilidad había empeorado con el cese de la lucha. Frente a las acusaciones que se hacían por todas partes, resultaba imposible mantenerse neutral. El correo volvía a funcionar, comenzaron a llegar periódicos comunistas extranjeros, y sus relatos de la lucha no sólo eran violentamente parciales sino, desde luego, increíblemente inexactos. Creo que algunos de los comunistas locales, testigos de los sucesos, se sintieron avergonzados ante la interpretación que se daba de los acontecimientos, pero, naturalmente, se mantuvieron fieles a su partido. Nuestro amigo comunista [Hugh O'Donnell, agente de la NKVD] volvió a acercárseme y me preguntó si no deseaba pasarme a la Columna Internacional [se refiere, claro está, a las Brigadas Internacionales]. Me cogió más bien por sorpresa.

—Vuestros periódicos dicen que soy un fascista —le dije—. Sin duda, debo de ser un sospechoso político, viniendo del POUM.

—Oh, eso no importa. Al fin de cuentas, tú sólo cumples órdenes.

Tuve que decirle que, después de lo ocurrido, no podía ingresar en ninguna unidad controlada por comunistas.

Orwell concluyó el capítulo dedicado a los Hechos de Mayo con un razonamiento concluyente, a lo sumo clarificador, fruto de la clarividencia de lo experimentado en las calles de Barcelona:

> Casi todos los reportajes periodísticos publicados en esa época fueron realizados por periodistas alejados de los hechos, y no sólo son inexactos, sino intencionalmente engañosos. Como de costumbre, sólo se permitió que una versión de lo ocurrido llegara al gran público. Al igual que cualquier otra persona que estuviera en Barcelona en aquellos momentos, sólo vi lo que ocurría en mi entorno inmediato, pero vi y oí lo suficiente como para poder contradecir muchas de las mentiras que han estado circulando.

Su compañero Kopp, con quien compartió vigilancia en la azotea del Poliorama, relató esa misma decepción por lo ocurrido:

> Cuando me di cuenta de lo que iba a pasar, en la tarde del 3 de mayo, experimenté un sentimiento de arrepentimiento porque no creo que la clase obrera pueda beneficiarse de movimientos espontáneos y desesperados, y la guerra antifascista mucho menos. Creo que los líderes de la CNT y la FAI experimentaron lo mismo que yo [...]. En cuanto a los del POUM, creo que sintieron verdadera desesperación frente a esta aventura [...]. Sin embargo, tampoco abandonaron a las masas ni adoptaron una posición equívoca.

El 9 de mayo, la líder anarquista Emma Goldman, testimonio directo de la Revolución, comentaría sarcásticamente en una carta dirigida al también anarquista Max Nettlau, que «el repentino enamoramiento de la democracia de los vencedores de los Hechos de Mayo, no era otra cosa que la intención deliberada del gobierno

soviético de destruir la Revolución en España», señalando directamente a Moscú como responsable de lo sucedido.

Un día después, llevándose consigo la experiencia traumática de lo experimentado en los Hechos de Mayo, y después de comprar un par de botas de su talla que encontró milagrosamente en una zapatería de barrio, Orwell tomó el camino de vuelta a las trincheras.

Ese mismo día 10 por la mañana, el joven Bob Smillie, vigilado desde hacía semanas por la policía estalinista, fue detenido a las afueras de Barcelona. Por la noche, y según consta en la carta que le escribió John McNair a Fenner Brockway tres días después, un camarada francés mencionaba haberlo visto bajo custodia de la Guardia Republicana. Al parecer, estaba acusado de haber abandonado el frente sin permiso. Los guardias se lo llevaron a Valencia, donde treinta días después acabaría muriendo por un supuesto ataque de apendicitis.

Meses más tarde, en agosto de 1937, ya de regreso en Inglaterra, Orwell escribiría un artículo para la revista *Controversy* en el que intentaba arrojar algo de luz sobre lo sucedido en Barcelona a principios de mayo:

> ... lo que puedo afirmar es que los hombres de las barricadas no han considerado en ningún momento que tomaron parte en una Revolución [durante los Hechos de Mayo]. Todos teníamos la sensación de estar defendiéndonos de una tentativa de golpe de Estado por parte de los Guardias Civiles que se habían apoderado por la fuerza de la Central Telefónica, y que aún podían apoderarse de otros locales si no nos mostrábamos determinados por luchar. Mi interpretación de la situación se basa en lo que los hombres hacían y decían realmente en aquel momento, y es la siguiente: los trabajadores bajaron a la calle espontáneamente para defenderse, y sólo había dos cosas que conscientemente querían, la restitución de la Telefónica y el desarme de los odiados Guardias Civiles. Hay que tener en cuenta también el resentimiento causado por la creciente miseria en la ciudad y el lujoso tren de vida de la burguesía.

Esto no era otra cosa que el síntoma inequívoco de la vuelta a la normalidad capitalista. La ciudad volvía de nuevo a su estado previo al proceso revolucionario, a la desigualdad y a la usura.

# El enigma de Charlotte Margolin

Cuando en el verano del 2011 acudía a menudo a la calle Santísima Trinidad del Monte, en el barrio barcelonés de Sarrià, Orwell comenzaba ya a ser una obsesión. Fue durante aquel letargo veraniego, rebosante de dudas e inseguridades, cuando inicié mi particular búsqueda exhaustiva del causante de mi insomnio. El punto de partida lo encontré allí mismo, concretamente en el número 9 de la calle Martorell y Peña, transversal a la calle anteriormente citada. Desde la herrumbre que circundaba la casa, anegada por una espesa vegetación, apenas se vislumbraba la silueta de la villa señorial que un día había sido. Resultaba difícil imaginar que, setenta y cinco años atrás, aquella villa ajardinada que hoy albergaba una escuela privada estadounidense, había alojado a más de un centenar de mutilados de guerra. El poste que sujetaba el tablero de una canasta de baloncesto y un cartel enorme que daba la bienvenida a los alumnos, enmascaraba la vieja historia del lugar.

Al comienzo de la Guerra Civil Española, la villa fue precipitadamente abandonada por sus dueños y requisada por militantes poumistas de la barriada de Sarrià. Semanas después, el 20 de septiembre, el comité central del Socorro Rojo del POUM inauguró en el mismo lugar que ocupaba la villa un sanatorio con una ceremonia solemne. Bautizaron al nuevo hospital como Sanatorio Maurín, en honor a Joaquín Maurín, dirigente del partido que en ese momento se encontraba en paradero desconocido. Desde el primer día, el sanatorio recién inaugurado se convirtió en un modelo de atención para el resto de las organizaciones que ya gestionaban sus propios espacios hospitalarios.

Jean Claude Lafargue, periodista francés del periódico *L'Œuvre*, fue uno de los primeros pacientes del Sanatorio Maurín. Herido el 15 de septiembre durante una acción tumultuosa en Casetas de Quicena y luego trasladado al Pabellón de Rumanía en la montaña de Montjuïc, terminó ocupando una de las primeras camas del recién inaugurado sanatorio. Conocido también como «Juan Lafargue», había llegado a Barcelona para cubrir la Olimpiada

Popular. La sublevación militar trastocó sus planes iniciales y lo enfrentó a una disyuntiva inevitable: seguir con su labor periodística o unirse a una de las primeras unidades de combate que partirían hacia el frente. Finalmente, superado por la intensidad de los acontecimientos, se marchó a Aragón con la conocida como Columna Arquer-Grossi. Entre sus filas coincidió con dos compatriotas, el marsellés Robert de Fauconnet y un tal Serivat, de quien desconozco nombre y procedencia. Pero, ¿por qué un comunista ortodoxo como él —así lo había definido Albert Just, periodista de *La Batalla*, en un artículo aparecido el 16 de septiembre—, o al menos, defensor de la estrategia frentepopulista —línea marcada por Jean Piot, el redactor en jefe del periódico donde él, al parecer, trabajaba— se había unido a una unidad declaradamente antiestalinista, contraria a sus presumibles principios ideológicos?

Poco más de una semana después de su partida, el periodista J. E. Pouterman, enviado a Barcelona por la dirección de *L'Œuvre* para reemplazar a Lafargue, escribió un artículo en el que empezaba a prever rencillas entre las organizaciones políticas que conformaban la alianza antifascista:

> Hace dos días que no veo un solo periódico francés y no tengo ni idea de cómo interpretan en estos momentos mis compañeros de la «gran prensa parisina» lo que ocurre en España. Por mi parte, quisiera decir que hasta ahora he observado algunas cosas. Para empezar, ya puedo decir que en toda Cataluña el pueblo tiene el control absoluto de la situación. La vida tiende cada vez más a normalizarse. Hay mucha aglomeración en las calles, los comercios están abiertos, los tranvías circulan y reaparecen las floristerías de las Ramblas. Pero mentiría si dijera que aquí nada ha cambiado. En realidad, es todo lo contrario.
>
> En esta tarde radiante, las calles de Barcelona están invadidas por una densa multitud. Los periódicos de la tarde acaban de publicarse. Las noticias que llegan del frente son tranquilizadoras. Los republicanos avanzan en todos los sectores y especialmente cerca de Zaragoza. Una localidad vecina, donde se ubica la central eléctrica de la que depende la capital, acaba de caer en manos de las milicias populares. La caída de la ciudadela rebelde es inminente.

Algunos elementos de la actual coalición antifascista se muestran reacios a renunciar a los importantes papeles que se les han confiado durante la lucha, por lo que pueden surgir dificultades más adelante. No me corresponde a mí hacer predicciones, aunque las cosas en España me resultan familiares desde hace muchos años. Por el momento, no soy más que un observador atento, y en esta calidad, después de haber conversado con una multitud de personas de todos los sectores sociales, después de haber visitado fábricas, cuarteles, lugares de reclutamiento, redacciones de periódicos y haber visitado todos los distritos de la ciudad, me atrevo a afirmar que actualmente no se manifiesta ninguna disidencia en las filas antifascistas, pero todo se andará. Al parecer, anarquistas, socialistas, sindicalistas y republicanos burgueses han pospuesto sus discusiones y sus diferencias para más adelante. En este momento, se trata de derrotar primero al enemigo común.

El 4 de agosto, apenas un día después, Nicola di Bartolomeo, alias «Fosco», tal vez sintiendo esa misma inquietud y convencido de que esas diferencias volvían a aflorar, firmó en *La Batalla* un artículo que era, ante todo, una declaración de principios:

La revolución española es un hecho grandioso que jugará un papel determinante en el curso de la revolución mundial [...]. El proletariado, organizado en partido revolucionario, al frente de todo el pueblo trabajador español, es la única clase con capacidad para resolver los problemas de la democracia burguesa y alcanzar la revolución socialista [...]. Pero para asegurar la marcha y el ritmo de la revolución socialista, el proletariado español debe hallar en la clase obrera internacional, la misma solidaridad y ayuda material que halló la revolución rusa dirigida por el partido bolchevique de Lenin y Trotski. Sin el partido revolucionario capaz de conducir el proletariado en su lucha por la conquista del poder, para la constitución de un gobierno obrero, la victoria no es posible.

La burguesía, aun contando con el Frente Popular, no sólo ha demostrado su incapacidad para resolver los problemas de la revolución democrática, sino que está bien comprobada su complicidad en la insurrección del militarismo fascista al haber dejado organizar el complot de estos asesinos contra el pueblo trabajador [...]. La revolución española, después de una serie de derrotas debidas a las traiciones de la Segunda y Tercera Internacionales, ha abierto nuevamente el camino hacia la ofensiva

proletaria y de la revolución internacional. El dilema de la revolución española no se plantea entre fascismo o democracia, sino entre capitalismo y socialismo. No hay otra alternativa.

Ese mismo 4 de agosto, a más de doscientos kilómetros de distancia, un puñado de milicianos extranjeros de la Primera Columna del POUM —Giuseppe Guarneri, alias «Pino», Robert de Fauconnet, Piero Milano, Serivat, Milico y Lionello Guido; sin rastro de Lafargue—, firmaban una carta con destino a la redacción de *La Batalla*:

Frente de combate de Zaragoza, 4 de agosto de 1936.

Queridos camaradas del Parti Ouvrier Internationaliste:

La provocación inaudita del fascismo español, desencadenada el 19 de julio, ha encontrado la debida respuesta. Las organizaciones obreras estaban desde hacía ya meses en estado de alarma permanente. El POUM había adoptado rápidas medidas para la creación de una milicia obrera. La mañana del 19, después de una larga noche de ansiedad y tensión, el cañón dio la señal de la guerra civil. Los obreros asaltaron las armerías, levantaron barricadas y emprendieron una lucha implacable. Los emigrados políticos extranjeros, junto con la magnífica juventud del POUM, estuvieron en primera línea en los combates de Atarazanas, Capitanía y Plaza Cataluña. Los cañones y las ametralladoras dispararon duramente y después de una jornada de lucha sangrienta, Barcelona estaba bajo el control de los obreros; en esta ciudad, el fascismo sanguinario estaba condenado a muerte. Pino se portó magníficamente y Milano estuvo heroico, fue herido y dos alemanes y un francés de nuestro partido resultaron muertos.

En Barcelona se han formado columnas revolucionarias para derrotar a los fascistas provisionalmente estabilizados en Zaragoza, Huesca, Navarra, etc. Nosotros, los bolcheviques leninistas, hemos ingresado todos en la primera columna del POUM, bajo el mando de Manuel Grossi, el célebre luchador de Asturias y desde hace diez días estamos en primera línea; Robert y Pino, del radio de Marsella de nuestro Parti Ouvrier Internationaliste están en la sección de ametralladoras; Milano y los otros camaradas están en la sección de infantería. Estamos armados con buenos fusiles Máuser, llevamos cascos de acero y el uniforme de los milicianos del POUM (un

mono de mecánico y un brazalete rojo) [...].

Respecto a los estalinistas siguen aferrados a la colaboración de clases, precisamente en el momento en que los obreros en armas, establecen con las puntas de sus bayonetas el gobierno obrero y campesino por el cual combaten y mueren.

Los socialistas de Cataluña están cretinizados y han ingresado en la III Internacional. La FAI sigue como siempre hablando de comunismo libertario; sus militantes se portan con heroísmo, pero se niegan a aceptar una disciplina militar en el momento en que estamos en una lucha mortal contra un enemigo organizado militarmente.

Únicamente el POUM, entre tanta confusión de los partidos tradicionales, lanza consignas correspondientes a la situación y que tienen un contenido de clase:

La tierra para el que la trabaja, control de las fábricas, substitución del ejército por las milicias obreras y todo el poder para las alianzas obreras.

Las predicciones de Pouterman, hechas públicas un día antes en la prensa francesa, cobraban forma en las palabras de los militantes del POI; las diferencias entre los integrantes de la coalición antifascista eran prácticamente incontenibles.

Pocos días después, seguro más allá del 8 de agosto, Robert de Fauconnet, siguiendo las sugerencias de Péret y Rous, representantes del POI que habían visitado el frente días atrás, regresó a Barcelona con la intención de formar una unidad militar internacional encuadrada en la estructura del POUM. De la mano de «Fosco» y el recién llegado Enrico Russo, constituirían poco después la Columna Internacional Lenin (CIL), conocida oficialmente como «Grupo Internacional Lenin».

Un año más tarde, en el marco del primer aniversario de la trágica muerte de Fauconnet, *La Voz Leninsta* recordaría el rol jugado por el marsellés en la formación de la unidad internacional adherida al POUM:

Encontrándose en Barcelona el 15 de agosto con objeto de reclutar refuerzos para la columna internacional del POUM, organizó un grupo de una veintena de camaradas de la IV Internacional, siendo elegido miembro del comité político y responsable militar.

El 29 de agosto, después de diez días de formación militar en las Casernas Lenin, la columna partió hacia al frente. Al día siguiente, *La Batalla* daría cuenta de la marcha multitudinaria de la unidad internacional:

> Ayer, por la tarde, desfiló por las calles de Barcelona, procedente del Cuartel Lenin, del POUM, una columna de dicho partido formada por mil hombres de infantería, dos escuadrones de caballería y un equipo sanitario compuesto por siete médicos. Iniciaban la marcha dos coches ocupados por el Comité militar. A continuación, un piquete de caballería con la bandera del Partido. Inmediatamente después, la banda de música de nuestro Partido. Luego, con una formación perfecta y precedido de su bandera, el «Grupo Internacional Lenin», formado por camaradas extranjeros que han venido a luchar a nuestro lado en contra del fascismo. Este grupo está mandado por el capitán italiano Russo.
>
> La columna salió de nuestro cuartel situado en la calle de Tarragona, desfilando por las calles de Cortes, plaza de la Universidad, Pelayo y Ramblas. Una multitud compacta de trabajadores aplaudía sin cesar a nuestros bravos camaradas que van a reforzar a los que ya operan en Aragón.
>
> Esta columna iba mandada por los tenientes afiliados a nuestro partido, camaradas Gregorio Muñoz y Lorenzo, y como Comisarios políticos, los camaradas Iborra y Mañé, de Montblanc y Sabadell, respectivamente. La presidían el capitán del Cuartel Lenin, Sebastián, el comisario político del cuartel, Mongol, y el secretario general de los refugiados antifascistas, compañero Fosco.

En la última página de este número, el 25 de la segunda época, la dirección del periódico decidió publicar, a modo de posicionamiento, una carta de Victor Serge dirigida a su amigo Andreu Nin. Escrita el 7 de agosto desde su exilio en Bruselas, adonde había llegado huyendo de la persecución estalinista, Serge comenzaba expresando su respeto y admiración hacia los obreros españoles, a quienes consideraba «la esperanza de la Revolución mundial» y «el espejo de la Revolución Rusa». En su carta, animaba a su colega a que perseverara en la lucha revolucionaria, invitándolo a que mantuvieran como

fuera el control obrero y lograran, al fin, la unidad de acción con los anarquistas. He decidido compartirla casi íntegra, ya que resulta muy reveladora:

Bruselas, 7 de agosto de 1936.

Mi querido Andrés, mi viejo amigo: Estoy muy preocupado por tu suerte, y más satisfecho todavía al saber, en fin, que estás en la gran tormenta, empleando, como es debido, todos tus minutos. He vacilado en escribirte dándome cuenta perfecta de la vanidad de las palabras y de todo lo que se puede sentir, pensar y decir de lejos en momentos en que sólo cuenta la acción. Dudo que tú mismo puedas escribir. Sin embargo, hazme llegar algo y envíame vuestras publicaciones. Que me traigan un poco del aire tónico de una revolución en la cual yo creo desde hace cerca de veinte años.

Yo creo en ella, porque conozco bastante a los obreros de España y la situación general en que os encontráis, y porque, desde 1917, me parece que tenéis una misión excepcional que cumplir en el Occidente enfermo. La gran enfermedad de Occidente, esta descomposición del viejo régimen sobre el cual nacen fascismos, es, al fin y al cabo, la debilidad de la clase trabajadora. En ninguna parte, salvo durante algunos años en Rusia, nuestra clase ha estado a la altura de su misión. La clase obrera ha dejado escapar las mejores ocasiones para poner fin al caos; liberándose, se ha dejado llevar por charlatanes, ingenuos o cobardes, y su carencia revolucionaria ha hecho la fortuna histórica de los Mussolini y los Hitler. Pero su debilidad se explicaba por la sangría que le había infringido la guerra. ¿Cuál sería hoy la fisonomía de Europa si Francia, Alemania, Austria, Italia, tuvieran cinco o seis millones de proletarios más, que ahora serían hombres de unos 40 años, curtidos por la experiencia del trabajo y de la lucha?

Hay que contar con los acontecimientos para conseguir hombres nuevos, para formar en la hoguera misma el verdadero partido de la revolución, llamado a asumir todas las responsabilidades. Hombres de todos los partidos, de todas las tendencias y de ninguna, lo formarán sin pensar demasiado en ello y prodigándolo en la acción cotidiana. En todas partes, a cada momento, hay lugar para las iniciativas, el sacrificio, y el valor, la inteligencia revolucionaria; al poner cada uno lo que puede, vosotros veréis formarse un poco en todas partes los verdaderos cuadros del proletariado. A mi entender,

la propaganda debe dirigirse especialmente a estos nuevos militantes, sin conceder demasiada importancia a la formación que tengan, con un espíritu fraternal decidido a disminuir todo lo que divide y a fortificar todo lo que une.

Yo me pregunto cómo os planteáis el problema del poder [...]. La causa que se halla ahora realmente en juego, es la de la clase obrera y el socialismo. Para algo debe servir la desgracia, para algo debe servir la sangre de tantos camaradas. Haría falta ser muy cándido o muy zorro para hacerse ilusiones todavía sobre las fórmulas democráticas «sensatas» que os han conducido a la situación en que os encontráis. Si los generales yerran el golpe, os prestarán un gran servicio, arrancando los antifaces, destruyendo las ilusiones, obligando finalmente al proletariado a dar los pasos decisivos hacia una República totalmente distinta, en donde la democracia sea la libertad y el poder de los trabajadores, en lugar de ser un compromiso con la contrarrevolución emboscada detrás del parapeto de leyes de las que no tiene inconveniente en burlarse cuando le conviene. Después de esta lección, yo creo que ya no se trata de volver al punto de partida y que los elementos sinceramente republicanos de la pequeña burguesía y la burguesía misma, bastante inteligente para tratar de economizar una guerra civil todavía más atroz, deben comprenderlo.

Sólo la clase obrera puede vencer al fascismo; sólo ella puede construir una república digna de ese nombre, una democracia que ya no será una trampa. La clase obrera tiene derecho al poder. Ella puede y debe comenzar a curar sus heridas, a suprimir la miseria, a transformar la sociedad. Vacilar hoy en este punto sería tanto como comprometerlo todo, porque no se puede pedir a los obreros que se hagan matar, si no tienen otra cosa más seria que defender la república de los señores Alcalá Zamora y Azaña. He visto con alegría que las necesidades mismas de la lucha habían conducido al armamento del proletariado, y después a medidas de nacionalización y de control obrero en diversas esferas. Quizá recuerdes que hace algunos años yo te envié desde Leningrado, donde yo me hallaba, casi como un prisionero, una especie de mensaje que había de servir de prólogo a un librito mío, que tú tenías intención de editar: *Lenin, 1917*. Yo te citaba las primeras cartas de Lenin, escritas en los primeros días de la Revolución Rusa en Zurich. Yo las titulaba: «El arte de comenzar una Revolución».

Armamento de los obreros, escribía Lenin en marzo de 1917, formación de las milicias obreras; he aquí la única salvación. Ya está hecho. Ahora, a conservar las armas, recordando las experiencias de

1848 y de siempre; el pueblo lucha en las barricadas, y después los políticos escamotean el poder y hacen asesinar las vanguardias revolucionarias. Así se fundan generalmente las repúblicas burguesas. Desconfiad, amigos míos; no hay que temer solamente a los generales. Hay abogados más hábiles, mejor disfrazados, que mañana os pedirán que devolváis los fusiles y que no vayáis demasiado de prisa y que dejéis intactas las cajas de caudales...Después de correr el peligro de ser asesinados, vais a correr el riesgo de ser engañados.

Pero podéis tener en vosotros una inmensa confianza. Vuestra salvación está en vosotros mismos. De vuestra firmeza y de vuestra justa visión depende todo. No hay poder más legítimo que el de un pueblo en armas y en estado de legítima defensa. ¿Qué instituciones obreras pueden llenar en España las funciones que ejercieron los Soviets en la revolución rusa? ¿Las alianzas obreras? ¿Los sindicatos? ¿Los comités revolucionarios? No se puede discernir de tan lejos vuestras posibilidades. Pero una cosa hay de cierto, y es que de ser vencida finalmente (incluso si comienza victoriosamente), la clase obrera debe controlarlo todo por medio de sus organizaciones y la iniciativa de todos: el poder, la producción, el ejército, el abastecimiento, las comunicaciones. La clase obrera no puede contar más que con ella misma. El Frente Popular no será útil sino en la medida en que esté controlado por la clase obrera. Control obrero del poder, control obrero de la producción, control obrero de las fuerzas armadas. Este último punto es indiscutiblemente uno de los más importantes.

[...] Si los camaradas de la CNT y de la FAI saben imponer una disciplina de hombres libres en un periodo revolucionario, su influencia constituirá un antídoto precioso frente a las tendencias estatales y burocráticas del movimiento obrero; su colaboración vivificará la libertad obrera. Yo pienso en todo esto con una tensión de todo mi ser. Acaso el peligro común, la común voluntad de vencer y de transformar el mundo, la comunidad de sangre y de aspiraciones, ya que tanto para los unos como para los otros a la emancipación de los trabajadores será la obra de los trabajadores mismos, ¿acaso todo esto no es suficiente para reconciliar en la acción y por la acción y la emulación al servicio de la revolución a los anarquistas y a los marxistas?

La carta de Serge ofrecía un análisis certero de lo que estaba pasando y pasaría en el futuro. Advertía a Nin de los peligros que se vería abocada la Revolución si no tomaba las medidas necesarias,

poniendo énfasis en las artimañas que llevaría a cabo la República burguesa para ponerle fin. Por eso, le instaba a no vacilar y desconfiar de los charlatanes y salvadores que no necesitaba. La clase obrera podía por sí sola vencer al fascismo y transformar la sociedad. No necesitaba aliados.

Un mes después, nuevamente desde *La Batalla*, se hablaba del origen y composición de la CIL. A Jean Claude Lafargue le habían cambiado el nombre. Ahora, según el periodista, se hacía llamar «Juan Lafargue» y había sido ascendido al rango de teniente:

> Entre las fuerzas del POUM que se encuentran en las barriadas extremas de Huesca, figura en su primera línea, la Columna Internacional Lenin. Componen esta columna, 50 camaradas de diferentes nacionalidades, de ellos, 21 italianos; 17 franceses, de los cuales 7 son argelinos; 3 belgas; 1 portugués, 1 suizo, 2 alemanes; 1 checo; 1 rumano y 2 españoles. El jefe de la columna es un ingeniero industrial italiano, el capitán Russo, que actuó como tal en el Estado Mayor italiano durante la Gran Guerra y que, perseguido por el fascismo se refugió en Bruselas. El teniente de la columna es Juan Lafargue, periodista parisino, compañero comunista de *L'Œuvre*.

El 24 de septiembre, cuatro días después de la inauguración del Sanatorio Maurín, en el número 46 de *La Batalla*, apareció nuevamente una nota sobre la CIL. Esta vez se informaba de tres bajas y varios heridos durante la ofensiva franquista al puesto republicano de Casetas de Quicena. Entre los segundos se encontraba el teniente Juan Lafargue:

> Información del frente sobre la Columna Internacional Lenin: durante el ataque del día 15, la Columna rechazó el asalto de los fascistas, batiéndose de un modo heroico. La acción empezó con un violento fuego de artillería por parte de los rebeldes, completado con un bombardeo de la aviación facciosa. Después de esta preparación los fascistas iniciaron el ataque, y entonces, los nuestros, bajo las órdenes precisas del comandante, camarada Russo, empezaron sus operaciones, derrotando al enemigo que abandonó algunos muertos sobre el terreno. Por nuestra parte hubo que

> lamentar algunas pérdidas: tres muertos, Joseph San José, de 17 años, Roger Laurens de 21 años y Daniel Trobo Quindos, de 29; los tres residentes en El Havre; resultaron heridos otros tres, el teniente de la columna, Jean Claude Lafargue, Gildo Belfiore, y otro cuyo nombre no ha llegado aún a este Comité, afiliados todos a las juventudes comunistas [JCI].

Según el listado de hospitalizaciones en el Sanatorio Maurín, disponible en el Arxiu Nacional de Catalunya (ANC), el teniente Jean Claude Lafargue ingresó el 23 de noviembre en el Pabellón de Rumania, sito en la montaña de Montjuïc, para luego, el 9 de diciembre, trasladarse definitivamente al sanatorio, convirtiéndose desde entonces y durante semanas en un convaleciente más.

Casi nueve meses más tarde, la noche del 29 de mayo de 1937, apenas diecinueve días después de la última vez que pisara la ciudad, el soldado británico Eric Blair fue trasladado al Sanatorio Maurín para recuperarse de una herida sufrida en el frente de Huesca. Llegó acompañado por su esposa Eileen y un amigo de ambos, Georges Kopp, el belga que comandaba la centuria donde Orwell había combatido. Habían ido a buscarlo a la Estación del Norte y lo habían encontrado en un aspecto deplorable. Horas después de su llegada, Kopp escribió una carta al hermano de Eileen, el doctor Lawrence O'Shaughnessy, describiendo su estado de salud:

> Eric [refiriéndose, claro está, a Orwell] llegó a las diez de la noche al Sanatorio Maurín, ubicado en el número 9 de la calle Martorell y Peña. A las 23:00 tenía 37 grados y 8 décimas de temperatura; le dieron una aspirina y se fue a la cama de inmediato, sin comer nada. El domingo día 30, tenía la voz mucho mejor, su temperatura era normal por la mañana y había recuperado el apetito. Pudo pasear por el jardín del Sanatorio mañana y tarde. El 31 se fue al centro de Barcelona con tranvía y metro. Día de cocteles y buen comer. El 1 de junio a las 9:30 visita el Hospital General de Cataluña [Hospital de Sant Pau] con el doctor Grau. Su diagnóstico: Parálisis incompleta de la laringe por abrasión del nervio dilatador derecho.

Según los médicos que lo examinaron, era un milagro que siguiera con vida; solo unos pocos milímetros lo habían separado de

una muerte segura. En el sanatorio, compartió el tiempo con viejos conocidos, entre ellos varios ingleses (en *Homenaje a Cataluña*):

> Me encontraba en el Sanatorio Maurín, uno de los sanatorios dependientes del POUM, situado en los suburbios cercanos al Tibidabo, la montaña de extraña forma que se levanta abruptamente detrás de Barcelona [...]. La casa había pertenecido a un burgués y fue confiscada al comienzo de la revolución [el burgués a quien hace referencia es el agente de bolsa y corredor de comercio, Albert Compte i Navarro, vocal del Casino Mercantil, vicepresidente de la Lliga de Defensa Industrial i Comercial y militante de la Lliga]. La mayoría de los hombres allí alojados habían dejado el frente a causa de alguna herida que los incapacitaba definitivamente (miembros amputados o cosas así). Había varios ingleses: Williams, con una pierna herida; Stafford Cottman, un muchacho de dieciocho años enviado desde las trincheras por suponerse que padecía tuberculosis, y Arthur Clinton, cuyo brazo izquierdo destrozado seguía colgado de uno de esos enormes artilugios de alambre, llamados aeroplanos, que los españoles continúan utilizando en los hospitales. Mi esposa seguía en el Hotel Continental y yo solía ir a Barcelona durante el día. Por la mañana acudía al Hospital General para el tratamiento eléctrico del brazo. Me aplicaron un tratamiento bastante extraño, basado en una serie de punzantes descargas eléctricas que hacían saltar los diversos grupos de músculos.

El 8 de junio, Orwell escribió una carta a su amigo Cyril Connolly, actualizándolo sobre su estado de salud:

> He resultado malherido, aunque en realidad, a pesar de lo que inicialmente parecía, no ha sido una herida muy complicada, causada por una bala que me atravesó la garganta y que, por supuesto, debería haberme matado. No obstante, se ha limitado a causarme dolores nerviosos en el brazo derecho y a despojarme de la mayor parte de la voz.

Dos días más tarde, el 10 de junio, Eileen le contaba a su hermano Lawrence los avances en su recuperación:

> Creo que Eric está mucho mejor, aunque él sea incapaz de reconocer ningún progreso. Come tanto como cualquiera y puede pasear y hacer cosas normales. Está totalmente deprimido, lo que considero alentador.

Uno de los médicos internos con los que Orwell coincidió durante su estancia en el Sanatorio Maurín fue una doctora berlinesa conocida entre los pacientes como Carlota, de apellido Margolin. Había llegado a la ciudad en el verano de 1933, escapando de la persecución nazi. Apenas unas semanas antes de su partida, cuando las leyes del nuevo régimen todavía no habían entrado en vigor, seguía aferrándose a la vida como un autómata, abriendo diariamente su consulta de cardiología en el barrio de Kreuzberg como si nada estuviera pasando a su alrededor. Sin embargo, desde principios de marzo, su situación se había tornado insostenible, enfrentando el acoso policial y la mirada prejuiciosa de algunos de sus vecinos. Como judía y militante de izquierdas, no tuvo más remedio que emigrar.

Nacida el 20 de enero de 1897 en el seno de una familia acomodada, Carlota —a partir de ahora, Charlotte— creció rodeada de opulencia y privilegios. Hija de Jacques Mühsam y Agnes Meyers, pasó su infancia en una villa ajardinada en el número 3 de la calle Ulmstrasse, en el idílico barrio de Kielgan-Viertel. Su padre, un respetado fabricante de tejidos, dirigía la prestigiosa empresa Mühsam und Goldschmidt, firma con más de cien empleados que sería nazificada pocos años después. Algo que resulta sorprendente en esta historia, descubierto al comienzo de la investigación, es que Charlotte tenía lazos familiares directos con el anarquista alemán Erich Mühsam, símbolo de la resistencia antifascista asesinado por el régimen nazi en julio de 1934. A pesar de pertenecer a generaciones diferentes, Erich Mühsam y Charlotte Margolin compartían un tatarabuelo en común: Pinkus Mühsam. Es decir, Josef Pincus Mühsam, bisabuelo de Charlotte, era hermano de Seligman Mühsam, bisabuelo del líder anarquista.

El 30 de abril de 1915, después de disfrutar una infancia y adolescencia repleta de oportunidades, Charlotte ingresó en la Facultad de Medicina de la Universidad Friedrich Wilhelm. No obstante, debido a las acuciantes necesidades sanitarias derivadas de

la Primera Guerra Mundial, el decano de la universidad le concedió una excedencia para que pudiera enrolarse en el ejército como enfermera. Charlotte, siguiendo su alma antimilitarista, decidió ingresar en la Cruz Roja, donde permaneció hasta el año 1916.

En otoño, reanudó sus estudios en la Universidad Friedrich Wilhelm, pero tras apenas medio semestre, decidió trasladarse a Heidelberg, donde continuó su carrera en la prestigiosa Facultad de Medicina. En esta universidad, famosa por su ambiente liberal y tolerante, receptiva a los estudiantes judíos, pudo echar, al fin, raíces. Sin embargo, todo cambió tras la derrota y la consecuente humillación nacional provocada por las resoluciones del Tratado de Versalles. Fue entonces cuando profesores nacionalistas comenzaron a copar las cátedras de la universidad, imponiendo un discurso xenófobo y antisemita. Ante esta realidad, Charlotte decidió, una vez más, cambiar de aires, trasladándose a la Facultad de Medicina de la Universidad de Jena, en el estado de Turingia. Allí, terminó sus estudios, graduándose con honores en 1922. Ese mismo año, comenzó a ejercer la medicina. Ya recibida como cardióloga, trabajó durante un tiempo en el Hospital Clínico de la Charité, en la ciudad de Berlín, donde se graduó como internista. Dos años más tarde, en marzo del 1924, finalizó el proceso doctoral que había iniciado meses atrás en la Facultad de Medicina de la Universidad Friedrich Wilhelm. Poco después, presentaría una obra basada en su tesis doctoral, se trataba de un estudio sobre el comportamiento del sistema nervioso en pacientes con carcinoma, alcanzando una gran notoriedad.

Desde el 1926 hasta el 1929, ejerció como cardióloga en el barrio de Charlottenburg, en el número 14 de Ludwigkirchstrasse, muy cerca de su nuevo domicilio, espacioso apartamento que en ese momento compartía con su esposo Ilya Margolin, un inmigrante judeo-polaco comprometido con la causa comunista. En 1929, trasladó su consulta al número 180 de Reichenbergerstrasse, en el barrio de Kreuzberg, al este de la ciudad. Fue en Charlottenburg, sin embargo, donde, de la mano de su marido, se integró en el activo círculo de los marxistas revolucionarios. A finales de año, la encontramos ya formando parte del recién fundado KPO, siglas del

Kommunistische Partei-Opposition (Partido Comunista Alemán/ Oposición), escisión del Partido Comunista Alemán.

El 1930 fue un año fatídico para Charlotte. A comienzos de año, murió su esposo Ilya, y en apenas unos meses, su padre Jacques. Entre 1930 y 1933, compaginó su trabajo de médico con su labor de militante. Fueron años intensos, de enfrentamientos constantes entre nazis y comunistas por las calles de Berlín. Charlotte se volcó en la lucha de la clase trabajadora. Acudía a las marchas y ofrecía gratuitamente sus servicios a los compañeros heridos en el campo de batalla. En marzo de 1933, tras la toma del poder por los nazis, se produjeron cambios drásticos en la política sanitaria de la ciudad. A los médicos judíos y a los políticamente indeseables —Charlotte llevaba con orgullo ambas etiquetas— no sólo se les revocó su licencia, sino que fueron expulsados del sistema de atención médica local. La inhabilitación se produjo basándose en la «Ley para el Restauración del Servicio Civil Profesional», decretada el 7 de abril de 1933. Antes de esta fecha, sin embargo, ya se habían producido expulsiones y despidos en las instituciones sanitarias municipales. En este contexto, en el que los médicos judíos se enfrentaban a diario a un antisemitismo tan exacerbado como arbitrario, sólo les quedó otra opción que abandonar el país. Charlotte fue uno de ellos.

A su llegada a Barcelona, ocurrida en un momento indeterminado del mes de agosto de 1933, comenzó a frecuentar el amplio círculo de refugiados antifascistas que ya residían en la ciudad. Rápidamente entabló amistad con Ewald y Ella König, como ella, militantes del KPO, y las también exiliadas Margot Tietz y Gisela Wintergest.

En las tertulias organizadas en la Librería Horizonte, propiedad de los König, coincidió con varios refugiados antifascistas con quienes acabó conformando un grupo militante: Ernst Steinhoff, Erika Geipen, Karl Heindenrich, Alfonso y Mery Laurencic. Alfonso, de quien hablaré más adelante, aparte de trabajar como corresponsal del periódico *Deustche Allgemeine Zeitung*, suministraba libros antifascistas de importación a la librería. Algunos de los asistentes acabaron por vincularse al POUM, pero

no todos. De hecho, en las tertulias solían convivir refugiados antifascistas de diversas corrientes ideológicas. Entre ellos destacaba un grupo de comunistas ortodoxos especialmente activo formado por: Max y Golda Friedemann, Sazja Kindermann, Alfredo y Käthe Herz, y Werner Hermelin. También acudían militantes del Partido Socialista de los Trabajadores (SAP) y del anarquista Sindicato Libre de Trabajadores de Alemania (FAUD).

Poco antes de comenzar la Guerra Civil Española, Charlotte se integró en el POUM de la mano de su amigo Walter Schwartz, como ella, simpatizante de la corriente brandlerista. En una de aquellas primeras reuniones del partido, coincidió con el médico aragonés Tomás Tuso Temprado, también especialista en el sistema nervioso, con quien entabló una estrecha amistad. Un mes después de que estallara la contienda, la mañana del 25 de agosto, agitada por la trascendencia de los acontecimientos, Charlotte decidió partir hacia el frente con su amiga polaca Olga Monskheli Preiss. Olga, residente en París y simpatizante del POI, había sentido, como ella, la llamada de la causa antifascista y a mediados de agosto había tomado un tren destino a Barcelona. Ambas se integraron en el aparato sanitario de la Columna Pedrola. No eran las únicas mujeres que iban en el convoy, las acompañaban otras nueve militantes poumistas: Pepita Aguilar Río, Pepita Alsina Marquillas, Conchita Ferrer Margalló, Rosita Giménez Bazán, Soledad López Barrero, Áurea López de las Heras, Teresa Monreal Verdes y Nieves Oriol Font.

Impresionada por lo visto en el campo de batalla, Olga decidió regresar a Barcelona, integrándose poco después en el recién inaugurado Sanatorio Maurín. Charlotte, por su parte, se convirtió en la única mujer que durante semanas ejerció la medicina en primera línea del campo de batalla.

El 29 de septiembre, tras pasar cuatro semanas en el frente, respondió a un llamado de su amigo Tomás Tusó, quien requería su presencia en el Hospital de Flix. Un mes antes de que ocupara su cargo como médico auxiliar, *El Liberal* publicó un artículo en el que relataba la transformación del centro en un hospital de guerra:

> En el hospital de Flix hay una sala dedicada a la cirugía nerviosa [es muy probable que Charlotte acabara siendo destinada a esta sala] y otra con equipos permanentes de transfusión de sangre. Cúmpleme citar ahora los nombres de los doctores Tusó y Trías, que colaboran con el doctor Irueta incansablemente. El cuerpo médico catalán puede enorgullecerse de su sacrificio y de su abnegación en esta hora dramática. Pero principalmente de su formidable organización sanitaria de urgencia, modelo en el mundo.

A principios de septiembre, el Comité Sanitario había enviado una expedición de médicos a Flix y a Puebla de Híjar, llevándose consigo un servicio de transfusión de sangre liderado por los doctores Manuel Miserachs Rigalt y Joan Badosa Gaspar. En esa comitiva iba también el antes mencionado Tomás Tusó.

Tomás Tusó Temprado nació el 22 de septiembre de 1891 en Sariñena, provincia de Huesca. Era hijo de Mariano Tusó Martín, abogado zaragozano, y Dolores Temprado Montalvo, natural de la Puebla de Híjar. Tras cursar la primaria en su pueblo natal, estudió bachillerato en la capital de provincia, destacando como uno de los mejores alumnos del prestigioso instituto Ramón y Cajal. Luego, se trasladó a Zaragoza para estudiar Medicina. Tras licenciarse en 1918, se mudó a Barcelona, donde, haciendo gala de su aragonesismo, acabó inscribiéndose en el Centro Aragonés, afiliándose poco después a la Unión Regionalista Aragonesa, donde actuaría como vocal. En el Centro Aragonés coincidió con Ángel Samblancat, Joaquín Maurín o Ramón Acín, aragoneses con quienes ingresó en el mundo militante. Muy pronto se integraría en la CNT, poniéndose a disposición del Comité Nacional y actuando como médico de urgencia en el caso de que los grupos de acción necesitasen su ayuda. De hecho, Juan García Oliver recordaría su impagable asistencia en el marco de la sangrienta huelga del Sindicato de Construcción de 1932 (García Oliver, Juan, *El eco de los pasos*, Ruedo Ibérico, 1978, París):

> El doctor Tusó, trotskista enamorado del anarcosindicalismo, me atendió la herida acudiendo de noche a un lugar de la barriada del Pueblo Nuevo donde vivía el compañero Safón, tintorero, responsable de los cuadros de Defensa de la barriada.

A finales de los años veinte, Tusó abandonó las filas confederadas al considerar que estaban demasiado enquistados en la lógica del antisistema y se acercó a posturas próximas al comunismo, más proclives a la práctica política convencional, convirtiéndose en secretario general del Socorro Rojo Internacional y miembro de la Federación Comunista Catalanobalear.

En la madrugada del 11 al 12 de octubre de 1930, en el marco del auge del republicanismo y pocos meses antes de la proclamación de la II República, fue detenido junto a otros líderes obreristas (en *El Diluvio*, a 12 de octubre de 1930):

> En la madrugada de ayer, la policía procedió a la detención de varias personas significadas por sus ideales izquierdistas. Algunas de las detenciones se efectuaron en los propios domicilios y otras en los talleres donde se imprime *Solidaridad Obrera*. Figuran entre los detenidos Ángel Pestaña, el doctor Tomás Tusó, el director del semanario *L'Opinió*, don Juan Llubí Vallescà, los redactores de *Solidaridad Obrera*, Sebastián Clará y Pedro Foix, el oficial de telégrafos, don Francisco Escrich y don Emilio Granier-Barrera. Por la mañana, a las nueve, fue detenido en su domicilio el exdiputado a Cortes por el distrito de Sabadell, don Lluís Companys. Los detenidos, que, según parece, lo fueron por orden del director general de seguridad, quedaron a disposición de este, siendo conducido ayer, antes de mediodía, a la cárcel.

Tras salir de prisión, ingresó de la mano de su paisano Joaquín Maurín al Bloc Obrer i Camperol (BOC), convirtiéndose en candidato en las elecciones municipales de abril de 1931 por el Distrito IX de Barcelona. *La Vanguardia* testificaría su participación en la campaña electoral (a 29 de marzo de 1931):

> Mitin del Bloque Obrero y Campesino. Para la presentación de su candidatura, dicha agrupación celebró un mitin anteayer en el Teatro Español que se vio muy concurrido. Tomaron parte: Tomás Tusó, Jorge Arquer, Enric Dalmau, Hilario Arlandis, García Miranda y Joaquín Maurín. Todos ellos censuraron a los gobernantes actuales, que, dijeron, comprometen el éxito de la revolución que ellos propugnaban. Recomendaron a todos los que de veras quieran la verdadera revolución que voten la candidatura

que presenta el Bloque Obrero y Campesino. El acto terminó sin que se registraran incidentes.

En las elecciones para diputados a Cortes, con la II República recién proclamada, Tomás formó parte de la candidatura del BOC en la jurisdicción de Barcelona. Le acompañaban viejos conocidos: Hilario Arlandis Esparza, Pere Bonet Cuito, Jordi Arquer Saltor, Joaquín Maurín Julià, Jaume Miravitlles Navarra, Antonio Sesé Artaso, entre otros. Tras las elecciones, trabajó como inspector de Sanidad del Ayuntamiento de Barcelona, a la vez que ofrecía consulta en el número 2 del Paseo Pujadas. Con la unificación del BOC y la Izquierda Comunista, que dio lugar a la formación del POUM, Tusó asumió un puesto directivo en el nuevo partido y se presentó como candidato en las elecciones generales de febrero de 1936.

El 28 de julio de 1936, diez días después de comenzar la Guerra Civil, la Consejería de Gobernación de la Generalitat nombró a Tusó como delegado de varios hospitales, entre ellos el conocido como Hospital de la Santa Creu y Sant Pau, incautado por las autoridades y desde entonces bautizado como Hospital General de Cataluña. A principios de septiembre, fue destinado al Hospital de Flix, donde, sabedor de los conocimientos de Charlotte, contactó con ella para que se uniera al equipo.

En un momento indeterminado entre finales de 1936 y principios de 1937, puede que coincidiendo con la orden que alentaba a la desmovilización de las mujeres en el frente de guerra, Charlotte abandonó su puesto en Flix y regresó a Barcelona. En esta ocasión, lo hizo respondiendo a otro llamado, el de su amiga Olga Monskheli Preiss, quien, desde que se inaugurara el Sanatorio Maurín, ejercía como ayudante del doctor Manuel Jiménez Formiguera, máximo responsable del centro.

Meses antes, el domingo 27 de septiembre de 1936, apenas una semana después de su inauguración, salió publicado en *El Diluvio* un amplio reportaje sobre el nuevo sanatorio:

> Los camaradas del POUM, tan pronto se incautaron de unos departamentos del edificio del Principal Palace [Teatre Principal,

> sito en La Rambla, 27-29], instalaron una pequeña enfermería para los casos de urgencia. Poco después, en el pintoresco pueblo de Alp, entre Ribes de Freser y Puigcerdà, lugar magnífico para el tratamiento de enfermos tuberculosos, montaron un muy confortable sanatorio, en el que son solícitamente asistidos los militantes que luchando en el frente contraen o se les agudizan dolencias de carácter pulmonar. No satisfechos con ello, también ha sido convertida en sanatorio una espléndida torre situada en el número 9 de la calle de Martorell y Peña (barriada de las Tres Torres) y cuyos antiguos dueños la abandonaron voluntariamente a raíz de la sedición fascista. Acompañados del amigo Juan Maruny, secretario del Socorro Rojo del POUM, nos dirigimos ayer a mediodía al nuevo sanatorio, cuyas instalaciones quedarán totalmente terminadas la próxima semana. Al llegar a dicho edificio de moderna construcción, emplazado en medio de un jardín con categoría de pequeño parque y hasta el cual llega la saludable fragancia que despiden los frondosos pinares de la vertiente inferior de Vallvidrera, fuimos muy cordialmente recibidos por el activo delegado político del repetido organismo, ciudadano Teodomiro Yáñez, y el jefe de las oficinas, José Maruny Anglès. También se hallaban presentes el notable médico-cirujano doctor Manuel Jiménez Formiguera y su ayudante, la bella y cultísima joven Olga Monskheli, que cursó la carrera de Medicina en la Facultad de París y que habla muy correctamente el español por haber residido largas temporadas en Madrid. Poco después, saludamos al licenciado señor Sabater, que tiene a su cargo el laboratorio químico-farmacéutico del sanatorio. En el Sanatorio Maurín se hallan reunidos todos los adelantos de la ciencia, propios de los fines a que el mismo se destina. El edificio que consta de tres plantas reúne excelentes condiciones: cuatro fachadas, tres terrazas, cinco cuartos de baño, unos diez baños con sus correspondientes lavabos, solarium, numerosos y amplios salones y dormitorios, garaje capaz para varios coches, almacén para víveres, calefacción central, ascensor, montacargas y, finalmente, unos lavaderos y una cocina dignos de un hotel de categoría. La mejor sala de la planta baja está destinada a operaciones. En otra terraza se ha instalado el gabinete de Rayos X.

Poco más de medio año después de que Charlotte ocupara su cargo en el Sanatorio Maurín, a mediados de abril de 1937, preocupada por el acoso constante que padecían los militantes del

POUM, acudió a una reunión de urgencia convocada por un puñado de militantes poumistas extranjeros. Un informe redactado por un agente encubierto del estalinista Servicio de Extranjeros del PSUC, también conocido como Servicio Especial, lo confirmaría semanas más tarde (RGASPI. F. 545. Op. 2.D.145):

> A mediados de abril de 1937, tuvo lugar una reunión en la sede del POUM. En esta reunión solo podían participar aquellos que estaban en posesión del carné del partido. Asistieron catorce personas: Landau y su mujer [Kurt y Katia], Diesel (Max Diamant), Steinhoff (SAP), Else Homberger, Alfred Schueler (SAP), Hubert Giepen, Margot Tietz, König y su mujer [Ewald y Ella], Gisela Wintergerst, Charlotte Margolin, Fritz Sander y Paula Doppler. Landau dio una conferencia. Al principio dijo que los extranjeros vinculados al POUM deberían estar más unidos para superar las tensiones. Era una necesidad para, desde una base común, defenderse contra los ataques dirigidos contra el POUM. Dijo que tenía el visto bueno de Gorkin para organizar y dirigir un llamado «club alemán de idiomas». Se eligió una dirección, resultando director del grupo, Landau; acompañado de König, del KPO, Ernst Steinhoff del SAP y Fritz Sander, también del SAP. Aparte de las tareas políticas se consideraba necesaria la creación de una casa cultural para los miembros del POUM.

Charlotte vivió con angustia los acontecimientos que siguieron a los Hechos de Mayo. El 6 de mayo, dos días antes de que se diera por concluido el enfrentamiento, fue detenido Douglas Thompson, integrante del contingente del ILP y amigo personal de Orwell. Thompson aparecería meses después en varios pasajes de *Homenaje a Cataluña*, uno de ellos, días antes de ser detenido:

> El martes a la mañana lo encontré en la calle, bastante desconcertado por el tiroteo. Me hizo la pregunta que todo el mundo hacía en esos días:
>
> —¿Qué demonios pasa?
>
> Le di la mejor explicación que pude. Thompson me dijo sin demora:

—Yo me voy a mantener al margen de todo esto. Mi brazo sigue mal. Me vuelvo al hotel y me quedaré allí.

Regresó a su hotel, pero, por desgracia (¡qué importante es en la lucha callejera el conocimiento de la topografía local!), el hotel estaba en una zona de la ciudad controlada por los guardias civiles. El lugar fue asaltado, Thompson cayó prisionero y debió pasar ocho días en una celda tan llena de gente que nadie tenía sitio para acostarse.

Cuatro días después de la detención de Thompson, llegó el turno de otro militante del ILP, el joven Bob Smillie, quien semanas más tarde acabaría muriendo en extrañas circunstancias en Valencia.

Con la propuesta de ilegalización del POUM a un paso de ser implementada y alertada por el acoso que estaban sufriendo varios de sus compañeros, Charlotte decidió ausentarse definitivamente del Sanatorio Maurín, librándose así de una detención inminente. El 17 de junio, varios de sus colegas de la fracción brandlerista fueron finalmente arrestados: Ewald y Ella König, Hans Sittich, Elsa Homberger, Ernst Steinhoff y Karl Heindenrich. Del mismo modo, y gracias al soplo de un informante, fue detenida la plana mayor del Comité Ejecutivo del POUM. Habían sido traicionados por la suiza Paulina Dobler, una agente encubierta de la NKVD que se había ganado la confianza del aparato directivo. Otilia Castellví, una de las jóvenes militantes del POUM, lo relataría años más tarde en *De las checas de Barcelona a la Alemania nazi*:

Una mañana tuvimos una gran sorpresa al leer que todos los miembros directivos del POUM, habían sido detenidos durante una reunión en un cuarto piso del número 231 de la Avenida República Argentina. ¡Mi piso! Al marcharme sólo había dejado allí a una muchacha suiza llamada Paulina Dobler, sólo ella podía haber ofrecido aquel escondrijo a los dirigentes del POUM, ya que Llorenç [pareja de Otilia] y Walter [Walter Schwarz], los únicos que también tenían llaves del piso, seguían en el frente.

Meses después, ya en el exilio, Paula Dobler se defendería de las acusaciones de traición vertidas sobre su persona en *Le Stalinisme en Espagne*, panfleto firmado por Katia Landau:

También fui detenida el 17 de junio de 1937. Después de pasar diez días en la checa de Portal del Ángel [calle Portal del Ángel, 24] y nueve semanas en la de la calle Córcega 299, el 28 de agosto me trasladaron al penal de mujeres de Les Corts junto con E.H. [Elsa Homberger] y K.L. [Katia Landau]. El 11 de septiembre, dos agentes del «Grupo de Información» vinieron a buscarme con el pretexto de dejarme en libertad. Me negué a salir de la prisión antes de ver un certificado que acreditase que estaba libre. Después de un largo altercado, me mostraron un certificado expedido por la prefectura, según el cual no me iban a poner en libertad, sino que me iban a trasladar a la checa del Portal del Ángel. Cuando llegué allí, me llevaron a una habitación que anteriormente había sido la capilla privada del edificio. La primera noche, y las demás que siguieron, a menudo nos despertaban ratas que venían de las zonas más inaccesibles del edificio. Debían tomarse todo tipo de precauciones para salvaguardar la comida del día siguiente. Si quería ir al baño tenía que llamar y gritar un buen rato, y en cada ocasión me acompañaba un guardia. No me trajeron nada de comer al tercer día. A las 10 en punto de la mañana siguiente, me llevaron a una oficina dos pisos más arriba. Me encontré a cuatro extranjeros, incluidos los agentes Anton y Benjamin. Me pidieron que me sentara en una silla en medio de la habitación. Una lámpara sobre la mesa detrás de la cual se sentaron las cuatro personas, estaba iluminada de tal manera que su luz proyectaba el foco directamente a mi rostro. Durante cinco minutos los cuatro hombres no dejaron de mirarme. Entonces empezaron a hablar conmigo, sus primeras palabras fueron: «Eres secretaria del comité militar del POUM y puedes contarnos muchas cosas interesantes». Le respondí que ni en ese momento ni antes había tenido ese puesto. Luego otro dijo: «Sea razonable si desea salvar su vida». Dije que sabía que estaba en manos de la GPU [NKVD] y que podían preguntarme lo que quisieran, pero que mi respuesta dependía solo de mí, y que no me obligarían, ni siquiera con amenazas. Luego, otro agregó: «Pero, también sabes que tenemos formas de hacerte hablar». Dicho esto, tomó su revólver y lo colocó sobre la mesa. Luego me preguntaron cuáles eran mis relaciones con el comité ejecutivo del POUM. Después de contestar que no tenía ninguna, me dijeron que eso era mentira, que cuatro miembros del comité ejecutivo del POUM habían sido detenidos en mi apartamento, que todos los días había estado en la casa donde los encontraron, y eso certificaba que tenía vínculos directos, y probablemente íntimos, con uno, varios o incluso todos los

> miembros del comité ejecutivo. Todos los días de las dos semanas que siguieron me interrogaron durante varias horas.

Hubert von Ranke, el agente de la NKVD, apunta en sus memorias aún inéditas que de la mano de su hombre de confianza, un tal Walter Vesper, alias «Peter Nerz», pagaron a Paula Dobler la nada desdeñable cifra de 600 pesetas como «reparación al interrogatorio sufrido», lo que demostraba su implicación en el arresto.

Cinco días después de las detenciones masivas, el miércoles 23 de junio, Fenner Brockway, secretario general del ILP, recibió un telegrama de Simone Kahn, del Comité para la Defensa de la Revolución Española. En el mensaje se le hacía saber que una comisión de diputados europeos pretendía partir hacia España y que, por eso, era importante que se les unieran los diputados británicos. Tras consultarlo con John Maxton, compañero del ILP, ambos decidieron que debían unirse inmediatamente a la delegación. El sábado 26 de junio, encontramos a Fenner en la cabecera de una mesa del Bar République, en Perpiñán, centro oficioso de los republicanos españoles. Lo acompañan John McNair, Stafford Cottman, George Orwell y Eileen; los cuatro salvados por los pelos en el último intento de la policía estalinista para detenerlos. Conversaron toda la noche sobre la angustiosa situación que dejaban atrás en España. Les preocupaba sobre manera el destino de los que se habían quedado y les hervía la sangre cuando hablaban de la prensa estalinista, dedicada en los últimos días a difundir bulos dañinos y perturbadores. Advirtieron a Fenner de la actuación estalinista y debatieron acerca del cómo proceder para denunciar los hechos. El informe elaborado por Fenner tras su visita a España lo confirma:

> ... el día 26 veo después a Eric y Eileen Blair, quienes viven en una aldea próxima, a orillas del mar [Banyuls-sur-Mer]. Veo a un alemán que estuvo en la cárcel con Smillie. Confirmada la enfermedad de Bob [Bob Smillie]. Envío un artículo con esta información al New Leader. Despido a McNair y Cottman, que vuelven a Londres. Acordamos que McNair dirija la protesta internacional contra la supresión del POUM y en favor de una Comisión internacional que vaya a España, sea de París o de

> Londres. Irá a Londres a informar y a hablar en el mitin en memoria de Smillie.

El miércoles 30 de junio, Fenner llegó a Barcelona y se instaló en el Hotel Continental. Desde el instante en que puso el pie en la ciudad, una legión de espías estalinistas lo mantuvo bajo constante vigilancia. Entre ellos, sin que él lo supiera, se encontraba el inglés David Crook, un antiguo colega de Eileen. La ingenuidad de Fenner quedó patente en este fragmento de su diario:

> Jueves, 1 de julio. Tomo el desayuno con David Crook, el cual había pertenecido a la Fabian Nursery. Ingresó en la Brigada Internacional, fue herido y quedó en Barcelona, donde se ha dedicado al periodismo. Me pone en contacto con gente útil. Voy a la CNT. Veo a Souchy [Agustin], secretario del Departamento Internacional. Hablo con el Comité Regional y con el director de la Soli, órgano de la CNT. Convengo con Souchy, que habla muy bien el inglés, que me acompañe a Valencia en un coche de la CNT.

Después de charlar con Souchy, Fenner visitó a varias personas que aún permanecían escondidas: Kurt Landau, estrecho colaborador de Andreu Nin y enlace directo del POUM con los periodistas extranjeros; Eva Sittich, alemana del KPO que tenía a su marido en la cárcel; el también alemán Hans David Freund, alias Moulin, desaparecido un mes después en las calles de Barcelona; y el socialista francés, Max Petel, ambos vinculados al Comité Ejecutivo del POUM. Tras concluir las reuniones clandestinas, Fenner sacó una conclusión irrefutable: la propuesta de ilegalización del POUM, aunque hubiera sido ejecutada por la policía española, había partido de Moscú. De hecho, había sido diseñada y planificada desde hacía meses, pocos días después de que estallase la Guerra Civil. En este nuevo contexto, y debido, en parte, a los Hechos de Mayo, ese objetivo, camuflado al comienzo de la Revolución, había encontrado el espacio y el momento para su consumación pública definitiva.

Los interlocutores de Fenner, escondidos en lugares seguros, le habían informado sobre el acoso que estaban padeciendo a diario. Puede también que le explicaran que, a pesar del terror, tenían ante

ellos una oportunidad para desenmascarar al estalinismo. El propio Landau argumentaría desde su escondite que, a pesar de que los estalinistas fueran diez veces más fuertes, tenían ahora «la oportunidad de desarrollar una lucha de clases de los trabajadores contra el estalinismo», y concluía diciendo que «el POUM representaba la única fuerza política considerable en la que podía apoyarse el marxismo revolucionario».

Otra prueba evidente de la persecución padecida por los antiestalinistas, fue el hecho de que todos los edificios en manos del POUM fueron inmediatamente incautados: el cuartel general del Socorro Rojo, la Biblioteca, el Instituto Maurín, el Sanatorio Maurín y el Hotel Falcón, éste último, irónicamente, se había convertido en prisión.

No todo, sin embargo, fueron malas noticias. El mismo día 1 de julio, gracias a la mediación del cónsul estadounidense Mahlon Perkins, fueron liberados Charles y Lois Orr, quienes permanecían encarcelados desde el 17 de junio. Dos días más tarde, los Orr tomarían un barco destino a Marsella. En suelo francés, con la intención de denunciar lo sucedido, hicieron público un listado con los súbditos extranjeros que seguían incomunicados en las checas de Barcelona. Un listado que coincidiría punto por punto con el que efectuaría Fenner días más tarde:

> En la Calle de Córcega [checa ubicada en el número 299 de la calle Córcega]: Hans Sittich, Ewald König, Karl Heidenreich, Elsa Homberger, Ernest Steinhoff, Katja Landau, Paula Dobler, Luisa Gorkin, Gaston Ladmiral, R. Duchene, Oehler, J. Kaufer, Tosca, Emile Rosijanski, Paul Schuenemann, Witte, Sabana, Plutino, Marche, J. Molenaar, Mrs. Molenaar, Fritz Sander (Todos los anteriores estaban practicando la huelga de hambre el 9 de julio).
>
> El 16 de julio se supo que el camarada Molenaar y su mujer habían sido puestos en libertad.
>
> Hospital Clínico: Ella König
>
> Hospital los Pinos: Peter Blachstein
>
> Hotel Falcón: Horst Lichenstein, Hans Wieland, Max Glase, Frank Gerstner, Georg Gernsheimer, Richard Monden, Georges K. Lionello, Mauricio Stevens, Rudolf Michaelis, Helmut Kirschey, H.

Klose, H. Aul, Gustav Doster, Georg Schwegmann, Fred Hessenthaler, Egon Illfeld, Arnold Engels.

A pesar de la coincidencia entre los dos listados, el elaborado por los Orr parecía más completo, ya que contenía un apartado suplementario. Se trataba de una correlación de nombres de los que aún seguían en libertad y que, en cualquier momento, podían ser detenidos:

Kurt Landau, Eva Sittich, Balduini, Rosa Winkler, Trusco, Camille, Dra. Charlotte Margolin, Moulin, Pepito, Gisela Wintergerst, Martin Gudell, Harvey Buttonshaw, Hugh McNeil, Douglas Stearms, Harry Webb, Harry Milton, Braithwaite, David Crook, George Tioli [tanto Crook como Tioli eran agentes de la NKVD, pero en ese momento Brockway no lo sabía] y Charles Segalis.

Se desconoce cuándo y dónde fue detenida Charlotte Margolin, aunque es probable que, al igual que otras extranjeras arrestadas, pasara un tiempo en la checa de la calle Córcega. Lo que sí sabemos con certeza es que fue interrogada al menos en cuatro ocasiones. Esto queda acreditado en un documento fechado el 5 de agosto y firmado por un agente del Servicio de Extranjeros del PSUC, un tal «Francois», quien, tras recomendar la detención del poumista Hubert Geipen, informa al Comisario General de Orden Público de la Generalitat, Eusebio Rodríguez Salas, lo siguiente:

Los extractos más importantes de los hasta ahora efectuados, son los cuatro interrogatorios de Carlota Margolin, de los cuales se ven informaciones importantes. Te los mandaremos mañana, cuando esté concluida la traducción.

Más adelante en el mismo documento, el agente «Francois», añade:

Hace ya algunos días hicimos un registro en casa de Carlota Margolin. Durante el registro mandamos un oficial al departamento

para buscar otra orden de registro para la vecina de Margolin, Eva Laufer-Sittig, mujer de Hans Sittig.

Así pues, Charlotte Margolin fue arrestada algunos días antes del 5 de agosto, desconocemos la fecha exacta. Sin embargo, sí conocemos el día de su ingreso en prisión, tal como lo confirma un documento conservado en el Arxiu Nacional de Catalunya (ANC). Este documento indica que Margolin fue trasladada a la Cárcel de Mujeres de Les Corts el 22 de agosto, siempre a solicitud del Servicio de Información.

Tres días antes de su ingreso en la penitenciaría, aterrizaba en el aeropuerto de Manises, en Valencia, la segunda delegación extranjera enviada a España con el propósito de supervisar la situación de los detenidos. En esta ocasión, la delegación estaba liderada por el británico James Maxton, miembro del Independent Labour Party, cuyo principal objetivo era presionar al gobierno para que investigara el paradero de Andreu Nin y ofreciera garantías jurídicas a los demás prisioneros.

Acompañaban a Maxton una delegación francesa compuesta por el socialista André Weil-Curiel y el periodista del semanario francés *La Flèche*, Lucien-Pierre Focaud.

Días después, el 7 de septiembre, el periódico francés *Le Populaire* publicaba un artículo firmado por Marceau Pivert y Daniel Guérin, en el que se hacían eco de la visita, destacando las tensiones diplomáticas y las preocupaciones internacionales sobre la situación de los prisioneros y el paradero de Nin:

> Una delegación internacional enviada por el Comité de Defensa de los Revolucionarios Antifascistas en España ha visitado recientemente Valencia y Barcelona. Estaba encabezada por Maxton, presidente del Independent Labour Party, y por nuestro amigo Weil-Curiel, redactor jefe de *L'Espagne socialiste*. La delegación pudo entrevistarse con varios dirigentes de la República española y también con algunos líderes del POUM, como Gorkin, que se encuentran encarcelados en Valencia. Las observaciones de esta delegación fueron recogidas en un informe que merece ser destacado. A continuación, presentamos lo esencial.

El objetivo principal de la delegación era investigar la desaparición del camarada Andreu Nin. Aunque fueron recibidos con cortesía por los miembros del gobierno, periódicos como *Frente Rojo* y *Verdad* no dudaron en calificar a los miembros de la delegación como «agentes trotskistas-fascistas».

De su investigación se desprende que el gobierno de Valencia niega toda responsabilidad en la desaparición de Nin. Según el informe, después de su arresto, Nin cayó en manos de elementos que, aunque formaban parte de la coalición gubernamental, actuaban al margen del gobierno legítimo. El ministro de Justicia, Irujo, manifestó a la delegación que la policía se había vuelto formalmente dependiente y que elementos extranjeros podrían estar controlándola. También lamentó la influencia del Partido Comunista sobre la policía.

El ministro del Interior, Zugazagoitia, expresó igualmente su descontento, señalando que la policía estaba formada por elementos reclutados apresuradamente desde el 19 de julio, individuos cargados de pasiones políticas. Por su parte, el subsecretario de Estado en la presidencia del Consejo, Prat García, declaró que el gobierno no podía ser considerado responsable de los excesos cometidos por una policía improvisada. Indalecio Prieto, ministro de Defensa Nacional, opinó que los responsables de la desaparición de Nin se encontraban en el entorno del jefe de la policía, un círculo que había sido infiltrado por elementos comunistas siguiendo sus procedimientos habituales.

El testimonio de Gorkin confirma lo declarado por los ministros republicanos. Las circunstancias de su arresto y detención permiten deducir el destino de Nin. Gorkin fue arrestado en Barcelona el 16 de junio (el mismo día que Nin) y transferido a Valencia el 18, escoltado por cuatro policías extranjeros de la GPU (policía secreta soviética). El 23 fue liberado junto con otros camaradas mediante una orden oficial escrita. Sin embargo, apenas habían salido de la prisión cuando fueron capturados nuevamente por policías que los trasladaron a Madrid, donde fueron encerrados en un sótano de la «brigada especial», una prisión privada. Un mes después, fueron transferidos a una prisión estatal regular.

Nin no corrió la misma suerte. Fue transportado de Barcelona a Valencia y luego a Madrid, pasando por «locales especiales». Finalmente, fue retenido por policías en una casa particular en Alcalá de Henares. Desde entonces, se pierde su rastro. El subsecretario de Estado, Prat García, aventuró la hipótesis de que «si

está vivo, podría encontrarse en una embajada». Por su parte, el ministro del Interior consideró necesario «realizar la investigación con extrema lentitud, ya que, según dijo, si se precipitaban las cosas, sólo se encontraría un cadáver».

Mientras tanto, Charlotte intentaba adaptarse a la vida en prisión, compartiendo encierro con varias compañeras, entre ellas Elsa Homberger, Eva Molenaar y Otilia Castellví, quienes habían sido arrestadas durante otra redada llevada a cabo un día antes. Años después, Otilia recordaría la detención en su obra *De las checas de Barcelona a la Alemania nazi*:

> Y así recibí por primera vez la visita poco esperada —y menos deseada— de la policía. No pudieron detener a Llorenç porque estaba en el frente, pero se nos llevaron a mí y a cuatro personas más que había en aquel momento: Ricardo [Richard Monden], un amigo llamado Paul, la alemana Elsa [Elsa Homberger] y la holandesa Eva [Eva Molenaar]. Por suerte se trataba de la «policía legal», por así decirlo, o sea, la policía de oficio y no la de la checa, los esbirros del Partido Comunista. Por ello, tras retenernos una noche en la Jefatura del barrio, situada en la calle Rosellón, se vieron obligados a llevarnos a la cárcel legal. Ricardo y Paul ingresaron en la Modelo de la calle Entenza, y nosotras en la prisión femenina, que entonces estaba en Pedralbes [Cárcel de Mujeres de Les Corts]. Estábamos más extrañados que asustados, ya que olvidarse de apagar una luz no era un crimen, y menos en el caso de cuatro extranjeros que no sabían dónde estaba el piso en cuestión. Ellos, que habían venido a España a luchar contra el fascismo, eran detenidos sin motivo por los comunistas.

En la cárcel, Charlotte coincidió también con Katia Landau, detenida en su domicilio cuando la policía se había presentado requiriendo la presencia de su esposo, Kurt Landau, el líder austriaco del POUM. Durante las primeras semanas que pasó en la cárcel clandestina de la calle Córcega, Katia fue interrogada en innumerables ocasiones. La única y principal intención de sus carceleros era conseguir información que indicara el paradero de su marido, escondido desde que se iniciaran los enfrentamientos de los Hechos de Mayo. Sin embargo, según información aparecida en los

informes nominales elaborados por el Servicio de Extranjeros del PSUC y custodiados por el RGASPI, la única persona que conocía el paradero de Kurt era Charlotte Margolin: «Margolin sabe dónde se está quedando», apuntaba uno de sus informantes.

Los Landau habían llegado a Barcelona a principios de noviembre de 1936 con la intención de participar activamente en la Revolución. Kurt, dirigente del KPO y miembro del Buró de la IV Internacional, se puso a disposición de Andreu Nin, quien lo integró en los órganos de prensa del POUM. Kurt desempeñó un papel destacado en la Radio del partido y en la edición de la versión alemana de su boletín oficial.

Meses más tarde, la tarde del 23 de septiembre de 1937, después de haber permanecido escondido durante todo el verano, primero en el cuartel general de la CNT en la Vía Layetana y luego en una casa particular de militantes de base situada en la barriada de la Font d'en Fargues, fue finalmente detenido por agentes de la policía política. Se hallaba oculto en una casa franca situada en el número 24 de la calle Monserrat de Casanovas, a los pies del Turó de la Rovira. Era el domicilio de los militantes poumistas Francesc de Cabo y Carlota Durany. De hecho, en esa misma casa, apenas dos años antes, se habían firmado las actas de la fundación del POUM.

Uno de los responsables de su detención fue David Crook, el agente británico de la NKVD, convertido, tras los Hechos de Mayo, en una figura clave del complot estalinista. Erigido en una herramienta decisiva del espionaje soviético al haber compartido cautiverio con gran parte de los represaliados, aportó información muy valiosa a sus superiores. Años más tarde, el propio Crook recordaría su intervención en la detención de Landau:

> El hecho de que yo también fuera encarcelado fortaleció su confianza [la de los militantes antiestalinistas] en mi persona. Uno de mis objetivos era un estadounidense llamado Bluestein [Abe Bluestien, editor anarquista estadounidense llegado a Barcelona en abril de 1937 para trabajar en la sección editorial de la CNT-FAI] y otro austríaco llamado Landau [Kurt Landau]. Landau había pasado a la clandestinidad tras los Hechos de Mayo y mis jefes querían localizarlo. Con un pretexto u otro, conseguí su número de teléfono de la mano de Bluestein, quien me lo facilitó, y luego se lo entregué

> a O'Brien [Hugh O'Donnell]. Desde el fin de los enfrentamientos, el edificio de la Telefónica había dejado de estar bajo control de los anarquistas, así que ahora era posible que mis jefes, sabiendo el número de teléfono de Landau, pudieran averiguar su dirección. Estaba en un suburbio tranquilo, no muy lejos del Consulado Soviético, al que discretamente me llevaron desde el piso franco de Muntaner.

Crook conocía a Landau, lo había visto en múltiples ocasiones, por lo que no era difícil que pudiera identificarlo si lo veía desde el exterior de la villa donde se escondía. Por su parte, Landau no tomó las medidas adecuadas, o, mejor dicho, no pudo, ya que, al sentirse atrapado en el interior de la casa, donde había permanecido todo el verano sin poder salir, sentía cada vez más la necesidad de saltarse el protocolo. Como un niño travieso que teme ser descubierto, salía de vez en cuando al jardín a tomar el aire. En la práctica, desde hacía algunas semanas, había comenzado a instaurar una nueva costumbre, ponerse a leer en la sombra de una vieja encina. Así fue como, un día de finales de verano, mientras Crook paseaba del brazo de Dolores, una mujer rubia, alta y atractiva que solía utilizar como señuelo, tras varios días de estricta vigilancia, logró identificar al otro lado de la valla a un hombre que respondía a las características de Landau. Así fue como David Crook reveló uno de los secretos mejor guardados de aquel verano de 1937: el paradero de Kurt Landau.

La detención se produjo en la tarde del 23 de septiembre, cuando dos agentes del cuerpo de Investigación y Vigilancia se personaron en el número 24 de la calle Montserrat de Casanovas. Tal como lo relataría la inquilina Carlota Durany ante un tribunal de justicia republicano, el asalto tuvo lugar a las siete de la tarde:

> El día 23 del pasado mes de septiembre, a las 7 horas de la tarde, aproximadamente, dos agentes del cuerpo de Investigación y Vigilancia vestidos el uno de color gris y el otro de color oscuro, acompañados de un Guardia de Asalto de uniforme (datos proporcionados por un vecino), procedieron a la detención, en el citado domicilio, del compañero Landau. Los agentes no efectuaron ningún registro en el inmueble, llevándose al detenido precipitadamente. Hechas las averiguaciones pertinentes, supimos

> que Kurt Landau no se encontraba detenido en la Comisaría General del Orden Público, ni en ninguna dependencia o prisión oficial.

La noticia del arresto de Kurt no tardó en llegar a los espacios comunes de la Cárcel de Mujeres de Les Corts. Desde ese momento, convencida de la inocencia de su marido, Katia hizo todo lo que estuvo en sus manos para averiguar su paradero, ya que desde su detención nadie había sabido decirle dónde se encontraba retenido. Preguntó qué había sucedido, en manos de quién estaba y, sobre todo, por qué lo habían detenido. ¿Había sido arrestado por agentes de policía republicanos o por agentes comunistas de paisano? Nadie le daba explicaciones. Inquirió, investigó y escribió cartas a instituciones españolas y extranjeras, habló con medios locales e internacionales, pero de poco sirvió. Sus indagaciones se topaban con un muro, el vacío, la nada. Fue entonces cuando decidió emprender una huelga de hambre. Un año después, desde su exilio parisino, relataría esa pesadilla en *Le Stalinisme en Espagne*:

> El secuestro de Kurt tuvo lugar el 23 de septiembre. Los camaradas españoles y sus amigos extranjeros realizaron todas las gestiones e intervenciones oportunas como en el caso de una detención normal. Nada de esto produjo ningún resultado. Y en nombre de nosotros, que llevamos meses y meses presos sin ser examinados y sin cargos formales, nuestros compañeros se preguntaron: «¿Es posible que podamos callar ante el hecho de que ayer hicieron desaparecer a Andrés Nin y hoy a Kurt Landau? ¿A quién le tocará mañana? ¿Tenemos que rendirnos ante tales métodos de gansterismo político?». No hay otra forma de protesta para el preso político que la huelga de hambre.

Todo indicaba que Kurt Landau había sido detenido al margen de las autoridades competentes. Los agentes que lo habían sacado por la fuerza de la casa de Francesc de Cabo y Carlota Durany lo habían hecho sin una autorización del Delegado General de Orden Público, por lo que era, a todas luces, una detención ilegal. Actuaban por cuenta propia, siguiendo las órdenes de una autoridad que, más que al margen, se situaba por encima del orden

establecido, y, que, por ese motivo, no debía rendir cuentas con nadie, deviniendo absolutamente impune. Por lo tanto, lo que le pasó a Kurt Landau, no fue una detención, sino un secuestro.

Un mes después de su desaparición, el 24 de octubre, Katia escribió una carta a Ricardo Burillo Stholle, Jefe Superior de Policía de Barcelona, informando sobre los motivos que le obligaban a emprender una huelga de hambre (ANC, Bosch i Gimpera, 7.1.2.):

> Al Jefe Superior de Policía: 1º. Mi marido fue detenido por dos personas que se decían agentes de policía. Pido a la Policía de enterarse del lugar de su detención y de comunicármelo; 2º. Pido de parte de la Policía una declaración sobre si el 17 de junio de 1937 me detuvieron de rehén en lugar de mi marido. Si ha sido así, pido mi liberación inmediata resultando injustificada mi detención por más tiempo; 3º. En el caso de que mi detención no haya sido de rehén, pido, después de cuatro meses de detención (10 días en el Grupo de Información, 9 semanas en la calle de Córcega 299, más de 50 días en la Cárcel de Mujeres) que se formule la acusación contra mí y se haga inmediatamente el interrogatorio correspondiente. En el caso de que me quede sin contestación a mis peticiones en el transcurso de los ocho días venideros, me veré obligada a empezar la huelga de hambre. Cuento con el apoyo moral de mis camaradas, encontrándose desde hace meses, igual que yo, sin acusación ni interrogatorio. Les he rogado y convencido de que se abstengan por el momento de una huelga de solidaridad. Firmado: Julia [Katia] Landau, Barcelona, 24 de octubre de 1937. Cárcel de Mujeres.

Transcurridos los ocho días que había dado de margen, continuaban ignorándola. El policía Burillo, responsable del asalto al Hotel Falcón, no dio el brazo a torcer y mantuvo el silencio como respuesta. Por su parte, Katia siguió adelante con su promesa y comenzó la huelga de hambre el día 3 de noviembre. Trece días después, en solidaridad con su compañera, varias reclusas, entre ellas Charlotte Margolin, se unieron a la huelga. Un informe de la Consejería de Justicia mencionó la relación de reclusas que se adhirieron a la misma (ANC, Bosch i Gimpera, 7.1.2.):

Las detenidas gubernativas M. Antonia Sardà, Otilia Castellví, Carlota Margolin, Antonina Distler, Elsa Homberger y Ella König, que están en una situación parecida a Julia Landau —según nota adjunta— amenazaron con la huelga de hambre si no se les regularizaba la situación como reclusas, y en solidaridad con su compañera que ya hacía días que la practicaba. El día 16 de noviembre empezaron la huelga de hambre después de haberlo anunciado al Jefe de Policía:

M. Antonia Sardà; ingresó en el Correccional el 15 de octubre de 1937 a disposición del Tribunal Especial de Espionaje

Otilia Castellví; ingresó el 21 de agosto del 1937 a disposición del Tribunal 5º de Espionaje.

Ella König; ingresó el 14 de octubre del 1937 a disposición del Delegado General de Orden Público (Expulsión).

Carlota Margolin; ingresó el 22 de agosto del 1937 a disposición del Departamento de Información.

Antonina Distler; ingresó el 14 de octubre del 1937 a disposición del Delegado General de Orden Público (Expulsión).

Elsa Homberger; ingresó el 28 de agosto del 1937 a disposición del Jefe Superior de Policía.

Meses más tarde, Katia recordaría en *Le Stalinisme en Espagne* el apoyo incondicional de sus compañeras:

Debo decir que mis compañeras no me apoyaron por lástima, sino por convicción política, para gritar a todo pulmón que nosotros, aunque siendo prisioneras condenadas a la inactividad política, no podíamos ni queríamos callar. Hablamos y nos escucharon donde queríamos ser escuchadas, en las fábricas, o dondequiera que estuvieran trabajando nuestros compañeros. Los trabajadores entendieron el mensaje político de nuestra huelga de hambre. Y el ministro de Justicia, M. Irujo, también lo entendió; entendió que esta huelga se iba a extender, y que para el domingo 22 de noviembre cientos de presos antifascistas la iban a apoyar para protestar enérgicamente contra los métodos de los estalinistas. La única intención del señor Irujo era poner fin a esta molesta historia a toda costa, a ser posible de manera conciliadora. El 22 de noviembre, el ministro acudió personalmente a visitar a una presa. Por eso habló de los asesinos de Nin y Landau. Habló sin prueba alguna para poner fin a la huelga y dar una bofetada a los

estalinistas, quienes se habían puesto en ridículo al acusarme formalmente de estar implicada en la desaparición de Andrés Nin.

El 28 de noviembre de 1937, tras recibir una carta oficial del director general de prisiones, el diputado laborista John McGovern, acompañado por el francés Félicien Chalaye, actuando ambos como observadores internacionales, fueron finalmente autorizados para visitar las dependencias penitenciarias de Barcelona. En su visita al Correccional de Mujeres de Les Corts, coincidieron con Charlotte Margolin. McGovern inmortalizó días después el encuentro en *Terror in Spain*, título del informe que escribió a su regreso de España:

> Tuve una larga charla con la doctora Carlota Margolin [Charlotte Margolin], una mujer alemana que hablaba un inglés perfecto. Llevaba 4 años en España y más de 5 meses en prisión. Estuvo a cargo del primer tren hospitalario enviado al frente de Aragón [puede que se estuviera refiriendo al equipo de los doctores Manuel Miserachs Rigalt y Joan Badosa Gaspar, en el que estaba también involucrado Tomás Tusó] y más tarde fue trasladada al Hospital Maurin [Sanatorio Maurin]; ella se había unido al POUM y por eso fue detenida. Durante las primeras semanas la mantuvieron encerrada en la prisión clandestina, sometiéndola a tercer grado durante cinco horas y media. Fue precisamente a ella, a quien el oficial de la checa del Komintern le dijo que Kurt Landau debía ser asesinado. La doctora Margolin fue amenazada en muchas ocasiones antes de ser trasladada a la Prisión de Mujeres. Desde mi regreso a Londres, me alegra decir que he oído que ha sido puesta en libertad.

Era cierto, Charlotte había sido liberada junto a varias de las reclusas extranjeras, Katia Landau y Elsa Homberger, entre ellas. Había sido el resultado de la presión ejercida por los representantes extranjeros, quienes habían movido ficha en sus países respectivos. Sin embargo, a pesar del esfuerzo realizado, pocos días más tarde, Katia y Elsa volvieron de nuevo a ser detenidas, así lo explicaría Katia en *Le Stalinisme en Espagne*:

> Una semana después de la huelga de hambre, fui puesta en libertad. Pero una semana más tarde, el «Grupo de Información» me arrestó nuevamente. Fue una detención clásica, es decir, sin orden judicial y por pura fuerza bruta. Junto a mí, también arrestaron a la camarada Elsa Homberger. Antes de subir al coche, quise llamar a alguien para que anotara su número [el de la matrícula del coche]; pero luego me di cuenta de que no había ninguno. Unos días antes, el 2 de diciembre, el director de la Policía, M. de Juan me había dicho: «Lamentablemente tienes razón. Ha habido secuestros, hay automóviles sin número, pero le puedo asegurar que no habrán más».

El 9 de diciembre de 1937, durante el corto lapso que Charlotte gozó de libertad, el agente del Servicio de Extranjeros del PSUC, Wilhelm Tebarth, alias «Fritz Valencia», escribió un informe donde destacaba su vulnerabilidad (RGASPI. F. 545. Op. 2.D.145):

> Charlotte Margolin. Algo nuevo siempre parece venir de esta mujer. Por ello vale la pena hostigarla un poco más.

A la salida del correccional de mujeres, Charlotte Margolin no pudo o no quiso salir del país. Tenía descartada la vuelta a Alemania debido a su identidad judía y su militancia antifascista. Quizás fue en ese momento cuando se puso en contacto con Josefa Fraenkel, una de las nuevas responsables del Comité Internacional de Emigrados Antifascistas (CIDEA), que para entonces ya había depurado a los militantes antiestalinistas. Una carta fechada el 9 de noviembre de 1938 y sellada por el Hicem de París, la organización judía internacional que financiaba al CIDEA, informaba que Charlotte Margolin, acompañada por una tal Betty Josefsohn, estaba esperando un visado para trasladarse a Panamá:

> ... Re: Carlota Margolin, Betty Josefsohn.
>
> Señorita J. Fraenkel,
>
> En respuesta a su última carta del 25 de octubre [1938], le damos a título excepcional nuestra conformidad para poner a nuestro cargo los gastos de viaje de las señoras antes citadas para ir a Panamá. Le

> rogamos, nos avise cuando sus protegidas hayan recibido el visado panameño y el visado de tránsito francés, haciéndonos también conocedores del texto exacto del visado panameño. Díganos igualmente la cantidad del depósito que estas señoras deberán presentar.

¿Quién era Betty Josefsohn y qué relación tenía con Charlotte? No lo sabemos. Lo único que podemos confirmar es que la tal Betty seguía esperando un visado en enero de 1946, al término de la II Guerra Mundial, cuando residía en un pequeño apartamento del número 24 de la calle Conde de Asalto, hoy Nou de la Rambla. Como os podéis imaginar, ese visado que Charlotte esperaba con desesperación en 1938, nunca llegó a sus manos. De hecho, las cosas comenzaron a torcerse todavía más a finales de enero de 1939, tras la caída de Barcelona a manos de las tropas franquistas. La derrota republicana y el estallido de la Segunda Guerra Mundial pocos meses después, supuso para muchos voluntarios extranjeros, y aún más para los apátridas como Charlotte, un periodo de profunda incertidumbre. La mayoría habían cruzado la frontera franco-española meses atrás, durante la gran retirada republicana. Éste, sin embargo, no fue el caso de Charlotte. Incomprensiblemente, decidió quedarse en Barcelona. Tal vez existía algo que la retuviese, un hijo, un amante, familia, cómo saberlo, pero lo que es seguro es que no se movió de la ciudad.

Una mañana de mediados de septiembre de 1939, desgarrada por las miserias de la guerra, cargando con el peso de la derrota, fue nuevamente detenida, aunque, en esta ocasión, por agentes de la recién instaurada policía franquista. Un día después, a disposición del filonazi José Ungría, jefe del Servició de Información y Policía Militar (SIMP), ingresó de nuevo en el Correccional de Mujeres de Les Corts. No pasó demasiado tiempo entre rejas, apenas dos semanas, y sin saber por qué fue nuevamente puesta en libertad.

Pero, cómo era posible que hubiera decidido quedarse en Barcelona después de lo que había pasado, expuesta como estaba a otra detención arbitraria, consciente además de que varios de sus compañeros, apátridas como ella, permanecían encerrados en un campo de concentración franquista a la espera de un juicio que

nunca llegaría. ¿Por qué no buscó, como ya había hecho anteriormente, ayuda en organizaciones internacionales como la JOINT, la Cruz Roja Internacional o la propia Hicem, dedicadas a resolver casos como el suyo? ¿Qué la retenía? ¿Qué la mantenía paralizada?

Como un mal presagio a punto de cumplirse, a principios de junio de 1940, fue de nuevo detenida e ingresó, como de costumbre, en el Correccional de Mujeres de Les Corts. El libro de filiaciones de la prisión aportaba ahora nuevos datos a raíz de este segundo ingreso: su estado civil de divorciada y su religión judía, señalando también su domicilio: «... calle Hospital 101, 3º 2ª». Otra duda surgía de esta recién averiguación, ¿con quién se había casado? ¿con quién había compartido la vida durante los años que había pasado en Barcelona? ¿Cuándo se había divorciado de su segundo esposo? En esta ocasión, Charlotte pasó pocos días en prisión, apenas ocho. El día 11 de junio fue puesta en libertad, aún no sabemos por qué. Tres meses después, sin embargo, el 18 de septiembre ingresó nuevamente en el Correccional de Les Corts, saliendo en libertad dos semanas más tarde, concretamente el 3 de octubre. Eran tres ingresos consecutivos. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué había sido detenida y luego puesta en libertad en reiteradas ocasiones?

A partir de esa última liberación, le pierdo la pista. Repaso los inquilinos de la finca del número 101 de la calle Hospital, donde, según la documentación, constaba que residía: familia Alfonso, Cortés, Jorba, Pi, Puig, etc. Sigo sus pasos sin obtener resultado, nada, ninguna pista que me conduzca a Charlotte. Durante esta época, su madre Agnes Mühsam, de 85 años, permanecía retenida en el Gueto de Theresienstadt, mientras su hermano Hans, siete años menor que ella, seguía escondido en un lugar indeterminado de la ciudad de Berlín. A quien le iba mejor las cosas era a su hermana Ilse, casada con el doctor Nathan Bennathan, instalado en Inglaterra. No sabemos si Charlotte intentó contactar con la familia, si era consciente de lo que le pasaba a su madre, hermanos o primos, pero es probable que lo intentara, que escribiera alguna carta o un telegrama, dando alguna señal de vida. Sin tirar la toalla, me sumergí en la Barcelona de 1940. Busqué algo a lo que aferrarme, alguna pista reveladora, pero no tuve suerte, y no la tuve hasta que

llegó a mis manos una información del todo inesperada. Llegaba desde muy lejos, desde Berlín, su ciudad natal. La pista me la facilitaba el archivo de la Charité, el famoso Hospital-Universitario donde había puesto en práctica las conclusiones de su doctorado. Decía lo siguiente:

> Apellido: Margolin; Nombre de nacimiento: Mühsam; Nombre de pila: Charlotte; Fecha de nacimiento: 20/01/1897; Lugar de nacimiento: Berlín; Fecha de muerte: Agosto de 1941; Lugar de la muerte: Irún (España); Observaciones: Suicidio; Ocupación del padre: Comerciante; Marido: Ilya Margolin; Padre: Jacques Mühsam, empresario; Fecha de doctorado: 1924; Nombre del tema: Medicina Interna (RMK 1933), Cardiología (RMK 1926); Lugares de actividad: Ludwigkirchstr, 14 y Reichenberger, 180.

Tuve que contener la respiración. Según esta información, Charlotte se había quitado la vida en Irún en un día del mes de agosto de 1941. Habían pasado diez meses desde que saliera en libertad del Correccional de Mujeres de Les Corts. ¿Qué había ocurrido desde entonces? ¿Cómo había llegado hasta Irún, desde dónde y por qué?

Irún, situada justo al borde de la frontera francesa, era en ese momento —de hecho, siempre lo había sido— la antesala perfecta de una huida definitiva. Pero, durante el verano de 1941, no era ni mucho menos la mejor opción, ya que esa parte de Francia, la correspondiente al País Vasco, vivía bajo ocupación alemana desde julio de 1940. Este hecho, crucial para entender el recorrido de Charlotte, me llevaba a plantear varias preguntas y a vislumbrar algunas pocas certezas. Una de las preguntas clave giraba en torno a cómo había llegado hasta Irún. Era improbable que hubiera escogido voluntariamente esa ruta, especialmente considerando que, si su intención era cruzar la frontera, no tendría sentido que hubiera escogido una zona controlada por los alemanes. Esta zona, al ser de alto riesgo en ese momento, contrastaba con la que se hallaba más al sureste, la que llegaba hasta Cerbère, que tenía un control policial menos restrictivo y más adecuado para el paso. Este hecho indicaba que, si Charlotte estaba en Irún, no había sido por

elección propia, sino que alguien la había llevado allí en contra de su voluntad. Las preguntas cruciales eran entonces: ¿Quién la llevó? ¿Cuándo y cómo ocurrió? ¿Y, sobre todo, por qué? Vayamos por partes.

Lo primero que hice fue contactar con la Kepa Ordoki Memoria Historikoa Bidasoan, asociación de memoria histórica de la región del Bidasoa. Fueron ellos, los que, muy amablemente, me brindaron la penúltima pieza de este puzle interminable. En efecto, la muerte de Charlotte estaba registrada en el registro civil de Irún. Fueron ellos quienes me enviaron una copia literal del acta de defunción:

> En la ciudad de Irún, provincia de Guipúzcoa, a las once horas del día veintitrés de agosto de mil novecientos cuarenta y uno, ante don Eusebio Vidaurre Yoldi, juez municipal, y don Pedro Esteban Yndart, secretario interino, se procede a inscribir la defunción de doña Carlota Margolin, de cuarenta y cuatro años, natural de Berlín, provincia de Alemania, hija de Jacques y de Agnes, domiciliada en Madrid, calle Guzmán el Bueno, 68, piso 2º, profesión médico, y de estado divorciada, nacida el 20 de enero de 1897 en Berlín. Falleció en el hospital de Irún en el día de ayer [22 de agosto], a las 14:00 horas, a consecuencia de --- [sin rastro en el original], según resulta de la certificación facultativa y reconocimiento practicado. Su cadáver habrá de recibir sepultura en el cementerio de esta población. Esta inscripción se practica en virtud de providencia dictada por este juzgado en las diligencias judiciales instruidas para la averiguación de la causa de su muerte. Habiéndola presenciado como testigos, don Juan María Altolaguirre Jurasti y don Victoriana Sanz Díaz, mayores de edad y vecinos de esta ciudad.

Tal como afirmaba el acta de defunción, Charlotte estaba domiciliada en Madrid en el momento de su muerte. Esa dirección, calle Guzmán el Bueno 68, nos indicaba que vivía en el barrio de Gaztambide, en Chamberí, una vecindad de clase media-alta en ese Madrid gris e irrespirable de 1941. Muchas incógnitas se arremolinaban en mi cabeza, interpelándome, ansiosas por hallar una respuesta. ¿Cómo había llegado hasta allí? Y, sobre todo, ¿por qué? ¿Vivía sola o acompañada? ¿Pendía sobre ella una orden de expulsión? ¿Qué

hacía en Irún? ¿Por qué no aparecía la causa de la muerte en el acta de defunción? ¿Le hicieron autopsia? ¿Si se había suicidado, por qué, qué motivos tenía? En la Charité, fuente de esta información, no supieron qué contestarme, pero insistían que había sido un suicidio, algo que no aparecía referenciado en el acta. No obstante, era algo muy probable. Este no fue el primer suicidio que tuvo lugar en Irún en esa época, otros apátridas antes que ella se habían quitado la vida al cerciorarse que a la mañana siguiente iban a ser entregados a la Gestapo al otro lado de la frontera. Trasladados de otros puntos de España, detenidos en la cárcel a la espera de ser expulsados, solían colgarse de lo alto de la viga de sus celdas.

Existe un pasaje de *Homenaje a Cataluña* en el que Orwell nos habla de ellos, de estos apátridas condenados al destierro perpetuo, que incluso en plena Guerra Civil Española, aún bajo jurisdicción republicana, temían ser deportados a sus países de origen:

> La situación era peor para los italianos y los alemanes, que no tenían pasaportes y a muchos de los cuales buscaba la policía secreta de sus propios países. Si los arrestaban, probablemente los deportarían a Francia, lo que podía significar el retorno a Italia o a Alemania, donde Dios sabe qué horrores les aguardaban.

Si diéramos un paso atrás y nos desplazáramos a ese Madrid de 1941, esa ciudad que, a bien seguro, Charlotte había recorrido con terror, temerosa de una detención arbitraria e inminente, nos encontraríamos ante la capital de un régimen que, aunque declarado oficialmente como no beligerante, participaba activa, decididamente y en todos los niveles a favor de las potencias del Eje.

Madrid era una trampa, lo sabían todos. Los nazis campaban a sus anchas, ni siquiera se preocupaban por esconderse. Su connivencia y cooperación con el régimen franquista era pública y notoria, nadie se molestaba en ocultarla. Charlotte, probablemente desesperada, sintiendo el aliento de la Gestapo en cada paso, trató de salir del atolladero en el que se encontraba, pero no pudo. Nunca se acostumbró a vivir con el miedo, como hicieron otros, y se fue hundiendo cada día un poco más. Atormentada por la ansiedad, evitaba el encuentro con desconocidos. Tomaba precauciones, lo hacía aleján-

dose de los lugares frecuentados por la colonia alemana, donde seguro encontraría a potenciales delatores. Ocultaba su marcado acento prusiano y se esforzaba en parecer española, haciéndose pasar por catalana cuando le preguntaban. Cada figura que se cruzaba en el portal de la finca donde vivía, parecía una sombra acechando. Era entonces, envuelta en la paranoia, cuando aceleraba el paso y se colaba en la primera boca de metro que se topaba. Con el corazón latiéndole a mil por hora, saltaba los escalones de dos en dos, y una vez en el andén, apartaba la mirada del resto de pasajeros clavándola en el suelo. En sus ojos, cuyo color no conozco, se reflejaba el miedo y la vergüenza del fugitivo. No era la primera vez en su vida que se veía a sí misma como una criminal, ya eran incontables las ocasiones en que había sentido esa misma sensación, en Berlín, en Barcelona, y ahora en Madrid. Cuando todo esto sucede, hace ya mucho tiempo que ha dejado de disfrutar de los paseos por el Retiro, hace ya semanas que no acude al cine, uno de sus pasatiempos favoritos. Ya no recuerda la última vez que se sentó tranquilamente a tomar un refresco en una terraza del centro. Ha perdido la pasión por la política. Está vacía, hueca y sin aliento. Mientras se iban diluyendo sus ganas de vivir, fue testigo por boca de otros de la detención de algunos de sus viejos compañeros, quienes, sin juicio de por medio, fueron trasladados a campos de concentración franquistas: Miranda de Ebro, Nanclares de la Oca, etc. Atenazada por el miedo, harta de avanzar a trompicones, se escondió. Trató de pasar desapercibida, pero no pudo prolongar más esta huida hacia adelante, esta sensación de ahogo. Fue así, durante una de esas tardes huecas, sin nada que hacer, cuando, sin previo aviso, la policía franquista llamó a la puerta de su casa de Guzmán el Bueno. Charlotte no se resistió, no protestó, no tuvo un pero que reclamar a sus delatores, fueran estos quienes fueran. Se sintió aliviada, sin fuerzas, se dejó llevar.

Este viaje no acaba aquí, seguiré buscando a Charlotte, intentaré dar respuesta a las incógnitas que, aún hoy en día, me persiguen sin descanso, pero no será aquí ni ahora, lo dejaré para más adelante, quizás en otro libro.

# Alfredo Herz y sus sabuesos

Ha llegado el momento de tirar del hilo de los perseguidores, de los verdugos de la Revolución, aquellos que perpetraron el acoso de los que militaron —como ellos decían— en «el lado erróneo de la causa antifascista», los que, cegados por las prebendas de Moscú, se adhirieron ciegamente al camino marcado por la III Internacional, arrasándolo todo. Para ello, para sumergirnos en la vida de los verdugos, partiremos de un panfleto elaborado por una de las represaliadas, un informe realizado pocos meses después de haber sido detenida y encarcelada, redactado con los recuerdos aún frescos, sin apenas espacio para tergiversar lo vivido. Hablamos del testimonio registrado por la anteriormente mencionada Katia Landau.

Elaborado desde su exilio en París a principios de 1938 y presentado poco tiempo después con el título de *Le Stalinisme en Espagne*, levantó muchas ampollas entre los militantes estalinistas, quienes se defendieron diciendo que formaba parte de una campaña del fascismo internacional. Convertido en una de las primeras denuncias públicas del juego sucio de los estalinistas en territorio español, el panfleto reveló cómo, bajo el pretexto de la legítima defensa republicana, los estalinistas eliminaron a sus enemigos políticos. Y todo, ante la indiferencia y el silencio cómplice del gobierno republicano. La voz de Katia Landau recorre con estrépito las páginas del panfleto, señalando con nombres y apellidos a sus verdugos, sin miedos ni arrepentimientos, dispuesta a erradicar la impunidad de un plumazo:

> Los verdaderos líderes de la GPU [quiere decir la NKVD] en España son algunos antiguos agentes del cuerpo. El gran número de agentes son estalinistas de todas las secciones de la Internacional Comunista [la III Internacional], alemanes, polacos, italianos, húngaros, austriacos, franceses, etc. La mayor parte de ellos llegó a España después del 19 de julio de 1936. Pero, en lugar de ir al frente, prefirieron quedarse en el aparato de la GPU:

- El verdadero jefe de la GPU, enlace entre la GPU y las autoridades españolas, es un ruso [Aleksandr Mijáilovich Orlov] alto, fuerte, de pelo negro y nariz chata de boxeador. Habla alemán con un marcado acento ruso. Sólo interroga en casos interesantes. De vez en cuando golpea a los prisioneros, pero generalmente prefiere dar la orden.

- Georg Scheyer, alias Sazja Kindermann [aquí Katia confundía el alias con el nombre real], ha sido durante mucho tiempo el jefe del servicio exterior de la GPU (Departamento Especial de Información del Estado). También ha golpeado salvajemente a los prisioneros. Ocupó el cargo de comisario político en el Batallón Thälmann, pero pronto lo dejó para trabajar, primero en la Puerta del Ángel 24 [se refiere a la checa de Portal del Ángel], y luego en el Paseo San Juan [ambas prisiones clandestinas dirigidas por la NKVD].

- Fritz, alias Karl Arndt, un alemán, alias Karl Meives [se trata de Wilhelm Tebarth, alias «Fritz Valencia»] de cabello rubio y ojos azules y atlético, es agente de la GPU y miembro del PSUC como todos los demás.

- Alfred Herz [el agente de seguros Alfredo Herz Blumenthal]. Trabaja como informante y agente provocador. Mientras trabaja con la policía extranjera de la calle Córcega 299, informa a la GPU sobre la salida de extranjeros, lo que explica las detenciones inesperadas en el momento de la salida.

- Anton. Un berlinés de 45 a 50 años. Constitución mediana. Rostro rojo, nariz grande y gorda.

- Hans. Pequeño, muy rubio, de entre 30 y 33 años, gafas; anteriormente trabajó como funcionario del Partido Comunista Alemán en el distrito de Ruhr. Trabaja en la GPU en Barcelona y Valencia.

- Gerhardt [Puede que se trate de Heinz Gerhard]. Yugoslavo. Habla muy bien francés.

- Benjamin. Polaco, pequeño, con el pelo negro con raya al medio, pálido, con la nariz puntiaguda, muy nervioso, habla mal el alemán.

- Harry [se trata de Vendel Zicho]. Húngaro, de complexión media y cabello castaño. Le faltan los dientes frontales superiores. Edad: 26 a 29 años. Habla alemán, francés, inglés, español.

- Franz Feldmann [no hay duda de que se trata de Francis Ferry]. Actúa con el nombre de Ferry. Húngaro, de 40 a 45 años, calvo. Habla cuatro o cinco idiomas.

Con la excepción de los nombres de Feldmann, Herz,

> Kindermann y Kulcsar, los otros nombres son generalmente seudónimos.

Lo primero que me llamó la atención del informe de Katia fue el señalamiento a Francis Ferry, uno de los protagonistas del primer tomo de esta trilogía (ver *Los cimientos: La Contra[R]evolución Española*). Porque no hay duda de que hablaba de él. Más adelante explicaré el porqué de mi convencimiento. Pero no siempre fue así, al principio no lo tuve tan claro. En la primera edición de *Le Stalinisme en Espagne*, la de 1938, los editores añadieron una información sobre Ferry que me dejó perplejo, completamente desconcertado, ya que presuponían que el tal «Franz Feldmann» era, en realidad, el antes mencionado Enro Gerö, dando por hecho que Ferry y Gëro fueran la misma persona. Estas fueron sus palabras: «Franz Feldman es sin duda el siniestro estalinista Erno Gerö». Por si fuera poco, los editores acrecentaron mis dudas al señalar que Feldman y Herz eran en realidad los seudónimos utilizados por Enro Gerö y un tal George Mink, decían:

> Katia Landau se equivoca sobre los nombres de Feldman y Herz, siendo ambos seudónimos. Feldman es probablemente Gerö, y Herz es otro nombre del estalinista lituano George Mink, llamado Pole en el texto de Katia Landau.

En realidad, Katia Landau no se equivocaba, Feldmann, apellido verdadero de Francis Ferry, y Herz, lo mismo en el caso de Alfredo Herz, eran los verdaderos nombres y apellidos de dos tipos de carne y hueso con quienes había coincidido en Barcelona. Uno de los hechos incuestionables que certificaba el error de los editores era la descripción que había utilizado Katia para definir a Ferry: «Húngaro, de 40 a 45 años, calvo, habla cuatro o cinco idiomas». Cuatro de las cinco características de esta descripción eran compartidas entre Gerö y Ferry, pero no una de ellas: Ferry era completamente calvo. Al contrario que su compatriota, Gerö lucía una mata de pelo envidiable. En cuanto al citado George Mink, se trataba de otra persona, eso sí, vinculado como Herz a la NKVD. De origen ucraniano y de nacionalidad estadounidense, en marzo

de 1937 fue a España con la misión específica de infiltrarse entre los voluntarios angloparlantes. En abril de 1937, el escritor estadounidense Liston M. Oak, llegado a Barcelona desde Valencia junto al también escritor John Dos Passos, coincidiría con Mink en el Hotel Continental (US House of Representatives, Special Committee on Un-American Activities, Hearing regarding Leon Josephson and Samuel Liptzen, 69-74):

> Conocí a Mink en un hotel de Barcelona en abril de 1937. Él no sabía que yo estaba desencantado y que había dejado el partido comunista, así que me saludó muy cordialmente y me invitó a su habitación, donde se emborrachó y comenzó a presumir de su trabajo en la NKVD, ofreciéndome trabajar para él delatando a camaradas que viniesen a combatir contra el fascismo en España y militasen en partidos antiestalinistas como el británico ILP o el American Socialist Party. Así que le dije que lo pensaría y me fui. Supe que por mi propia seguridad debía abandonar España y eso es lo que hice.

Volvamos ahora al señalamiento de Ferry. Según relataba Katia, era uno de los agentes de la NKVD con los que había coincidido en Barcelona. Según la información que disponemos, que no es poca, no cabe duda de que pudo haberlo sido, pero no siempre y no en todas las circunstancias. Es decir, cuando los Landau llegaron a Barcelona en noviembre de 1936, Ferry había iniciado ya un supuesto proceso de desbolchevización. Una decisión al principio tímida, pero luego irreversible, que lo llevaría a alejarse de sus excompañeros del PSUC (y digo supuesto porque la fuente de esta información nos llega de sus propias memorias). Puede que durante esa época, entre noviembre y febrero de 1937, momento en que Francis y su esposa Ruth Goldstein se trasladan a Valencia, Katia coincidiera con ellos en algún lugar, en una o varias ocasiones. Una prueba que demuestra que su relación no era esporádica, lo confirma el hecho de que Katia lo llama por su verdadero nombre, Franz Feldmann, algo que demuestra que lo conocía en profundidad, ya que muy pocas personas en España sabían su nombre y apellido original. En Barcelona, Ferry era conocido

como Francis, o Francisco, nunca como Feldmann. Es más, sus amigos íntimos lo llamaban cariñosamente «Franzi», del alemán Franz. Así, la razón por la que Katia lo incluyera en la lista de agentes de la NKVD, pudiera estar motivado por una simple confusión. Es decir, es posible que asociara la figura de Ferry con el grupo del Servicio de Extranjeros del PSUC por la simple razón de que se frecuentaran, o porque compartían un pasado común vinculado al Partit Comunista de Catalunya (PCC) o a la Asociación Cultural Judía. Puede también que fuera el fruto de una información interesada, construida, quién sabe por qué, para destruir a Ferry. Porque, si estaba en lo cierto, si Ferry formaba parte de la NKVD en el momento que los Landau eran acosados, ¿cómo se explica entonces que el 26 de febrero de 1937, estando Ferry residiendo en Valencia, uno de sus antiguos compañeros, su viejo amigo Enro Gerö, ponía en duda su compromiso con la causa estalinista en un informe de los servicios de inteligencia? (RGASPI. F. 545. Op. 6.D. 331):

> Está fuera de discusión que un revolucionario húngaro que había jugado un gran papel en el partido [Partido Comunista] pudiera vivir seis años en la Italia fascista, llegar a Hungría, ser arrestado y puesto en libertad casi de inmediato, y todo eso, sin que le pasara nada. Sus hermanos, quienes jugaron un papel mucho más relevante en la Revolución Húngara, se han convertido en capitalistas y aventureros. Estuvo con uno de sus hermanos en Italia. Según mi opinión, Ferry es un provocador.

¿Había confundido Katia la identidad de Ferry con la de Gerö como insinuaban sus editores? ¿Utilizaba y potenciaba Gerö esta confusión para su propio beneficio? ¿Cómo es posible que Katia no hubiera nombrado a Gerö y si a Ferry, alguien que, incluso en ese momento, era sospechoso de pertenecer a la NKVD?

A pesar de haber estado durante años vinculado a los servicios de inteligencia soviéticos, y tal vez debido a ello, Ferry y su esposa Ruth acabaron siendo víctimas de las persecuciones estalinistas. En su caso, el acoso comenzó en Valencia. El propio Ferry lo relataría en sus memorias:

> ... [En Valencia] tuve muchas reuniones con los rusos, principalmente con el Jefe Comercial de la Legación Soviética, el camarada Stachevsky [Arthur Stachevsky, agregado comercial soviético]. Éste era un judío polaco, veterano de la Guerra Civil de 1919, que aparentemente había vivido la mayor parte de su vida en Rusia. Era un hombre rollizo, de buenos modales, con buen francés y alemán y un español espantoso. Siempre estaba dispuesto a escuchar, parecía como si aceptara el punto de vista del otro, pero en realidad era muy terco y duro y, según informes posteriores, estaba vinculado a la NKVD.

Según dejó escrito el general del Ejército Rojo W. G. Krivitsky en *La mano de Stalin sobre España*, Arthur Stashevsky era uno de los «hombres misteriosos de Moscú que actuaban entre bastidores en el teatro de la Guerra Civil Española». Su misión no era otra que hacerse con el control del gobierno republicano, influir en sus decisiones y manejar el aparato político-militar. De hecho, de su persona partió la idea de que la República pagase los suministros de armamento y municiones de la Unión Soviética con las reservas de oro del Banco de España.

Días después del último encuentro con Stachevsky, estando Ferry y Ruth alojados en el Hotel Inglés de Valencia, una pareja de policías de paisano, puede que pertenecientes al Servicio de Información Especial —antecedente del famoso Servicio de Información Militar (SIM)— llamaron a la puerta de su habitación. Tras una fugaz y cortante conversación, fueron maniatados y conducidos a lo que ellos intuyeron como una casa grande «de corte eminentemente burgués». No pasaron mucho tiempo incomunicados, poco más de siete horas, hasta que el coronel Álvaro Terán, superior de Ferry en el Ministerio de Transportes, se encargó de liberarlos. Los policías allí presentes se excusaron ante la autoridad militar, argumentando que todo había sido un malentendido. De vuelta en el hotel, ante las preguntas insistentes de Ferry, el coronel Terán, en tono sereno y pausado, argumentó que no tenía la menor idea de quién había ordenado su detención, pero «sería bueno hacerle una visita al jefe de la NKVD en Valencia, el señor Belyaev

[Naum Markovich Belkin, hombre de confianza de Alexander Orlov]».

Ruth recordaría el incidente años después (Archivo de Historia Oral. Entrevista a Ruth Goldstein de Ferry, 10 de noviembre del 1987, Ciudad de México):

> Una madrugada, estando yo embarazada de Tommy, mientras vivíamos en el Hotel Inglés de Valencia, donde se había trasladado el gobierno, una brigada de la NKVD, los espías soviéticos, entraron en nuestra habitación empuñando sus armas. Nos vendaron los ojos y nos condujeron en coche a un sótano muy elegante, donde un tal Belyaev nos interrogó. Estábamos convencidos de que nos iban a matar. A Ferry le quitaron las armas y a mí los retratos de mi hijo difunto Ilya. Al cabo de cuatro horas nos condujeron de nuevo hasta el despacho de Belyaev, quien se excusó diciendo: «Camaradas, perdón, ha sido un error, si hubiéramos sabido que ustedes eran tan importantes los hubiésemos dejado en libertad mucho antes».

También años más tarde, otro de los represaliados que quedó bajo custodia de los hombres de Belyaev, el dirigente del POUM Julián Gorkin, señaló las huellas de Stachevsky en la persecución estalinista en su libro-denuncia *Contra el estalinismo*:

> Directamente o por personas interpuestas, la GPU [siempre NKVD] lo controlaba todo en España. Prieto [Indalecio Prieto Tuero, líder del PSOE] dice que la creación del SIM se debió a la iniciativa de determinados técnicos rusos (GPU). Él se resistió al comienzo, pero cedió al fin creyendo poder controlar los nombramientos y su funcionamiento. Pero no fue así: el SIM cayó fatalmente en manos de la GPU. Prieto dice textualmente: «Caí en desgracia desde que, destituyendo al comandante Durán, quise impedir que el Servicio de Investigación Militar cayera en manos de los rusos, como cayó la Dirección General de Seguridad cuando estuvo al frente de ella el teniente coronel Ortega [Antonio Ortega Gutiérrez]». ¿Quién era este comandante Durán? Un exactor, al parecer sin filiación política, que había ascendido con extraordinaria rapidez, no en el frente, sino sirviendo de intérprete a los militares rusos; debía estar preparado desde tiempo para llenar una función policíaca, pues sin que lo conocieran los demás militantes

comunistas españoles, gozaba de la máxima confianza de Orlov y de Stachevsky. Por haberle destituido Prieto de la dirección del SIM, rompió Stachevsky sus relaciones políticas y personales con él y decidió su pérdida. Y ya sabemos por Jesús Hernández [Jesús Hernández Tomás, dirigente comunista] que Orlov preparó su asesinato accidental. Por medio del SIM, la GPU logró atemorizar a todo el mundo y dominarlo todo. Detenía, procesaba y asesinaba a su guisa. Ni los ministros, ni los magistrados, ni los abogados, ni nadie se atrevían a hacer nada contra el binomio SIM-GPU. Cuatro días antes de mi detención en Barcelona, efectuada por Orlov, Erno Gerö y sus secuaces, tuve una dramática entrevista con mi viejo amigo Julián Zugazagoitia [Julián Zugazagoitia Mendieta, líder socialista], ministro de la Gobernación. Me dijo esto con profunda amargura: «Cuatro veces he ordenado la libertad de dos compañeros suyos y el portero ha desobedecido mis órdenes. El portero obedece a un poder oculto que está por encima del ministro, de todos los ministros. No sé qué hacer».

Ferry y Ruth no fueron los únicos residentes del Hotel Inglés en ser arrestados por los hombres de Orlov. José Selles Ogino, más conocido como «Chang Sellés», un piloto republicano de veintiséis años que, desde enero de 1937, estaba al mando del escuadrón bautizado como «Patrulla Americana», fue otro de los represaliados. He aquí su testimonio (AHN. FC-CAUSA_GENERAL, 1389, Exp.9):

... En esta checa [la de Bailía, en Valencia] prestaban guardia elementos españoles, el jefe nominal era Justiniano, pero el jefe verdadero era el embajador ruso Ronselvent [se refiere a Marcel Rosemberg, embajador plenipotenciario de Rusia en España], uno apellidado Chaen, Peter Sonin, ruso perteneciente a la GPU, otro apellidado Muller, casado con Carmen Rotgen, y un apellidado Gerol, de nacionalidad Suiza, antes de la guerra era representante de productos farmacéuticos, y tres mujeres, Berta, que pasaba por esposa de Sonin, Nora y otra que no recuerda el nombre, las dos primeras rusas, desconociendo la nacionalidad de la otra. Figuraba también en esta checa, Madame Pascual, que se supone era la primera mujer de Marcelino Domingo. En Santa Úrsula [...] figuraba como destacados el grupo de la Guardia personal de Galarza y como directores un tal Vidal ya fusilado, uno que fue soldado de Aviación en Getafe cuyo nombre no recuerda y otros

> llamados Ángel y Peiró. En la checa de Salmerón por virtud de un escándalo con motivo de una sustracción de alhajas o de dinero fue sustituido Justiniano por un tal Ordoñez [...]. Puede dar detalles sobra el funcionamiento de las checas porque fue sometido a determinadas torturas su compañero de detención Jorge Pavlovsky, antiguo Aviador y oficial de Ulanos Rusos que reside actualmente en Barcelona y cuyo domicilio es Muntaner 380 [...].

El mismo Jorge Pavlovsky, acusado de espionaje a finales de marzo de 1937, testificaría durante el Franquismo, en el marco de la Causa General, que «el jefe de la checa era un judío polaco llamado Kinderman». El capitán de artillería Félix Politi Caresi, otro de los represaliados, señalaría también a un tal «Scheier Hochem» como responsable. Del mismo modo, Juan Rosenbuch, intérprete del Hotel Victoria, otra víctima de las checas de Valencia, afirmó que «los comisarios y los agentes eran rusos y polacos». «Scheier Hochem», el antes citado por Politi, apareció también citado con el nombre de «Jorge Shaya», o «Schayer», quien no podía ser otro que Sazja Kindermann, el famoso agente del Servicio de Extranjeros del PSUC.

Juan García Oliver, quien por entonces aún ocupaba el cargo de Ministro de Justicia del gobierno republicano, coincidió diariamente con los miembros de la NKVD en los espacios comunes del Hotel Metropol, sede oficiosa de la URSS en Valencia, donde, al igual que ellos, también estaba alojado. Él mismo recordaría los encuentros en *El eco de mis pasos*:

> En el hotel Metropol estaban alojados los soviéticos, desde Rosenberg hasta el último intérprete, pasando por los generales y los miembros de la GPU. El Metropol era, por entonces, el mejor hotel de Valencia. Los soviéticos iban siempre a lo mejor [...]. El propio administrador nos acompañó a la habitación. Estaba en el mismo pasillo que las de Rosenberg y Gaiski, canciller de la embajada éste y hombre de confianza de la GPU. Cuando Federica [Federica Montseny] se enteró de mi traslado al hotel Metropol, también pidió alojamiento, y lo obtuvo. Rosenberg, sutil, y Gaiski, astuto, comprendieron que no les cederíamos ni lo bueno ni lo malo de España. En todo caso, nos lo tendrían que quitar, pero a las bravas.

Tal como le había recomendado el coronel Terán, Ferry abordó a Stachevsky en su oficina. Éste, ocultando el bulto, negó la mayor. A partir de entonces, y a pesar de una cordialidad aparente, la relación de Ferry y la NKVD fue empeorando con el paso de los días. Fue entonces cuando Ferry comenzó a padecer insomnio. Se sentía vigilado, cualquier persona, incluso quienes considera sus amigos, se habían convertido, de un día para otro, en sospechosos habituales. Inmerso en ese clima de desconfianza, sufrió una severa gastritis que le mantuvo postrado en cama durante varios días. A finales de abril, acompañado de Ruth, se trasladó a París para ser tratado de sus dolencias estomacales. A principios del mes de mayo, establecido en la capital francesa, tuvo noticias de lo ocurrido en Barcelona, descubriendo a través de la prensa la muerte de su viejo amigo Antonio Sesé. Recuperado de sus dolores, gracias al reposo continuado en una villa a las afueras de París, regresó a Valencia. En la capital del Turia, abandonó su habitación del Hotel Inglés y se trasladó a una casa unifamiliar ubicada en los alrededores del parque natural de la Albufera, en el pueblo de El Perelló. Su intención era alejarse de «un clima nocivo que lo viciaba todo». Desde allí, se desplazarían diariamente a Valencia, él para ocupar su puesto en el Ministerio de Transportes, y Ruth para trabajar en la radio.

Fue en las calles de Valencia —y a pesar de sus esfuerzos por pasar desapercibido— donde Ferry vivió varios encuentros extraños, de una casualidad inusualmente sospechosa, con antiguos camaradas comunistas. Uno de ellos fue con quien en sus memorias llama «mi antiguo camarada de Barcelona, Schechter, el sastre». No cabe duda de que se trata de Sazja Kindermann, alias «Jorge Scheyer», sastre de profesión y amigo de Ferry desde al menos 1935. Había llegado a Valencia a comienzos de ese mismo año, enviado por el NKVD para encargarse del aparato represivo en la región, distribuido en varios puntos clandestinos en la ciudad, entre los cuales destacaba el convento de Santa Úrsula. Este fue el encuentro que Ferry recordó en sus memorias:

> Caminaba [Kindermann] por la calle, como si buscara algo y al verme me saludó sorprendido. Vestía el uniforme de las Brigadas Internacionales y llevaba el grado de teniente en la manga. Me llevó

al centro de la Plaza Castelar, donde era menos probable que alguien nos pudiera escuchar y me dijo:

«Camarada Franzi [Ferry], estamos muy mal. La vida en las Brigadas es un infierno. Marty [André Marty, jefe de las Brigadas Internacionales] debe estar loco, ya no lo entiendo más. Se rebeló contra la disciplina de la flota francesa del Mar Negro y ahora es un fanático de la disciplina tan imposible que es un suplicio para todos. ¿Sabes lo que decimos ahora allá en Albacete? Dios me proteja de mis amigos, que yo me ocuparé de mis enemigos. ¿Lo entiendes?».

No hay duda de que ese «Dios me proteja de mis amigos» era una velada advertencia. Su viejo amigo le estaba insinuando que no confiara, que tuviera cuidado de con quién hablaba, que mediera sus palabras. Debía ser cauteloso. No estaba a salvo, de hecho, nadie lo estaba.

Otro encontronazo ocurrido pocos días después, le dejó helado, sin habla. Se trataba de otro viejo amigo, el joven Ramón Mercader del Río, su exprofesor de catalán y líder de las juventudes del PCC (otro protagonista del primer libro de esta trilogía). «¿Qué has estado haciendo todo este tiempo, Ramón?», le inquirió Ferry cuando le vio paseando por las calles del centro de Valencia. «He estado muy ocupado...», le contestó seco, Mercader, quizás molesto por la pregunta. Incómodo, Ferry no supo que responder. Tratando de limar asperezas, tal vez queriendo aparentar cercanía, Mercader prosiguió fingiendo preocupación: «Supe lo de Ilya, lo siento mucho. ¿Cómo está Ruth?». Ferry enmudeció, no esperaba esa pregunta. Un silencio amargo conquistó el espacio, acaparando sus mentes, incomodándolos a ambos. Era como ese típico silencio de dos amigos que han roto su amistad y se encuentran por casualidad. «Haces mala cara, Franzi, ¿te ocurre algo?», siguió Mercader tratando de reparar la incomodidad generada. «Nada», Ferry alicaído. Estas fueron las últimas palabras que intercambiaron antes de que ambos desaparecieran por las calles de Valencia. Se volverían a reencontrar, aunque meses después y a miles de kilómetros de distancia.

Tras ese encuentro fortuito, la situación se tornó ya insoportable. Ferry y Ruth sentían que podían ser arrestados en cualquier momento y, lo que es peor, sin razón aparente. Cuando su

orden de detención estaba ya en marcha, un soplo del secretario personal de Julián Zugazagoitia, vecino y amigo de El Perelló, les salvó la vida. Zugazagoitia, hombre de Indalecio Prieto, les recibió en su casa y les entregó dos pasaportes, encomendándoles que huyeran cuanto antes: «Ya no podemos protegerles más», les advirtió. En noviembre de 1937, Ferry y Ruth se subieron al último avión que salió del aeropuerto de Manises con destino a Toulouse.

Ruth y Ferry tuvieron la suerte de tener buenos contactos en el gobierno republicano, pero aún más definitiva fue la ágil mediación de Julián Zugazagoitia. Es más, de no haber sido por él, su destino hubiera sido otro diametralmente distinto, no olvidemos que muchos de sus antiguos compañeros, desaparecieron en circunstancias extrañas en la de checa Santa Úrsula o en el campo de trabajo de Segorbe.

Tras escapar del infierno de Valencia y pasar unos días en Toulouse, llegaron a París con Ruth a punto de dar a luz. El 5 de diciembre de 1937, nació Tommy en la casa de unos amigos de la familia, los Munstein. Las buenas noticias, sin embargo, no duraron mucho tiempo. A los pocos días, volvieron a sentir la misma asfixia que habían padecido en Valencia. No había tregua; sentían en sus cogotes el aliento de la policía estalinista. Pronto se dieron cuenta de que los tentáculos de la NKVD no entendían de fronteras. París ya no era un lugar seguro para ellos. Y es que, desde hacía días, Ferry y Ruth estaban en el punto de mira de Moscú.

Quizás fue en ese momento, sucumbidos por el miedo y la desesperación, cuando decidieron pedir ayuda a Lou Litchveld, viejo amigo con quien había coincidido en Barcelona antes del estallido de la Guerra Civil Española, y con quien había forjado una sólida amistad. Litchveld, desde su exilio mexicano, no dudó en echarles una mano. Años más tarde, Ruth recordaría esos días inciertos en suelo europeo (Archivo de Historia Oral. Entrevista a Ruth Goldstein de Ferry, a 10 de noviembre del 1987, Ciudad de México):

> Estando Ferry escondido en Amberes, puerto desde donde saldría nuestro barco, fui con los pasaportes españoles y el telegrama

> que nos había enviado Litchveld a la Embajada de México en París. Ya estaban advertidos, nos concedieron la visa.

El buque en el que se embarcaron los Ferry zarpó del puerto de Amberes el 15 de marzo de 1938 y llegó a Veracruz el 14 de abril. Tras unos días reparadores en casa de Lou Lichtveld y su compañera Liesel Cornils, una villa ajardinada situada en el número 15 de la calle Campestre, en el acomodado barrio de San Ángel de la Ciudad de México, los Ferry se instalaron en una pequeña casa ajardinada, cercana a la anterior (calle Margaritas 184B), propiedad del pintor Juan O'Gorman. En San Ángel frecuentarían el círculo de intelectuales antiestalinistas, entablando rápidamente amistad con Diego Rivera, Frida Kahlo, Leon Trotski, José Clemente Orozco y otros tantos. Ruth lo recordaría años más tarde:

> ... teníamos mucho contacto con Trotski, Diego Rivera, porque vivíamos todos en San Ángel, nos veíamos y discutíamos todas las noches.

Sin embargo, fue el alemán Fritz Bach, quien había sido representante del Socorro Rojo Internacional en México, además de exagente de la Komintern y miembro destacado del Grupo Münzenberg en los años veinte, quien facilitara a Ferry su primer trabajo remunerado en tierras mexicanas. Se trataba de una serie de traducciones para una pequeña editorial local. Bach, quien en enero de 1937 acompañó a Diego Rivera a recibir a Trotski a la estación de tren de Lechería, introdujo al matrimonio Ferry en el círculo de refugiados políticos instalados en la Ciudad de México. Allí, coincidió con otros refugiados comunistas, entre ellos el alemán Gustav Regler, quien, como él, tras su experiencia en España, había abandonado la senda estalinista.

Después de pasar unos meses en el campo de concentración de Vernet, donde pudo haber coincidido con los también disidentes Arthur Koestler y Leo Weiczen, Regler consiguió un visado para establecerse en México. Instalado en Coayacán, en el número 141 de la Avenida Juárez, formó parte del movimiento «Socialismo y

Libertad», grupo impulsado por un puñado de exiliados marxistas antiautoritarios entre los que destacaban: Victor Serge, Marceau Pivert, Julián Gorkin, Leo Weiczen y Benjamin Péret.

Desde su nacimiento, este movimiento fue vilipendiado por una organización surgida como escisión de la Liga Pro-Cultura Alemana y autodenominada «Alemania Libre». Liderada por el comunista Ludwig Renn, contó con el apoyo del Partido Comunista Mexicano y la Komintern, quien, a través de sus agentes en México —Otto Katz, Vittorio Vidali y Erwin Egon Kisch— y su potente aparato propagandístico, logró relegar al grupo de Regler al ostracismo.

Ferry conocía a varios de los integrantes de los tres círculos, muchos de los cuales había frecuentado en España. De la Liga Pro-Cultura Alemana, había tratado a Max Diamant, miembro del SAP y encargado del boletín del POUM en lengua alemana durante la Guerra Civil Española, quien había sido recibido en tierras mexicanas por el escritor Enrique Gutmann. De «Alemania Libre», conocía a los antes citados Fritz Bach, Otto Katz y Erwin Egon Kisch, con quienes había coincidido en su época como agente de la Komintern. De «Socialismo y Libertad», conocía a Leo Weiczen, Benjamin Péret y Gustav Regler. Según relata en sus memorias, fue con estos últimos con quienes mantuvo una relación más estrecha durante su estancia en México, ya que el otro grupo, el de Katz y compañía, lo rehuía y difamaba.

Un informe del MI5 —servicios de inteligencia británico—, fechado el 11 de diciembre de 1942 y firmado por la agente Jessie Eleanor Bagot, más conocida como «Miss Bagot», nos ofrece una completa radiografía de la colonia de refugiados alemanes antifascistas residentes en la Ciudad de México (Tha National Archive; KV 2/3506):

> Los exiliados alemanes organizados en México no superan las doscientes personas. Hay tres organizaciones:
>
> Alemania Libre, completamente controlada por los estalinistas, con unos cien miembros.
>
> Liga pro-Cultura Alemana, predominantemente antiestalinista pero sin personalidad política definida, con unos sesenta miembros.
>
> Arbeitgemeinschaft (?) [interrogante en el original], grupo dirigido por Gustav Regler y Babette Gross [viuda de Willi

Münzenberg] de unos treinta a cuarenta miembros.

Las actividades culturales de Alemania Libre se centran en el Club Heine, a cuyas reuniones asisten unas 200 personas, la mayoría de ellas no estalinistas que están siendo influenciadas por las consignas estalinistas. Se dice que entre la gente que asiste a las reuniones del Club Heine, el antiamericanismo y el antibritánico están muy extendidos, como en todos los grupos inspirados por los estalinistas.

Es probable que cuando Bagot hablaba de esta tercera organización, la que denominaba *Arbeitgemeinschaft*, se estuviera refiriendo, en realidad, a «Socialismo y Libertad», la cual, a comienzos de 1942, ya había comenzado a editar la revista *Análisis*, donde, además de Gorkin, Pivert y Serge, escribía también Regler.

Tres años antes, el 29 de diciembre de 1939, consciente de lo que estaba ocurriendo en México, Regler envió una carta a su amigo Maurice Amster, exiliado en Chile, informándole sobre los movimientos de un grupo de militantes estalinistas con el objeto de imponer su relato en tierras mexicanas:

Ahora tenemos aquí un círculo de hombres verdaderamente de primera clase que buscan algo nuevo, que se preparan y que sin duda te sorprenderá [estaba siendo sarcástico]. Han fundado un periódico, *Alemania Libre*, que con algunos escritores que en otro tiempo fueron buenos, sigue la triste línea dejada por los inmigrantes judíos. Han llegado tan lejos con el Frente Popular que han nombrado a un miembro de la Heimwehr [organización paramilitar nacionalista que operó en Austria entre 1918-1919 y 1936], un asesino de obreros llamado Roemer, vicepresidente de su Club Heine. Por desgracia, Renn y Anna Seghers, que se mantienen juntos por algún motivo de lucro o debilidad sexual, también están en el grupo.

Dos años más tarde, la campaña estalinista estaba ya en su apogeo. El 20 de enero de 1942, Regler envió una a carta a Herbert Aptheker, influyente marxista estadounidense, denunciando el acoso que estaban padeciendo:

Estimado Herbert, sólo para su información. Hace dos semanas, E. E. Kisch escribió un artículo en un periódico comunista aquí

llamado *Alemania Libre* bajo el título «Usted me pregunta quién es este Gustav Regler. Sólo sé que sus libros no deberían venderse». También circula otra nota publicada en el periódico *El Popular*, esta vez, sin embargo, escrito por el sucio mentiroso Otto Katz —quien se presenta ante los buenos e ingenuos trabajadores mexicanos como el famoso escritor francés André Simone—, donde me tacha de «espía y quintacolumnista al servicio de los poderes del Eje nazi-fascista».

Los republicanos socialistas españoles están indignados por estas palabras. Katz ha conseguido que algunos diputados mexicanos declararan que nosotros y todos los que atacamos al aliado ruso deberíamos ser expulsados [...]. Le informo de la clase de periódico que está redactando. Mientras me arden las heridas de vergüenza de que un periódico de izquierda pueda atacarme en su primera página sólo porque no puedo ni quiero incluir en mi admiración al pueblo ruso el hombre Stalin, le informo de los hechos.

Un mes después, Marceau Pivert, también desde México, enviaba una carta a Roger Nash Baldwin, responsable del relanzamiento de la «Liga Internacional de Derechos Humanos», con la intención de recabar apoyos en la batalla mediática que estaban disputando contra el aparato estalinista:

11 de febrero de 1942,
Manchester 8, México, D.F.

Me entero con agrado de su iniciativa en pro de la restauración de la Liga Internacional de Derechos Humanos, y lo felicito de corazón por ello. Si pudiera serle de alguna ayuda para dar a conocer y desarrollar su esfuerzo, lo haría con el mayor entusiasmo. Hay muchos hombres en el mundo que aspiran a recuperar o alcanzar un mínimo de derechos cívicos.

En este preciso momento estamos siendo objeto de campañas de calumnias mucho más virulentas que las de los monárquicos que derrotaron a Jean Jaures, más absurdas que las campañas de 1917 contra Joseph Caillaux... algo que, en la Francia del caso Dreyfus, no habría dejado indiferente a ningún ciudadano digno de ese nombre. «Nosotros», es decir, un escritor alemán, Gustav Regler, acusado por los estalinistas de ser un agente nazi; un conocido escritor francés de origen ruso, Victor Serge, acusado de ser un

agente nazi; un escritor español de renombre, colaborador del *Monde* de Barbusse; Julián Gorkin, que escapó milagrosamente de un intento de asesinato por parte de la GPU en Barcelona, también acusado de ser un agente nazi; y, por último, su servidor, a quien usted conoce un poco, creo, y que es presentado por la prensa estalinista como un lugarteniente de Doriot... y un enviado de Vichy. Este asunto nos muestra a los verdaderos defensores de los Derechos del Hombre y nos permite desenmascarar sin piedad a los admiradores abiertos o secretos de los métodos totalitarios. Me alegra ver que en América, como en Inglaterra (donde mi amigo Maxton es presentado por los estalinistas como jefe de la quinta columna), hay espíritus libres, con carácter independiente, capaces de conmoverse no sólo ante la injusticia que pretende abrumar a cuatro pobres refugiados antifascistas aislados, sino también ante la constatación del grave daño que semejantes campañas hacen a la causa de la democracia. El último número de *The Nation* me ha dado el más cálido consuelo en este sentido, y quisiera que mis compatriotas y amigos se apresuraran a ayudar a los acusados sin defensa.

Tres meses más tarde, el 7 de mayo, nuevamente la agente Bagot envió a sus superiores un informe pormenorizado sobre la batalla mediática que estaba teniendo lugar en México entre estalinistas y antiestalinistas:

Durante los últimos meses, se ha llevado a cabo una amarga campaña en la Ciudad de México entre los estalinistas y sus oponentes. Si bien los trotskistas en general son siempre el blanco particular de la vituperación soviética, en este caso, el ataque se dirige más particularmente contra cinco individuos, Marceau Pivert, Victor Serge, Julián Gorkin, Gustave Regler y Grandise Muniz.

Estos hombres han sido atacados en *Mundo Obrero*, órgano del Partido Comunista Mexicano; en el número del 2 de febrero de *Novedades*; en el número del 7 de febrero de *El Popular*; En un artículo de E. E. Kirsch en el New Masses del 24 de marzo, y en el *Mexican Labour News*, órgano oficial de la Universidad Obrera Mexicana, así como en *Alemania Libre* y *España Popular*. Sus dos principales atacantes son André Simone, alias de Otto Katz, y Egon E. Kirsch.

> Por otra parte, apoyando a los cinco hombres mencionados están Ernest y Martha Hemingway, Jay Allen, Michael Straight y otros intelectuales norteamericanos que parecen haber abandonado la línea oficial del partido, que antaño siguieron en mayor o menor grado. El *New Republic*, especialmente dos artículos de Paul Castelar en enero, y *The Nation* también están activos en su defensa. Esta última publicación ha patrocinado una carta a Ávila Camacho, Presidente de México, de la que se adjunta una copia.
>
> Gustave Regler, que como sabéis es un novelista alemán, luchó con las fuerzas leales durante la Guerra Civil Española y fue durante algún tiempo comisario político de las Brigadas Internacionales. Los estalinistas lo acusan de ser un agente secreto alemán y de haber traducido una carta de un informante alemán al comandante del campo cuando estaba internado en el Campo de Vernet, en Francia. Cuatro hombres que supuestamente eran antiguos camaradas del campo de concentración francés también hicieron una declaración al periódico mexicano *Novedades* de que Regler era un agente que había participado en el colapso de Francia al dar información sobre sus camaradas. También se alega que estuvo en una casa frecuentada por falangistas españoles.

Dos meses antes, en marzo de 1942, Katia Landau desembarcaba en México, siguiendo los pasos de su entonces compañero, Benjamin Balboa, quien había llegado el 25 de noviembre de 1941. En esa primera etapa, se establecieron en el Distrito Federal, aunque años más tarde acabarían trasladándose a Cuernavaca. Según se desprende de la correspondencia mantenida con el escritor español Daniel Sueiro a finales de los años setenta, estuvieron en contacto tanto con el círculo de Victor Serge como con el también exiliado Helmut Leipen, un socialista sobre quien recayeron sospechas tras la muerte del primero (Archivo de la Diputación de Jaén: Archivo Manuel Andújar / Correspondencia):

> Años después de su muerte, su mujer [Francisca Garay], un animal perfecto con la que no mantengo relación alguna, me contó que en España, Helmut había trabajado para Rosenberg [Marcel Izrailevich Rosenberg, embajador de la Unión Soviética en España entre diciembre de 1936 y febrero de 1937] y ella con su mujer, ya

sea ayudándola en su casa o en sus compras. Eso no es interesante, lo importante es saber en qué consistió su colaboración con Rosenberg, siendo él socialista demócrata.

En este contexto de profunda crispación y enfermiza desconfianza, ¿qué papel desempeñaba Francis Ferry? ¿En qué bando actuaba? A pesar de haber sido expulsado del PSUC y de que, al menos aparentemente, había llegado a México huyendo de la persecución estalinista, dos miembros de «Socialismo y Libertad», Victor Serge y Julián Gorkin, levantaron sospechas sobre él, insinuando que podría tratarse de un agente de la NKVD. Julián Gorkin, quizás basándose en el panfleto acusatorio de Katia Landau escrito en 1940, señaló a Ferry como agente comunista en su libro *Caníbales políticos (Hitler y Stalin en España)*, publicado en México por Ediciones Quetzal en 1941:

> ... Otro húngaro. Franz Feldmann, conocido con el nombre de Ferry. Cuarenta y tres años. Calvo. Habla cinco idiomas.

¿Leyó Ferry el libro de Gorkin? ¿Coincidieron en México? Victor Serge haría lo propio desde la atalaya que lo ofrecía la revista *Análisis*, en 1942, y luego en *Mundo*, entre 1943 y 1945, arrojando una sombra de sospecha sobre su persona.

Estos recelos estaban bien fundamentados, ya que se basaban en el conocimiento de que, al menos en el pasado, Ferry había trabajado para los servicios secretos soviéticos. No obstante, como vimos, varios informes de la NKVD indicaban que, en ese momento, estaba en el punto de mira de la organización, señalado como un objetivo a perseguir.

Así pues, el hecho de que acogiera en su casa a Leo Weiczen, miembro de la antiestalinista Sociedad Mazzini, y que frecuentara a Licthveld y Regler, sumado a que los informantes de la Komintern lo habían tachado de «agente fascista», me llevó a pensar que pudo haber actuado del lado de los antiestalinistas. No obstante, también cabe la posibilidad de que esta aparente sintonía fuera una coartada para ganarse su confianza y así recaudar información sensible para la NKVD. En sus memorias, no hay ni rastro de este periodo, algo

que llama especialmente la atención. Las dudas sobre su verdadero posicionamiento persisten y se acentúan con la irrupción en el relato de Fritz Bach, miembro destacado de «Alemania Libre». Su nombre aparece tanto en las memorias como en la reconstrucción que Ruth Goldstein elaboró a finales de los años ochenta, donde lo presentaba como una figura decisiva en los primeros pasos de la familia en México. Entonces, ¿de qué lado estaba realmente Ferry? ¿Con quién compartía lealtades y confidencias?

Fue en esta época, en el marco de unas purgas estalinistas que tenían alcance internacional, y en las que presumiblemente Ruth y Ferry eran también víctimas, cuando Stalin dio la orden de asesinar a Trotski. El agente de la NKVD, Leonid Aleksándrovich Eitingon, alias «Kotov», encargado de diseñar las operaciones que debían acabar con el enemigo número uno de Moscú, se valió de dos comunistas españoles, Caridad y Ramón Mercader, madre e hijo, ambos íntimos amigos de Ferry, para consumar su objetivo.

Aunque la casa en la que vivía Trotski estaba fuertemente custodiada, Ramón Mercader, quien llevaba ya varios meses en México actuando bajo la identidad ficticia del ciudadano belga Jacques Mornard, consiguió infiltrarse en el reducido círculo de seguidores que lo acompañaban. Lo hizo a través de la figura de Sylvia Ageloff, una supuesta simpatizante del estadounidense Socialist Workers Party con quien mantenía una relación sentimental. Pero, ¿quién era Sylvia Ageloff? ¿Dónde la había conocido? A menudo se ha presentado a Sylvia como una víctima, una mujer utilizada por el despiadado Mercader para perpetrar el atentado. El relato mayoritario nos habla de una joven inocente, incapaz de reconocer las verdaderas intenciones de su amante. Sylvia, acusada en un primer momento por las autoridades mexicanas como cómplice en el asesinato de Trotski, supo potenciar esa idea de fragilidad que recaía sobre su figura, alimentada, entre otros, por los medios de comunicación. «La pobrecita Sylvia —decían— fue incapaz de identificar las verdaderas intenciones de Mercader». Él mismo la exculparía ante la policía mexicana: «No tiene ninguna culpa», declararía. Durante dos años de relación, Sylvia no supo o no pudo ver las diversas identidades

que escondía su compañero. ¿Era eso posible? Una mujer con su formación y su experiencia, habituada a la militancia política, ¿era acaso incapaz de percibir las incoherencias y contradicciones que emanaban de la conducta de su amante? Quién sabe, lo que sí está claro es que sin la intervención de Sylvia, Ramón Mercader nunca hubiera accedido al círculo de Trotski, y por lo tanto, jamás se hubiera consumado el asesinato.

Sylvia y Ramón se habían conocido en París en el verano de 1938. Como militante del Socialist Workers Party, Sylvia se había trasladado a la capital francesa para colaborar en la preparación de la conferencia que supondría el pistoletazo de salida de la IV Internacional. Resulta llamativo que, para su viaje a Europa, eligiera como compañera a la estadounidense Ruby Wiel, una estalinista consumada. Wiel había sido reclutada por Gregori Ivorich Rabinovitch, agente del NKVD y, al mismo tiempo, director de la Cruz Roja Soviética en Estados Unidos. ¿Era Sylvia consciente de la militancia de su compañera de viaje? La respuesta es que sí, ella misma lo admitiría ante la policía mexicana años después, explicándoles que, cuando decidió viajar a Europa acompañada de Ruby Weil, conocía su afiliación estalinista. Es probable, por lo tanto, que también supiera que el cuñado de Ruby, Harry Howe —militante del Partido Laborista Americano—, era un furibundo estalinista que incluso había puesto precio a la vida de Trotski. Si era así, ¿por qué no se opuso a que Ruby lo acompañara?

A principios de julio de 1938, mientras ambas estaban ya establecidas en París, Ruby presentó a Sylvia a Ramón Mercader, quien en ese momento ya operaba bajo la identidad de Jacques Mornard, un supuesto periodista deportivo de origen belga. Durante aquellos días en París tuvo lugar el asesinato de Rudolf Klement, secretario de la IV Internacional, cuyo cuerpo apareció flotando en las aguas del Sena. De forma enigmática, poco después, Ramón Mercader abandonó Francia por una temporada. ¿Acaso estuvo implicado en el crimen? ¿Qué circunstancia pudo provocar aquel repentino alejamiento?

En su corta estadía en París, Sylvia jamás coincidió con ninguno de los amigos o conocidos de Ramón. Por lo contrario, ella sí lo introdujo a él en el círculo trotskista en el que se movía,

presentándole a muchos de sus compañeros, facilitando así su infiltración.

A principios de 1939, meses después de que tuviera lugar la conferencia de la IV Internacional, Sylvia decidió regresar a Estados Unidos. Al cabo de nueve meses, se reencontraría con Ramón en Nueva York. Llegado el 3 de septiembre de 1939, Mercader entró a territorio estadounidense con otra identidad falsa. Ahora se había convertido en «Frank Jacson», un ciudadano serbio con pasaporte canadiense. Tras una breve estancia en Estados Unidos —donde Ramón frecuentó con asiduidad las oficinas del NKVD bajo la supervisión del agente Rabinovitch—, emprendió viaje hacia la Ciudad de México. Su misión era infiltrarse en los activos círculos de los refugiados antiestalinistas. En enero de 1940 se le unió Sylvia, quien llegó respondiendo al llamado de su amante.

Desde su llegada, Sylvia acudió con asiduidad a la residencia de Trotski en la Calle Viena, en el barrio de Coyoacán. Haciendo uso de los contactos que le había facilitado su hermana Ruth, se ganó rápidamente la confianza del círculo de amistades de Trotski. A su vez, aprovechó la buena predisposición del grupo para estrechar lazos con el matrimonio formado por Alfred y Marguerite Rosmer, con quienes había coincidido en París durante la conferencia inaugural de la IV Internacional. No hay que olvidar que desde hacía apenas unos días, los Rosmer compartían vivienda con Trotski. Sin embargo, a pesar de que Sylvia fue aceptada como una más, no fue hasta el 26 de marzo, cuando Ramón, acompañado de su amante, puso los pies por primera vez en casa de los Trotski. Desafortunadamente para él, el líder comunista no estaba presente.

Dos meses más tarde, a finales de mayo, poco después del primer intento fallido para acabar con la vida de Trotski, Ramón recibió el mandato de asesinarlo. Fue León Eitington, jefe de la NKVD establecido por entonces en México, quien le dio la orden. Días después, a las nueve de la mañana del día 28, Ramón y Trotski se vieron las caras por primera vez. La presión comenzaba entonces a hacer mella en la persona de Mercader, quien se tornó de repente muy irascible.

Fue entonces cuando Natalia Sedova, esposa de Trotski, comenzó a sospechar de su conducta. Quedó desconcertada por su

repentina partida a Nueva York poco después del fallido intento de asesinato de su esposo. A su regreso, observó un extraño cambio en su forma de actuar, se había vuelto más hosco e inquieto. En ocasiones maltrataba en público a Sylvia, de cuya lealtad los Trotski no tenían dudas. Algo iba mal, algo no encajaba, pero no sabían qué era.

No fue hasta el mes de agosto, cuando Ramón comenzó a visitar a los Trotski con más asiduidad. Eso sí, siempre acompañado de Sylvia. Después de varias visitas concadenadas en las que Ramón cultivó su relación con el líder comunista, la tarde del 20 de agosto de 1940, fue recibido por primera vez a solas por Trotski. Para no despertar sospechas entre los guardias, les había dicho que Sylvia llegaría en breve para despedirse, ya que pensaban marcharse de viaje al día siguiente. Ambos se encontraron en el patio. Ramón había escrito un artículo y le había pedido a Trotski que lo revisara y le diera su opinión. Trotski invitó a Ramón a que lo acompañara a su estudio. Esa tarde, tras la máscara de una apariencia inofensiva, Ramón mantenía oculto en el regazo un piolet, dispuesto a matar. Tras un intercambio de palabras anodina, Trotski se acercó a la ventana con la intención de leer el texto, ocasión que aprovechó su acompañante para atestarle un golpe certero en la cabeza. Tras un forcejeo desigual, los gritos de dolor inundaron la sala. Dos de los guardias abandonaron sus puestos y corrieron espavoridos en dirección al estudio. Vieron a Trotski salir tambaleándose con un río de sangre derramándose por el rostro. Uno de los guardias se abalanzó contra Ramón, que sostenía una pistola en la mano; el otro asistió a Trotski, que yacía en el suelo, pálido, casi inconsciente.

La pregunta que provoca este hecho es insalvable: ¿Coincidieron Francis Ferry y Ramon Mercader alguna vez en México? ¿Si Ramón se tornó asiduo del círculo de intelectuales que se reunía en la villa de la calle Viena, y presuntamente Ferry también lo era, qué estrategia siguió el primero para evitar que se produjera el encuentro? ¿O acaso no movió un dedo porque Ferry estaba al corriente de todo? Es decir, ¿era Ferry conocedor de los planes de Moscú?

Ramón tenía la orden expresa de no frecuentar la colonia de refugiados republicanos españoles, ya que podía ser identificado fácilmente entre los exiliados, algo que acabó ocurriendo después de que su imagen apareciera en la prensa un día después de su detención. Pero, ¿qué ocurría con los extranjeros de otras nacionalidades que habían luchado en la Guerra Civil Española y, que, como los españoles, podían también identificarlo? ¿Acudió Ferry a la vista del juicio de Ramón, se puso en contacto con él? ¿Quedaba algo de aquella vieja amistad? Repito, ¿coincidieron en algún momento en México?

La verdad es que sí, Francis Ferry y Ramón Mercader coincidieron en México. Lo sabemos porque Ferry nos lo cuenta en sus memorias:

> Unas semanas después del asalto a la casa de Trotski [se refiere al primer asalto comandado por Siqueiros], Ruth y yo estábamos sentados en un restaurante alemán de la ciudad, un lugar con buena comida y precios decentes. Recuerdo que levanté la vista del plato y, ante mi sorpresa, me topé con la cara inconfundible de Ramón Mercader. Aparecía sentado al otro lado de la sala. Iba acompañado de una mujer especialmente guapa. Me miró de una manera extraña, difícil de explicar. Me alegré de verlo y decidí acercarme a su mesa para saludarlo. Antes de que pudiera llegar, se levantó y vino a mi encuentro. Evidentemente, no quería que conociera a su acompañante. Nos encontramos en medio de la sala. Nos dimos la mano y comencé a mostrarle mi ilusión al verlo. Quería decirle que no había sabido nada de él en los últimos meses y que eso me entristecía, pero me hizo callar. «Por favor, no hables», me susurró. Luego prosiguió en francés. «Je travaille pour l'IC maintenant» [«Ahora trabajo para la III Internacional»]. Dibujó sus siglas con la uña sobre el mantel. No me importó, le dije que me gustaría invitarlo a mi casa. Me prometió que vendría, pero no anotó la dirección. «La recordaré», me dijo, y se volvió a su mesa.

Pasaron tres meses hasta que Ferry lo volviera a ver, fue la mañana del jueves 22 de agosto, cuando leyendo la portada de *El Nacional* se topó con la imagen demacrada de Ramón, señalado por el perio-

dista Eduardo Téllez Vargas como el inequívoco asesino de Trotski. Ferry se quedó inmóvil, pálido. La sombra de la NKVD volvía, de nuevo, a cubrirlo todo.

Las purgas estalinistas llevaban tiempo percutiendo en suelo mexicano. De hecho, gran parte de las acciones que habían tenido lugar en territorio español durante la primavera de 1937, se trasladaron a México a partir de 1938, antes incluso de que terminara la Guerra Civil Española. Acosados y acosadores escogieron el continente americano como el nuevo tablero de su partida macabra. En 1938, León Trotski, residente en México desde el 9 de enero de 1937, ya había declarado en la revista *Time* que un grupo de sicarios estalinistas, encabezados por un tal Mink (el George Mink antes citado, agente de origen ucraniano y de nacionalidad estadounidense al servicio de la NKVD), había llegado a México con la misión de asesinarle. Mink desaparecería meses después sin dejar rastro. Años después, un antiguo brigadista estadounidense, Maurice L. Malkin, afirmaría en sus memorias tituladas *Return to My Father's House*, que:

> ... un trotskista mexicano reconoció a Mink y este desapareció. No sé qué ocurrió, pero sí sé que a un montón de brigadistas norteamericanos veteranos de la guerra de España les hubiera encantado ponerle las manos encima. Mink había sido responsable de la persecución de muchos de ellos.

Aportando un poco más de luz al asunto de la desaparición de Mink, el 1 de octubre de 1940, el director del FBI, John Edgar Hoover, en una conversación con el jefe de la oficina del FBI en Nueva York, constató que:

> ... según información proporcionada por el Departamento de Estado, Joseph Hansen —secretario y guardaespaldas de Trotski desde 1937 hasta su muerte— y sus socios eliminaron hace seis meses al ciudadano ruso George Mink, poco antes del primer atentado contra Trotski. Lo ataron y lo arrojaron a un cráter ubicado a unas 30 millas de la Ciudad de México.

George Mink no fue el único acosador que desapareció en extrañas circunstancias en suelo mexicano. Según relata Werner Abel en *Der Tod Hans Beimlers und die Reaktionen der KPD-Abwehr in Spanien*, los agentes soviéticos Alfredo y Käthe Herz, quienes habían logrado llegar a México a través de los Países Bajos, se habrían suicidado tal como afirmaba un cable de los servicios de inteligencia del Partido Comunista Alemán (KPD). Otras fuentes, añadía Abel, señalaban que podían haber sido ajusticiados por trotskistas que habían sido acosados por el matrimonio durante su estancia en España, muchos de los cuales residían en México en ese momento. Sin embargo, me vi obligado a desestimar esta hipótesis al comprobar que Alfredo y Käthe no habían muerto, nadie los había matado, es más, habían echado raíces en México, muriendo de causas naturales muchos años después, ya en su vejez.

Alfredo y Käthe habían desembarcado en Tampico el 29 de agosto de 1939, portando pasaportes españoles tras haberse naturalizado durante la Guerra Civil Española, puede que gracias a los servicios prestados. Desde allí emprendieron un viaje en tren rumbo a la Ciudad de México, donde se alojaron en el elegante hotel Biltmore, uno de los más lujosos de la capital. Alfredo había presentado a las autoridades mexicanas como referencia a los propietarios de Librerías Navarro, situada en el número 12 de la calle Seminario, justo frente a la imponente catedral. Poco después, comenzó a trabajar en la recién fundada Compañía de Fianzas Lotonal, S.A., para más adelante desempeñar cargos en otras compañías aseguradoras, como Pan América de México, S.A., y la Empresa Aseguradora Anáhuac, S.A. Con el tiempo, la familia se trasladó a Guadalajara, capital de Jalisco, donde crecieron sus hijos mellizos, Luis y Francisco, en un entorno alejado de las conspiraciones del espionaje soviético. Tras una vida sin sobresaltos, quien fuera agente de la NKVD y perseguidor de muchos militantes antiestalinistas, responsable tal vez de la desaparición de Max Hoffman, el extesorero de la Ezra, órgano de Beneficencia de la Comunidad Israelita de Barcelona, y de otros tantos militantes como Erwin Wolf y Mark Rein, murió plácidamente en Guadalajara en el año 1974. Käthe, su esposa, moriría en Córdoba, Veracruz, catorce años después.

Apenas he encontrado referencias a los Herz en los archivos de los servicios de inteligencia mexicanos. En uno de ellos, el expediente 100-28-3-H- 47, consta que Enrique José Morera:

> ... es el propietario del Restaurant que se encuentra ubicado en los bajos del Hotel Rex, en Veracruz, y es uno de los significados elementos al servicio de Alfredo Herz Blumenthal.

¿Significa esto que, lejos de abandonar su faceta como agente comunista, continuaba operando como tal? ¿Existía en México algún grupo de acción bajo sus órdenes? ¿Por qué no intervenía el Estado mexicano? Del mismo modo, los servicios de inteligencia de los EE.UU lo tenían bajo estrecha vigilancia. Uno de sus informantes lo mencionaba en una nota fechada en 1941 (ref. 100-345920; The U.S. National Archives and Records Administration), señalando sus vínculos con la red de espionaje soviético activa en suelo mexicano.

Regresemos ahora al mes de julio de 1937, cuando, tras una serie de acciones polémicas, entre ellas el secuestro y desaparición de Erwin Wolf y Marc Rein, el grupo dirigido por Alfredo Herz, convertido ya en una organización incómoda para el régimen republicano, fue definitivamente desmantelado por las autoridades. A pesar de la presunta limpia, y al contrario de lo que se pudiera esperar, Alfredo y Käthe siguieron vinculados a los servicios de inteligencia soviéticos, manteniendo su residencia en Barcelona. Es más, añadiendo motivos a los que denunciaban constantemente su impunidad en los medios —disidentes políticos, trotskistas, anarquistas, etc.—, quien fuera artífice de su señalamiento, el agente Alfonso Laurencic, fue incomprensiblemente represaliado por policías del Departamento Especial de Información del Estado (DEDIDE). Según declararía el propio Alfonso dos años más tarde, en el marco del juicio sumarísimo en el que sería condenado a muerte, durante el mes julio de 1937 «había sido detenido en varias ocasiones y sin motivo aparente». De hecho, nunca pudieron especificar el delito por el cual se lo llevaban arrestado, aunque, buen conocedor del ambiente en el que se movía, no hizo falta que lo hicieran. Alfonso sospechaba que su detención había sido

ordenada por los agentes soviéticos a quienes había estado vigilando desde que asumiera el cargo como agente número 29 del Servei Secret d'Informació (SSI) de la Consejería de Defensa de la Generalitat, por lo que no tenía dudas al respecto. Detenido en su domicilio de la calle Roger de Flor, fue trasladado junto a su esposa Mery y su hermano Eugenio a la checa de Portal del Ángel. Tras cinco meses de constantes interrogatorios, ya sin Mery —liberada poco después de su detención—, los dos hermanos Laurencic fueron trasladados a la checa de Santa Úrsula, en Valencia, donde coincidieron con viejos conocidos, entre ellos, el polaco Sazja Kindermann, quien se encargó de su interrogatorio. Semanas después, fueron destinados al campo de trabajo de Segorbe, también en Valencia, para, según el propio Alfonso, «construir carreteras».

Al contrario que sus acosados, caídos todos ellos en desgracia, los Herz, protegidos por las autoridades republicanas, permanecieron en España hasta el final de la guerra sin ser molestados, actuando con total impunidad. Mientras Alfredo realizaba trabajos menores para los servicios de información, ocupando un buscado segundo plano, su esposa Käthe, compaginaba su trabajo de traductora con la gestión de una tienda de literatura antifascista en la Rambla de Santa Mónica. Aparentemente, o al menos, así lo certifican los documentos que he consultado en el RGASPI, los Herz fueron marginados por antiguos aliados, siendo señalados, entre otros, por su antiguo colega Wilhelm Tebarth, alias «Fritz Valencia», quien los tachó de oportunistas. Al mismo tiempo, su amigo Von Ranke —en otro informe conservado en el archivo RGASPI (F. 545. Op. 6. D. 145)— señalaba que, aunque tenía buen corazón y una profunda pasión por el partido, había cometido numerosos errores que lo habían convertido en una presa fácil para sus enemigos. No obstante, dejaba claro que su capacidad para obtener información era incuestionable, lo que lo hacía prácticamente insustituible. Es muy probable que el enorme volumen de datos sensibles que manejaba actuara como un escudo frente a las embestidas de sus enemigos.

Una de sus víctimas, el poumista Julián Gorkin, recordó en *Canívales políticos* que Alfredo «tenía muy mala fama entre sus compañeros; pocos le estrechaban la mano». Pero, por lo que se lee

entre líneas en la documentación, parece más bien un movimiento de distracción, un modo de sortear las acusaciones que se vertían contra el matrimonio Herz.

A lo largo de 1938, encontramos a Alfredo trabajando oficialmente en la Editorial Propaganda Antifascista, entidad integrada en el aparato de comunicación del PSUC, donde ejerce como su máximo responsable y traductor. En realidad, no es más que un trabajo pantalla, algo que sirve como escudo de su principal ocupación, la misma que lo ha mantenido ocupado desde que comenzara la guerra en julio de 1936: el tráfico de joyas y divisas extranjeras. Se trataba de un negocio ilícito que había emprendido con el botín de los primeros registros domiciliarios en el verano y otoño de 1936, cuando el Servicio Especial del PSUC había sembrado el terror entre la numerosa colonia alemana de Barcelona.

El 26 de noviembre de 1938, en plena guerra, el periodista Josep Bartrina destapó el negocio fraudulento de Herz en el seminario falangista *Destino*, editado desde Burgos por derechistas catalanes. En la crónica, señalaría a Herz como el principal facilitador de una red internacional de tráfico de joyas robadas. Decía así:

> ... «La Sinagoga» era el nombre que le pusieron a la Policía de Extranjeros de la calle Córcega, a donde solían acudir los compradores de joyas que merodeaban por Barcelona [se refiere a la delegación de la Policía del Estado, ubicada en el número 299 de la calle Córcega, entre Rambla de Catalunya y Balmes, lugar donde se expedían los pasaportes]. Allí andaba de técnico un tal Dubester [Fabio Dubester, un judío polaco naturalizado español, residente en el número 123 de la calle Viladomat, que en julio de 1935 había sido detenido por tráfico de lingotes de oro falsos], un tipo que se las arreglaba para organizar y controlar sendos registros, tasar, adquirir a precio de bisutería de feria o volatilizar el botín recaudado [el 22 de septiembre de 1937, tras caer en desgracia al perder la protección de Herz, ingresó en la cárcel Modelo]. Como el centro estaba influenciado y controlado por el PSUC, la casa recibía frecuentemente la visita de Alfredo Herz, un judío checoslovaco, agente de seguros, que en julio dejó las pólizas por un cargo en la directiva local del PSUC, donde organizó y decretó las normas de la checa particular del partido con una maestría que no tenía nada de improvisada. [...] Potoker [Arthur Potoker, quien ya había sido

> procesado por estafa en 1932], otro judío, medio polaco, medio húngaro, que tenía establecido un comercio de peletería en la misma calle Córcega [sita en el número 218], cerró la tienda y, de la noche a la mañana, apareció convertido en flamante funcionario, intérprete de lenguas extranjeras en aquel centro policíaco [...]. Entre ellos anduvo el juego de la compra, venta, peritaje, manoseo y exportación de nuestras joyas. Controlados e incontrolados tuvieron allí a quien se quedaba con el botín a cambio de moneda. ¿Y los españoles? Los funcionarios españoles de este y otros centros se encargaban de llevar a las dependencias del Gobierno autónomo un irrisorio porcentaje de la recaudación de los registros perpetrados, los cuales, después, se publicaban en el Boletín bajo la rúbrica de las incautaciones oficiales.

Desde el comienzo de la Guerra Civil, apreciamos un fulgurante y repentino enriquecimiento personal de los Herz, quienes pasaron de un amplio apartamento en el número 4 de la extinta calle Bernat de Sarrià, hoy calle Calatrava —pagado con su sueldo de ejecutivo en la compañía de seguros Phoenix —, a una enorme villa ajardinada situada en el número 15 de la calle Sant Cugat, mansión que había sido usurpada en el verano de 1936 a la familia Bohí. Desde su despacho en el Hotel Colón y las oficinas del Casal Carlos Marx, pasando por la comisaría de la calle Córcega y la Granja Colomer — situada en una esquina del Paseo de Gracia con la calle Aragón, convertida en centro oficioso de reunión de sus hombres—, Herz tejió una compleja red de represión y lucro individual.

Cuando llegó su ostracismo en un momento indeterminado del mes de junio de 1937, presuntamente provocado por sus antiguos colegas, al contrario de mantener un perfil bajo, siguieron gozando del mismo tren de vida. No faltaron sus escapadas esporádicas a la costa, a Tossa de Mar, donde les esperaba Fritz Lewy y su esposa, antiguos vecinos de la calle Bernat de Sarrià, como tampoco faltaron sus paseos por Collserola, sus fines de semana en Villa Pepita, una mansión preciosa en La Floresta, propiedad de sus amigos Käthe Lichtenstein y Louis Frank, donde siguieron conviviendo con Seppl Campalans y Hubert von Ranke.

Un informe firmado por Gustav Shinda, quien fuera Jefe de Estado Mayor y Comandante del Batallón Thälmann, y desde 1937

Jefe de Contrainteligencia de las Brigadas Internacionales, confirmaba que el 10 de febrero de 1940, una vez terminada la Guerra Civil Española, Herz había dejado de ser un miembro confiable, ya que «sus acciones recientes en España mostraban que estaba anteponiendo su interés personal al del Partido»:

> ... [mantenía] conexiones con sospechosos, a los que filtraba información sobre el trabajo interno del partido, por lo que algunos elementos anti-partido y contrarrevolucionarios pudieron huir y ponerse a salvo. [A finales de 1938], cuando la situación en Cataluña se hizo insostenible, se mostró como un cobarde y propagó mentiras. No es un miembro fiable del partido, y sus recientes actuaciones en España han demostrado que ha antepuesto sus intereses económicos y personales. [Llegó a expedir] certificados a individuos sospechosos como si fueran antifascistas de fiar, que incluso fechaba con carácter retroactivo.

Estas palabras de Shinda reforzarían la teoría de su implicación en la red de tráfico de joyas, oro y divisas, aunque puede también que fuera un relato inventado, una manera de intoxicar la figura de Herz, motivos para sacárselo de encima, quién sabe.

Del mismo modo, el 23 de septiembre de 1940, una ficha nominativa de la Jefatura Superior de Policía de Barcelona reforzaba esas mismas sospechas:

> Aparece en una ficha de personal del SIM rojo donde el reseñado prestaba servicios como censor y archivero y en cuya ficha se hace constar que pertenecia al Partido Comunista Alemán desde 1930. En información abierta por el SIPM resulta que el reseñado es judío y fundador de una checa en la cual se torturaba a los prisioneros alemanes; asimismo es autor de numerosos saqueos a alemanes que abandonaron la zona roja. Él mismo abandonó Barcelona poco antes de que entraran las tropas del Generalísimo, llevándose joyas y objetos procedentes del rojo.

La guerra llegaba a su fin, y según relata Boris Volodarsky en *El caso Orlov*, conscientes del peligro que corrían si se quedaban, los

Herz cruzaron la frontera en la mañana del 30 de enero de 1939. Su primera intención era establecerse en Ámsterdam, ciudad donde habían residido años atrás y donde contaban con una extensa red de contactos. A comienzos de 1939, recorrieron Francia de sur a norte, intentando pasar desapercibidos ante los ojos atentos de la policía francesa. El 27 de abril de 1939, sin embargo, la Prefectura Policial de París informaba a sus agentes de la presencia en la ciudad de tres agitadores comunistas extranjeros:

> Informamos de la presencia en París de tres extranjeros que han jugado un papel importante en las organizaciones comunistas de la España republicana, especialmente en el SIM (Servicio de Información Militar) y el Servicio de Extranjeros del PSUC. Estos son: Szaja Kindermann, polaco, Alfredo Herz, checoslovaco, y Moritz Besser [Hubert von Ranke], alemán. Estos tres extraños fueron vistos en estos últimos días, a veces elegantemente vestidos y otras veces disfrazados con vestimenta humilde, ingresando a diferentes edificios de la capital, moviéndose ya sea en automóviles privados o en taxi. Por el momento desconocemos el motivo de su actividad.

Kindermann, Herz y Besser, señalados como agitadores comunistas por el Ministerio del Interior francés, fueron buscados en vano por las fuerzas policiales del departamento del Sena. En un informe fechado el 16 de junio de 1939, los servicios de inteligencia franceses afirmaban que Alfredo Herz había sido el líder de la Sección de Extranjeros del PSUC, y que, por su cargo, «habría estado en contacto con Sazja Kindermann, Joaquín Olaso, Victorio Sala, Alexander Orlov y Alexander Belyaev». Además, señalaba a Herz como el supuesto instigador del secuestro de Marc Rein. Lo describían como sigue:

> ... unos 35 años, pequeño, albino y con escaso pelo, ojos azul pizarra, prognatismo dental, traje gris claro.

Un mes antes, en marzo de 1939, presumiblemente desde París, Alfredo Herz, ya naturalizado español, comenzó a movilizarse para

conseguir un visado que le permitiera establecerse en un país cualquiera del continente americano. El día 18, por ejemplo, escribió una carta a Jacome Moscoso, cónsul general de Ecuador en Amberes, con la intención de conseguir un visado. Al no encontrar respuesta tras dos meses de espera, el 3 de mayo, Herz se presentó en el despacho del cónsul, situado en el número 64 de la Longue Rue Nueve. Días más tarde, el cónsul ecuatoriano escribió a su superior, Julio Tobar Donoso, Ministro de Asuntos Exteriores, informando los motivos por los que había denegado la solicitud de visa a Alfredo Herz (Solicitud de Alfredo Herz, 1939. AHMRE):

> ... habiéndose presentado a este despacho Alfredo Herz, quien bajo los auspicios y la gestión del doctor César Andrade de Cordero en nombre del Sindicato de Escritores y Artistas Azuayos, pretende inmigrar a Ecuador, he establecido los siguientes hechos:
>
> Herz, judío checoslovaco, de profesión político, ha hecho la campaña española desde la Editorial Propaganda Antifascista (PACDO) de Barcelona que estaba a su cargo (seguramente durante la Guerra Civil Española). Al término de la guerra en Cataluña, salió de fuga como los demás extranjeros que estuvieron involucrados como agitadores o combatientes. Obtuvo, en estas circunstancias, un pasaporte en calidad de español por naturalización haciéndose atribuir el oficio de avicultor.
>
> Dígnese, señor Ministro, hacer saber al Sindicato de Escritores y Artistas Azuayos que el Cónsul de Amberes se ha visto en el caso de contrariar la voluntad de esa dilecta institución, negando la visa del mencionado Herz (recomendado bajo el seudónimo Herreiz), en vista de que, para agitadores políticos, bastan los de casa.

Tras llamar a varias puertas sin obtener resultado, fue Edmundo González Roa, cónsul mexicano en Amberes, quien le conceda finalmente el visado tan deseado. Fue el 15 de junio de 1939, cuando Alfredo y Käthe Herz, domiciliados por entonces en el número 37 de la Rue de la Bource, consigan el preciado documento. Así pues, dos meses y medio más tarde, el 29 de agosto de 1939, desembarcaron en el puerto de Tampico. Lo hicieron como ciudadanos españoles. Una nueva vida comenzaba.

Centenares de incógnitas asoman desde entonces en el horizonte: ¿Continuaron trabajando para la NKVD? ¿Coincidieron con Ferry, Lichtveld y el resto de los refugiados españoles que habían acosado con determinación durante la Guerra Civil Española? ¿Tuvieron algún tipo de contacto con Ramón Mercader, camarada estalinista al que conocían perfectamente y con el que habían coincidido en numerosas ocasiones? ¿Jugaron algún rol en el asesinato de Trotski? Preguntas importantes, todas ellas todavía sin respuesta.

*

La formación del grupo de los acosadores tuvo lugar meses antes de comenzar la Guerra Civil Española, justo en el contexto del acoso sufrido por los refugiados alemanes antifascistas residentes en Barcelona. Señalados durante meses por la legación diplomática alemana y perseguidos por la policía del Negociado de Extranjeros, el Partido Comunista Alemán (KPD) había tomado una serie de medidas para proteger a los exiliados acosados.

Moritz Besser, alias de Hubert von Ranke, comunista alemán que a finales de los años veinte había actuado bajo el nombre de Ludwig Bayer a las órdenes de Hans Kippenberger, líder de los servicios de inteligencia del KPD, fue el elegido por el partido para poner freno al acoso que sufrían los refugiados antifascistas establecidos en Barcelona antes de que estallara la Guerra Civil Española. Arrestado por la Gestapo en marzo de 1933, se trasladó a Suiza después de lograr la libertad. Tres años después, en abril de 1936, mientras actuaba como secretario del Comité Ejecutivo de la delegación francesa de la Komintern, recibió la orden de desplazarse a Barcelona. Es muy probable que en esa primera visita conociera a Seppl Campalans, nacida Hermann, viuda de Rafael Campalans, líder socialista que meses atrás había perdido la vida de forma trágica en la playa de Torredembarra. Seppl, con amplios contactos en el círculo de refugiados antifascistas de Barcelona, lo introdujo rápidamente en el circuito antifascista local, abriéndole las puertas de la

militancia, invitándole a reuniones donde coincidió con políticos que anteriormente habían tenido relación con su difunto esposo.

Alfredo Herz, residente en Barcelona desde 1935, trasladado a la ciudad desde Viena para ejercer como responsable de la compañía de seguros Phoenix, fue uno de aquellos refugiados con quien Hubert entabló amistad nada más llegar. Herz había llamado la atención del KPD desde muy pronto, allí por el 1928, cuando residía en Colonia. Hans Stein, jefe de los servicios de inteligencia del partido, lo había contactado para contar con sus servicios. Con el advenimiento del nazismo, Herz se trasladó a Ámsterdam, donde mantuvo relación con miembros del KPD. Tras mudarse a Viena, donde había llegado para ejercer como agente de seguros, se trasladó a Barcelona enviado por la compañía para la que trabajaba. Instalado en la capital catalana, y dado que el KPD necesitaba un agente que les pasase información sobre la red nazi que operaba en la ciudad, fue contactado por el partido para que desarrollase esa labor. A partir de entonces, gracias a sus excepcionales habilidades sociales, logró construir una amplia red de contactos entre la colonia de refugiados, entablando amistad con tipos afines al partido, como Max Friedemann o Sazja Kindermann, pero también con individuos críticos con él, como fue el caso de Bernardo Rosner, Lou Lichtveld, Wilhem Swienty o Ewald König. Hubert von Ranke llegó a describirlo como «una enciclopedia andante de personas».

Alfredo Herz fue el encargado de recopilar toda la información sobre la inmigración de habla alemana en Barcelona, enviando asiduamente informes a sus superiores del KPD en París. No lo hizo solo, le ayudó Werner Hermelin, otro refugiado alemán que había llegado a la ciudad procedente de Ibiza en la primavera de 1936. Una vez iniciada la guerra, Herz actuó como representante oficioso del KPD en el recién fundado PSUC. Lo hizo hasta el 5 de agosto, cuando Hans Beimler llegó a la ciudad. Desde entonces y hasta su asesinato, Beimler asumió el cargo de alto representante del partido.

Alfredo Herz, nacido el 19 de junio de 1899 en Neutitschein, hoy Nový Jičín, República Checa, se había trasladado siendo muy joven a Colonia, donde pronto había entrado en contacto con militantes del KPD. Empleado de una compañía de seguros, como ya di-

jimos, emigró a Holanda tras la coronación del nazismo. En 1934, tras pasar una temporada en Viena, se trasladó a Barcelona. En ese momento, tal como describiría Hubert años después, «ya había un grupo de emigrantes económicos en la ciudad de Barcelona». En ese círculo acabaron integrándose Alfredo y su esposa Käthe.

Desde hacía mucho tiempo, quizás desde finales de 1934, el KPD tenía conocimiento del acoso que sufrían los refugiados antifascistas establecidos en Barcelona. A partir del verano de 1935, y gracias a la labor de Alfredo Herz, la delegación del partido en París recibía información detallada de las acciones que llevaban a cabo los elementos nazis que operaban en la ciudad. Según un informe de Hubert von Ranke, el líder por aquel entonces del KPD en Barcelona era el polaco Szaja Kindermann. Hubert recordaría años más tarde su primer encuentro con Sazja:

> Apenas lo frecuenté durante mi primera visita a Barcelona, poco antes de la Guerra Civil. En aquel momento, acompañado de su esposa y su hija, vivían en una especie de sótano donde solían comer sopa de pan en un cuenco de hojalata [según una nota aparecida el 12 de marzo de 1935 en *La Vanguardia* en la que se denunciaba la pérdida de un pasaporte, Sazja estaba domiciliado en el 1º 2ª del número 59 de la calle Piquer, en la barriada obrera del Poble Sec].

En un informe firmado a mediados de junio de 1937 por Erzsébet Fazekas, una de las responsables en ese momento del Servicio de Extranjeros del PSUC, se ratificaba el liderazgo inicial de Sazja (RGASPI. F. 545. Op. 2.D.145):

> El Servicio fue creado en el mes de Septiembre [de 1936] casi al margen de la estructura orgánica del Partido y fue dirigido en aquella primera época por el camarada Szaja Kindermann. Sus tareas eran las siguientes: 1º.- Controlar todos los extranjeros que entraban en contacto con el Partido; 2º.- Enrolamiento de voluntarios extranjeros en la Milicia.

Fazekas continuaba diciendo que:

> ... desde el primer día del movimiento [19 de julio de 1936] existió el Servicio de Defensa del Partido y de la República contra los elementos provocadores extranjeros y especialmente contra las organizaciones nazis. Este servicio lo dirigió hasta mediados del mes de noviembre [de 1936], el camarada Alfredo Herz en estrecha colaboración con el camarada Olaso [Joaquín Olaso Piera, representante del PSUC en la Junta de Seguridad Interior de Cataluña durante la Guerra Civil Española, miembro del Comité Central PSUC, además de agente del SIM y la NKVD] [...]. El total del trabajo del Servicio de Extranjeros del PSUC fue dirigido por una comisión de tres miembros, compuesto al principio por los camaradas Hans Beimler, Fedeli [Armando Fedeli, comunista italiano, representante del Partido Comunista Italiano en el seno del PSUC, más tarde confidente de Enro Gerö] y Szaja [Sazja Kindermann]. El personal del servicio se componía en un 80 % de camaradas alemanes, que desde la segunda quincena de noviembre tenían en sus manos el Servicio Especial y el de la frontera. La mayoría de ellos procedían de la inmigración alemana que tenía su sede en Barcelona, Ibiza y Tossa.

La historia de Sazja Kindermann es paradigmática. Nacido entre 1902 y 1904 en Novy Sad, Polonia, se afilió al Partido Comunista Polaco a comienzos de los años veinte. En 1930, acosado por la policía polaca, emigró a Bruselas, donde ya existía una amplia red de apoyo entre los refugiados políticos del este de Europa. Tras residir una temporada en Schaerbeek, se instaló junto a su esposa e hija en Amberes. En 1933, en el transcurso de una redada de la policía belga, Sazja fue arrestado y deportado. Tras pasar una temporada en París, los Kindermann se instalaron definitivamente en Barcelona.

Demos ahora un paso hacia adelante y situémonos a principios de febrero de 1937, cuando la maquinaria estalinista trabajaba a destajo para tener bajo vigilancia a los militantes extranjeros no alineados con Moscú. En esa época, Hubert von Ranke, alto representante del Servicio de Extranjeros del PSUC, redactó un informe desde sus oficinas del Hotel Colón donde aclaraba quién componía el servicio de inteligencia que operaba en Barcelona, el también conocido como Servicio Especial. Su destinatario era Franz Dalhem, responsable del Comisariado Político de las Brigadas Internacionales. En ese momento, Sazja Kindermann había de-

jado ya de formar parte del organigrama, siendo destinado a Valencia para liderar las operaciones represivas. Veamos qué decía el informe (RGASPI. F. 545. Op. 2.D.145):

> Resumen de personal. Comité Central: Fedeli [el italiano Armando Fedeli]; Moritz [el propio Von Ranke]; Gelbert [Erzsébet Fazekas, esposa de Gerö]; y el recién agregado Fritz [Wilhelm Tebarth, alias Fritz Valencia].
>
> Departamento de Investigación (control general de ciudadanos extranjeros): El jefe, Gelbert; Personal: Werner Hermelin; Traute Hajdu [Se trata de la exesposa del húngaro Jordi Martin, también conocido como György Martin-Hajdu, uno de los protagonistas de la primera entrega de esta trilogía]; Goldgruber [de quien carecemos de información] y O'Donnell [Hugh O'Donnell, uno de los agentes de la NKVD que Orwell nombra en *Homenaje a Cataluña*].

Sorprende la mención a Traute, exesposa del húngaro Jordi Martin —György Martin-Hajdu—, exdirector técnico de la Olimpiada Popular y protagonista del primer tomo de la trilogía:

> Traute Hajdu. En el departamento de investigación. Sólo trabaja allí por sus habilidades lingüísticas. La idea es acabar de reemplazarla por Kurz [Margit Kurz]. En el partido desde 1925, emigró con su entonces marido Hadju [Jordi Martin] en 1933, primero a Francia, y desde 1934 en España. Ahora vive con Stasi Ketzler, pero aún mantiene una relación cercana con Hajdu.

Otro de los citados es Hugh O'Donnell, agente encubierto del NKVD y máximo responsable del espionaje sufrido por Orwell y Eileen durante su estancia en España. El 18 de marzo de 1937, en el contexto de un tira y afloja que mantenía con Harry Pollitt, en el que este le requería que volviera inmediatamente a Inglaterra, O'Donnell alegaba la trascendencia de su labor en territorio español [Marx Memorial Library (MML), Box C/12/3]:

> El camarada Fedeli tuvo la impresión de que usted no estaba plenamente informado del trabajo que [se refiere a él mismo] estaba realizando como miembro del PSUC [...]. Debo explicar que la

> naturaleza de mi trabajo no puede ser explicado completamente en una carta y que gran parte de él, debido a su carácter, no puede ser realizado por un camarada de partido que no haya tenido experiencia en este tipo de trabajo.

Fue precisamente en esa época cuando Alfredo Herz se dedicó con fervor a redactar informes sobre los residentes extranjeros en la ciudad. Desde su despacho en la habitación 340 del Hotel Colón, y actuando bajo el amparo del Servicio Especial y como enlace del Grupo de Información de la Generalitat —había sido nombrado oficialmente agente provisional el 26 de octubre de 1936—, mantenía un contacto directo con Joaquín Olaso, representante del PSUC en la Junta de Seguridad Interior y figura destacada de la Comisaría General de Orden Público. Herz se convirtió así en una pieza clave en la persecución de los militantes antiestalinistas, aprovechando sus vínculos con la policía, los representantes de la Komintern —Gerö, Eitingon, etc.— y el propio PSUC.

El 3 de febrero de 1937, por ejemplo, firmaba uno de ellos sobre el súbdito extranjero Jankew Winter (RGASPI. F. 545. Op. 2.D.148):

> Nota sobre Jankew Winter. A principios de 1937, Winter desapareció de Barcelona después de haber estafado a varias personas. Entre las víctimas se encuentran Frank Arnau [escritor y publicista alemán] con 5.000 Ptas., el fotógrafo Michaelis [lo más probable es que se trate de la fotógrafa alemana Margaret Michaelis] con 1.000 pesetas y mucha otra gente por pequeñas cantidades de 25 a 500 pesetas, entre ellos el compañero de la UGT, Michel Friedfeld. Otro de los perjudicados ha sido un tal Dr. Wachsmann, que también se ha marchado. Cuando el citado Winter desapareció de Barcelona me presenté en París para advertir que éste pretendía entrar en la URRS. Ahora se me informa que Winter trabaja en el Ministerio de Asuntos Exteriores en Valencia y aún se distingue como comunista. Los detalles exactos de su debut en Barcelona los puede dar el compañero Michel Friedfeld.

Michel Friedfeld, conocido en Barcelona como Miguel, era un refugiado antifascista que desde el 13 de marzo de 1935 residía en la

ciudad. Nacido el 7 de febrero de 1909 en Tarnapol, Polonia, había seguido los pasos de sus hermanos mayores ingresando en varias organizaciones sionistas. Instalado desde 1929 en París, donde estudió arte y arquitectura, allí conocería a su futura esposa, Cecilia. Trasladados a España, se instalaron en Barcelona en un pequeño apartamento situado en el número 172 de la Calle París.

Los informes de Herz no se detenían. El mismo día 3, redactaba otro donde levantaba sospechas sobre un súbdito alemán apellidado Lipschitz (RGASPI. F. 545. Op. 2.D.148):

> Barcelona, 3 de febrero de 1937. Caso Lipschitz: Este individuo, que conocemos desde el otoño del año 1935 como cliente de la librería Horizonte [la regentada por Ewald y Eva Kónig], se dedicó entre los meses febrero y julio de 1936 al tráfico clandestino de divisas, efectuando varios viajes a Francia. En el archivo X hemos encontrado una ficha, indicándonos su relación con Miguel Holzmann [súbdito ruso natural de Slaviansk, llegado a Barcelona en 1935 tras un desfalco perpetrado en Francia]. En un registro efectuado en el domicilio del Lipschitz, Calle Castellnou G, se encontró material indicando que fue durante muchos años el secretario particular del Holzmann, y que Holzmann no ha pagado dos letras por valor de unos 20.000 francos franceses que vencieron en el mes de septiembre del año pasado, y que Lipschitz se ha dedicado al tráfico de divisas hasta el último tiempo. Además, se aclaró que Lipschitz ingresó en el Partido Sindicalista y en las milicias antifascistas, actuando como chofer. A base de su afiliación en un partido antifascista, intentó establecer relaciones comerciales con el gobierno. Hemos encontrado una nota de pedido del Hospital General para batas, a un precio de 21 pesetas cada una. Además, hemos encontrado un papel, indicando, que Lipschitz sostuvo relaciones con un tal Recaj, hecho, que interesó mucho al amigo Gómez Emperador [Mariano Gómez Emperador, jefe de unidad policial a la sombra de Moscú conocida como Grupo de Información], que ya desde hace mucho tiempo tuvo ciertas sospechas contra dicho individuo. Una tarjeta de visitas y el sello en el pasaporte de Lipschitz, indicaron sus relaciones con un policía de la Frontera de Canfranc. Lipschitz es emigrado ruso, naturalizado por Argentina, donde prestó también servicio militar. En el invierno de 1935, intentó regresar a la URSS, ha hecho ciertas gestiones en este sentido sin obtener resultado. Sostuvo relaciones

> amistosas con el matrimonio König, del POUM. Después de su detención, el POUM intervino para que fuera puesto en libertad. Desde el primer momento después de la detención, intervino a favor de Lipschitz un empleado de la policía que actúa como traductor, pero que no pertenece al Grupo de Información. Este tipo, nacido en Estrasburgo, de unos 35 años, unos 170 cm de altura, bigote negro, entró en los servicios de la policía en el transcurso del mes de noviembre, en el que se efectuó también la detención del Lipschitz. Firmado: A.H. [Alfredo Herz]

Fue en este contexto de implacable persecución parapolicial, cuando Franz Borkenau llegó de vuelta a Barcelona tras haber vivido en carne propia los primeros compases de la Revolución. Profundamente impactado por lo que presenciaron sus ojos en el verano de 1936, se sorprendió al comprobar la transformación sufrida por la ciudad en apenas unos meses. Borkenau subrayó con particular énfasis el hecho de que todo había regresado a la normalidad. Los que habían sido perseguidos en julio, agosto y septiembre, el aristócrata, el sacerdote y el industrial, vivían en ese momento más relajados. Su antiguo estado de ansiedad e incertidumbre era ahora ocupado por las preocupaciones de los partidarios de la Revolución. El propio Borkenau fue detenido, según le informaron, por una presunta militancia trotskista, sinónimo por aquel entonces de ser un agente fascista. También en esos días, Ignace Reiss, agente de la NKVD destinado en París, recibió una carta de su colega Abram Aronovich Slutsky, como él, agente soviético, donde este le dejaba claras las intenciones de la III Internacional en Cataluña:

> Toda nuestra atención se centra en Cataluña y, en particular, en nuestra lucha despiadada contra los bandidos trotskistas, los fascistas y el POUM.

Los militantes antiestalinistas no estaban ciegos, eran muy conscientes de lo que estaba en juego. Sabían que estaban siendo hostigados por un ejército impune, que se movía en la sombra y actuaba en la absoluta ilegalidad, siempre al amparo del poder republicano. Ya un mes antes, el 6 de enero de 1937, *La Batalla*, órgano de prensa del POUM, señalaba con insistencia que era «... necesario revivir los

comités de julio para crear instrumentos de poder obrero». Querían reanimar a las Patrullas de Control, que estaban siendo defenestradas por el aparato mediático de los estalinistas. El malestar iba en aumento. Las críticas en los periódicos del PSUC, ERC y la UGT eran constantes y coincidían con la creciente indisciplina de los patrulleros de la UGT, quienes llevaban semanas actuando al margen de la autoridad, hostigando a militantes antiestalinistas.

Poco después, el 4 de marzo, un decreto de la Generalitat estableció la creación del Cuerpo de Seguridad Interior y obligó la disolución de las Patrullas de Control. Este nuevo cuerpo se basaba en las fuerzas de asalto, bajo la autoridad de la Generalitat, y en la llamada Guardia Nacional Republicana, que dependía del gobierno central. Como medida de control, se prohibió a sus integrantes pertenecer a sindicatos o partidos políticos, buscando así eliminar cualquier influencia ideológica en sus filas.

Esta disposición tenía como objetivo neutralizar la influencia de las Patrullas de Control en las calles de Barcelona. Paralelamente, otros decretos disolvieron los consejos de defensa municipales y ordenaron la retirada de las milicias de las fronteras. Estas medidas estaban orientadas a desmantelar el proceso revolucionario, del cual las Patrullas eran un componente clave. Sin embargo, estas últimas desobedecieron la orden de disolución y permanecieron armadas hasta junio de 1937.

En este contexto de ofensiva contrarrevolucionaria, desde las páginas de *Frente Rojo*, órgano de prensa del Partido Comunista de España, se tachaba al POUM de partido fascista y proponían su disolución:

> ... Nosotros hemos venido acusándoles consecuentemente, demostrando su aventurerismo, señalándoles como un grupo faccioso organizado a nuestras espaldas. No se trata de discrepancias ideológicas, ni siquiera de repugnancia física hacia un partido de traidores, sino de algo más profundo y vasto. Se trata de la distancia que puede haber entre los que figuramos en la vanguardia de los intereses de nuestro pueblo y los agentes de la Gestapo. Se trata de un grupo de bandidos que el fascismo ha colocado entre nosotros.

Días después, esta vez desde *Treball*, órgano prensa del PSUC, los estalinistas continuaban con su campaña, ahora defendiendo la creación de un ejército profesional y proponiendo la reducción de las milicias obreras a su mínima expresión, convirtiéndolas en fuerzas testimoniales:

> ¡Es hora de acabar con todo lo que estorba, con todo lo que nos ataca por la retaguardia, con todo lo que abre las puertas al enemigo! ¡Unidad genuina, unidad en la guerra, unidad para la victoria! Una campaña fuerte, nueva y decidida de todo el país alentará la voluntad popular de victoria.

Era un grito de guerra contra todos los que aún creían en la Revolución. Los Hechos de Mayo habían supuesto una cura de realidad para los militantes revolucionarios. Aquella supuesta unidad, defendida y promovida por el estalinismo en los meses previos al estallido de la guerra y durante los primeros días de enfrentamiento, era un mito, una simple artimaña para tomar el control del relato de la lucha antifascista. «Porque, ¿cómo iba haber unidad cuando por encima de todo se anteponían los intereses personales y de partido?», se preguntaban los revolucionarios desengañados.

La persecución continuó durante meses sin que nadie hiciera nada para detenerla. Mucho tiempo después, el 24 de mayo de 1937, inmersos todavía en las purgas estalinistas más salvajes, el antes mencionado Alfonso Laurencic, agente del SSI, aparato policial que ejercía de contrapoder del Servicio de Extranjeros del PSUC, redactaba un informe sobre las actividades ilícitas del grupo de Alfredo Herz:

> El Jefe del Servicio es el exagente de seguros Alfredo Herz, y su asistente es un tal Herman (solo tiene un ojo) [Hermann Geissen]. Les ayuda la esposa de Herz [Käthe o Catalina Herz, nacida Limberg], tres escoltas y una pareja de agentes de la Brigada de Gómez Emperador. Usan como oficina el Hotel Colón y el Casal Carlos Marx. También utilizan varias viviendas que no conocemos en este momento. Toda la Sección, incluidos los escoltas, se reúnen frecuentemente en el Café Granja Colomer, enfrente del Café

> Términus, en la calle Aragón, esquina con Paseo de Gracia. Este servicio es responsable de la persecución y desaparición de alemanes residentes en Barcelona de afiliación anticomunista [se refiere a los antiestalinistas]. Por supuesto, los perseguidos son antihitlerianos, en su mayoría pertenecientes al partido socialdemócrata. En los primeros meses del movimiento, Herz los tachó de fascistas y los denunció a la Brigada de Investigación. Esta, sin saber el doble juego de Herz y sus compinches, ordenó que fueran arrestados, encarcelados y expulsados. Este servicio opera disfrazado bajo el nombre de *Auslandsabteilung* del PSUC, Sección de Extranjeros del PSUC. Ellos poseen una lista negra de elementos que se oponen al desarrollo de la política comunista.

Una de las primeras víctimas de las purgas estalinistas impulsadas por el grupo de Alfredo Herz fue el refugiado judío Max Gayer. Nacido en 1903 en Trenčín, una pequeña ciudad fronteriza del desaparecido Imperio Austrohúngaro, había llegado a Barcelona en 1935, huyendo de la Alemania nazi. No lo hizo solo; vino acompañado de su novia alemana, Irene Schulze, y juntos emprendieron un pequeño negocio de importación de pieles. Con el estallido de la Guerra Civil y la llegada a principios de agosto del líder comunista alemán Hans Beimler, nombrado comisario político del Batallón Thälmann, fue designado su intérprete personal. Max hablaba un magnífico castellano que había perfeccionado durante una estancia prolongada en Latinoamérica poco antes de establecerse de nuevo en Alemania, a principios de los años treinta. Con la muerte temprana y un tanto sospechosa de Beimler, acaecida oficialmente el 1 de diciembre de 1936 en un callejón sin salida frente al Palacio de la Moncloa, no muy lejos de la primera línea del frente de Madrid, y después de que Gayer, presente ese día en lugar de los hechos, pusiera en duda la versión oficial de Richard Staimer, único superviviente de la presunta emboscada —junto a Beimler había muerto también el comisario político Louis Schuster—, comenzaron a proliferar una serie de rumores y sospechas infundadas sobre la posible implicación de Gayer en una red de espionaje fascista. Gayer, convertido ya en un grave problema que había, por los medios que fuera, que erradicar, fue propuesto por el KPD para su detención. En medio de esta campaña incriminatoria, el 11 de febrero de 1937,

Hubert von Ranke redactó un informe sobre su persona (RGASPI 545-2-145, S. 54.):

> Max Gayer, ex intérprete y compañero de Hans Beimler, es un serio candidato para estar involucrado en el contraespionaje. Szaja lo conoce perfectamente.

Era verdad, Szaja y Max se conocían desde hacía tiempo, ambos solían coincidir en los espacios que frecuentaba la colonia de judeo-alemanes antifascistas que residían en Barcelona antes de la guerra: la sede de la Asociación Cultural Judía, sita en el número 26 de la calle Moles; la Librería Horizonte, ubicada en el número 583 de la Gran Vía de Les Corts Catalanes; el famoso Bar Petit Munich, ubicado en el número 56 de la calle Joaquín Costa.

Un mes después de que comenzase a circular el informe sobre Gayer, el 3 de marzo, Hermann Geissen, militante del KPD y antiguo responsable de la comandancia militar del Batallón Thälmann, solicitó su inmediata detención al comisario Joaquín Olaso, socio de Herz (RGASPI 545-6-686, S. 77):

> Gayer era miembro de las Brigadas Internacionales. Llegó a Barcelona a principios de diciembre tras darse de baja por un supuesto defecto cardíaco. Tenemos evidencia que Gayer es un espía y ayudó a varios fascistas a huir al extranjero. Desconocemos el paradero de Gayer, su mujer vive en la Pensión Olga, Rambla Cataluña 29. Les pedimos que arresten a Gayer.

Haciendo caso a esta recomendación, Gayer fue detenido por hombres de Olaso y puesto a disposición judicial. En la edición de *La Vanguardia* del miércoles 24 de marzo, se anunció su enjuiciamiento:

> Señalamientos para hoy. Tribunal Popular número 2. — Vista de la causa contra Max Gayer y otro, por emigración clandestina.

Al día siguiente, en el mismo periódico, se publicó la sentencia del tribunal popular:

> Ante este Tribunal comparecieron Max Gayer y Eduardo del Moral Sanjurjo, acusados de favorecer la emigración clandestina. Max Gayer es de nacionalidad checoeslovaca y ha pertenecido a las Brigadas Internacionales, habiendo desempeñado el cargo de ayudante de Hans Beimler. Se le acusa por haberse puesto en relación con el otro procesado para facilitar su huida al extranjero. Eduardo del Moral Sanjurjo declaró que deseaba abandonar nuestra ciudad a causa de los disgustos que le daban por suponerle pariente del ex general Sanjurjo. Por esta causa, se practicaron numerosos registros en su domicilio y fue varias veces detenido. Confesó que había dado cinco mil pesetas a una muchacha extranjera que debía facilitarle la salida de España. A pesar de todo, hace protestas de su izquierdismo e insiste en lamentar que se le haya hecho en su país la vida imposible. En la prueba testifical no comparecieron los testigos del fiscal; citados por la defensa de los procesados comparecieron Antonio Adolfo, súbdito extranjero y socio del CADCI desde antes del 19 de julio, quien declara en favor de Max Gayer y Eduardo Barriobrero, quien hace una defensa altamente favorable de Eduardo del Moral. En vista de ello, el fiscal modificó sus conclusiones, retirando la acusación que pesaba sobre ambos procesados. El Tribunal dictó sentencia absolutoria para los dos procesados que dieron vivas a la Justicia Popular.

A pesar de la absolución, el mismo 25 de marzo, Gayer fue nuevamente detenido y conducido a la cárcel clandestina del Portal del Ángel. Meses después, el 16 de junio, el propio Gayer relataría lo acontecido en un panfleto exculpatorio titulado *La Fin d'un Héros de la Liberté*:

> ... [en agosto de 1936] fui a la Sección Extranjera con la intención de que me contrataran ya que hablaba muchos idiomas (español, alemán, checo, polaco, ruso y francés). Pero no me sorprendió cuando me dijeron: «Es imposible». En el mes de marzo se llevaron a cabo dos registros en mi casa durante mi ausencia. Los había efectuado Hermann [se refiere a Hermann Geissen], responsable de la Sección Extranjera, sin ningún motivo aparente. El 25 de marzo, mientras estaba en compañía de mi mujer y algunos conocidos, apareció el jefe de la policía privada del Hotel Colón acompañado de unos agentes. Pretendían detenernos. Cuando mi esposa se negó a acompañarlos, Alfredo Herz le apuntó con una pistola y se la

> llevaron pronunciando la palabra «espía». Fuimos trasladados a la checa de Portal del Ángel. Allí mismo me separaron de mi esposa.

Según explicó Gayer, pasó cinco días en la celda sin ser interrogado, esperando que alguien le comunicara el motivo por el cual había sido detenido. Al quinto día, sin noticia alguna, sufrió una crisis cardiaca que puso en alerta a los mandos de la policía. A la mañana siguiente, ya recuperado, apareció en la celda el responsable de su detención: Alfredo Herz. Acudía presionado por sus superiores, quien le habían ordenado que pusiera fin a esa situación tan delicada, completamente fuera de la ley. Tras desplegar sus dotes intimidatorios, que buscaban desesperadamente una confesión de última hora, desesperado ante la falta de resultados y consciente de que no podía prolongar más su detención, propuso a Gayer un trato para ser liberado. Tan sólo tenía que cumplir un par de requisitos: no hablar con nadie de su arresto, a todas luces ilegal, y evitar volverse a ver con Antonia Stern, compañera de Hans Beimler. Stern se había dedicado en las últimas semanas a señalar al GRU, Departamento Central de Inteligencia militar de la URSS, como el principal responsable de la muerte de Beimler.

Stern había desembarcado en Barcelona tras recibir la trágica noticia de la muerte de su compañero. Desde el primer momento, su principal intención no era otra que recaudar información con el objeto de escribir un libro para honrar la memoria de Beimler. Ella misma lo explicaría meses después en una obra inédita titulada *Hans Beimler Dachau-Madrid ein Dokument Unserer Zeit* (Hans Beimler Dachau-Madrid un documento de nuestro tiempo).

Al igual que Gayer, Antonia fue inmediatamente hostigada por una red de policías y agentes de paisano que se dedicaron a torpedear su propósito, algo que acabaron consiguiendo al provocar su expulsión de España. Escuchemos ahora su denuncia:

> Desde mi llegada a Barcelona fui puesta en cuarentena y después perseguida. A pesar de las mejores recomendaciones, a los salvoconductos, mi trabajo, mi viaje a Madrid, en fin, todo cuanto se relacionaba con mi intención de recoger el material para mi libro,

> chocó con dificultades y prohibiciones. Al fin, se me dijo claramente que debía renunciar a mi propósito de escribir un libro sobre Hans Beimler; pero como yo no obedecí las órdenes del Partido fui detenida. Igualmente fueron detenidos todos cuantos milicianos me habían confiado su pensamiento sobre Beimler. A nosotros se nos escapaba la razón por la cual se nos perseguía, y a todo trance se deseaba impedir que se hablara de Hans Beimler. Esa razón fue comprendida en el momento en que supimos la manera como Hans Beimler había encontrado la muerte: «Con Hans ellos estrangularon la revolución. No podíamos vencer porque los mejores camaradas eran liquidados por su propio Partido», me ha confiado uno de los milicianos de Beimler, que he podido ver recientemente.

Es muy probable que Max Gayer fuera una de las primeras personas entrevistadas por Antonia Stern. Es posible que él le explicara que, desde su llegada, Beimler había tenido varios encontronazos con quienes comandaban la Sección de Extranjeros del PSUC: Herz, Kindermann y compañía. Les reprochaba que pusieran más énfasis en lo que ocurría en la retaguardia que en lo que pasaba en el campo de batalla. Es probable que le explicase también que había estrechado relaciones con anarquistas y comunistas críticos con la III Internacional. Es posible que le contara entre susurros, con el miedo en el cuerpo de alguien que sabía estar compartiendo una verdad tóxica, peligrosa, que el día del asesinato de Beimler, Richard Staimer, superviviente y principal sospechoso, no le había dejado acercarse al lugar de los hechos, agarrándolo de la chaqueta, amenazándolo. No hay duda de que Beimler se había convertido en un sujeto incómodo para los que diseñaban la hoja de ruta de la III Internacional. Por ello, no resulta descabellado pensar que podría haber sido asesinado por fuego amigo, tal como le ocurrió a Buenaventura Durruti diez días antes, víctima quizás de una traición a manos de los mismos agentes comunistas. De hecho, el propio Gayer defendió esta posibilidad en *La Fin d'un Héros de la Liberté*:

> Así como el final de Hans Beimler recuerda al de Buenaventura Durruti, también el destino de sus ayudantes, Schuster y Yoldi, es

paralelo. Sobre este tema, disponemos de la siguiente información, que tomamos de *La Révolution Prolétarienne* de París, del 10 de junio de 1937:

> «En noviembre de 1936, Stalin comenzó a vender armas al ejército republicano, pero organizó simultáneamente una GPU (policía secreta soviética) española... Hay motivos para creer que la GPU en España inició su actividad con el asesinato de Durruti. En los círculos de la CNT, de hecho, se estaba seguro de que Durruti no había sido alcanzado por una bala enemiga, ya que su popularidad resultaba un gran obstáculo para los "oficiales" en Madrid.
>
> Algunos días antes de su asesinato, su ayudante, el camarada Yoldi, fue herido en la pierna derecha por una bala que entró desde el lado derecho, mientras que el enemigo se encontraba de frente. Este ayudante, el camarada Yoldi, hizo la siguiente declaración a un camarada que venía de París: ¡Durruti tuvo que haber sido asesinado por la bala de un estalinista!»

La similitud en los acontecimientos es significativa, pero no tenemos pruebas documentales que confirmar que así pasó. Es tan solo una posibilidad, una de tantas.

Como era de esperar, el acoso a Gayer no terminó a finales de marzo, momento en el que fue liberado de la checa del Portal del Ángel. A partir de entonces, agentes soviéticos iniciaron una campaña para desprestigiarle, tachándolo de proxeneta y borracho.

El 24 de mayo, el agente Laurencic, un mes antes de su detención, escribió un informe exculpatorio sobre su persona en el que hablaba, entre otras cosas, de su implicación en el caso de Hans Beimler:

> Fue uno de los más activos [hablando sobre Beimler], franco y leal de aquellos que, estando vinculado al PSUC, fue liquidado por su propia gente (por el Servicio Herz), al no haber quedado satisfecho con los métodos utilizados por la III Internacional. En un ligero estado de embriaguez, mostró su discrepancia con los que tomaban las decisiones en el Hotel Colón [refiriéndose al Servicio de Extranjeros], prometiendo que a su vuelta pondrían en orden las cosas. A los pocos días cayó, como la gente cree, al grito de «¡Rot Front!» por

una bala fascista. Pero según el súbdito checo Max Gayer, un querido amigo de Beimler, su muerte se produjo a partir de la siguiente manera: Beimler, su ayudante Schuster, Gayer, el conductor y el ruso «Richard» (Staimer), comandante del Batallón Thälmann que acababa de llegar de Rusia, llegaron en coche a un puente situado a unos 200 m del lugar indicado frente a la Ciudad Universitaria. Gayer y el conductor se quedaron en el auto, mientras los otros tres se dirigían hacia la posición marcada. Después de esperar diez minutos, Richard apareció corriendo, gritando de lejos: «¡Acaban de matar a Beimler!». Gayer preguntó: ¿Y Schuster? A lo que, Staimer respondió: También ha caído de un balazo en la cabeza. Cuando Gayer quiso ir al lugar donde habían ocurrido los hechos, Richard lo sujetó por el brazo, diciendo: «No vayas, está muerto de un tiro en el corazón». Max Gayer todavía no puede explicar cómo Richard pudo verificar con tanta precisión que había sido abatido por un tiro en el corazón. Gayer piensa que Staimer quería evitar que ayudase a Beimler. A Gayer no se le permitió honrar el cadáver de su amigo, ni tampoco acompañarlo a Barcelona. Sin embargo, hizo oídos sordos y asistió al funeral. En el cementerio no vio a nadie del PSUC, por ello habló por su cuenta en nombre del partido. Al regresar al Hotel Colón, reprochó al PSUC el hecho de no haber asistido.

A principios de septiembre, y tras las reiteradas e insistentes presiones de los agentes del antiguo Servicio Especial al comisario Rodríguez Salas —la mayoría de ellas fundamentadas en falsedades —, Gayer fue detenido nuevamente. Esta vez, la aprehensión tuvo lugar en su propio domicilio, situado en el número 167 de la calle Casanova, una vivienda que había estado bajo constante vigilancia en los últimos meses. Las presiones quedaban reflejadas en esta carta enviada por el Servicio Especial al comisario Salas :

Desde el 26 de junio rogamos en nueve ocasiones, indicando la dirección por escrito de detener a Max Gayer y a su mujer, el informador principal de Alfonso Lautencic, referido al supuesto asesino de Hans Beimler. Además Gayer ha transportado a nueve fascistas hacia la frontera, en colaboración con la Investigación anarquista anterior de Escorza [Manuel Escorza del Val, responsable de los servicios de inteligencia de la CNT]. Además Gayer tiene evidentemente un salvoconducto de la Gestapo de 1935. Hasta hoy Gayer no está detenido y según nuestras investigaciones no ha salido

ninguna orden de detención. Ayer se vió a Gayer paseando por Barcelona.

Ya bajo arresto, incapaz de soportar el interrogatorio, harto de tanta vejación, acabó por firmar una declaración jurada en la que testificaba que Beimler había sido asesinado por una bala fascista, asumiendo de ese modo su derrota, dando la espalda a la verdad y claudicando ante las presiones de sus torturadores. Humillado, sin prebendas en las que sujetarse, afirmó ante el juez haber dicho la verdad sin ser intimidado bajo ninguna coacción, «estando siempre dispuesto a reconocer personalmente estos hechos en cualquier momento y en cualquier circunstancia». Rendido ante la cruda realidad, convertido en un pobre hombre, un don nadie, dejó de ser visto como una amenaza por el Servicio Especial. Poco después, durante el mes de noviembre, sería puesto en libertad. Salió de la cárcel sujeto a la promesa de no hacer nada que pudiera dañar a la República o comprometiera a sus captores.

Cuando esa mañana de otoño de 1937 salió de la cárcel Modelo y tomó el camino a casa esperando encontrar el calor de los suyos, el de su compañera Irene y algún que otro camarada de quien, irremediablemente, comenzaba a sospechar, hacía ya mucho tiempo que Antonia Stern había sido expulsada del país. Arrastrando sus pies por una ciudad trampa, repleta de espías y delatores, percutida por un runrún monótono e insistente que le aconsejaba hacerse a un lado, Gayer era ya, en ese momento, un hombre derrotado. Había perdido la compasión de sus antiguos aliados, no contaba con ellos, ya nadie le esperaba al otro lado. Era un completo apestado. Hacía tiempo que se sentía incapaz de mantener la mirada a un desconocido, incluso, le costaba mirarse al espejo, sabedor de sus traiciones y miserias. Era un hombre sin mimbres que caía a plomo ante el primer embiste, huérfano de un mundo reducido a la nada. Sí, por qué negarlo, Gayer era un traidor. Eso pensaba él mismo mientras se dirigía a casa. Tendría que vivir con ello, se autoconvencía.

Casi un año más tarde, el 16 de mayo de 1938, encontramos a Gayer alejado del mundo de la política, poniendo sus cinco sentidos en la simple supervivencia. Deambulando por una ciudad en guerra, ya casi derrotada, Gayer apareció en una relación nominal de ex-

tranjeros que habían solicitado carta de identidad profesional para trabajar en España:

> Gayer (Max), checoslovaco, comercio, venta de baratijas, Barcelona.

Gayer era entonces un hombre hundido, hueco, abrumado por la impunidad flagrante y el desplome moral que lo rodeaba, un tipo que debía tragarse el orgullo para tirar hacia adelante, vagando por la ciudad malvendiendo baratijas a cambio de nada, habéis oído bien, a cambio de nada, para, tal vez, con un poco de suerte, arrebatarle a la vida un halo de esperanza, lo mínimo para no desfallecer.

**

El hecho de que Beimler fuera acribillado por su propia gente, ha sido refrendada últimamente con motivo de un descubrimiento que tuvo lugar en los Archivos Federales de Suiza. Se trata de una nota del informante Arthur Bay, fechada el 3 de febrero de 1938, en la que señalaba a un principal sospechoso, un tal Richard Kindermann:

> El asesinato del exdiputado comunista Hans Beimler, de quien la prensa comunista informó falsamente que había caído en el frente, ha sido obra de Richard Kindermann (del Grupo de Herz)

¿Se refería a Sazja Kindermann, o bien hablaba de Richard Staimer, el principal sospechoso? ¿A quién de los dos señalaba? ¿A qué se debía esa confusión? Enigmas aún por resolver.

Mientras tanto, al cabo de ochenta y seis años, y sin poder dar respuesta a un sinfín de preguntas, el pasaporte de Max Gayer sigue mordiendo polvo en un archivo de Moscú, ahí está, a la espera de que alguien explique su historia (ver la imagen que ilustra este capítulo).

# La huida

A las cinco de la mañana del 20 de mayo de 1937, avanzando tranquilo y confiado hacia al parapeto de guardia para relevar a su compañero Harry Milton, diez días después de que regresara a su puesto en el frente de Huesca, en una zona comprendida entre La Almunia y Los Cierzos Bajos, mientras relataba en tono jocoso a un compañero adormilado, medio ausente, alguna de sus aventuras por el París de finales de los años veinte, la silueta que dibujaba en el crepúsculo su altura descomunal, desproporcionada, trampa mortal en una guerra de trincheras, le jugó una mala pasada, recibiendo el impacto de una bala enemiga que, proveniente de la torre de la iglesia, perforó su garganta dejándole inconsciente a los pies de sus compañeros. La vida, como un destello, parecía escurrirse entre sus dedos. El cuerpo de Orwell yacía inerte en un hueco de la trinchera. Milton, Branthwaite y Frankford se miraron los unos a los otros sin saber qué hacer, uno lo dio por muerto, los otros dos maldijeron al enemigo, mientras el camillero Webb llegaba corriendo con el botiquín en el mano. Milton, recordaría años más tarde, que teniéndolo apoyado en su regazo, mientras la sangre brotaba de su boca, a un paso del más allá, Orwell le había pedido que le dijera a Eileen que la amaba. La vida, sin embargo, le daría una segunda oportunidad.

Meses más tarde, sobrellevando como podía las secuelas de ese balazo que había estado a punto de costarle la vida, Orwell reviviría ese momento fatídico en el manuscrito que se convertiría en *Homenaje a Cataluña*:

> A las cinco de la mañana me encontraba en el vértice del parapeto. Esa hora siempre era peligrosa. Teníamos la aurora a nuestras espaldas y si se asomaba la cabeza quedaba claramente recortada contra el cielo. Estaba hablando con los centinelas antes del cambio de guardia. De pronto, en mitad de una frase, sentí...es muy difícil describir lo que sentí, aunque lo recuerdo en forma muy vivida [...]. Hubo como un fuerte estallido y un fogonazo cegador a mi alrededor, sentí un golpe tremendo, no dolor, sólo una sacudida violenta, como la que produce una descarga eléctrica. Luego una sensación de absoluta debilidad, de haber sido reducido a la nada.

Orwell había salvado la vida de milagro, la bala no había alcanzado la arteria carótida por unos milímetros. Mientras recuperaba la conciencia en el suelo de aquel parapeto inmundo, infestado de ratas, entendió que su aventura española había llegado a su fin. En un acto de obligada cordura, recapacitó pensando que debía regresar cuanto antes a casa. Tras pasar por los hospitales de Barbastro y Lleida, donde entabló amistad con otros soldados convalecientes, fue trasladado a Barcelona, al Sanatorio Maurín, donde, como vimos, coincidió con la doctora Charlotte Margolin.

Tres días después, mientras Orwell yacía convaleciente en un hospital de campaña del frente de Aragón, Alexander Orlov, líder del NKVD en España, escribía una carta a sus superiores en la que destapaba la maniobra diseñada por él mismo para probar la conexión del POUM con los partidos fascistas:

> ... Hemos compuesto un documento [se trataba de un informe firmado por un supuesto agente fascista que declaraba haber tenido un encuentro con Nin] que probaría la conexión del líder del POUM con la organización Falange Española —y a través de ella, con Franco y Alemania— [...]. Esperemos que este asunto sea muy eficaz en la exposición del papel que ha desempeñado el POUM en el levantamiento de Barcelona [se refiere a los Hechos de Mayo].

Seis días más tarde, en la tarde-noche del 29 de mayo, tras un viaje agotador, Orwell llegó a la Estación del Norte dispuesto a

conseguir como fuera la licencia que le permitiría alcanzar su objetivo más preciado en ese momento: volver a Wallington. Georges Kopp y Eileen ya lo esperaban en el andén.

Diez días más tarde, Kopp relataría en una carta dirigida a Lawrence O'Shaughnessy, hermano de Eileen, de qué manera habían transcurrido esas primeras horas de Orwell en Barcelona (British Library, Mss. Add. 49384):

> ... Habían ordenado que se trasladara a Eric a Barcelona y fuimos a recogerlo a la estación [Estación del Norte]; cuando lo vimos tenía afonía casi completa y un poco de fiebre. El dolor del costado izquierdo ya le había desaparecido. El del brazo (supuestamente de origen nervioso) seguía sin cambios. El médico del hospital de Tarragona le había explicado a Eric aquella misma mañana que tenía la laringe rota y que nunca volvería a hablar con normalidad. En realidad, Eric podía articular cualquier sonido comprensible, pero débilmente y con esa carraspera de los frenos de un Ford T muy anticuado. A más de dos metros de él ya no se le oía. Eric llegó al Sanatorio Maurín el día 29 de mayo a las 10 de la noche, tras viajar 90 km en un vagón restaurante sin comodidades especiales. A las 11 de la noche tenía 37 grados y 8 décimas de temperatura. Le dieron una aspirina y se fue a la cama de inmediato, sin comer nada.

Acostumbrándose a regañadientes a su nueva condición de inválido, el 8 de junio escribió una carta aclaratoria a su amigo Cyril Connolly:

> Si consigo los papeles de la licencia, estaré en casa en menos de quince días. He recibido una herida fea, en realidad no muy grave, un balazo en el cuello, destinado a matarme, pero que sólo me ha producido dolores nerviosos en el brazo derecho y me ha dejado casi sin habla. Los médicos de aquí no parecen estar seguros de si recuperaré la voz o no. Yo creo que sí, porque unos días la tengo mejor que otros, pero en cualquier caso quiero estar de vuelta a casa para que me traten como es debido. He estado leyendo uno de tus artículos sobre España en un *New Statesman* de febrero. Es todo un mérito que el *New Statesman* sea el único periódico, aparte de un puñado de publicaciones oscuras como el *New Leader*, donde no se expresa el punto de vista comunista. El reciente artículo de Liston

> Oak sobre los problemas de Barcelona era muy bueno e imparcial. Yo he vivido todo el asunto y sé que casi todo lo que han dicho los periódicos es mentira. Gracias también por decir públicamente que a buen seguro escribiré un libro sobre España, porque tal es mi intención en cuanto se ponga bien este puñetero brazo. He visto cosas asombrosas y por fin creo de verdad en el socialismo, como nunca lo había hecho hasta ahora. En general, aunque siento no haber visto Madrid, me alegra haber estado en un frente relativamente poco conocido, entre anarquistas y gente del POUM en vez de entre brigadistas, como habría sido el caso si hubiera venido a España con credenciales del Partido Comunista de Gran Bretaña y no con las del ILP.

Estas últimas palabras de Orwell, escritas desde el Sanatorio Maurín, son especialmente relevantes, ya que reflejan esa transición ideológica que estaba atravesando, decantándose hacia posturas inequívocamente socialistas y profundamente antitotalitarias, señalando por el camino las maniobras de los estalinistas para tomar el poder.

Durante el exceso de tiempo libre del que gozó durante su convalecencia, Orwell se dedicó, entre otras cosas, a deambular por los alrededores del sanatorio. En la falda del Tibidabo, reflexionó con claridad sobre lo que había ocurrido y seguía ocurriendo en las calles de Barcelona, reafirmándose, como dejaría escrito más adelante, en su compromiso con la causa antifascista.

Con la ciudad a sus pies, tomó consciencia de las tretas estalinistas y lo lejos que estas podían llegar. Se percató de la impunidad de sus fuerzas policiales e, impotente, asumió que ya no había nada que pudiera hacer en España. Quizás fue entonces, entre paseo y paseo, cuando entendió que la manera de enfrentarse a la maquinaria estalinista, al menos la única que estaba en sus manos, era hablar de ello, contar la verdad y desenmascarar sus mentiras. Mientras pensaba en ello, tomaba conciencia de que esa experiencia, la vivido en ese país extraño, como antes había ocurrido en Wigan, París, Londres o Birmania, lo estaba transformando por dentro.

Meses más tarde, inmerso en el fervor de la escritura de *Homenaje a Cataluña*, describiría sin tapujos el clima de sospecha que lo invadía todo:

> Durante las últimas semanas que pasé en Barcelona, el aire estaba viciado por una desagradable atmósfera de sospecha, temor, incertidumbre y odio velado. Las luchas de mayo habían causado efectos imborrables. Con la caída del gobierno de Caballero [Francisco Largo Caballero] los comunistas conquistaron definitivamente el poder; el orden interno había ido a parar a manos de ministros comunistas y nadie dudaba de que aplastarían a sus rivales políticos en cuanto tuvieran la primera oportunidad [...]. Los espías de la policía estaban por todas partes. Las cárceles continuaban abarrotadas de personas detenidas durante los sucesos de mayo, y había más presos —por supuesto, siempre anarquistas y miembros del POUM— que continuaban desapareciendo en ellas solos o acompañados [...]. Grupos armados de Guardias de Asalto recorrían las calles, los Guardias Civiles [se refiere a la Guardia Nacional Republicana] seguían ocupando cafés y otros edificios en puntos estratégicos, y muchos de los locales del PSUC todavía estaban protegidos con sacos de arena y barricadas. En diversos puntos de la ciudad había retenes de Guardias Civiles o Carabineros donde se paraba a los transeúntes y se examinaba su documentación. Todos me advirtieron de que no mostrara mi credencial de miliciano del POUM y me limitara a presentar el pasaporte y mi certificado del hospital. Que se supiera que había servido en la milicia del POUM era ya ciertamente peligroso [...]. No es fácil describir la atmósfera de pesadilla de ese periodo, el peculiar malestar creado por los rumores siempre cambiantes, la prensa censurada y la presencia continua de hombres armados ...

El 10 de junio, Orwell ya podía mover el brazo con soltura. Eileen escribió a su hermano Lawrence, confirmando los avances:

> Eric está mucho mejor, aunque no hay quien lo convenza para que lo admita. El estado de voz mejora despacio, es cierto, pero ya mueve el brazo con más soltura, aunque le sigue doliendo mucho de vez en cuando. Come como el que más, pasea y puede realizar cualquier tarea con eficacia durante un breve espacio de tiempo. Sin embargo, está rabiosamente deprimido.

No cabe duda de que ese estado depresivo era fruto del desengaño que estaba padeciendo. Darse cuenta de que la alianza antifas-

cista era una farsa, percatarse de que tanto esfuerzo no había valido la pena, era suficiente para hundir a cualquiera.

Algunos días antes, seguro después del 5 de junio, momento en el que estaba fechada la misiva, Eileen, sumergida en este ambiente de sospecha y velada conspiración, recibió una carta de su compatriota David Wickes, agente encubierto de la NKVD que por entonces se encontraba en la Escuela de Oficiales de Albacete (RGASPI. F. 545. Op. 6.D.107):

Socorro Rojo Internacional
Plaza de Altazana, Albacete, 5/06/37

Mi querida Eileen,

Cuando mencionaste que un caballero estadounidense se dirigía a ti como Eileen, aunque nunca te había hablado anteriormente, me sorprendió un poco, incluso si por tu manera desprevenida de hablar me estabas colocando en la misma categoría que él. No obstante, la falta de respuesta a mis torpes intentos para ganarme tu amistad me dejó inseguro, incluso si piensas de mí en una manera positiva. Me gustaría que así lo hicieras, porque me gustas y te admiro. No puedo escribir sobre la situación militar y política, ni sobre mis propias actividades. He cumplido mis planes y probablemente acabaré como intérprete, aunque preferiría tener un papel más activo, francamente, me conformo con lo primero.

Wickes cerró la carta con una petición inequívoca: «Recomiéndame a John McNair». Lo tenía absolutamente claro. En la escuela de espionaje de Albacete le habían dado instrucciones precisas: debía infiltrarse, por cualquier medio, en el círculo de angloparlantes que conformaban los militantes antiestalinistas. Ganarse su confianza era una prioridad estratégica. El primer paso, sin embargo, lo había dado en Londres, donde se puso en contacto con Gwen O'Shaughnessy, la hermana de Eileen, con quien acabaría llegando a Barcelona el 20 de mayo, trayendo suministros médicos para las milicias del POUM, tapadera perfecta para ganarse su confianza.

Días después, el 15 de junio, y en un ambiente cada vez más tenso y enrarecido, Orwell se vio obligado a regresar al frente.

Debía pasar una inspección médica, imprescindible para conseguir la licencia que le libraría para siempre de sus compromisos militares. Entre el día 15 y el 20 recorrió en ambulancia varios pueblos del este de Aragón: Siétamo, Barbastro y Monzón. En ninguno de esos lugares, ya míticos en su memoria, le informaron de que el POUM había sido ilegalizado. No lo hicieron por algún tipo de estrategia premeditada, nada que ver, simplemente no sabían lo que estaba pasando. Los medios, en ese momento, no hablaban de ello. Pocos días después, Orwell tuvo la amarga experiencia de descubrir que, en su ausencia, el POUM había sido declarado ilegal.

Un día después de que Orwell partiera hacia el frente para conseguir su ansiada licencia, la cúpula directiva del POUM fue detenida al completo en Barcelona. La policía, que, según Julián Gorkin, estuvo siempre acompañada por dos agentes de la NKVD, irrumpió en el Hotel Falcón y detuvo a todos los milicianos de permiso que estaban alojados, en su mayoría extranjeros. Al día siguiente por la mañana, el POUM fue definitivamente ilegalizado. La detención masiva de militantes se produjo a lo largo de las siguientes jornadas.

Cuando la tarde-noche del 20 de junio de 1937, Orwell regresó del frente a Barcelona, descubrió con una mezcla de terror y asombro que la policía estalinista lo estaba buscando. Es más, hacía ya días que su nombre aparecía en las listas de los que debían ser detenidos. Con el cansancio del viaje a cuestas, incapaz de vislumbrar el tamaño de la tragedia, llegó al vestíbulo del Hotel Continental dispuesto a reencontrase con Eileen. Ante su sorpresa, fue ella la que se precipitó sobre él. Lo hizo con una indiferencia extraña, inusual. Lo tomó del cuello y, con una sonrisa forzada hacia los allí presentes, muchos de los cuales eran informantes estalinistas, le susurró algo al oído lo que meses después describiría con detalle en *Homenaje a Cataluña*:

> —¡Lárgate!
> —¿Qué?
> —¡Lárgate de aquí enseguida!
> —¿Qué?
> —¡No te quedes ahí parado! ¡Tienes que salir de aquí enseguida!

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué quieres decir?

Me había tomado del brazo y me conducía ya hacia las escaleras. A mitad de camino nos encontramos con un francés, cuyo nombre no daré, pues si bien no estaba vinculado al POUM, nos ayudó mucho durante todo el jaleo. Me miró con rostro preocupado.

—¡Escuche! No debe venir por aquí. Salga inmediatamente y escóndase antes de que llamen a la policía.

En ese preciso momento, al final de la escalera, un empleado del hotel, miembro del POUM (aunque supongo que nadie lo sabía), salió furtivamente del ascensor y me exhortó en mal inglés a que me fuera. Yo seguía sin entender qué pasaba.

—¿Qué quiere decir todo esto? —pregunté en cuanto estuvimos en la acera.

—¿No te has enterado?

—¿Enterado de qué?

—El POUM ha sido disuelto. Sus edificios han sido confiscados. Prácticamente todo el mundo está en la cárcel. Y se comenta que han comenzado a fusilar a gente.

Conque era eso. Buscamos un lugar donde poder hablar. Todos los cafés de las Ramblas estaban llenos de policías, pero encontramos uno tranquilo en una calle lateral.

El amigo francés no era otro que Marceau Pivert, quien, alojado en el hotel y consciente del peligro que corría Orwell, se había unido a la conversación y le había aconsejado que se fuera, que saliera pitando de allí. Finalmente, tras mucho insistir, Eileen logró arrastrarlo hasta un café situado en una discreta bocacalle. Allí, le expuso la gravedad de la situación (Orwell en *Homenaje a Cataluña*):

Mi esposa comenzó a contarme lo que les había ocurrido a varios de nuestros amigos. Algunos de los ingleses y también otros extranjeros habían cruzado la frontera. Williams y Stafford Cottman no fueron arrestados durante el ataque contra el Sanatorio Maurín y permanecían escondidos en alguna parte. Lo mismo ocurría con John McNair, que había estado en Francia y había regresado a España cuando el POUM había sido declarado ilegal.

Pero, ¿qué había ocurrido en su ausencia? Un día antes de su par-

tida, el director general de Seguridad, el coronel Antonio Ortega Gutiérrez, había comunicado al ministro de Educación, Jesús Hernández Tomás, dirigente del PCE, que el jefe de la NKVD en España, Alexander Orlov, le había indicado que debía detenerse cuanto antes a todos los dirigentes del POUM, alegando que existían pruebas documentales contundentes que los relacionaban con el espionaje fascista. Exigiéndole discreción, el plan debía mantenerse en secreto, ya que algunos de los miembros del gobierno, como era el caso del ministro de Gobernación, Julián Zugazagoitia, cercano a algunos de los líderes del POUM, podrían advertirles de su detención.

El 16 de junio, Andreu Nin, por aquel entonces secretario político del POUM, fue detenido en las Ramblas por un grupo de policías a las órdenes de la NKVD. Luego vendría el turno del resto de dirigentes del partido. Al día siguiente, a escasos metros donde había sido detenido Nin, seis policías de paisano irrumpían sin una orden de detención en la habitación de Eileen en el Hotel Continental. El registro duró apenas dos horas y se llevaron consigo una gran cantidad de documentos. Quién sabe por qué, Eileen no fue detenida. Es probable que la policía la estuviera utilizando como señuelo para localizar al resto de sospechosos, entre ellos el propio Orwell.

Un informe del Tribunal de Espionaje de Alta Traición, fechado el 10 de julio de 1937, cuando Orwell y Eileen ya estaban en Inglaterra, detalló el material requisado en el registro (RGASPI. F. 545. Op. 6.D.107):

> Lista de materiales de Eileen Blair
>
> I. Correspondencia intercambiada entre Eileen y Eric Blair.
>
> II. Huellas dactilares:
>
> Recortes de periódicos, manifiestos, folletos, periódicos, tarjetas de arte, etc.
>
> III. Correspondencia de G. Orwell (alias Eric Blair) sobre su libro *El camino a Wigan Pier* [entre ellas una carta de Serguéi Dinamov, entonces redactor jefe de *Literatura Internacional*, una revista mensual de orientación literaria y política, editada en la Unión Soviética entre 1933 y 1943, y vinculada directamente a la Komintern].

IV. Escritura de registro de domicilios Telegramas Fotógrafos y diversos negativos, entre los que destaca una foto con inscripción «Eric y Eileen, Easter 1910». Cartas de las familias.

Varios materiales, cartas de recomendación, etc.

1 carta de Douglas Moyle, del ILP, a Eileen Blair fechada el 6 de junio de 1937, donde le aconseja que regrese de España con Parker.

1 carta de Charles Saez, Glasgow, a su familia en la Atrabesia, Baracaldo, Vizcaya con fecha del 5 de mayo de 1937.

Chequera de los meses de octubre y noviembre de 1936 probablemente de Eric Blair.

1 nota firmada por Peter Eastway reconociendo haber recibió la suma de 50 Pesetas de la Sra. E. Blair en título de préstamo.

1 pase de libre circulación emitido en Barcelona a 17 de marzo de 1937 a favor de Eileen Blair bajo la disciplina del POUM, firmado Pere Bonet del Comité Ejecutivo.

1 pase de libre circulación expedido por el División Lenin el 14 de marzo de 1937 autorizando a Eric Blair a ir a Barcelona por motivos de Servicio [¿Había regresado Orwell a Barcelona antes de que llegara de permiso a finales de abril? ¿Por qué, con qué intención?].

Nota firmada por Georges Kopp con el siguiente texto:

«La compañera inglesa Blair es la mujer de un miliciano de la División Lenin (POUM) y se ruega a todos de dejarla pasar, si hace falta, llame al Comité Ejecutivo del POUM, al que suscribe y que es responsable de la guardia de dicho comité».

1 Carta de recomendación del Servicio de Propaganda de la FAI en favor de Eric Blair para ingresar en el sindicato [¿Pretendía Orwell ingresar en el sindicato anarquista?].

El mismo día del registro se hizo pública la ilegalización del POUM, iniciándose a partir de entonces la confiscación de todos sus bienes: oficinas, sedes, sanatorios, puestos de libros, centros del Socorro Rojo, etcétera. Durante las siguientes veinticuatro horas, tuvo lugar el arresto masivo de gran parte de los militantes extranjeros del partido: Ewald y Ella König, Hans Sittich, Elsa Homberger, Karl Heidenreich, Ernst Steinhoff, Charles y Lois Orr, Georges Kopp, entre muchos otros.

Richard Rees, director de la revista *Adelphi* y conductor de ambulancias del Spanish Medical Aid Committee en España, se topó con Eileen en una de esas mañanas difíciles, llamándole especial-

mente la atención su actitud «temerosa y aturdida». Richard recordó que tras ofrecerle ir a tomar algo, Eileen había rechazado la invitación explicándole que le preocupaba que le vieran con ella por la calle, «era muy peligroso», le había advertido, «...muy peligroso».

Entre los amigos de Eileen que se habían librado milagrosamente de la detención se encontraba David Crook, un voluntario londinense de veintisiete años que había llegado a Barcelona el 4 de enero de 1937 con la intención de enrolarse en las Brigadas Internacionales. Meses atrás, tras recibir una instrucción exprés en Albacete, fue trasladado al valle del Jarama con la misión de defender la carretera de Madrid a Valencia en el momento en que las tropas golpistas avanzaban hacia la capital. Herido en la pierna en la oscuridad de la noche, en lo alto de una colina que meses después bautizarían como la de «los suicidas», fue trasladado en ambulancia a Madrid, ciudad donde permaneció poco más de siete semanas. Aburrido, sin mucho más que hacer que esperar una pronta recuperación, frecuentó el Hotel Gran Vía, alojamiento donde, según le había advertido, se reunían los periodistas de habla inglesa. Años después, desde su exilio en China, el propio Crook describiría esas veladas inolvidables del Hotel Gran Vía:

> Abajo, en el sótano, estaba el restaurante del hotel, fue allí donde me topé con una apabullante galaxia literaria: Ernest Hemingway y Martha Gellhorn, el torero de Brooklyn, Sidney Franklin, el poeta Stephen Spender, el escritor indio Mulk Raj Anand, Sefton Delmar del Daily Express o Herbert Mathews del New York Times. Nunca llegué a intimar con ninguna de aquellas celebridades, aunque todos fueran afables y cercanos conmigo. Recuerdo una velada dramática en la habitación de Hemingway (situada en el piso más alto y peligroso, por supuesto) donde charlamos sobre la guerra, el amor y la muerte, amenizados por las bombas y mucho vino.

En ese ambiente festivo, conoció a una periodista canadiense llamada Jean, quien, al parecer, ejercía como corresponsal de prensa del Partido Comunista de su país. Enamorado perdidamente, la seguía allí a donde iba. Jean residía con otros compatriotas en la sede del Instituto Hispano Canadiense de Transfusión de Sangre, dirigido por el prestigioso médico Norman Bethune. Fue allí

mismo, cuando durante una noche de principios de marzo, el francés Georges Soria, corresponsal de *L'Humanité* y agente encubierto de la NKVD, después de haberlo escuchado hablar mal de Trotski, se le acercó para preguntarle entre susurros si estaría dispuesto a colaborar con el partido. Fue así como lo captaron para la causa estalinista, pero no fue fácil, tuvo que pasar un sinfín de filtros, siendo entrevistado, entre otros, por Orlov y Belyaev. Finalmente, en abril, fue enviado a la Escuela Militar Superior de las Brigadas Internacionales en Pozo Rubio, Albacete, donde recibió un curso intensivo en técnicas de sabotaje y espionaje, siendo Ramón Mercader uno de sus instructores. Convertido en espía, fue enviado a Barcelona con la misión de hacer labores de contraespionaje y vigilancia. Dejemos que sea el propio David quien nos lo explique:

> Llegué a Barcelona en la noche del 27 de abril. Recuerdo una habitación con poca luz de un hotel situado en el elegante Paseo de Gracia [puede que se refiera al Hotel Majestic, donde solían alojarse los soviéticos], donde media docena de figuras sombrías discutían en tres idiomas (ruso, español e inglés) mientras se ponían de acuerdo en lo que tenía que hacer. Me habían ordenado que espiara a uno de los bandos opuestos en el conflicto inminente: el POUM y sus aliados. Esto también incluía a los anarquistas. De especial interés para mí era el ILP, con quien estaba alineado George Orwell. Mi enlace iba a ser un tal Sean O'Brien, un personaje bastante agradable, aunque menos genial de lo que sugería su nombre.

Sean O'Brien era el alias de Hugh O'Donnell, un irlandés de treinta y ocho años que ejercía de responsable de la British Medical Unit. Bajo esta identidad ficticia, actuaba como agente de inteligencia de los servicios secretos soviéticos. Supervisor de los informantes de habla inglesa que trabajaban para la NKVD, O'Brien era la persona a quien Crook debía entregar sus informes. Dotado de una nueva identidad facilitada por sus superiores, corresponsal de un semanario británico cuyas credenciales se habían falsificado en Londres, Crook fue destinado al Hotel Continental con la misión de fraternizar con los militantes del ILP que ahí residían. Durante días, redactó informes desde un piso franco alquilado por el cónsul soviéti-

tico en el número 411 de la calle Muntaner, domicilio que era gestionado por una pareja de alemanes excéntricos de mediana edad, Gertrude y Anatol. Crook fue, poco a poco, perfeccionando su nueva faceta de espía, elaborando coartadas e intimando con sus investigados, fotografiándolos y ganándose su confianza. Después de pasar un rato con ellos, sin llamar demasiado la atención, previniendo que nadie lo siguiera, regresaba de nuevo al piso franco de la calle Muntaner, donde documentaba lo que luego entregaría discretamente a O'Brien en un café cualquiera de la ciudad.

En el Hotel Continental no sólo coincidió con militantes del ILP con los que debía confraternizar, también se topó, y esto supuso un problema, con genuinos camaradas como William Rust, corresponsal del *Daily Worker*, o Wally Tapsell, comisario político del batallón británico estacionado en Albacete, con quienes tuvo que aparentar desacuerdo, expresando en público puntos de vista en los que no creía, esforzándose constantemente por parecer un elemento crítico, descontento con todo lo que provenía de la III Internacional.

Una nota redactada por un agente anónimo del Servicio de Extranjeros del PSUC y fechada en un día indeterminado entre finales de mayo y principios de junio, confirmaba el seguimiento del matrimonio Blair (RGASPI. F. 545. Op. 2.D.148):

> David Leslie Wickes, llegada 20/5 y salida 22/5.
> Georges Kopp está en el hotel. POUM.
> José Kumela, llegada 22/5 y salida 24/5.
> B. Williams. Fuera por ocho días. Periodista.
> C. Salter. Fuera por ocho días. Periodista.
> David Crook está en el hotel. POUM.
> Sra. Blair está en el hotel. POUM.
> McNair está en el hotel. POUM.
> Braithwaite está en el hotel. POUM.

En la lista aparecen los británicos David Wickes y David Crook, los agentes encubiertos de la NKVD que aparentaban en público ser simpatizantes del POUM. Los acompañan verdaderos militantes del ILP, como Georges Kopp, Eileen Blair, John Braithwaite, John Mc-

Nair y Bob Williams, un tal José Kumela, que bien podría hacer referencia al famoso actor José Comella, mejor conocido como José Alcántara, artista de la Fox que se encontraba por entonces en Barcelona, así como el corresponsal del conservador *Daily Mail*, Cedric Salter.

Crook no solo se ganó la confianza de sus investigados construyendo un relato de indignación y malestar que apuntaba a los estalinistas como los principales causantes de sus males, también siguió haciendo labores de contraespionaje que lo llevaron, entre otras cosas, a colarse en lugares como las oficinas del ILP y bares donde solían reunirse sus militantes:

> A unos doscientos metros de las Ramblas, del mismo lado del Hotel Continental, había un edificio ocupado por el POUM. En uno de los pisos superiores estaba la oficina de la ILP [el cuarto piso]. Después de entablar amistad con sus miembros, lo cual no me tomó demasiado tiempo, entraba y salía del edificio sin levantar sospechas, ya que los guardias catalanes apostadas en la entrada no me veían como un extraño, sino como uno de los tantos camaradas ingleses que solían entrar y salir. Los británicos se habían adaptado perfectamente a la larga hora del almuerzo de los españoles y quizás también al hábito de la siesta, algo que me abrió las puertas de sus oficinas.

Meses después, con Orwell y Eileen de vuelta en Wallington, David Crook fue detenido por el Departamento Especial de Información del Estado. No era más que un paripé, una estrategia elaborada a conciencia por la policía estalinista para utilizar a Crook como señuelo. El plan consistía en hacerlo detener para no levantar sospechas sobre su compromiso militante. Ya en la cárcel, se dedicó a recaudar información de la boca de los detenidos. Estando en la Modelo, siguiendo el plan marcado por la NKVD, Crook fue interrogado por Alfredo Herz (RGASPI. F. 545. Op. 2.D.145):

> En agosto o septiembre de 1937 [David Crook] fue detenido por el DEDIDE y tuve que interrogarle. Antes del interrogatorio, mi jefe, el Camarada Moritz [Hubert von Ranke], me explicó que Crook fue detenido a instancias de los amigos [Orlov y compañía], y

que se le había encerrado en la misma celda que Georges Kopp. Que la intención era poner a Crook en libertad algunos días más tarde, para que uno de nuestros confidentes que, previamente había entablado buenas relaciones con Crook, obtuviera de su boca todos los detalles de sus conversaciones con Kopp. Mis instrucciones eran de conducir el interrogatorio como si ignorara todo eso, pero teniendo en cuenta que Crook sería próximamente puesto en libertad. Yo tenía, además, que advertir a Crook, eso sí, de manera casual, que dentro de poco obtendría su libertad. El motivo de esta advertencia era inducirle a que tomara un recado de Kopp para sus amigos. Durante los interrogatorios, Crook manifestaba que no era trotskista, pero sí simpatizaba con varias de sus ideas. Que sus simpatías iban dirigidas a los militantes del POUM que se lanzaron a la calle durante los Hechos de Mayo. Entre otras cosas, Crook firmó una declaración en el siguiente sentido:

«A mi liberación tengo la intención de escribir y publicar un libro sobre las malas condiciones de esta cárcel. Reconozco que su publicación hará mucho daño a la República en su lucha contra el fascismo, pero, a pesar de eso, tengo la intención de seguir con el proyecto de publicarlo».

Del interrogatorio de Crook resultó también los datos siguientes:

Crook era inglés, había vivido en América y Canadá. Había venido como periodista a España en 1937. Estuvo algunos meses en el Batallón inglés de las Brigadas Internacionales, de las que fue dado de baja en mayo 1937 por razones de salud. Vino entonces a Barcelona donde entabló amistad con los que siguen: Ethel MacDonald, responsable de la sección inglesa de la FAI; Eileen Blair, amiga íntima de Georges Kopp y secretaria particular de John McNair; Eric Blair, marido de Eileen, jefe del contingente del ILP que luchó con una División del POUM, durante los Hechos de Mayo dirigió un ataque desde el Comité Ejecutivo del POUM contra el Café Moka de la Rambla; John McNair, representante de la sección inglesa del POUM y el ILP en Barcelona; y según parece con Georges Kopp.

Poco después de la liberación de Crook, la celda de Kopp fue examinada y se encontró dos cartas hechas añicos. Reunidos los trozos rotos, se averiguó que eran escritas por Kopp y Crook y dirigidas a Ethel MacDonald, con la que Crook tenía relaciones de amistad. En una de esas cartas, Kopp había dibujado un croquis que señalaba el lugar por donde los detenidos recibían información del exterior.

Después de la huida al extranjero de Eileen Blair, a raíz de los Hechos de Mayo, Crook mantuvo correspondencia epistolar con ella, en la que, a sus instancias, remitió dinero a Kopp.

En la primavera de 1938, fui advertido por William Rust, miembro del Buró político del Partido Comunista de Gran Bretaña, en España en calidad de corresponsal del Daily Worker, que tenía información sobre Crook, el cual, según decía, se había comportado muy bien con el Batallón Inglés y que en Barcelona mostraba tendencias trotskistas en sus conversaciones. Después, Copeman, comandante del Batallón Inglés, de paso por Barcelona, se encontró a Crook y le preguntó qué le había pasado, que Rust le tenía por trotskista. Entonces Crook le contestó que era todavía comunista, pero tenía que dar la impresión de que era trotskista y que estaba muy contento de comprender que Rust le consideraba como trotskista, porque esto facilitaba su trabajo. Más tarde Rust me comunicó que Crook trabajaba en la Embajada Soviética.

Todas estas informaciones fueron comunicadas por mí al camarada Peter [Erno Gerö, alias Pedro] y más tarde al preguntarle si Crook era confidente de los amigos o no, para en caso positivo advertir a mis informadores que no le pusieran trabas a Crook en el desarrollo de su trabajo, me contestó que no le trajese más informaciones sobre Crook.

El informe de Herz dejaba en claro que Crook formaba parte del entramado del espionaje soviético. Pero no era el único: por la ciudad deambulaban otros informantes de los servicios de inteligencia, infiltrados en bares, cafés, hoteles y burdeles. Alemanes, húngaros, ingleses, rusos... todos entrelazados en una telaraña de conexiones que resultaba casi imposible de esquivar. Atrapados en esta maraña, Eileen y Orwell se vieron obligados a separar sus caminos. Orwell lo describe en *Homenaje a Cataluña*:

Evidentemente, era más seguro que mi esposa permaneciera en el hotel, al menos por el momento. Si intentaba irse, la seguirían de inmediato. En cuanto a mí, tendría que ocultarme, perspectiva que me repugnaba. A pesar de los innumerables arrestos, me resultaba casi imposible creer que estuviera en peligro. Todo aquello me parecía demasiado insensato, pero la misma negativa a tomar en serio ese estúpido ataque había hecho que Kopp terminara en la

cárcel. Yo me repetía sin cesar: «¿Por qué habrían de querer arrestarme? ¿Qué he hecho yo?». Ni siquiera era miembro del POUM. Sin duda, había portado armas durante los Hechos de Mayo, pero lo mismo hicieron, supongo, cuarenta o cincuenta mil personas. Además, necesitaba dormir urgentemente algunas horas. Prefería correr el riesgo y regresar al hotel. Mi esposa se negó en redondo. Pacientemente me explicó la situación. No importaba lo que hubiera hecho. No era una redada corriente de delincuentes, sino el reinado absoluto del terror. Yo no era culpable de ningún acto definido, pero sí de «trotskismo». Haber luchado en la milicia del POUM bastaba para terminar en la cárcel.

Durante tres días y tres noches Eileen y Orwell, alejados uno del otro, vivieron en las sombras. El día 21 de junio, el *Daily Worker*, órgano de prensa del Partido Comunista de Gran Bretaña, hacía pública la versión conspiratoria:

> Trotskistas españoles conspiran a favor de Franco. Como resultado del arresto de un gran número de trotskistas destacados en Barcelona y otras ciudades se han puesto al descubierto —durante el fin de semana— detalles de uno de los más detestables actos de espionaje que se hayan conocido jamás en tiempos de guerra, y de la más horrenda traición trotskista nunca revelada.

Fue entonces cuando Orwell y Eileen, convencidos de su detención, diseñaron su plan para abandonar España (Orwell en *Homenaje a Cataluña*):

> Debíamos pensar en la manera de salir de España. No tenía sentido permanecer allí con la certeza de un arresto más tarde o más temprano. En realidad, ambos hubiéramos preferido quedarnos y presenciar el desenlace de los acontecimientos. Pero yo preveía que las prisiones españolas serían sitios espantosos (en realidad, eran peores de lo que imaginaba), y una vez que se entraba en la cárcel, nunca se sabía cuándo se saldría; además, mi estado de salud era bastante malo, aparte del dolor en el brazo. Quedamos en encontrarnos al día siguiente en el consulado británico, donde también acudirían Cottman y McNair. Probablemente se necesitarían un par de días para regularizar nuestros pasaportes.

El 21 de junio por la mañana, Eileen, McNair, Cottman y Orwell se citaron a las puertas del Consulado Británico —calle Jonqueres, 18— con la intención de obtener los papeles que les permitirían abandonar España legalmente. McNair llevaba consigo una noticia trágica: Bob Smillie había muerto en Valencia. Según las autoridades, por un supuesto ataque de apendicitis. La sangre les hervía por dentro. Ellos podían ser los próximos. Tras cerciorarse de que el Consulado Británico tardaría tres días en preparar sus pasaportes, Eileen se despidió de sus compañeros con el miedo en el cuerpo. ¿Los volvería ver? McNair, Cottman y Orwell, conscientes del peligro que se avecinaba, comenzaron a deliberar sobre cómo deberían pasar el tiempo sin llamar la atención. ¿Dónde pasarían la noche? ¿En qué lugar se asearían? ¿Qué les convenía, comer en restaurantes de lujo o en tascas de mala muerte? ¿Qué barrio deberían frecuentar? ¿Cuál era, en definitiva, la mejor manera para pasar desapercibidos?

La primera noche, en medio de un frío glacial para ser junio, durmieron en un solar abandonado, protegidos por unas hierbas altas al borde de un edificio en construcción. Todo había cambiado tanto y tan deprisa, en una proporción tan exagerada, que no pudieron hacer otra cosa que no fuera afianzarse en su impostura. La mejor manera de pasar inadvertidos era interpretar un papel, actuar como si fueran otros. Así fue como decidieron disfrazarse de turistas ingleses, algo que, por otra parte, no les costó demasiado. Durante varios días, practicaron el arte del engaño, viviendo desenfadada y alegremente, como si no estuviera pasando nada a su alrededor. Ciegos y conformes, aparentemente impasibles ante las mentiras de los medios, no podían evitar que la rabia les carcomiera por dentro. Perfumados como frívolos burgueses, brindaban con champán en los mejores restaurantes de la ciudad, ahora llenos a rebosar. Dejaban propinas exageradas y trataban a los camareros con displicencia, como lo harían unos señoritos adinerados que llegaban de regreso de una larga estancia en los infiernos. Enervados por la frivolidad que les rodeaba, por la mentira que echaba raíces y triunfaba a su antojo, se sentían impotentes y vencidos. Los estalinistas habían tomado la ciudad.

Orwell y sus compañeros de huida pasaron las tres noches al raso, buscando cobijo en descampados y edificios en obras. Avanzaban apartando la mirada de los vecinos, mostrándose esquivos, huidizos. Sin poder quitarse el miedo del cuerpo, esperaban que pasara la noche rápido, en un suspiro. Durante el día, se encerraban en los locales de moda, donde después de acicalarse, actuaban frente al resto de los comensales como triunfadores, ciudadanos respetables que mostraban sin tapujos su cinismo. Pensándolo bien, puede que no fueran más que actores mediocres, sin gracia, que, incapaces de disimular su enojo, intentaban ocultar su rabia disfrazados con sus mejores galas en una Barcelona que, sin motivos, los había defenestrado. Así lo describiría Orwell en *Homenaje a Cataluña*:

> Por la noche vivíamos como criminales, pero de día éramos prósperos turistas ingleses o, al menos, tratábamos de parecerlo. Afeitarse, bañarse y lustrarse los zapatos hacen maravillas en el aspecto de una persona, incluso después de una noche al aire libre. Lo más seguro en ese momento era parecer tan burgués como fuera posible. Frecuentábamos el barrio residencial de la ciudad, donde nuestras caras no eran conocidas, y comíamos en caros restaurantes donde nos mostrábamos muy ingleses con los camareros. Por primera vez en mi vida me puse a escribir en las paredes. Los pasillos de varios restaurantes de moda ostentaban «¡Visca el POUM!» en letras tan grandes como pude hacer.

Orwell necesitaba contarle al mundo lo que estaba pasando en España, pero por ahora, debido a las circunstancias, se contentaba con garabatear mensajes políticos en los baños públicos de los locales de moda. No podía hacer otra cosa. Ansiaba encontrar el momento para sentarse a escribir y compartir con el mundo la «V-E-R-D-A-D», una verdad con mayúsculas, incontenible e incuestionable, que buscaba desesperadamente un espacio donde poder expresarse.

Finalmente, el 23 de junio, tras una larga espera, el tren que tenían asignado partió muy temprano desde la Estación de Francia. Una hora antes, dos agentes de paisano habían recorrido los vagones tomando los nombres de los ciudadanos extranjeros con los que se topaban. A Eileen, Cottman, McNair y Orwell, sentados en el lu-

joso vagón-restaurante, ni siquiera los molestaron. El momento más delicado llegó en el cruce fronterizo, cuando una pareja de policías registró e interrogó minuciosamente a cada uno de los pasajeros. De forma inesperada, resignados a una eventual detención, no fueron molestados. No sabemos por qué motivo sus nombres no aparecían en el listado de sospechosos que llevaban consigo los agentes. En una muestra más de su incompetencia, los policías revisaron los papeles de la baja de Orwell sin percatarse del nombre de su división, la 29ª, formada mayoritariamente por militantes del POUM. Ya en suelo francés, libres del acoso estalinista, leyeron en un periódico que John McNair había sido arrestado. Ese mismo día, y acentuando la torpeza de sus perseguidores, Herz —poco antes de caer en su aparente ostracismo— señalaba en un informe que «Blair, entre otros, sigue alojado en el Hotel Continental». En realidad, tanto Orwell como McNair y su compañero Stafford Cottman, habían logrado mantenerse a salvo de sus perseguidores desde el 20 de junio, día en que decidieron abandonar sus respectivos domicilios para pasar desapercibidos en las calles de la ciudad.

De hecho, habían tenido muchísima suerte, y es que había sido sólo cuestión de días. Un par de semanas más tarde, un informe policial fechado el 13 de julio y elaborado especialmente para el Tribunal de Espionaje y Alta Traición de Valencia, señalaba a Orwell y Eileen como «trotskistas a los que había que detener». Los datos del informe había sido compilados durante semanas por los agentes británicos David Wickes y David Crook. Ya era demasiado tarde, Orwell y Eileen habían conseguido escapar (RGASPI. F. 545. Op. 6.D.107):

Barcelona, 13 de julio de 1937

Eric Blair y su mujer Eileen Blair:

Resulta de su correspondencia que son destacados trotskistas.

Son de la ILP de Inglaterra.

Eric Blair estaba en el comité de la ILP que actuaba en la división Lenin, en el frente de La Granja (Huesca).

Enlace con la ILP de Inglaterra (Correspondencia Douglas Moyle y John McNair).

En el material de Charles Doran se encuentra una carta dirigida a Eric Blair de John McNair, pidiéndole que escriba sobre el ILP.

Se les considera agentes de enlace del ILP en el POUM.

Vivían en el Hotel Falcón, apoyados por el Comité Ejecutivo del POUM.

Eric Blair ha tomado parte en los Hechos de Mayo.

Enlace con Albacete por medio de David Wickes.

Enlace con Moscú [hace referencia a una carta escrita por Serguéi Dinamov, redactor jefe de *Literatura Internacional*, una revista mensual de contenido literario y político, publicada en varios idiomas y editada en la Unión Soviética entre 1933 y 1943, bajo la órbita de la Komintern.]

Eileen tiene una credencial extendida en Barcelona a 17 de marzo de 1937.

Del listado de documentación requisada, destaca especialmente la mención a un supuesto «Enlace con Moscú». Resulta significativo que, en 1937, el redactor jefe de *Literatura Internacional* —una revista que formaba parte de la maquinaria propagandística de la Komintern— escribiera a George Orwell solicitándole un ejemplar de su más reciente obra, *El camino a Wigan Pier*, con la intención de reseñarla. Este gesto sugiere que, en aquel momento, Orwell aún era percibido como un posible aliado de la causa soviética.

Pocos meses más tarde, Dinamov recibió respuesta. Ya desde Inglaterra, Orwell se disculpaba por el retraso: acababa de regresar de España. En su carta reconocía haber reconsiderado algunas de las ideas expresadas en el libro. Adjuntaba un ejemplar, como se le había solicitado, pero incluía también una advertencia: había combatido en el bando del POUM, organización proscrita por las autoridades republicanas. «Le digo esto —escribía— porque es posible que su periódico no desee recibir colaboraciones de un miembro del POUM, y no quisiera presentarme ante usted bajo falsos pretextos».

Este episodio deja ver con claridad el inicio del distanciamiento de Orwell respecto al relato oficial soviético, hasta convertirse en uno de sus críticos más férreos.

Finalmente, el 24 de junio de 1937, a salvo de sus perseguidores, los Blair cumplieron la promesa que se habían hecho meses atrás y

pasaron tres días de retiro junto al mar en Banyuls-sur-Mer, un pequeño pueblo pesquero al sur de Francia. Allí, esperaban encontrar la tranquilidad que andaban buscando, y tal vez recomponerse de la ansiedad que habían padecido en las últimas semanas. Sin embargo, nada fue como lo habían imaginado. Así rememoraría Orwell su estancia en Banyuls en *Homenaje a Cataluña*:

> Creo que nos quedamos tres días en Banyuls. Fueron unos días de extraña inquietud. En esa tranquila ciudad pesquera, alejada de las bombas, las ametralladoras, las colas para comprar alimentos, la propaganda y las intrigas, nos tendríamos que haber sentido profundamente aliviados y agradecidos. Nada de eso ocurrió. Lo que habíamos visto en España no se fue difuminando ni perdió fuerza; al contrario, ahora que estábamos lejos de todo, se nos venía encima de una manera mucho más vívida que antes. Pensábamos en España, hablábamos de España, soñábamos incesantemente con España. Nos habíamos dicho durante meses que «cuando saliéramos de España», iríamos a algún lugar cerca del Mediterráneo y nos quedaríamos allí tranquilos durante un tiempo, pescando, quizá; pero ahora que estábamos aquí nos sentíamos aburridos y decepcionados. El tiempo era frío y un viento persistente soplaba desde el mar, siempre gris y picado. En todo el puerto, una espuma mezcla de cenizas, corchos y entrañas de pescado golpeaba contra las piedras. Parecerá una locura, pero lo que ambos deseábamos era regresar a España.

Querían regresar a España a pesar de lo vivido, a pesar de haber sido perseguidos sin motivo alguno, simplemente por haber luchado en el lado equivocado de la ecuación. Querían volver a un país del que habían tenido que salir huyendo, donde se les seguía buscando. Un lugar en el que la policía no dudaría en detenerlos y encarcelarlos, donde, al regresar, podrían ser arrojados a los sótanos de una cárcel clandestina, insultados y golpeados por unos individuos sin escrúpulos que no dudarían en martirizarlos. Insisto, un país que les era hostil, al que, pese a todo, querían volver, porque allí estaban sus compañeros y, sobre todo, porque en esa tierra extraña y apasionada se jugaba el futuro de Europa.

Sus días en Banyuls no salieron como habían imaginado. No

tenían el cuerpo para el gozo, ni si quiera para la calma, una profunda preocupación los carcomía por dentro. Las fuertes rachas de viento y el mar picado impedían el baño, las cenizas y los restos de pescado se amontonaban en la costa. Los vecinos los miraban con recelo cuando les decían que venían de España. Una nube gris se cernía sobre sus cabezas. Era como si el mundo entero no quisiera que estuvieran allí. Les invadía un sentimiento de inutilidad, de culpa. ¿Qué se les había perdido en ese pueblo hostil? ¿Qué clase de impostura llevaban consigo? «Pensábamos, hablábamos y soñábamos incesantemente con España», recordaría Orwell tiempo después. Se sentían incómodos, no querían estar en Banyuls, pero tampoco podían regresar a Barcelona, donde el deber los arrastraba. ¿Qué hacer entonces? La respuesta de Orwell fue inmediata: escribir. Comenzó a redactar un artículo en caliente, con la rabia acumulada como combustible, denunciando el terror estalinista y la indiferencia del gobierno republicano. Cuando estuvo satisfecho, envió un telegrama al *New Statesman* sondeando el terreno para una posible publicación. La respuesta fue inmediata: «Sí, estamos interesados». Un torrente de optimismo inundó nuevamente su cuerpo. En apenas veinticuatro horas escribió un texto que tituló «Testigo ocular en Barcelona».

Al día siguiente, lunes 28 de junio, Fenner Brockway, de regreso de su visita relámpago a España, coincidió con Orwell y Eileen en Perpiñán. Tras el encuentro, dejó esto anotado en su diario:

> Lunes, 28 de junio. Me reúno con Eric y Eileen Blair. Me entero de que la mayor parte de los comisionados quieren volver. Despido a Eric y Eileen, que vuelven a Londres.

Le impactó la rabia que desprendían. Estaban profundamente enojados. «Fue la única vez que lo vi realmente enfadado. Por lo general, era una persona amable, tranquila y cálida», recordaría sobre Orwell.

Los Blair tomaron un tren rumbo a París con sentimientos confrontados. Por un lado, la calma, la sensación de estar dejando atrás una guerra donde se mataba y moría, y en la que, la moral había dado paso a la ignominia, pudriéndolo todo. Y, por otro lado, la rabia,

una sensación que, en lugar de destruirlos por dentro, los mantenía despiertos, alentándolos a que hicieran algo para desenmascarar la mentira estalinista. El propio Orwell recordaría esa sensación en *Homenaje a Cataluña*:

> Debido a la sensación de que teníamos que hacer algo, aunque en realidad nada podíamos hacer, dejamos Banyuls antes de lo previsto.

A medida que avanzaban hacia el norte, Francia se tornaba cada «vez más suave y más verde», la España escarpada y cobriza quedaba atrás, también el terror y la incertidumbre que los había perseguido sin descanso. Y luego, muchas horas más tarde, sumergidos aún en los pensamientos sobre la guerra, llegaron al sur de Inglaterra, «probablemente el paisaje más acicalado del mundo» (Orwell en *Homenaje a Cataluña*):

> ... Cuando se pasa por allí, en especial mientras uno va recuperándose del mareo anterior, cómodamente sentado sobre los blandos almohadones del tren de enlace con el barco, resulta difícil creer que realmente ocurre algo en alguna parte. ¿Terremotos en Japón, hambrunas en China, revoluciones en México? No hay por qué preocuparse, la leche estará en el umbral de la puerta mañana temprano y el *New Statesman* saldrá el viernes. Las ciudades industriales, una mancha de humo y miseria oculta por la curva de la superficie terrestre, quedaban lejos. Allí, en el sur, Inglaterra seguía siendo la que había conocido en mi infancia: las zanjas de las vías del ferrocarril cubiertas de flores silvestres, las onduladas praderas donde grandes y relucientes caballos pastan y meditan, los lentos arroyuelos bordeados de sauces, los pechos verdes de los olmos, las espuelas de caballero en los jardines de las casas de campo; luego la serena e inmensa paz de los alrededores londinenses, las barcazas en el río fangoso, las calles familiares, los carteles anunciando partidos de criquet y bodas reales, los hombres con bombín, las palomas en la Plaza de Trafalgar, los autobuses rojos, los policías azules...todos durmiendo el sueño muy profundo de Inglaterra, del cual muchas veces me temo que no despertaremos hasta que no nos arranque del mismo el estrépito de las bombas.

Instalados en un primer momento en Greenwich, acogidos en la casa de Lawrence O'Shaughnessy, hermano de Eileen, no tardaron en partir hacia Wallington. Fue allí, rodeados de los recuerdos que los transportaban a los mejores momentos de su vida, donde tuvieron que recomponerlo todo. Trastocados por la angustia que le producía el hecho de no saber el paradero de sus compañeros, comenzaron a mover ficha. Orwell envió el artículo esbozado en Banyuls a la redacción del *New Statesman*. Era un texto sincero que describía el reino del terror que imperaba en España, donde destripaba las prácticas mafiosas de los estalinistas y aseguraba que la verdadera lucha no era entre republicanos y militares golpistas, sino entre revolucionarios y contrarrevolucionarios. Ante su sorpresa, el artículo fue rechazado. Kingsley Martin, su editor, se opuso a las conclusiones de Orwell, alegando que «causaría problemas». Ocurrió lo mismo con la revista *Nation*, quienes argumentaron que se les echarían encima si decidían publicarlo. Finalmente, lo envió al *New English Weekly*, quien decidió publicarlo en dos tandas, el 29 de julio y el 2 de septiembre. Orwell rebautizó el artículo, convertido ya en ensayo, como «Spilling the Spanish beans» (en castellano «Derramando los frijoles españoles»; la frase «derramar los frijoles», en inglés «*spill the beans*», significa revelar información oculta).

En la primera parte del ensayo, Orwell sostenía que más que los periódicos filofascistas como el *Daily Mail*, habían sido los periódicos de izquierdas en la órbita de la III Internacional, como el *News Chronicle* y el *Daily Worker*, los que habían «impedido que el público británico pudiera comprender la verdadera naturaleza de la lucha en España». «El gobierno español —continuaba— (incluido el gobierno catalán semiautónomo) tiene mucho más miedo a la Revolución que a los fascistas».

Orwell denunciaba que las personas con opiniones demasiado de izquierdas eran encarcelados por los comunistas, argumentando que el comunismo era ahora una fuerza contrarrevolucionaria que «utilizaba todo su poderoso aparato para aplastar o desacreditar a cualquier partido que mostrara signos de tendencias revolucionarias». En un párrafo sumamente revelador, concluía:

> Ante los mercenarios extranjeros de Franco [el gobierno] se vio obligado a recurrir a Rusia en busca de ayuda, y aunque la cantidad de armas suministradas por Rusia fue muy importante, el mero hecho de su llegada llevó a los comunistas al poder [...]. Los rusos no sólo obtenían dinero por sus armas, también poder para extorsionarlos. Dicho de una forma más cruel, los términos eran: «Aplasta la revolución o no tendrás más armas».

En la segunda parte del ensayo, Orwell describía cómo el estalinismo había mutilado la Revolución, extinguiendo el entusiasmo y colocando en la picota a todos los marxistas revolucionarios:

> En España, cualquiera que profese el socialismo revolucionario está bajo sospecha de ser un trotskista a sueldo de Franco o Hitler.

En una carta dirigida a su amigo Rayner Heppenstall, dos días después de la publicación de la primera parte del ensayo, Orwell seguía enfatizando en la importancia de decir la verdad:

Wallington, a 31 de julio de 1937

> ... Aunque nosotros salimos bien parados, casi todos nuestros amigos y conocidos están en la cárcel y es muy probable que permanezcan allí indefinidamente. En realidad, no están acusados de nada, más que ser tachados de simpatizantes del trotskismo. Cosas terribles estaban pasando cuando me fui: arrestos en masa, hombres heridos sacados a rastras de los hospitales y encarcelados, gente hacinada en guaridas inmundas donde apenas tienen espacio para tumbarse, prisioneros golpeados y medio muertos de hambre, etc. Mientras tanto, es imposible conseguir que se mencione una sola palabra sobre este tema en la prensa inglesa.

Desde la calma que le proporcionaba Wallington y con la experiencia a cuestas de la Guerra Civil Española, Orwell vaticinó el estallido meses después de la Segunda Guerra Mundial. Aún tenía muy presente lo que había visto y vivido en España, sabía que ese enfrentamiento era tan sólo el preludio de otro a mayor escala que no tardaría en estallar. «La Historia —como le había dicho en una

ocasión a su amigo Arthur Koestler— se había detenido en seco en 1936». Ambos hablaban ya a rienda suelta de los totalitarismos y del uso dañino e intencionado de los bulos y la mentira para construir un relato ficticio. Orwell en *Homenaje a Cataluña*:

> ... En España vi por primera vez noticias de prensa que no tenían relación con los hechos, ni siquiera la relación que se presupone en una mentira corriente. Vi informar sobre grandiosas batallas cuando apenas se había producido una refriega, y silencio absoluto cuando habían caído cientos de hombres. Vi que se calificaba de cobardes y traidores a soldados que habían combatido con valentía, mientras que a otros que no habían visto disparar un fusil en su vida se los tenía por héroes de victorias inexistentes; y en Londres vi periódicos que repetían estas mentiras e intelectuales entusiastas que articulaban superestructuras sentimentales alrededor de acontecimientos que jamás habían tenido lugar. En realidad, vi que la historia se estaba escribiendo, no desde el punto de vista de lo que había ocurrido, sino del punto de vista de lo que tenía que haber ocurrido según las «líneas del partido».

Alterado por la experiencia, Orwell se declaró contrario a la neutralidad, a esa neutralidad maquiavélica que igualaba a las partes, que repetía ese mantra, ese lugar común que argumentaba que «no había buenos, ni malos», asegurando con vergonzante ignorancia que ambos bandos eran igual de responsables:

> Cuando se piensa en la crueldad, miseria e inutilidad de la guerra —y en este caso concreto en las intrigas, las persecuciones, las mentiras y los malentendidos—, siempre es una tentación decir: «Los dos bandos son igual de malos. Me declaro neutral». En la práctica, sin embargo, no se puede ser neutral, y difícilmente se encontrará una guerra en la que carezca de importancia quién resulte el vencedor, pues un bando casi siempre tiende a apostar por el progreso, mientras que el otro es más o menos reaccionario.

Lo vivido en España transformó a Orwell por completo, marcando su vida para siempre. Dedicó toda su energía a escribir el libro al que se había comprometido consigo mismo, debía satisfacer

sus ansias de justicia, poner sobre el papel lo que habían visto sus ojos. Se sentía en deuda con sus compañeros ultrajados y encarcelados. Era una necesidad forzosa, casi orgánica. Se sumergió en recortes de prensa y lecturas sobre la historia de España, decidido a comprender a fondo lo que había sucedido y continuaba ocurriendo al otro lado de los Pirineos. La experiencia había politizado aún más a Orwell de que lo hiciera su estancia en Wigan, ofreciéndole un *sens de vie* y una *raison d'être*.

Ya por entonces se dio cuenta de que Gollancz no publicaría nada que saliera de sus manos, la preponderancia del comunismo estalinista en el consejo de administración de Left Book Club, las visitas constantes de su editor a Harry Pollit, los rumores de su traición a la causa de la clase trabajadora, y la información que le llegaba de terceros sobre los juicios emitidos por Gollancz y Strachey sobre un supuesto viraje ideológico que lo alejaban de postulados iniciales, obligaron a Leonard Moore, su representante, a buscar alternativas en otras editoriales, siendo finalmente Secker & Warburg la elegida para publicar el manuscrito de *Homenaje a Cataluña*. Orwell mismo había vaticinado esta negativa en la carta dirigida a Rayner Heppenstall el 31 de julio:

> ...Gollancz es, por supuesto, parte del negocio del comunismo, y tan pronto como se enteró de que yo había estado asociado con el POUM y los anarquistas y había participado en los disturbios de mayo en Barcelona, dijo que no creía que pudiera publicar mi libro, aunque todavía no se había escrito ni una palabra.

Apenas una semana después, entre el 3 y el 6 de agosto, Orwell le contestó a la aristócrata y heredera Nancy Cunard, nieta del fundador de la naviera Cunard, quien un día antes le había invitado a participar en el panfleto *Authors Take Sides on the Spanish War*, que «dejara de enviarle esta clase de estupideces»:

> Estuve seis meses en España, la mayor parte del tiempo combatiendo. Tengo un agujero de bala dentro de mí y no voy a escribir tonterías sobre defender la democracia ni sobre algún que otro irrisorio valiente. Además, sé lo que está sucediendo y ha

estado sucediendo en el bando del gobierno republicano durante meses, es decir, que el fascismo está siendo impuesto a los trabajadores españoles bajo el pretexto de resistir al propio fascismo; también que desde mayo se ha instaurado un régimen de terror y que todas las cárceles y cualquier lugar que sirva como cárcel están llenos de prisioneros que no solo están encarcelados sin juicio, sino que están medio muertos de hambre, golpeados e insultados.

Dos días después, el 8 de agosto, consumido por la misma inquina, Orwell escribió otra carta a su amiga Eleanor Jacques, a quien conocía desde los años en que vivió con su familia en Southwold. La misiva formaba parte de un conjunto de documentos que había permanecido oculto en el cobertizo del jardín de los Southwold, y que fue descubierto por casualidad hace poco más de una década. En el sobre que contenía los papeles se leía, en grandes letras, la advertencia: «Cartas para ser destruidas». Al abrirlo, se encontraron varias cartas firmadas por su antiguo vecino George Orwell y dirigidas a Eleanor Jacques, con fechas comprendidas entre el 11 de mayo de 1931 y el 25 de enero de 1938. En su penúltima carta, la datada el 8 de agosto, Orwell le relataba a Eleanor los seis meses pasados en España, describiendo, entre otras cosas, cómo una bala había estado a punto de matarlo. Le compartía sus reflexiones sobre una guerra en curso en la que los bandos no eran tan obvios como uno podría esperar a simple vista, donde además del evidente enfrentamiento entre fascismo y antifascismo, se libraba una batalla interna entre revolucionarios y contrarrevolucionarios, y en la que estos últimos estaban ganado la partida a base de mentiras:

The Stores, Wallington
8 de agosto de 1937

Querida Eleanor, me temo que ha pasado algún tiempo desde que recibí tu carta y, evidentemente, mucho tiempo desde la última vez que te escribí, ya que no conocías esta dirección [...]. Regresamos de España hace unas cinco semanas, después de haber estado allí unos seis meses y de haber pasado un tiempo que fue una pesadilla

> más o menos continua, no tanto por la lucha, que disfruté bastante lo poco que vi de ella, como por la horrible lucha política que se está desarrollando entre bastidores. Lo terrible es que, debido a las mentiras de los periódicos, casi nadie en el mundo exterior sabe lo que realmente está sucediendo en España, y hay intereses poderosos aquí que hacen todo lo posible por evitar que se publique la verdad. Entre otras cosas, tengo que cambiar de editor por este asunto, ya que Gollancz me ha dicho, aunque por supuesto no con estas palabras, que no puede publicar la verdad sobre lo que ha pasado en España. No puedo contaros toda la situación en una carta, pero sí puedo resumirla brevemente así: cuando estalló la guerra, en las zonas donde los fascistas fueron derrotados, se produjo una revolución comparable en pequeña escala a la revolución rusa, con la toma de tierras, fábricas, etc. Desde entonces, el verdadero objetivo del gobierno, aunque al mismo tiempo, por supuesto, ha mantenido la guerra contra Franco, ha sido aplastar a los partidos revolucionarios y poner todo el poder en manos de una camarilla más o menos reaccionaria. Lo que ha dado a la situación su peculiar sesgo es que el Partido Comunista, en España y en todo el mundo, está de todo corazón del lado del gobierno y ha hecho todo lo posible para detener la revolución.

Orwell le describió también el ambiente de terror en el que vivían sus compañeros perseguidos, encarcelados en prisiones clandestinas, sin cargos ni juicio. Algunos ya habían muerto o desaparecido, como Bob Smillie, Andreu Nin y Kurt Landau. «Hordas de hombres armados acechando las calles día y noche, gente arrestada a cientos y arrojada a la cárcel sin ningún pretexto, periódicos suprimidos...», escribía enrabietado. Le rogaba que no confiara en lo que decían los periódicos, asegurando que, salvo el *New Leader*, todos mentían. Concluía la carta con una esclarecedora reflexión:

> Me gustaría ser parcialmente autosuficiente en vista de la guerra que presumiblemente se avecina y en la que no tengo intención de luchar. Me fue bastante bien con mi último libro [*El camino a Wigan Pier*]. El que estoy escribiendo sobre España probablemente lo llevaré a Secker's, pero puede que no se publique porque creo que mi agente está tratando de cobrarles un precio mayor del que pueden

> pagar. En cualquier caso, debería salir en marzo. Va a hacer que me difamen en la prensa comunista; de hecho, ya han empezado a hablar de mí en pequeña escala, y también de algunos de mis amigos que están en España.

Orwell completó *Homenaje a Cataluña* a principios de 1938, plenamente consciente de las dificultades que enfrentaría para lograr su publicación. Sin embargo, y a pesar de las presiones, la editorial Secker & Warburg decidió seguir adelante con el proyecto, lanzándolo finalmente el 25 de abril de 1938. Pocos días después, en una carta fechada el 3 de mayo, la líder anarquista Emma Goldman —con quien había mantenido correspondencia a través de la intermediación de su esposa Eileen, ya que Orwell permaneció recluido en un sanatorio de marzo a septiembre debido a una lesión tuberculosa— expresó, tras concluir la lectura del libro, su ferviente deseo de que «pudiera circular en decenas de miles de ejemplares. Al menos, mostraría el calibre y la calidad de la CNT-FAI y expondría al mundo la conspiración en su contra».

Sin embargo, pese a los anhelos de Goldman, el libro tuvo una acogida comercial decepcionante, sin lograr vender siquiera la tirada inicial de 1.500 ejemplares, quedándose muy por debajo de las expectativas. No sería hasta la década de 1950 cuando *Homenaje a Cataluña* comenzaría a obtener el reconocimiento merecido.

Un aspecto notable que emerge de la correspondencia entre Goldman y Eileen es la notoria simpatía de Orwell hacia los anarquistas, así como su disposición a colaborar con Solidaridad Internacional Antifascista (SIA), organización liderada por la propia Goldman en Inglaterra. En una carta a su amigo Stephen Spender, Orwell expresaría:

> Estoy totalmente a favor de este asunto de la SIA si realmente están haciendo algo para suministrar alimentos, etc., y no como esa maldita pérdida de tiempo de firmar manifiestos para decir lo mal que está todo».

Hoy, cuando el fantasma del fascismo vuelve a recorrer Europa, encabezando gobiernos y ocupando consejos de administración de grandes empresas, mientras la extrema derecha inunda los consejos

redacción con noticias falsas para ganar la batalla ideológica, las advertencias que Orwell dejó escritas en artículos y una variada correspondencia son más pertinentes que nunca. No debería sorprendernos encontrarlas en un artículo de opinión de un periódico cualquiera, sería algo normal y esperado teniendo en cuenta la ola reaccionaria que asalta parlamentos y medios de comunicación. Pero eso no ocurre, no está ocurriendo. El fascismo asoma su horrible rostro en los medios y en las redes sociales y no pasa nada. Lo hemos normalizado. Los jóvenes de antaño, bello y abnegado espíritu de la Revolución, se han esfumado. Hoy queda tan sólo su recuerdo, y en general, ni siquiera eso. No queda más remedio que seguir apostando por la educación y la cultura.

Orwell se preguntaba cómo se podía ser neutral en un mundo infestado de bulos malintencionados y mentiras flagrantes, como alguien que se declaraba antifascista podía permanecer inmóvil ante el avance del fascismo. Para él, en tales circunstancias, no había lugar para la pasividad, era un deber moral hacerle frente. Eso es precisamente lo que hicieron los miles de voluntarios antifascistas que combatieron en España.

Normalizar la mentira está socavando nuestra sociedad, abriendo las puertas de las instituciones a los farsantes, a los que fomentan el odio y la conjura. El hecho de que esto ocurra sin que nadie se inmute, está dejando al aire libre las desvergüenzas de una sociedad civil empequeñecida, donde la falta de integridad y la ausencia de espíritu crítico es sintomática. Por eso, ante el discurso del odio y la mentira de hoy, es más necesario que nunca recordar la solidaridad comprometida del ayer, porque, ¿cómo olvidar a los miles de hombres y mujeres que en los años treinta se enfrentaron a la amenaza fascista? ¿Cómo no verse engullido y zarandeado por su lucha? ¿Cómo olvidar el motivo que trajo a Orwell a Barcelona en la mañana del 26 de diciembre de 1936? «Vine a España a frenar al fascismo», dejaría escrito. Lo hizo, como tantos otros, a cambio de nada, consciente de estar haciendo lo justo en una época en la que la justicia no se negociaba, se exigía y asaltaba por la fuerza.

Para Orwell, la verdad y la justicia, esos valores innegociables, sagrados, que había que proteger de las garras del capitalismo al precio que fuera, no eran simples abstracciones fruto de una

diatriba de salón, eran el resultado de una vivencia personal. En palabras de su amigo Spender, los «había forjado con su propia carne». Estos valores humanos acabaron fraguando en su discurso una advertencia para generaciones futuras. Sin ellos, el paisaje se torna difuso, mentiroso, construido sobre unos principios débiles y enajenados que se pueden venir a bajo al primer embiste serio de una verdad poderosa. La mentira, como recurso predominante en la sociedad capitalista, tiene en sus individuos críticos el principal y único antídoto para hacer frente a esa enfermedad terminal que el sistema se obstina en esconder. Pero, tal como se percató Orwell en su paso por España, no bastaba con que fueran críticos, debían ser solidarios y determinados, hombres y mujeres de acción que, ante una injusticia, estuvieran dispuestos a darlo todo, incluso su propia vida.

# Conclusión

En esta tercera y última entrega, comenzamos dando tumbos por los callejones embrutecidos de Wigan, escenario donde Orwell dio un paso definitivo en su camino de formación ideológica, acercándose a posturas cercanas al socialismo más heterodoxo y dejando definitivamente atrás la senda del estalinismo. Fruto de esa experiencia «entre salvajes», nació *El camino a Wigan Pier*, libro donde se entrevé ya una postura inequívocamente crítica hacia la cúpula del Partido Comunista de Gran Bretaña (CPGB), algo que, como una soga, influiría decisivamente en su paso por la Guerra Civil Española.

Sin embargo, fue en el París de 1929 —donde, paradójicamente, estuvo más próximo al estalinismo— cuando, bajo la influencia del esperantista Eugène Lanti, comenzó a apartarse de los postulados soviéticos. Y, no fue hasta siete años después, durante su estancia en Wigan, cuando Orwell comenzó realmente a comprender la magnitud de la maquinaria de persecución estalinista. Es muy posible que identificara en la boca de sus dirigentes, Paddy Grady y Wal Hannington, las corruptelas que meses después denunciaría en la polémica segunda parte de *El camino a Wigan Pier*, donde, entre otras cosas, describió a los comisarios soviéticos como «gangsters». Puede que haya sido el contraste de las condiciones de vida de unos y otros, afiliados y dirigentes, lo que despertó en él las contradicciones del mensaje estalinista. Quizás fue en el salón del Cooperative Hall, recinto en el que presenció la estrategia adoptada por la III Internacional para imponer su relato, donde destapó las tramas capciosas de su plan. Prueba de ello fue la campaña a favor de la libe-

ración de Ernst Thälmann y el movimiento pro-desempleados —ambos con una fuerte presencia en el norte de Inglaterra— en los que Orwell, tal vez sin darse cuenta, participó durante los días que vivió en Wigan. Un aspecto sorprendente en esta toma de conciencia, y que reafirma su postura anterior a su llegada —sin duda, más complaciente con el CPGB (no obstante, según le comentara a Stephen Spender años después, había comenzado a ser «muy hostil al Partido Comunista en 1935»)—, es el rol jugado por el National Unemployed Workers' Movement (NUWM), una organización copada por militantes comunistas, en la tarea de buscarle cobijo y manutención durante su estancia. Esta postura se acentuaría aún más con lo relatado por los informantes de la policía, quienes señalaron la estrecha relación de Orwell con el comunismo ortodoxo, advirtiendo que este vínculo se había originado durante su estancia en París entre 1928 y 1929. Así pues, ¿coqueteó Orwell con el CPGB en algún momento antes de su llegada a Wigan? Lo más probable es que así fuera. Por lo visto anteriormente, fue en París donde comenzó a frecuentar los ambientes comunistas, colaborando en varias de las publicaciones que actuaban como herramienta propagandística, entre ellas el periódico *Monde*, dirigido por Henri Barbusse, agente encubierto de la Komintern. Las andanzas de su *alter ego* en *Sin blanca en París y Londres* y lo relatado por los informantes del MI5 son pruebas más que suficientes para certificar este vínculo. Entonces, si Orwell llegó a Wigan con cierta condescendencia hacia el CPGB, ¿cuándo comenzó su distanciamiento del comunismo estalinista? ¿Fue su experiencia en la ciudad lo que lo impulsó a criticarlo? La verdad es que, a pesar de las sospechas de Harry Pollitt, fundamentadas principalmente en lo escrito e insinuado por Orwell en *El camino a Wigan Pier*, fue en España, y no Wigan, donde el escritor británico se convenció definitivamente de que la III Internacional trabajaba para erradicar la Revolución y no para emancipar a la clase trabajadora. Quizás por eso, a finales de diciembre de 1936, tras entregar a Victor Gollancz la versión definitiva de *El camino a Wigan Pier*, la primera persona que visitó en Londres para conseguir un salvoconducto que le facilitara su camino y estancia en España fue Harry Pollitt, y no Fenner Brockway, secretario general del ILP. Como vimos anteriormente,

la negativa del líder comunista a ayudarlo lo dejó sin opciones, forzándolo a buscar alternativas en las oficinas del ILP, donde afortunadamente también contaba con contactos.

Así pues, Orwell partió hacia España con dos cartas de recomendación en el bolsillo de un partido abiertamente antiestalinista, el ILP, una decisión que influiría profundamente en su vida y, como no, en su trayectoria literaria.

La mañana del 26 de diciembre, a pesar de sus ganas irrefrenables de que fuera lo contrario, la Barcelona con la que se topó distaba mucho de ser la ciudad revolucionaria que ansiaba encontrarse. Aun así, obviando los evidentes síntomas de aburguesamiento que volvían a proliferar por la ciudad, quizás seducido por la utopía socialista que llevaba consigo, Orwell acabó relatando en *Homenaje a Cataluña* ese fervor revolucionario que había ido a buscar. Una prueba de ello la encontramos en el primer pasaje del libro, cuando describe el encuentro con aquel miliciano italiano, símbolo de la solidaridad internacional, que, en sus palabras, «representaba la viva encarnación de la hermandad obrera».

Sin embargo, como vimos en el presente libro y en los dos anteriores, esa fe ciega en la fraternidad antifascista internacional fue desquebrajándose a la medida que aumentaba la presión estalinista. El proyecto de un frente amplio antifascista por el que habían luchado militantes de diversas tendencias ideológicas, desde anarquistas, pasando por socialistas, maximalistas, trotskistas, hasta comunistas ortodoxos, se vino abajo como un castillo de naipes. A finales de abril de 1937, a su regreso del frente, Orwell fue testigo de los efectos de una campaña contrarrevolucionaria iniciada meses atrás, sintiendo de inmediato la necesidad de tomar partido en la lucha que enfrentaba a revolucionarios y contrarrevolucionarios. Entre el 3 y el 8 de mayo, sumido en un abismo de confusión, presenció de primera mano el colapso de la utopía revolucionaria en las calles de Barcelona.

El PSUC, partido adscrito a la fracción ortodoxa, había ido sembrando la sospecha sobre las corrientes divergentes de la III Internacional, en particular sobre el POUM, a través de una campaña denigratoria que los presentaba ante la opinión pública como espías fascistas. Parte de los ejecutores de esta persecución sin fun-

damento, eran un puñado de refugiados antifascistas adscritos al Partido Comunista Alemán. La mayoría residían en Barcelona antes de que estallara la Guerra Civil y formaban parte de la Asociación Cultural Judía, entidad bolchevizada que agrupaba a los refugiados judíos antifascistas, en su mayoría vinculados al KPD. Entre ellos se encuentran varios de los protagonistas de esta historia: Sazja Kindermann, Alfredo y Käthe Herz, o Jordi Martin. La mayoría de los cuales terminaron actuando como agentes al servicio de la NKVD. De ese modo, durante meses desplegaron prácticas de acoso y vigilancia contra los voluntarios extranjeros críticos con la III Internacional: anarquistas, brandleristas, maximalistas, bordiguistas, etc. Y, a su vez, ejercieron como instructores de los militantes angloparlantes afines al estalinismo, entre los cuales identificamos a varios de «los amigos ingleses» que cita Orwell en *Homenaje a Cataluña* —Hugh O'Donnell, David Wickes o David Crook—, que luego se convertirían en acosadores del matrimonio Blair y compañía.

El mundo de la conspiración era reducido y abarcable, por lo que los personajes que aparecen en este libro se conocen entre sí, frecuentan los mismos espacios. George Orwell y Eileen coinciden con ellos, incluso, con algunos, establecen amistad. Este es el microcosmos donde el matrimonio Blair perdió su inocencia. De un día para otro, los espacios donde habían brindado por la Revolución se convirtieron en una trampa perfecta para todos los voluntarios que, por su militancia, vivían bajo la mirada inquisitoria de los agentes estalinistas. Kurt y Katia Landau, Ewa y Ewald König, Bob Smillie, Charlotte Margolin, Lois y Charles Orr, Georges Kopp, Eva Sittich y muchos otros militantes antiestalinistas, acabaron siendo perseguidos y ajusticiados por un nuevo orden totalitario. Algunos desaparecidos, otros muertos en extrañas circunstancias, y otros tantos privados de libertad, acabaron siendo señalados y estigmatizados por una autoridad republicana que devino títere de la III Internacional.

La Barcelona asfixiante que describe Orwell en *Homenaje a Cataluña* anuncia los ingredientes de su futura producción literaria. Las ideas que emergen en *Mil Novecientos Ochenta y Cuatro* y *Rebelión en la granja* estaban presentes en la Barcelona de 1937. La mentira, la conspiración, la tortura, el lavado de cerebro, todo

estaba allí. Orwell bebió de lo vivido, utilizando para su trama la identidad y el comportamiento de algunas de las personas con las que convivió en España. Este es el caso, por ejemplo, de O'Brien, principal antagonista de *Mil Novecientos Ochenta y Cuatro*, basado en la figura de Hugh O'Donnell, uno de los responsables del servicio de espionaje estalinista.

Por estas páginas transitan acosados y acosadores, acosados que, como Orwell, Serge y Péret, denunciaron la cacería estalinista, y acosadores que, al desviarse del camino, acabaron siendo perseguidos por sus viejos aliados, como Gustav Regler, Arthur Koestler o el propio Francis Ferry.

Como se detalló en el presente libro, la persecución que comenzó en España en 1936 trascendió fronteras a lo largo de la guerra y se extendió por todo el mundo. México se convirtió en uno de los campos de batalla predilectos de la lucha entre revolucionarios y contrarrevolucionarios, contándose bajas entre ambos bandos. Una de las muertes más sonadas fue la de Victor Serge, ocurrida en extrañas circunstancias en la noche del 17 de noviembre de 1947 mientras viajaba en un taxi por la Ciudad de México, casi del mismo modo que, cinco años antes, había perecido la estalinista arrepentida Tina Modotti, examante del agente comunista Vittorio Vidali, alias Carlos Contreras. Julián Gorkin, compañero de Serge en el colectivo «Socialismo y Libertad», rememoraría el encuentro con el cadáver de su amigo en la introducción de la primera edición de *Memorias revolucionarias*, obra de Serge:

> En un cuarto desnudo y miserable de paredes grises, estaba tendido sobre una vieja mesa de operaciones, mostrando unas suelas agujereadas, un traje luido, una camisa de obrero... Una venda de tela le cerraba la boca, esa boca que todas las tiranías del siglo no habían podido cerrar. Parecía un vagabundo recogido por caridad. ¿No había sido, en efecto, un eterno vagabundo de la vida y del ideal? Su rostro llevaba todavía la huella de una ironía amarga, una expresión de protesta, la última protesta de Victor Serge, de un hombre que toda su vida se había alzado contra las injusticias.

Durante la Guerra Civil Española, Barcelona se convirtió en un laboratorio de experimentación de la represión estalinista. Muchos de los protagonistas de esta campaña de acoso, pasaron de puntillas por *Homenaje a Cataluña*: David Crook, Hugh O'Donnell, David Wickes, George Tioli o el ruso Grigulévich. La mayoría estaban relacionados de algún modo con el Servicio de Extranjeros del PSUC, el también conocido como Servicio Especial, cuyos responsables eran aquellos refugiados antifascistas del Partido Comunista Alemán que, en el verano de 1936, habían desarticulado el entramado nazi que operaba desde hacía tiempo en la ciudad. Algunos de ellos, como Alfredo Herz, siguieron actuando en México después de la Guerra Civil Española.

La voz de Orwell está muy presente en esta obra, es una voz empírica que te invita a pensar por ti mismo, lejos de las doctrinas estrictas y encorsetadas de las escuelas filosóficas o los partidos políticos. Pero, por encima de todo, es la voz de una denuncia que pone el foco en la fuerza destructora de los totalitarismos, y de la que, inevitablemente, trasciende una obsesión apremiante: «decir la verdad». Porque fue precisamente en España donde Orwell se percató de la terrible capacidad destructora de la mentira, advirtiéndonos de que era, y sería, el monstruo de nuestro tiempo. Solo hace falta echar un ojo a los medios y a las redes sociales para darse cuenta.

Este tercer tomo, último de la trilogía, nos ha ayudado a entender cómo y por qué se puso fin al proceso revolucionario que se inició en algunas partes de España en el verano de 1936. De la mano de revolucionarios y contrarrevolucionarios hemos ido identificando al verdadero responsable del fin de la Revolución: la III Internacional. Han sido ellos, Katia Landau, Juan García Oliver, Francis Ferry, Alexander Orlov, Victor Serge, David Crook o George Orwell, los que, a través de sus recuerdos e impresiones, han dibujado el mapa del campo de batalla de esta historia.

Frente a la III Internacional, considerada el principal enemigo de la Revolución, se alzaba una comunidad de mujeres y hombres dispuestos a dar el gran salto hacia adelante. En palabras de Serge, «indivuduos nuevos para formar en la hoguera misma de la Revolución un mundo mejor».

Así pues, en este último volumen, como si fuera una postura moral, me he ocupado, como lo hiciera Georges Perec, de lo pequeño, de las personas que con sus actos y aspiraciones no sólo rescatan las calles y plazas de una ciudad que durante un tiempo fue la «capital del mundo», sino que recuperan un territorio mental que movilizó a toda una generación, la que he llamado, sin miedo a equivocarme, como «última generación romántica». Personas que, atropelladas por la siniestra criminalidad de una época que los engulle, triplemente desafiadas por la III Internacional, la República burguesa y el fascismo, se echaron a la calle para defender unos ideales que asumieron como irrenunciables. Luchaban por un mundo mejor, y éste hecho, no lo olvidemos, encerraba la verdad que vino a buscar Orwell en su paso por España, y que luego, desde Wallington, trató de salvar para siempre: la solidaridad antifascista.

# Retratos

Abad de Santillán, Diego

Arlandis, Hilario («Juan Armengol»)

Bagot, Eleanor

Blair, Eileen

Bolgiani, Luigi

Brockway, Fenner

Breá Landestoy, Juan

Connolly, Cyril

Castellví i Fontanet, Otilia

Di Bartolomeo, Nicola («Fosco»)

Dubester, Fabio

Durruti Domínguez, Buenaventura

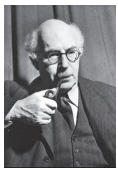
Feldmann, Franz («Francis Ferry»)

Friedemann, Max

García Oliver, Juan

Gayer, Max

Gervasini, Virginia



Gollancz, Victor

Herz, Alfredo

Katz, Otto

Kindermann, Sazja («Scheyer»)

Klement, Rudolf

Koestler, Arthur

Kopp, Georges

Landau, Katia

Landau, Kurt

Laurencic, Alfonso

Lee, Jennie

Low, Mary

Martin-Hajdu, György («Jordi Martin»)

McNair, John

Mercader Del Río, Ramón

Miravitlles i Navarra, Jaume

Monskheli Preiss, Olga

Nin, Andreu

Orlov, Alexander

Orwell, George

Péret, Benjamin

Pey, Thomas

Pivert, Marceau

Pollit, Harry

Regler, Gustav

Russo, Enrico

Salter, Cedric

Serge, Victor

Smillie, Bob

Solano Alonso, Wilebaldo

Vidali, Vittorio («Carlos Contreras»)

Weiczen, Leo

Wolf, Erwin

# Bibliografía


ABAD DE SANTILLÁN, Diego. Por qué perdimos la guerra. Madrid: Editorial Almuzara, 1977.

ABEL, Werner. Der Tod Hans Beimlers und die Reaktionen der KPD-Abwehr in Spanien. Zeitschrift des Forschungsverbundes SED-Staat, 2016, vol. 40, no 40.

ALBERTANI, Claudio. Socialismo y libertad. Políticas de la Memoria, 2009, no 8/9, p. 131-139.

ACLE-KREYSING, Andrea. El exilio de habla alemana y la recepción del Holocausto en México: el caso de "Tribuna Israelita"(1944-1947). Verbum et Lingua: Didáctica, lengua y cultura, 2018, no 12, p. 83-99.

ANDREASSI CIERI, Alejandro. El KPD en la Guerra Civil española y la cuestión del Frente Popular: algunas reflexiones. Hispania, 2014, vol. 74, no 246, p. 177-204.

ARQUER, Jordi, et al. Fons Jordi Arquer: correspondencia (1939-1985). Editorial Afers, 2004.

AZAÑA, Manuel; Memorias políticas y de guerra. Crítica, 1981.

BABIĆ, Marko. George Orwell and Arthur Koestler Looking Back on the Spanish Civil War. 2021. Tesis Doctoral. University of Zagreb. University of Zagreb, Faculty of Humanities and Social Sciences. Department of English language and literature.

BAYÓ, Susana. Mary Low: A Trotskyist with the POUM in Barcelona. Bulletin of Spanish Studies, 2018, vol. 95, no 9-10, p. 311-324.

BERGER, Gonzalo; BALLÓ, Tània. Les combatents: la història oblidada de les milicianes antifeixistes. ROSA VENTS, 2021.

BILLAM, Gregory. The Chronology of Revolution: Communism, Culture, and Civil Society in Twentieth-Century Britain by Ben Harker. Labour History: A Journal of Labour and Social History, 2021, vol. 121, no 1, p. 232-233.

BIZCARRONDO, M., & ELORZA, A. (2004). Las Brigadas Internacionales. Imágenes desde la izquierda. Ayer. Revista De Historia Contemporánea, 56(4), 67–91.

BORKENAU, Franz. El reñidero español: relato de un testigo de los conflictos sociales y políticos de la guerra civil española.

Ruedo ibérico, 1971.

BRADU, Fabienne. Benjamin Péret y México. Fondo de Cultura Económica, 2015.

BUCHANAN, Tom. The Death of Bob Smillie, the Spanish Civil War, and the Eclipse of the Independent Labour Party. The Historical Journal, 1997, vol. 40, no 2, p. 435-461.

BUCHANAN, Tom. "Spain Mad": British Engagement with the Spanish Civil War. Liverpool University Press, 2024.

BURGESS, Glenn. George Orwell's perverse humanity: socialism and free speech. Bloomsbury Publishing USA, 2023.

CAPSANS SANS, Dani. Quemar a Troncoso: inteligencia libertaria en la Guerra Civil española. Piedra Papel Libros, 2023.

CASTELLVÍ, Otília; De las checas de Barcelona a la Alemania nazi (Veinte años de una vida). Barcelona: Acantilado, 2008.

CLAUDÍN, Víctor, et al. Julián Gorkin: Testimonio de un Revolucionario Profesional. 1980.

CROOK, David. Hampstead Heath to Tian An Men: The autobiography of David Crook, 2000.

DURGAN, Andy. With the POUM International volunteers on the Aragon Front (1936-1937). Ebre 38: revista internacional de la Guerra Civil, 1936-1939, 2018, no 8.

ELORZA, Antonio; BIZCARRONDO, Marta. Queridos camaradas: la Internacional comunista y España, 1919-1939. Barcelona: Planeta, 1999.

ELORZA, Antonio. La lógica de Stalin y la Guerra de España. Cahiers de civilisation espagnole contemporaine. De 1808 au temps présent, 2015, no 2.

FROUCHTMANN, Susana. El hombre de las checas: la historia de Alfonso Laurencic, el artista de la tortura. Espasa, 2018.

FUNDER, Anna. Wifedom: Mrs Orwell's Invisible Life. Random House, 2023.

GARCÍA OLIVER, Juan. El eco de los pasos. Faximil Edicions Digitals, 1978.

GARCÍA, Hugo. 'World Capital of Anti-Fascism'?: The making–and breaking–of a global left in Spain, 1936–1939. En Anti-Fascism in a Global Perspective. Routledge, 2020. p. 234-253.

GILIANI, Francesco: Cercando la rivoluzione. Vita di Enrico

Russo, un comunista tra la guerra civile spagnola e la resistenza antifascista europea (1895¬ 1973). Red Star Press, Roma, 2019.

GORKIN, Julián. Les communistes contre la révolution espagnole. FeniXX, 1978.

GORKIN, Julián. Los asesinos de Trotski. Archive, 2016, vol. 3.

GORKIN, Julián. La muerte en México de Víctor Serge. Archivo Víctor Serge–Fundación Andreu Nin, 1957.

GORKIN, Julián. Contra el estalinismo. Editorial Laertes, 2001.

GUILLAMÓN, Agustín. Barricadas en Barcelona. Barcelona, Espartaco Internacional, 2007.

GUILLAMÓN, Agustín. Documentación histórica del trosquismo español, 1936-1948: de la Guerra Civil a la ruptura con la IV Internacional. Ediciones de la Torre, 1996.

GUILLAMÓN, Agustín: Militancia y pensamiento político de Amadeo Bordiga de 1910 a 1930. Origen, formación y disidencia del bordiguismo en el seno de la Tercera Internacional y del Partido comunista de Italia. Tesis de Licenciatura. Departamento de Historia contemporánea de la Universidad de Barcelona, 1987.

GUILLAMÓN, Agustín. Cartas enviadas desde España (André Breton y Benjaminn Péret). Barcelona: Fundación Andreu Nin, 2011.

HODGSON, Agnes (2005). A una milla de Huesca. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.

HORN, Gerd-Rainer. Letters from Barcelona (Spring). En Letters from Barcelona: An American Woman in Revolution and Civil War. London: Palgrave Macmillan UK, 2009. p. 147-175.

IANES, Enzo; VICENTINI, Lorenzo. Non è stando a casa che si difende una causa: percorsi biografici di antifascisti trentini in Spagna. Storia e Regione, 2016, vol. 25, no 1.

JEIFETS, Víctor; JEIFETS, Lazar. La Internacional comunista y América Latina, 1919-1943: diccionario biográfico. Ariadna Ediciones, 2015.

KAMINSKI, Hanns-Erich. Ceux de Barcelone. Paris: Denoël, 1937.

KENT, Hazel. 'A paper not so much for the armchair but for the factory and the street': Fenner Brockway and the Independent Labour Party's New Leader, 1926–1946. Labour History Review,

2010, vol. 75, no 2, p. 208-226.

KRIVITSKY, Walter G. La mano de Stalin sobre España. Editorial Claridad, 1946.

LANDAU, Katia; ROSMER, Alfred. Le stalinisme en Espagne: témoignages de militants révolutionnaires sauvés des prisons staliniennes. Spartacus, 1938.

LOW, Mary; BREÁ, Juan. Red Spanish Notebook. City Lights Books, 1979.

LÖWY, Michael. Letters from Barcelona. New Politics, 2010, vol. 12, no 4, p. 135.

LYNSKEY, Dorian. El ministerio de la verdad. Capitán Swing Libros, 2022.

MASTROLILLO, Gabriele. Il Movimento per la Quarta Internazionale e la Guerra civile spagnola. Spagna contemporanea: rivista semestrale di storia, cultura, istituzioni: XXXII, 63, 2023, 2023, p. 55-74.

MCNAIR, John. Spanish diary. Independent Labour Publications, Greater Manchester Branch, 1979.

MOORE, Darcy. Orwell's Aunt Nellie. George Orwell Studies, 2020, vol. 4, no 2, p. 30-44.

MUGGERIDGE, Malcolm, The Thirties: 1930–1940 in Great Britain, Londres: Hamish Hamilton, 1940.

MUNIS, G. Obras Completas. Muñoz Moya editores, Brenes/ Llerena, 1999-2003.

NEWSINGER, John. The Death of Bob Smillie. The Historical Journal, 1998, vol. 41, no 2, p. 575-578.

NELLES, Dieter; PIOTROWSKI, Harald. Antifascistas alemanes en Barcelona (1933-1939): el Grupo DAS: sus actividades contra la red nazi y en el frente de Aragón. Sintra, 2010.

ORWELL, George. Orwell en España. Homenaje a Cataluña y otros escritos sobre la Guerra Civil Española. Trad. Antonio Prometeo Moya. Barcelona: Tusquets Fábula, 2010.

ORWELL, George. «Why I write», en The Colleaed Essays, Journalism and Letters of George Orwell, Vol. I, ed. Sonia Orwell and Ian Angus, Harmondsworth, Penguin Books, 1970, p. 28.

ORWELL, George. Sin blanca en París y Londres (edición definitiva avalada por The Orwell Estate). Debate, 2015.

ORWELL, George. El camino a Wigan Pier. Ed. Akal, 2022.

ORWELL, George. The Orwell Diaries. Penguin UK, 2010.

ORWELL, George, «Recuerdos de la guerra civil española», en Matar a un elefante y otros escritos, Madrid: Turner, 2006.

PAZ, Abel. Durruti in the Spanish revolution. AK Press, 2007.

PEIRATS, José. La CNT en la revolución española. Ruedo ibérico, 1971.

PÉRET, Benjamin: Oeuvres Completes. Tomes 5 et 7. Livrarie José Corti, Paris, 1989 et 1995.

PERLÈS, Alfred. My friend, Henry Miller: an intimate biography. New York: John Day Company, 1956.

PRESTON, Paul. Engaños y errores en el Homenaje a Cataluña. HISPANIA NOVA. Primera Revista de Historia Contemporánea on-line en castellano. Segunda Época, 2018, p. 97.

PRESTON, Paul. Republic Besieged: Civil War in Spain 1936-1939. Edinburgh University Press, 2019.

REES, Richard, George Orwell: Fugitive from the Camp of Victory, Londres: Secker & Warburg, 1961

RICCIARDI, Andrea. Leo Valiani, gli anni della formazione: tra socialismo, comunismo e rivoluzione democratica. FrancoAngeli, 2007.

RODDEN, John. Becoming George Orwell: life and letters, legend and legacy. Princeton University Press, 2020.

ROSÉS CORDOVILLA, Sergi. Els revolucionaris marxistes a l'Espanya dels anys 30. [en línea]. Director de la tesis: Pelai Pagés Blanch. Barcelona: Universidad de Barcelona, 2017.

SALTER, Cedric. Try-out in Spain. New York, Harper [1943], 1943.

SCHWARTZ, Stephen. Orwell and Others: Foreigners and the POUM. En Spanish Marxism versus Soviet Communism. Routledge, 2017. p. 280-311.

SERGE, Victor. Diarios de un revolucionario (1936-1947). Universidad Autónoma de la Ciudad de México-UACM, 2022.

SINCLAIR-LOUTIT, Kenneth. Very Little Luggage. Independently published, 17 Junio 2021.

SMITH, James. British Writers and MI5 Surveillance, 1930-1960, Cambridge University Press, 2013, 226.

SOLANO, Wilebaldo. El papel de Nin en la revolución española. Biografía breve de Andreu Nin., 2006, p. 47-56.

SOLANO, Wilebaldo. Révolution dans la guerre d'Espagne (1930-1939). Syllepse, 2016.

STRADLING, Rob. The Spies Who Loved Them: The Blairs in Barcelona, 1937. Intelligence and National Security, 2010, vol. 25, no 5, p. 638-655.

TASHINSKIY, Aleksey; BOGUNA, Julija; ROZMYSŁOWICZ, Tomasz. Translation und Exil (1933–1945) I: Namen und Orte. Recherchen zur Geschichte des Übersetzens. Frank & Timme, 2022.

TAYLOR, David John. Orwell: The New Life. Simon and Schuster, 2023.

THÄLMANN, Clara y Pavel. Viviendo la revolución del 36. Barcelona: Descontrol, 2020.

URÍAS HORCASITAS, Beatriz. Victor Serge en México, 1941-1947. Historia mexicana, 2021, vol. 70, no 4, p. 1765-1813.

VALENTÍN, Manu. Los cimientos: La Contra[R]evolución Española (1931-1936). Barcelona: Ojo de buey, 2024.

VALENTÍN, Manu. El golpe: El derecho a la sonrisa (19331936). Barcelona: Ojo de buey, 2024.

VANINSKAYA, Anna. Might-have-beens: George Orwell and Victor Serge. 2020.

VOLODARSKY, Boris. El caso Orlov: Los servicios secretos soviéticos en la Guerra Civil Española. Grupo Planeta (GBS), 2013.

WANG, Haiyi. The North-South Divide, And Northernness in Road to Wigan Pier from George Orwell, A Novelist and Outsider's View.

WICHERT, Sabine. The British Left and Appeasement: Political Tactics or Alternative Policies?. En The Fascist Challenge and the Policy of Appeasement. Routledge, 2021. p. 125-141.

WILDEMEERSCH, Marc. George Orwell's Commander in Spain: The Enigma of Georges Kopp. Thames River Press, 2013.

ZILBERSTEIN, Gleb; ZILBERSTEIN, Svetlana; RIGHETTI, Pier Giorgio. 'V'is for Valencia: International Brigades' Counter-Intelligence Service Reports about Eileen and Eric Blair in Spain, 1937. American Communist History, 2023, vol. 22, no 1-2, p. 1-30.

# Fuentes

## Archivos públicos


Archivo Estatal Ruso de Historia Político-Social (RGASPI)

RGASPI. F. 495. Op. 32. / RGASPI. F. 495. Op. 20. D. 270 / RGASPI. F. 545. Op. 2. D.145 / RGASPI. F. 545. Op. 6. D. 331 / RGASPI. F. 545. Op. 2. D.145 / RGASPI. F. 545. Op. 2. D.148 / RGASPI F. 545. Op. 2. D. 105 / RGASPI. F. 545. Op. 6. D.107 / RGASPI. F. 545. Op. 2. D.148

Archivo General de la Nación (AGN-México)

Investigaciones Políticas y Sociales / Generalidades / Caja 100-28-3-H- 47.

Departamento de Migración. / Departamento de Migración. (201) / Españoles / Caja: 083, 122, 130, 145, 147.

Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores del Ecuador (AHMRE)

Solicitud de Alfredo Herz, 1939.

Marx Memorial Library (MML)

BoxC/12/3

The National Archives (TNA)

National Archives (2021b) Documento del MI5 sobre George ORWELL alias Eric Arthur BLAIR, KV2/2699 / National Archives (2021b) Documento del MI5 sobre Gustav REGLER, alias Gustavo Emilio STEINMETZ, KV 2/3506

International Institute of Social History (IISH)

CNT (España) Archives: 61D.2 / C48.2 / 72D.2A / C58.3 / 90A.4 / 005B.18 / 26A.2B / 005A.15 / 005B.17 / 69C.3

Federación Anarquista Ibérica Archives: CP-63.4 / PE-22A.2 / PE-41A.1 / CP-46B.3 / PE-36.3B

Emma Goldman Papers: ARCH00520 (Inv. 63, 76 y 127)

Archives Nationales (Francia)

Intérieur. Fichier central de la Sûreté nationale : dossiers individuels de HA à HE (fin XIXe siècle-1940): 19940451/24; 19940457/110; 19940451/130

Intérieur. Direction des libertés publiques et des affaires juridiques. Réglementation du droit des étrangers, immigration, nationalité (1930-1981): 19900353/1-19900353/22

University College London (UCL) [Special Collections]

Manuscripts and typescripts 1936-1945 (ORWELL/A/3): The Road to Wigan Pier diary; Notes on the Spanish militias / Spanish Civil War material (ORWELL/C): International Press Correspondence; Observer; Sunday Express / Letters from Orwell (ORWELL/G): Jaques (ORWELL/G/4)

YIVO Institute for Jewish Research

Records of the HIAS-HICEM Offices in Europe; RG 245.5; folder number; YIVO Institute for Jewish Research.

United States House Committee on Un-American Activities (HUAC)

Hearing regarding Leon Josephson and Samuel Liptzen, 69.

Arxiu Nacional de Catalunya (ANC)

ANC, Bosch i Gimpera, 7.1.2

Centro de Documentación e Investigación Judío de México (CDIJUM)

Archivo de Historia Oral. Entrevista a Ruth Goldstein de Ferry (10 de noviembre del 1987, Ciudad de México)

Archivo Histórico Nacional (AHN)

FC-CAUSA_GENERAL,1389, Exp.9.

## Archivos privados

Memorias inéditas de Francis Ferry Linder

# Índice antroponímico

Arlandis, Hilario, 36, 87, 150, 151, 268
Alpári, Gyula, 36, 37
Azaña, Manuel, 20, 140
Bagot, Eleanor, 189, 190, 192, 268
Beimler, Hans, 103, 210, 212, 219 - 227
Belyaev, Alexander, 181, 182, 207, 239
Blair, Eileen, 42, 43, 46, 48, 100, 101, 102, 107, 108, 109, 110, 113, 116, 143, 144, 156, 157, 213, 228, 230, 232, 233, 234, 235, 236, 237, 238, 240, 241, 242, 243, 244, 245, 246, 247, 248, 250, 252, 258, 264, 268
Bolgiani, Luigi, 75, 268
Borkenau, Franz, 22, 60, 216
Breá Landestoy, Juan, 52, 53, 54, 59, 60, 79, 268
Brockway, Fenner, 47, 49, 70, 132, 156, 159, 250, 262, 268
Crook, David, 4, 109, 157, 159, 163, 164, 238-243, 247, 264, 266
Comorera, Joan, 54, 56, 57
Connolly, Cyril, 64, 144, 230, 268
Castellví i Fontanet, Otília, 154, 162, 167, 268
Di Bartolomeo, Nicola, 79, 81, 82, 135, 137, 138, 268
Diamant, Max, 153, 189
Doran, Charles, 49, 248
Dubester, Fabio, 4, 204, 268
Durruti, Buenaventura, 18, 124, 128, 223, 224, 268
Ferry, Francis, 36, 37, 177, 178, 179, 180, 181, 182, 183, 185, 186, 187, 188, 189, 194, 195, 198, 199, 200, 209, 265, 266, 268
Friedemann, Max, 148, 210, 268
Gallagher, Michael, 4, 26, 27, 28, 31
García Oliver, Juan, 17, 118, 123, 125, 149, 184, 266, 268
Gayer, Max, 4, 103, 219 - 227, 268
Gervasini, Virginia, 80, 268
Grady, Paddy, 27, 31, 37, 41, 261
Gollancz, Victor, 28, 38, 44, 45, 46, 64, 68, 116, 255, 257, 262, 268
Gorkin, Julián, 18, 19, 90, 153, 158, 160, 161, 182, 189, 190, 192, 194, 203, 234, 265
Hannington, Wal, 31, 33, 38, 261

Hermelin, Werner, 148, 210, 213
Herz, Alfredo, 148, 176, 177, 178, 201 - 211, 212, 214 - 224, 227, 241, 243, 247, 264, 266, 268
Katz, Otto, 189, 191, 192, 268
Kennan, Joe, 29, 30, 31, 37
Kindermann, Sazja, 148, 177, 178, 184, 185, 203, 207, 210, 211, 212, 223, 227, 264, 268
Klement, Rudolf, 110, 111, 196, 268
Koestler, Arthur, 188, 254, 265, 268
Kopp, Georges, 120, 127, 131, 143, 230, 237, 240, 242, 243, 264, 268
Lafargue, Jean Claude , 133, 134, 136, 142, 143
Landau, Katia, 153, 154, 155, 162, 165, 166, 167, 168, 176, 177, 178, 179, 180, 194, 264, 266, 268
Landau, Kurt, 111, 153, 157, 159, 162, 163, 164, 165, 166, 168, 257, 264, 269
Lanti, Eugène, 35, 50, 261
Laurencic, Alfonso, 147, 202, 203, 218, 224, 269
Lee, Jennie, 47, 68, 90, 269
Lichtveld, Lou, 188, 209, 210
Limouzin, Nellie, 35, 50, 101
Low, Mary, 52, 53, 58, 59, 79, 269
Mairet, Philip, 47, 48
Margolin, Charlotte, 4, 133, 145, 146, 153, 159, 160, 163, 166, 167, 168, 169, 172, 173, 229, 264
Martin, Jordi, 213, 264, 269
Maurín, Joaquín, 133, 149, 150, 151
McNair, John, 54, 68, 69, 70, 71, 84, 85, 95, 101, 122, 132, 156, 233, 235, 240, 242, 244, 245, 246, 247, 248, 269
Meade, Frank, 29, 30
Mercader, Ramón, 186, 195, 196, 197, 198, 199, 209, 239, 269
Milton, Harry, 101, 102, 114, 159, 228
Miravitlles, Jaume, 151, 269
Monskheli Preiss, Olga, 148, 151, 152, 269
Moore, Leonard, 44, 45, 100, 255
Nin, Andreu, 18, 19, 54, 90, 138, 157, 160, 161, 163, 236, 257, 269
O'Donnell, Hugh, 113, 114, 130, 164, 213, 239, 264, 265, 266

Olaso, Joaquín, 207, 212, 214, 220
Orlov, Alexander, 71, 72, 177, 182, 183, 206, 207, 229, 236, 239, 241, 266, 269
Orr, Charles, 68, 119, 123, 264
Orr, Lois, 53, 109, 110, 158, 237
Orwell, George, 4, 16, 17, 21 - 38, 41 - 51, 53, 55, 57, 58, 60, 61, 62, 64 - 71, 73, 74, 76, 77, 81, 83, 85 - 102, 104, 106, 107, 108, 111, 113, 114, 115 - 120, 122 - 133, 143, 144, 145, 153, 156, 171, 208, 221, 222, 224 - 230, 232, 234, 236, 239 - 267, 269
Péret, Benjamin, 22, 137, 189, 265, 269
Perlès, Alfred, 50, 51
Pey, Thomas, 25, 37, 269
Pivert, Maurice, 160, 189, 190, 191, 192, 235, 269
Pollitt, Harry, 46, 47, 50, 106, 107, 109, 114, 213, 262, 269
Pouterman, J. E., 134, 137
Regler, Gustav, 188, 189, 190, 191, 192, 193, 194, 265, 269
Russo, Enrico, 52, 78, 79, 82, 137, 138, 142, 269
Salter, Cedric, 61, 118, 240, 269
Serge, Victor, 21, 22, 138, 141, 189, 190, 191 - 194, 265, 266, 269
Sesé, Antonio, 87, 151, 185
Smillie, Bob, 59, 68, 93, 95, 96, 99, 101, 102, 132, 154, 156, 157, 245, 257, 264, 269
Solano, Wilebaldo, 90, 105, 123, 269
Soria, Georges, 4, 239
Stachevsky, Arthur, 181, 182, 183, 185
Strachey, John, 45, 46, 255
Tioli, Giorgio, 109, 110, 111, 130, 159, 266
Vidali, Vittorio, 4, 189, 265, 269
Von Ranke, Hubert, 114, 156, 203, 205, 207, 209, 210, 211, 212, 213, 220, 241
Warburg, Frederic, 64, 255
Weizcen, Leo, 188, 189, 194, 269
Wickes, David, 109, 233, 240, 247, 248, 264, 266
Wolf, Erwin, 110, 111, 201, 202, 269